ROSA LUCAS



Domando al señor Walker

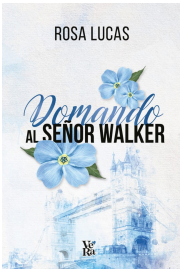


Ve Ra

ROSA LUCAS

Domando al señor Walker





CUANDO EL JEFE MÁS FRÍO SE CRUZA CON LA CHICA MÁS CAÓTICA, NADA SALE SEGÚN EL PLAN.

Charlotte "Charlie" Kane es ingeniera informática: brillante, caótica y con un humor tan afilado como su teclado. Su vida da un vuelco cuando la empresa tecnológica de Londres en la que trabaja es comprada por Nexrion, el gigante del sector.
El problema es su nuevo CEO: Danny Walker, multimillonario, implacable y mejor amigo de su hermano.
Charlie lo odia. O al menos, eso cree.
Años atrás intentó flirtear con él y fue rechazada de forma humillante. Ahora, con Danny como su jefe, la tensión entre ambos amenaza con incendiar la oficina.

Danny Walker lo tiene todo: poder, dinero, atractivo y un corazón blindado. Es un CEO implacable, acostumbrado a controlar cada aspecto de su vida y a no dejar espacio para las emociones.
Charlotte Kane es un error del pasado que nunca debió reaparecer.
La hermana pequeña de su mejor amigo.
Caótica. Inesperada. Peligrosamente irresistible.

Despedirla debería ser sencillo.
Mantener las distancias, una obligación.
Pero bajo su fachada fría y distante, algo empieza a resquebrajarse.
Y esta vez, quizá sea Danny Walker quien necesite ser domado.

ROSA LUCAS

Es autora británica de romántica contemporánea. Escribe historias llenas de humor, deseo y mujeres decididas que se enfrentan a hombres tan irresistibles como complicados. Cuando no está escribiendo, disfruta de largas caminatas por el campo con su propio final feliz, siempre con un pub esperándola al final del camino.

ROSA LUCAS

Domando al señor Walker



Vé Ra



1
Charlie

¿Dónde rayos estás? Mike está furioso.

Por cierto, tú eres su objetivo.

Gracias, Stevie.

Guardo de nuevo el teléfono en mi bolso y cruzo las puertas de cristal de Dunley Tech, envuelta en el inconfundible perfume del metro de Londres.

Jackie, nuestra querida recepcionista, alza la vista de la *influencer* de turno de Instagram a la que intenta imitar esta semana. Lleva tanto maquillaje en la cara que parece un pastel decorado.

—Buenos días —asiento con cortesía.

—Guau. —Arrastra los ojos fuera de la pantalla—. Tu piel parece muy…

Alzo las cejas, esperando.

—Gris. —Frunce el ceño—. ¿Bebiste anoche?

—Gracias, Jackie —respondo mientras busco en mi bolso el pase de seguridad—. Es casi tan amable como cuando me preguntaste si me había lavado el pelo con suavizante. Estuve despierta hasta las tres de la mañana resolviendo el problema del servidor.

—Fascinante. —Vuelve a Instagram—. Han empezado sin ti. Mike está furioso. Dice que más te vale que el retraso sea porque estás enferma o muerta.

Mierda.

Miro mi reloj. Ya son las 10:20.

Mike Chambers es nuestro jefe de IT y lo ha sido desde que la empresa arrancó hace una década. Un dinosaurio de oficina. Odia el cambio y cualquier idea que no salga de él. Grasiento, cerrado de mente y con urgente necesidad de un buen polvo. Estamos convencidos de que es un virgen de cincuenta años.

Me preparo y abro las puertas de la sala de juntas. Es nuestra reunión semanal, donde soportamos la arrogancia de Mike con una presentación de fondo. Durante una hora, protesta y patalea mientras el resto de nosotros espera con impaciencia que su espectáculo soberbio termine.

Todos han escogido estratégicamente asientos lejos de Mike. Voy al único disponible junto a él.

—Lo siento, Mike, me he retrasado esta mañana.

Inclina el torso hacia delante y susurra directamente en mi cara. Si se acerca más, me van a entrar náuseas.

—Ya me he dado cuenta. Estamos hablando de por qué la sucursal de India estuvo desconectada anoche durante dos horas y media. Treinta miembros del personal fueron incapaces de hacer su trabajo. ¡No escribieron ni una línea de código!

—Entiendo tu frustración, Mike… —empiezo.

—Me importa una mierda, Charlie. —Golpea la mesa con el puño; todos se sobresaltan—. ¿Puedes explicar lo que ha pasado? ¿Puedes explicarle a la junta por qué nuestro lanzamiento de *software* más importante no saldrá a tiempo? —Señala mi cara con un dedo

mientras se inclina sobre la mesa—. ¿Puedes explicar qué demonios salió mal?

Inhalo hondo y me contengo para no soltarle un torrente de insultos.

—Fue otra vez un fallo en el servidor. En cuanto se identificó el problema, abrí un caso de severidad uno. Fue lo más rápido que pudieron hacerlo.

—¿Lo más rápido? —resopla—. No digas tonterías. ¿Quién la ha cagado aquí? NECESITO RESPUESTAS.

Con cada palabra, clava el dedo en la mesa. Le gusta usar los dedos para generar un efecto; sospechamos que lo leyó en *Liderazgo para tontos* o en el libro *Controla a tus empleados.*

—Por contrato, pueden tardar hasta veinticuatro horas en ocuparse de este tipo de problemas. Esos son nuestros SLA.

Parpadea, furioso.

—¿Cómo te asegurarás de que no vuelva a pasar?

—No puedo —respondo, con los dientes apretados—. A menos que me permitas que nos mudemos a la nube, nunca tendremos la resiliencia que quieres.

—¡Mentira! —gruñe—. ¡No vamos a crear una maldita nube, Charlie!

Abro y cierro la boca. Yo diseñé los diagramas básicos de Mike, pero él no los entendió.

—No creamos la nube —digo despacio—. Amazon ya lo ha hecho.

Mike es el jefe de IT, pero no entiende de IT. Cree que el *software* y el *hardware* de una empresa deberían funcionar tocando un gran botón verde que diga INICIO. No entiende por qué el botón a veces deja de funcionar, y por eso se enfada.

Se enfada mucho.

Si encontraban un *bug* en el sistema operativo: era culpa mía. Si el *software* de pagos tenía errores en su última versión, otra vez, culpa mía. Que a su impresora se le acabara el papel, culpa mía; que su compañero le enviara un correo con un virus adjunto, culpa mía; y que los cortafuegos de la empresa bloquearan sus sitios porno, también era culpa mía.

Ese último sí era culpa mía.

Ninguno de nosotros tomaba a Mike en serio, pero debíamos seguirle el juego.

Después de cinco años de dedicación y mucho trabajo, había logrado ascender y convertirme en subgerente.

Busco apoyo con la mirada alrededor de la mesa. Dana se encoge de hombros. Tim se rasca la nariz con sutileza, fingiendo limpiarse la mejilla. Los demás miran sus teléfonos o por la ventana.

Observo a Stevie. Me hace el gesto de una mamada empujándose la mejilla con la lengua.

Vete a la mierda, digo sin emitir sonido, moviendo la boca. Vaya camaradería que hay en esta oficina.

—¿Podemos hablar de la venta, Mike? —intercede Tim, interrumpiendo nuestro enfrentamiento.

Todos prestan atención, interesados.

Mike se mueve en su asiento e inhala como si Tim hubiera dicho una palabrota.

—¿Aún no nos dirán quién comprará la empresa? —prosigue Tim —. He oído que es uno de los gigantes tecnológicos.

Los ojos de Mike recorren la sala. Está nervioso.

—No creo que veamos grandes cambios.

Traducción: No tengo la menor idea.

—¿Nuestro sueldo será el mismo?

—¿Conservaremos nuestros puestos?

—¿Seguiremos teniendo el descuento en el café Costa?

—¿Habrá recortes de personal?

Recortes. *Mierda.*

No he prestado atención a la venta de la empresa en las últimas semanas. Tendré que averiguar lo que él sabe a través de Stevie.

Mike alza una mano para hacernos callar.

—Son negocios como siempre, hasta donde sabemos. Nada cambiará.

Hay un par de murmullos.

—El comunicado saldrá en uno o dos días —añade con firmeza.

Comunicado. Odio esa palabra. Comunicado, visión, estrategia, visión estratégica… todas palabras que hacen que a Mike se le

relaman los labios. Que «saldrá un comunicado» es lo que dice cuando no tiene ni idea de lo que está pasando.

Nuestra lluvia de preguntas queda interrumpida por un golpe en la puerta.

—Disculpa, Mike. —Jackie sonríe con falsa dulzura—. Tengo un mensaje importante para Charlie. —Está preciosa, pero es porque utiliza la recepción como salón de belleza.

Mike asiente, invitándola con la mirada a continuar.

—Es tu hermana. Dice que es una emergencia.

Dios. El estómago me da un vuelco.

Es serio.

Alguien ha muerto.

Papá ha muerto.

Han llamado desde Irlanda para avisar de que ha sufrido un infarto… ¿O por fin ha muerto por exceso de alcohol?

No, mamá ha muerto. Alguien la ha embestido mientras conducía demasiado despacio.

Han muerto los dos.

—Está bien. —Mike sacude una mano para indicarme que me vaya.

Temblando, me pongo en pie. Sé fuerte, Charlie. Debes ser fuerte por Callie.

Aunque ¿por qué se entera Callie antes que yo? El hermano mayor debería ser quien da las malas noticias. ¿Por qué no llama Tristan? ¿Le ha pasado algo a Tristan?

Sigo a Jackie hasta la recepción mientras alcanzo mi teléfono. Veo diez llamadas perdidas de Callie. ¡Mierda!

—¿Dijo de quién se trataba? ¿Es papá? —pregunto con voz aguda. Ella se encoge de hombros.

—No es mi trabajo preguntar.

Perra.

Sujeto el teléfono.

—¿Callie? —balbuceo—. ¿Qué pasa?

—¡Charlie! —grita por encima del tráfico. Suena como si estuviera en una calle atestada.

Tengo razón; mamá ha tenido un accidente.

—¿Sí? —chillo—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—Gracias a Dios. —Exhala—. Estoy en medio de un gran dilema. Estoy frente a Selfridges con cien bolsas y ¡no puedo moverme! Tendrás que venir a ayudarme a llevarlas hasta el tren.

—¿Qué? —siseo en voz baja para que Jackie no escuche—. ¿Me has sacado de una reunión con la junta porque tienes demasiadas bolsas de la compra que llevar a casa? ¿Esa es la emergencia?

—¡Sí! —exclama—. Estoy bloqueada y ¡mamá dice que tengo que estar en casa en una hora! ¡No ha sido hasta que he pasado por la sección de zapatos y me he comprado tres pares de botas cuando me he dado cuenta de que no podía cargar con todo sola! He tenido que pedirle a un guardia de seguridad que me ayudara a llegar hasta la puerta con las bolsas, y lo ha hecho, pero con una actitud atroz considerando todo lo que he comprado, quejándose de que no era parte de su trabajo y…

—Callie —la interrumpo, furiosa—. ¿Te das cuenta de que estoy trabajando? ¡No puedes llamar «emergencia» a uno de tus viajes de compras y exigir que abandone una reunión! Son las diez y media de la mañana de un lunes. ¿Por qué demonios no estás en clase?

—No exageres, tampoco tienes un trabajo importante como Tristan. —Bosteza—. Entonces, ¿cuánto tardarás en llegar?

—Será mejor que reces para que no vaya, Callie. Porque si lo hago, te encontrarás un tacón metido en lo más profundo de tu trasero. ¡Vete a la mierda!

Cuelgo el teléfono de golpe.

Increíble.

Jackie tose a mis espaldas.

Me giro para mirarla.

—Sí que suena como un gran dilema —ronronea—. Pobre, tu hermana.

Le lanzo una mirada venenosa.

—No es parte de tu trabajo escuchar llamadas privadas.

—Y no es parte del tuyo aceptarlas —replica.

—Vuelve a escribir *hashtags*, Jackie.

Pone los ojos en blanco.

—Dudo que sepas siquiera lo que son.

—Sé muy bien cómo se usan. —Tomo un papel de su escritorio y escribo con furia—. ¿Has olvidado que soy la jefa del área de soporte informático?

Dejo el papel sobre su teclado.

—Usa esto como *hashtag,* Jackie.

#VETEALAMIERDA



2
Charlie

—¿Hola? —digo desde el pasillo, quitándome las zapatillas. Son las siete y media de la tarde de un lunes y ya estoy deseando que llegue el fin de semana.

Cat, Julie, Suze y yo hemos compartido un piso en Kentish Town, al norte de Londres, durante cinco años. Habríamos preferido que los ratones no se mudasen con nosotras, pero ya se sabe lo que dicen de Londres: nunca estás a más de un metro de distancia de una rata.

Cat enseña teatro en un colegio de Highgate. Dice que los alumnos van con chófer y que el colegio es tan exclusivo que ni siquiera los médicos pueden permitirse enviar allí a sus hijos.

Julie es abogada en una editorial de la calle Liverpool y está triunfando gracias a su personalidad sociópata. Una vez le hicimos

una prueba y, digamos, que basándonos en los resultados, jamás la haremos enfadar.

Nadie entiende muy bien el trabajo de Suze, ¿algo relacionado con la logística?

El piso es de Julie, un hecho que nunca nos deja olvidar. Incluso aparece en sus conversaciones. «¿A qué te dedicas?» «Soy abogada y propietaria.»

Nunca hemos logrado averiguar cómo es posible que sea dueña de un piso de cuatro habitaciones al norte de Londres con su salario, incluso aunque sea un sitio antiguo y plagado de ratones. Para este tipo de ladrillo necesitas una familia adinerada.

Cuando conocimos a Julie, nos deslumbró con su encanto afable. *Sentaros, chicas, bienvenidas a vuestro nuevo hogar. Cat, no hace falta que laves los platos, cielo, ya lo hago yo. Por supuesto, no pasa nada porque hayas salpicado la alfombra con té, Charlie, yo lo limpio.*

La luna de miel duró cinco días. Después, hubo platos rotos, sesiones de gritos diarias y un agujero en la cama de Cat cuando tardó más de seis minutos en ducharse.

Seguimos viviendo aquí porque tenemos demasiado miedo de decirle a Julie que nos vamos. La misma razón por la que ningún hombre la ha dejado nunca. Suze está acomodada en el sofá viendo un programa de cocina.

—Hola —digo, sentándome en el sillón individual—. Creía que tenías yoga esta noche.

—Sí, pero no quería sobreexigirme —explica entre bocados de *scones* con crema agria—. Me he apuntado a *spinning* para mañana, así que no quería arruinarlo haciendo yoga hoy. —Agita el *scone* en el aire—. Y este es keto, ¡así que todo está en orden!

—Pero anoche no fuiste a Pilates porque hoy tenías yoga. —Frunzo el ceño, confusa.

Resta importancia a la pregunta con un gesto de la mano.

—Como si perder el tiempo intentando encontrar mi belleza interior con unas mallas me fuera a servir de algo. ¿No lo has oído? ¡Tengo *spinning* mañana! ¡Son seiscientas calorías quemadas en una hora! Necesito guardar energía para eso.

La miro, inexpresiva.

—Claro.

—Hola, Charlie. —Cat sale del cuarto con el resplandor poscoital y Stevie aparece detrás de ella. Han estado saliendo desde que Cat me acompañó a mi última salida de copas con los de la oficina. Son ruidosos. Ella se ha vuelto mucho más aventurera en el terreno sexual. Tienen aparatos y accesorios que requieren manual de instrucciones.

—Es un poco temprano, ¿no? —Alzo las cejas. Ella se encoge de hombros.

—Es el único momento en que estamos solos.

—¿Con Suze en el piso?

—Si no tuviéramos sexo mientras ella está aquí, seríamos célibes —responde Stevie.

Es cierto. Suze se apunta a muchas clases de gimnasia, pero nunca sale de casa.

Cat me mira.

—Tienes cara de estrés.

Me sirvo una copa de vino generosa de la botella que ha abierto Suze.

—No, no lo estoy. —Suspiro—. Nunca he estado tan relajada en mi vida.

—¿Has pensado un poco más en tu cumpleaños? —pregunta Cat, entusiasmada.

—Te he dicho que no es un tema abierto a discusión.

Suze me observa.

—Veintinueve… Casi treinta… Qué horror. Ya estás camino de los cuarenta.

—Sí, Suze. —La miro mal—. Sé perfectamente que estoy envejeciendo. ¿Puedes dejar de enviarme esa imagen de todos los gatos en la puerta diciendo que han oído que tengo casi cuarenta años y no estoy casada, por favor?

—Pero es graciosa. Al menos este año tienes un interés amoroso, mejor que el anterior. —Inclina la cabeza, analizándome—. Aunque nunca te he oído tener sexo.

—Suze —digo entre dientes—. Deja de llevar la cuenta de mi rutina íntima.

—Tendrías que tener algo con regularidad para que fuese una rutina.

Inhalo con brusquedad. Tiene razón.

—Es difícil sacar tiempo. Trabajo demasiadas horas —replico a la defensiva—. Después de un tiempo, el sexo pasa a un segundo plano, ¿verdad, Cat?

Cat frunce el ceño.

—Para mí no. O sea, vosotros seguís en la etapa de luna de miel; han pasado ocho meses, ¿no?

Las tres me miran desde el sofá.

—Charlie, ¿con qué frecuencia tienes sexo con Ben? —pregunta Cat.

La pregunta me sobresalta.

—Bueno, ya sabéis, con toda la frecuencia que podemos… —Me quedo en silencio, intentando recordar la última vez.

—¿Una vez por semana?

—Depende. Últimamente he estado agotada por el trabajo.

Ella me mira.

—Bueno, entonces, ¿cuándo fue la última vez?

Trago saliva.

—¿Quizá hace cuatro semanas?

—Cuatro semanas. —Stevie niega con la cabeza, riéndose—. Sin duda está teniendo acción en otra parte.

—Claro que no —replico a la defensiva. Además, si lo hace, significaría que yo no tendría que hacerlo cuando estoy cansada.

¿Qué demonios estoy pensando?

—Últimamente no he querido tener sexo —admito.

—¡Qué desperdicio de pene! —resopla Suze—. Ben es guapísimo. Si tú no lo quieres, ¡me apunto!

—¿Que no quieres tener sexo? —chilla Cat—. Charlie, tienes que acostarte con tu novio. Esa es la diferencia entre un novio y un amigo.

—¡Lo sé! —exclamo, hundiéndome en el sillón—. Pero no quiero. Ojalá no fuera así. Antes se me daba bien fingir que me apetecía de vez en cuando, y lo hacíamos al menos una vez por semana. Quizá

dos si había bebido lo suficiente, pero últimamente no puedo. —Bebo un gran sorbo de vino.

—Pero ¿por qué no te gusta? —pregunta Cat.

Me quedo pensando.

—Me distraigo. Y me aburro. Siento que ahora es una obligación, como pasar la aspiradora.

—¿Te distraes? —repite Cat—. ¿Y es como aspirar?

—¿Es que tu mente no divaga cuando tienes sexo? —pregunto.

—No. Normalmente pienso en lo que estoy haciendo. —Le sonríe con picardía a Stevie y pongo los ojos en blanco—. ¿Qué es lo que te distrae?

—La última vez que tuvimos sexo —recuerdo—, en la sede de Seattle había un problema que no lograba resolver, así que…

—¿El trabajo te distrajo? —interrumpe Stevie, riéndose a carcajadas—. Pobre hombre. Debe de ser como acostarse con una caja de cartón.

Le lanzo una mirada fulminante.

—Charlie —vacila Cat—. ¿Es el sexo en general o… el sexo con Ben?

—¿Qué quieres decir? —respondo, restándole importancia—. Amo a Ben, obvio, así que él no es el problema. Soy yo.

—Sí, pero si lo piensas, también amas a Barney.

No puedo creer que haya comparado a mi novio con mi perro.

—Cat, es la peor comparación que he oído. Sé que Stevie y tú sois aventureros en la cama, pero…

—¿Por qué dices eso? —replica a la defensiva.

Nunca le conté que encontré un látigo en su cuarto cuando fui a buscar su top morado.

—Parecéis del tipo aventurero.

—¡No lo creo! —responde ella demasiado rápido.

—Ben vendrá esta noche a dormir. —Al pensarlo, bebo otro buen trago de vino. Si me emborracho, quizá esté de humor.

—Quizá solo necesitáis darle un toque más picante —comenta Cat —. Tienes razón: las parejas no pueden hacer siempre lo mismo sin volverse complacientes.

—¿Pero qué puedo hacer?

—¿Por qué no intentas hablarle sucio?

Estoy escuchando. Nunca he hablado así con Ben; solo un par de gemidos aquí y allá. Busco mi teléfono. Google sabrá qué hacer.



Alguien llama a la puerta y Cat la abre. Hemos elaborado un astuto plan de seducción. Estoy tumbada en mi cama, vestida con ropa interior rosa suave que compré en oferta en Ann Summers. Oigo que Ben se acerca a la puerta de mi cuarto y ajusto el sujetador para que los pezones asomen.

Ben llama.

—¿Charlie?

—Pasa —respondo deprisa.

Entra y se desploma en la cama, con la cabeza entre las almohadas.

—¡Vaya día! Estoy agotado.

Genial, ni se ha percatado. Llevo el conjunto más sugerente que grita «tengamos sexo» y siento que tengo el atractivo sexual de un caracol.

—Oye. —Alza la vista y ríe—. ¿Por qué estás vestida así?

Lo miro, atónita. ¿Tengo que explicarle que estoy intentando seducirlo?

Sigo adelante. Esto tiene que funcionar.

—Hace tiempo que no estamos juntos, Ben. —Aprieto mis pechos y sonrío con intención.

—Lo sé. —Me lanza una mirada sombría—. Te vino esa regla rara que duró dos semanas, ¿recuerdas?

Bueno, quizá exageré un poco lo de la menstruación. Pero todas lo hacemos cuando estamos cansadas, ¿no? Después de cenar estaba llenísima. Disculpad la sinceridad, pero no me entraba nada más en el cuerpo.

—Pero ya se ha ido. —Tiro de su camisa para quitársela de forma sensual, pero se le atasca en la cabeza y tiene que ayudarme.

Lo que no entiendo es que Ben es atractivo: lo sé porque veo cómo lo miran otras mujeres por la calle. Es solo que he perdido la chispa que hacía que él me gustara. Esa sensación en el estómago que te hace contener los gases delante de la otra persona. Empecé a tirármelos a los pocos meses de salir con Ben.

—Bueno. —Sonríe; de pronto su humor cambia. Se desnuda con prisa. Pobre, supongo que le he tenido en abstinencia estos meses.

Se acomoda en la cama y me coloco encima, lista para el rodeo.

Su pene aún no está preparado, así que lo sujeto con las manos. Con mi mejor expresión sensual y glamurosa, empiezo a masturbarlo.

Gime y suspira con aprobación.

Sí, esta perra todavía sabe lo que hace.

Aunque no puedo dejar de pensar en lo que debo pagar en mi tarjeta de crédito.

Tengo que abonarla mañana, siempre se me olvida. Quizá debería hacerlo justo después del sexo. Sí, eso haré. Cuando terminemos, pagaré las doscientas libras que debo a Barclays. Nunca debí gastar tanto.

Esos malditos vaqueros que compré ni siquiera me quedan bien, y tengo treinta días para devolverlos; estamos a, no sé, ¿el día veintiséis? Tendré que ocuparme mañana a la hora de comer, pero Mike ha programado esa absurda reunión sobre la venta de la empresa justo a la hora de la comida. ¿Por qué no puede decirnos lo que pasa sin tanto secretismo?

—¡Charlie! —Ben se incorpora, gritando mi nombre.

Regreso al dormitorio.

—¿Sí?

—Me siento como una vaca ordeñada. —Su voz suena tensa—. Eres una granjera con prisa por seguir trabajando.

Le dedico una sonrisa sugerente.

—Vaya, nunca había oído esa fantasía.

No se ríe.

Bajo la vista.

Está flácido.

Ups.

Aparta mi mano y se sienta en la cama.

—Esto no funciona, Charlie.

—No te preocupes, se pondrá a punto enseguida —digo, acariciándole la espalda.

—No hablo de mi pene —replica—. Hablo de nosotros. Últimamente tienes la energía sexual de una caja de cartón.

—¿Has hablado con Stevie sobre nuestra vida sexual? —siseo, indignada.

—Sobre nuestra vida sexual inexistente. —Sujeta su camiseta—. Olvidémoslo por hoy. Sin duda tienes la cabeza en otra parte.

—Ben —lloriqueo en su oído—. Lo siento. La próxima vez, ¿sí? Incluso dejaré que entierres la cara entre mis pechos como te gusta… aunque me hace cosquillas.

Asiente, se cubre con la manta y se gira hacia la pared.

Al menos ahora podré pagar mi tarjeta de crédito.



3
Charlie

—Gracias por ayudarme, Cat.

Observamos nuestro trabajo en el espejo.

Llevo un top negro de espalda abierta, muy sugerente, que no permite usar sujetador. Y combinado con unos vaqueros negros que realzan mi trasero. Tengo los labios pintados de rojo, los ojos difuminados y el pelo castaño me cae en capas por la espalda.

Me veo bien y lo sé.

Esto es lo máximo que me he arreglado desde que Ben y yo empezamos a salir, y él ni siquiera está aquí para verlo. No podía pedirle que me acompañara después del episodio del ordeño. Necesitábamos tiempo para calmar las aguas.

—Una *femme fatale*. —Detrás de nosotras, Stevie silba despacio—. Se ve bien, señorita Kane.

—Gracias —respondo a regañadientes. Stevie no suele dar cumplidos, así que lo acepto.

—Aunque me da pena el pobre desgraciado que acabe contigo esta noche —añade—. Cuando descubra lo mala que eres masturbando.

Ahí está el Stevie de siempre.

Giro la cabeza para fulminarlo con la mirada.

—¡No soy mala masturbando! ¿Y podrías dejar de hablar con Ben? Ni siquiera sois amigos. Se supone que tú eres mi amigo, no el suyo.

—¡Stevie! —Cat da un grito ahogado—. No seas así con Charlie. Ben debería guiarla mejor, en vez de despotricar contigo. Si no, ¿cómo va a mejorar?

—¡Podemos parar ya! —siseo—. Esa no es la razón de nuestros problemas. Me miran y asienten, sonrientes.

—¡Soy tan buena masturbando a un hombre que podría ser prostituta profesional! —les grito. ¿Cómo se atreven?

Rebusco en mi bolso mi teléfono. Tristan ha enviado la dirección de la fiesta. Seguro que será en uno de los bares más pretenciosos de Londres.

Es sábado por la noche y mi hermano mayor, Tristan, cumple cuarenta años. A veces me pregunto si hubo una confusión en el hospital cuando nació, si lo separaron de sus verdaderos padres —políticos, aristócratas o ganadores de un Nobel— y se lo entregaron al clan Kane.

Eso explicaría cómo se convirtió no solo en uno de los abogados más poderosos de Londres, sino en socio de un prestigioso bufete de la ciudad. A mi edad ya estaba forrado. Sus casos internacionales de alto perfil lo han convertido en una celebridad menor y en un hombre muy codiciado.

Tiene una casa adosada en el exclusivo W8, uno de los códigos postales más caros de Gran Bretaña, casas de vacaciones en otros cuatro países y, si los rumores son ciertos, una mujer distinta cada noche de la semana. Al parecer, representar a clientes en la Corte Penal Internacional te vuelve muy atractivo.

Un dato que no necesitaba conocer.

La razón por la que me he esforzado tanto esta noche no es que Tristan cumpla cuarenta.

Tampoco es el motivo de que tenga un nudo en el estómago.

No. Ese mérito es del mejor amigo de Tristan.

Danny Walker, magnate de la tecnología financiera, multimillonario hecho a sí mismo y mi archienemigo. La mano derecha de Tristan. Se conocieron en la universidad, ambos sin un céntimo y hambrientos de éxito, y juntos levantaron sus fortunas.

Ambos eran nuevos ricos, una de las razones por las que tenían tanto en común. Eso los hacía aún más atractivos a ojos de las mujeres. Tenían la crudeza de los hombres de barrio humilde que habían prosperado. Julie decía que parecían «sexo ardiente».

El Grupo Nexrion, la empresa tecnológica de más rápido crecimiento de Europa, con presencia dominante en Asia y Estados Unidos.

Planificación de recursos empresariales, contabilidad, ventas, cadena de suministro, gestión de contenidos… no es el *software* más sugerente del mundo, pero como accionista mayoritario, Danny Walker se ha convertido en un hombre muy rico y poderoso, y eso sí resulta atractivo.

Su agresividad en los negocios le garantiza titulares constantes y apodos vergonzosos como «Danny el Sucio» o «Danny el Destructor». Mi favorito, que circula por redes, es «Danny el Desgraciado».

Las reuniones sociales con Danny me producen auténtico terror. Todo se remonta a cuando yo tenía veinte años y estaba muy borracha en una de las fiestas en casa de Tristan. Él, ingenuo, permitió que Cat y yo fuéramos, así que empezamos a beber sidra en el tren de camino para prepararnos.

Aquella noche cometí un error de juicio monumental. Malinterpreté lo que era simplemente una conversación cordial de Danny conmigo como si fuera coqueteo.

Cuando me preguntó qué planeaba hacer después de la universidad, mi instinto natural fue subirme a su rodilla, rodearle la cintura con las piernas y frotarme contra él sin parar.

Mi memoria es borrosa, pero recuerdo que me rechazó por completo. Desde entonces, esa escena está grabada a fuego en mi cabeza.

Recuerdo que se enfadó y gritó que me apartara, como si pensara que era una estudiante estúpida e irrelevante. No estaba muy equivocado.

A la mañana siguiente me desperté colgando del sofá en el piso de Tristan, con mi hermano gritándome. Danny no estaba.

Creer que Danny Walker podía haberse interesado en mí fue el error más inocente de mi vida.

Solo puedo culpar al alcohol y al hecho de que era la primera vez que probaba ostras. Las devoré sin darme cuenta de que me ponían como una mona en celo. Es culpa de Tristan, en realidad, por darme ostras.

Desde entonces, su amigo apenas me dedica una sonrisa, pero está bien, porque ocho años después sigo sin poder mirarlo sin ponerme color escarlata.

Incluso hoy soy incapaz de seguirle el hilo. Mientras habla de OPI, IPO y demás jerga con Tristan, tengo que fingir que no estoy buscándolo en internet. Por si sirve: significa Oferta Pública Inicial.

Mi aportación a la conversación es asentir sin parar como una paloma.

—¿Dónde es? —Cat se asoma por encima de mi hombro—. ¿En Kensington? Va a ser barra libre, ¿verdad?

—Por supuesto. —Pongo los ojos en blanco—. Tristan siempre invita.

—Bebamos algo antes de salir, así tendré valor para tratar con todos esos estirados.

—Vale, pero solo una copa —advierto—. Ya sabes que no aguantas nada. No voy a pasarme la noche cargándote.

Lo que empieza como una copa de vino para cada una termina en acabarnos la botella.

Me siento más sofisticada con una botella de vino encima y me parece verme más delgada al pasar junto al espejo de camino a la puerta.

Diez minutos después, estamos en un taxi y me doy cuenta de que beber una botella entera ha sido una idea pésima.

Gigantesca.

Desastrosa.

Cat ya es una pasajera horrenda sobria, pero mucho peor con un litro de vino barato, es un arma biológica.

El conductor ha visto de todo. Un cartel intimidante que dice «si vomita, demando» nos intimida desde el respaldo del asiento.

En cuestión de minutos, Cat me mira con los ojos como platos. La veo tragar. Y después, el vómito silencioso salpica mis pies.

Miro el charco entre mis zapatos y luego el cartel. Como ya ha manchado parte del asiento, no podemos pedir que frene: podría verlo y demandarnos. Y yo sería culpable por asociación. Por suerte, aún no se ha enterado.

—No hagas ruido —susurro.

Debo admitir que Cat sabe vomitar en silencio, pese a la sacudida de los hombros. Un charco amarillo se extiende por el suelo, y ruego que el conductor no mire atrás.

Hablo sin parar, un monólogo absurdo que no requiere respuestas, para distraerlo de las arcadas.

Mientras rodeamos Hyde Park, por fin el vómito cesa.

Nos detenemos en un bar de lujo. Algunos amigos de Tristan están fuera.

—¿Ya has acabado? —le susurro, tensa.

Sus labios tiemblan; no responde. Abre la puerta del taxi de un empujón, casi golpeando un coche que pasa.

—¡Mierda, Cat! —siseo, bajando del taxi—. ¡Lo siento muchísimo, señor! —le digo al conductor y deslizo dos billetes de veinte libras por la ventanilla para pagar la limpieza.

Cat rodea el coche para reunirse conmigo en la acera, abre la boca y suelta el eructo más asqueroso, ruidoso y ofensivo que he escuchado jamás.

Me tapo la boca, horrorizada.

Los amigos de Tristan callan de golpe y nos observan.

—Dios, Cat —protesto—. Vaya entrada más triunfal.

—Lo siento —dice ella, con los ojos como platos—. No podía contenerlo.

—¿Ahora sí has acabado? —gruño.

Asiente tímidamente.

—Eso era lo último.

—Nunca más —susurro, lamentando mi elección de acompañante.

Ella mira hacia el bar, ignorando a los amigos de Tristan, y silba despacio.

—Será champán entonces.

El bar es de lo más exclusivo. Dos recepcionistas perfectas custodian la puerta con portapapeles; su propósito es hacerme sentir inadecuada. Cuatro porteros enormes las rodean, mirándonos con desconfianza.

Parece uno de esos clubes privados para socios a los que va Tristan. Seguro que ha alquilado el bar entero para la noche.

El portero más corpulento extiende la mano para bloquearnos el paso cuando subimos los escalones.

—Lo siento, solo aceptamos cierto tipo de clientes. Los que no vomitan en la entrada.

—Es la fiesta de mi hermano —replico, intentando parecer digna—. Me llamo Charlie, y mi hermano ha pagado una fortuna por este sitio. Así que déjanos pasar.

Una de las chicas revisa la lista y luego nos mira, decepcionada.

—Bien —dice—. Pero contrólala. —Señala a Cat con repulsión. Cat pone morros.

—De hecho, soy profesora en un colegio muy prestigioso de Highgate.

—Señorita, no me importa si da clase en Buckingham Palace —responde el portero—. He conocido obreros con mejores modales.

No puedo discutir: tiene razón.

—Vamos. —La ayudo a subir el último escalón y la segunda recepcionista nos guía, a regañadientes, a través de las cortinas aterciopeladas hacia el refugio de los más ricos y elegantes de Londres.



Las fiestas de Tristan son famosas por su sensualidad. Esta no es la excepción. Es una mezcla de gente guapa vistiendo ropa de diseñador y bebiendo cócteles decadentes mientras hablan sobre lo ricos y exitosos que son.

Es verdad lo que dicen: el dinero atrae a la belleza. Es difícil distinguir quién posee belleza natural y quién la debe a las cirugías plásticas. Es decir, ¿cuáles son las probabilidades de que, entre cien mujeres, todas tengan mucho busto y labios carnosos?

Con sus trajes a medida y accesorios extravagantes, los hombres son criaturas igualmente atractivas, intentando demostrar que tienen el pene más grande a través de sus relojes, gemelos y cualquier cosa que les indique al resto de invitados su patrimonio.

La bebida gratis fluye. Nos dan un Bellini en la puerta. Cada mesa tiene botellas de champán Moët y vodka Belvedere. Será mejor que vigile a Cat.

Estas fiestas serían muy divertidas si no fuera por dos invitados: uno, Danny Walker, y dos, mi madre irlandesa. Como hijo modélico, Tristan invita a mamá a cada celebración de cumpleaños. Es tierno e incómodo a la vez. No quiere que ella se sienta excluida.

Es una espina que él lleva clavada desde que papá nos deshonró para volver corriendo a la República de Irlanda a los brazos de otra mujer, dejándonos con un montón de deudas. Por primera vez en su vida, mamá tuvo que averiguar cómo pagar la hipoteca y las facturas. Era una mujer despechada; aún hoy no podemos mencionar al adúltero en su presencia.

Hemos tenido contacto esporádico con papá: alguna tarjeta de cumpleaños, una llamada navideña cuando estaba ebrio o, en el caso de Tristan, una súplica por un préstamo que jamás será devuelto.

Miro hacia un rincón del bar y veo la tormenta perfecta para la humillación: Tristan, Danny, su amigo Jack Knight y una rubia preciosa y delgada como un junco están hablando con mamá.

Mamá va vestida como si estuviera en una boda de los noventa. Cabello abultado, enormes hombreras y hablando a cien por hora.

Danny escucha, ajeno a las mujeres que lo rodean, tropezándose unas con otras por llamar su atención.

Qué imbécil.

Un imbécil guapísimo, de los que hacen que se te caigan los pantalones, pero un imbécil al fin y al cabo.

Con su metro noventa, es más alto y más corpulento que cualquiera en la sala, incluso más que Tristan, que le sigue de cerca. Tiene los bíceps gruesos cruzados sobre el pecho ancho, la camisa blanca tensa bajo la presión de los músculos, y las piernas robustas abiertas en una pose viril. Es un Adonis descomunal, lo opuesto a lo que debería ser un magnate tecnológico. Cabello negro espeso, mandíbula cuadrada y afilada, esa nariz romana a la que le daría un puñetazo y unos labios carnosos y sensuales.

¿Qué posibilidades tenía yo?

Toda esa belleza desperdiciada en un imbécil malhumorado y engreído.

Cat se desploma visiblemente a mi lado.

—El nivel de testosterona en ese rincón debería ser ilegal. ¿Cómo se supone que funcionemos como mujeres con semejante exhibición? Con gusto sería el relleno de un bocadillo entre Tristan, Danny y Jack.

—¿Podrías no incluir a mi hermano en tus fantasías asquerosas, por favor? —La miro con desdén.

—Debes admitir que son muy masculinos —comenta—. Hombres de verdad. No solo una cara bonita forrada en dinero. ¿Cómo puede ser que no seamos tan afortunadas como ellos?

Pongo los ojos en blanco.

—No es cuestión de suerte, Cat.

—Supongo que elegí la vocación por encima del dinero —dice, como si fuese una mártir. Mira su teléfono y empieza a escribir—. Danny Walker, consejero delegado y fundador del gigante tecnológico Grupo Nexrion, valorado en 700 millones de libras. En los últimos años, Danny se ha hecho famoso por sus compras agresivas en un intento de monopolizar la industria tecnológica del Reino Unido.

Le doy un golpecito en las costillas.

—¿Puedes dejar de acosarle por internet? ¡Estamos rodeadas de los amigos de Tristan!

—La cosa se pone interesante. —Me ignora—. El juicio entre Danny Walker y una exempleada, Sam Lynden, por fin ha terminado. Se confirmó que Sam Lynden recibió un pago importante tras acusar al señor Walker de violencia física. Es temperamental —suspira—. Peligroso. —Hace clic en las imágenes—. Guau. Ha estado con muchas mujeres preciosas.

Le quito el teléfono de las manos.

—¡Charlie! ¡Por aquí! —Aprieto los dientes al oír la voz. Mamá nos ha visto y agita la mano con fervor para que nos acerquemos.

Tristan me sonríe y nos hace señas para que vayamos.

Miro a Danny a los ojos. Él deja de hablar con Jack de inmediato.

Dios, qué ojos.

El estómago me da un vuelco. Sus ojos castaños, penetrantes, me queman; recorren mi silueta antes de volver a mi rostro.

Frunce el ceño, juntando las cejas, como si solo verme le molestara. ¿De dónde ha sacado la absurda capacidad de hacerme sentir inadecuada?

—¡Charlie! —grita mamá, moviendo los brazos sin parar. Muchos invitados se giran para mirarla, extrañados.

—¡Voy! —respondo. ¿Qué hace esta mujer? Por supuesto que la veo, pero está llamando muchísimo la atención—. Vayamos de una vez —le susurro a Cat, que no necesita invitación para acercarse a ellos.

—Hola a todos. —Me obligo a sonreírle al grupo mientras doy un beso a Tristan—. Feliz cumpleaños, abuelo. —Él me abraza—. Hola, mamá.

Ella se acerca para darme un beso en el aire en cada mejilla; es su estilo en este tipo de fiestas.

Jack, el amigo más carismático de Tristan, me abraza.

—Charlie, preciosa, siempre es un placer verte.

Tristan le da un golpecito cuando Jack me dedica una sonrisa que podría derretirme los pantalones.

—Compórtate, Jack. Hermana. Fuera de límites.

Miro de reojo a Danny y veo que me observa con cautela. Como si fuese algo contagioso. El recuerdo me invade.

Subo a su rodilla y lo rodeo con mis piernas.

—Danny —logro decir.

—Charlie —responde con su voz grave y acento escocés. Se pone tenso mientras evalúa si debe abrazarme.

Esa voz. ¿Por qué me hace pensar en sexo? Mi nombre en su lengua me eriza el vello de la nuca.

Odio el efecto que tiene en mí. Debo de tener un problema. Un Desorden de Excitación por Imbéciles, que hace que solo me interesen hombres que me ignoran.

Froto mi cuerpo sobre sus muslos.

¡Basta! Salgo del trance.

—Ya conocéis a Cat. —Cuando me giro, la veo sonriendo como una tonta y moviéndose como siempre que está nerviosa.

—Hola —dice con voz aguda.

Tristan carraspea y clava la mirada en Danny, que se está pasando las manos por el pelo como si estuviera nervioso.

—Charlie, Cat, ella es Jen. —Tristan coloca su brazo en la espalda de la rubia preciosa.

Tiene el pelo largo y liso, es muy delgada y lleva dos balones de playa pegados al pecho. El tipo exacto de mi hermano.

—Hola, Jen. —Sonrío.

—Hola, Charlie. Cat. —Jen se acerca para dar un beso—. ¡Qué alegría conocer a la hermanita pequeña!

Me pongo tensa. No soy su hermana pequeña. Parece, como mucho, cinco años mayor que yo, lo que no le da derecho a hablarme como si fuese mi nueva madrastra.

—Jen es abogada especialista en derechos humanos —anuncia mamá, sin duda una fanática.

—No me gusta hablar demasiado del tema, pero sí, soy la abogada en derechos humanos más joven de Londres. —Jen mira al grupo. Satisfecha ante los murmullos de aprobación, continúa—. ¿A qué te dedicas tú, Charlie?

—Soporte en I.T. —Curvo los labios en una sonrisa falsa permanente, sabiendo que solo pregunta porque jamás será tan maravilloso como la maldita abogada en derechos humanos más joven de Londres.

—Estupendo. —Lleva la mano al pecho como si acabara de decir que soy cirujana cardiaca—. ¡Apague y enciéndalo de nuevo!

—A su servicio.

Patético.

—La gente de soporte en nuestra empresa es un desastre —añade, sin necesidad—. Sin duda, tú eres mucho mejor. —Me mira como si no se lo creyera en absoluto.

—Sí. —Le lanzo una mirada fulminante.

—Oh. —Coloca su mano, con la manicura perfecta, en el bíceps de Danny—. ¡Danny podría conseguirte trabajo en Nexrion! Estoy segura de que podría encontrarte un puesto haciendo *algo*.

—No, no hace falta, no estoy buscando trabajo —respondo rápido mientras Danny se tensa. Ni aunque ardiera en el infierno le suplicaría a ese bastardo despiadado y cruel que me contratase.

Más allá de la vergüenza evidente por haber intentado tocarlo sin consentimiento, la cuestión clave es que él nunca me contrataría. No soy alguien «apto para Nexrion».

Necesito cambiar de tema.

—Cat enseña teatro en Highgate. Ya que estamos compartiendo nuestros currículums.

—Así es —dice Cat, mirando a Tristan con intensidad—. Lo mío es más una vocación que una carrera.

—Qué bonito. Yo vivo en Highgate —dice Jen—. Tengo un dúplex. Lo compré hace unos años. El jardín es pequeño, pero tiene una ampliación que uso como despacho y la vista del paisaje desde el balcón es preciosa.

La observo mientras habla sobre lo que, sin duda, es una casa de mil millones de libras como si fuese una cabañita adorable.

—Suena muy… pintoresca.

—Charlie y Cat viven la vida de solteras en Kentish Town. —Tristan entrecierra los ojos, divertido—. Les encantan las fiestas. Aunque ya rara vez vienen a las mías, salvo que las obligue.

Eso es porque intenté masturbarme con tu mejor amigo.

—¿Kentish Town? —Jen me mira como si acabaran de liberarme de una prisión de máxima seguridad—. Creo que las propiedades cuestan menos en esa zona, ya que es un barrio en desarrollo.

—Alquilamos —digo.

Ella tiene una hipoteca, ¿y qué tengo yo? Ratones.

—Charlie sabe que la ayudaré cuando quiera comprar —intercede Tristan, compensando por si pensaban que no era generoso con su pobre hermana sin dinero que vive en una pocilga.

—No —respondo, atónita por parecer una obra de caridad—. Cuando compre, lo pagaré sola.

No vamos a discutir esto aquí. Tristan siempre intenta darme dinero porque sí.

—¿Cuánto hace que sales con Tristan? —le pregunto a Jen con amabilidad. No me cae bien esta chica, así que espero que no dure. Nunca duran las relaciones de Tristan. Calculo que tendré que fingir amabilidad unos tres meses como mucho.

—¡Oh, no! —Jen ríe—. Este bombón es mío. —Hunde un dedo en las costillas de Danny.

Él se mueve, incómodo, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón. Ha permanecido en silencio durante toda la conversación.

Mi estómago se encoge y me obligo a parecer contenta.

—No, Charlie. No vamos a hacer esto. No estoy interesado —dice, mientras aparta mi mano de su rodilla.

Entonces este es el tipo de Danny.

Mi opuesto. Rubia, exitosa, delgada como un junco, femenina.

—¿Dónde está Ben? —pregunta Tristan.

—Charlie y Ben no están bien. Pronto estará soltera —anuncia mi madre—. De nuevo.

—¡Mamá! —La fulmino con la mirada, horrorizada, mientras los hombres balbucean disculpas.

—Ay, pobrecita —ronronea Jen, acariciando el brazo de Danny—. Chicos, ¿no tenéis algún amigo agradable para presentárselo a Charlie?

—No —responde Danny, con una intensidad innecesaria.

Lo miro y encuentro unos ojos serios. ¿Ahora tampoco soy suficiente para uno de sus amigos?

—Antes de Ben, Charlie tuvo cientos de hombres —comenta Cat, sin ayudar—. No le resulta difícil encontrarlos.

De nada, me sonríe.

Tristan escupe su whisky.

El rubor me empapa las mejillas y se extiende hasta las orejas.

—Sobre mi cadáver Charlie saldrá con uno de nuestros amigos desastrosos.

—Tristan ríe, pero todos escuchamos la firmeza en su voz—. No ocurrirá. Se mantendrán alejados de ella. Ya he notado que algunos te han estado mirando esta noche.

—Qué pena, me cae bien Ben —interrumpe mamá, con pesar—. Ya es hora de que dejes de saltar de novio en novio.

Pongo los ojos en blanco.

—Entonces sal tú con él.

Todos ríen. Fantástico. La vida amorosa de Charlie es divertidísima.

—¿Cómo va el trabajo, hermanita? —Tristan me da un empujón suave—. ¿Conseguiste el aumento que querías?

Mientras todos se disponen a prestarme atención, me tienta mentir.

—No —respondo con un gran suspiro—. Mi jefe es un idiota.

—Te has estado esforzando mucho en el trabajo. —Cat asiente, en un segundo intento de apoyarme—. ¿Recuerdas que en el anterior solías echarte la siesta en el baño y faltar por enfermedad todo el tiempo? En este trabajo no lo haces.

—Eso fue hace años —gruño. Después de esta noche, propondré a Cat para el *Guinness World Records* como la peor acompañante del mundo—. Y me aburría en ese trabajo.

—No te preocupes, Charlie. —Jen coloca una mano sobre la mía—. Si alguna vez necesitas consejos profesionales, estaré encantada de ayudarte.

—Gracias, Jen —estallo—. Parece que puedo acudir a ti para cualquier tipo de consejo vital.

Alzo la vista y noto que Danny me observa con el ceño fruncido.

—Ahí está la chica que vomita como un obrero —oigo detrás de mí.

La puta de oros.

Jen se queda boquiabierta.

—Disculpad. —Agarro del brazo a Cat, la obrera que vomita, y les dedico mi sonrisa más encantadora—. Vamos a la barra.



4
Charlie

Mantengo a mamá y a Danny lejos durante una hora, escondiéndome con Cat entre un grupo de banqueros inversores. Probamos los cócteles más exóticos en la barra, para deleite de nuestros amigos de finanzas.

Está el cóctel Tocino Rabioso, hecho con vodka infusionado con grasa de panceta; el Old Fashioned Calabaza, con calabaza especiada y endulzada, infusionada en whisky; y el francamente asqueroso Tampón Sangriento, con whisky, tequila, vodka y un poco de zumo de arándanos para simular una menstruación falsa.

Nada de eso debería estar en una bebida, pero por eso te cobran el doble y, qué demonios, esto lo paga Tristan. Una chica debe saber cuándo mantener la dignidad y cuándo aprovecharse, y desde luego

no voy a pagar veintidós libras por un whisky con calabaza especiada mientras mi madre merodea por detrás.

Tristan tenía razón: tiene muchos amigos pervertidos. Los banqueros no son lo mío, pero cumplen la función de subirme la autoestima después del ataque pasivo-agresivo de Jen.

—Cantarás, Charlie —anuncia mamá al acercarse por detrás—. Permiso, caballeros.

Me giro y la veo abriéndose paso entre los banqueros. Lleva el rostro rojizo de tanto jerez. Ahora mi madre también evita que tenga sexo.

Tristan avanza detrás de ella, con los ojos llenos de picardía.

—¿Qué? ¡No! —Abro la boca—. No es momento ni lugar para música folclórica. Estamos en Kensington, por Dios.

—Es la tradición, hermanita. —Tristan sonríe—. Me he asegurado de que hubiera una guitarra.

—¡Tristan! —protesto—. ¿Por qué me haces esto? ¡Ni siquiera estamos en un funeral de mierda!

—¡La boca, Charlie! —me reprende mamá—. Nada de bobadas. Tienes una voz preciosa. Es el único motivo por el que vengo a estas fiestas.

Entrecierro los ojos.

—Vienes por el jerez gratis, mamá. Tristan, por favor. —Lo miro, suplicante, con las manos juntas en pose de plegaria—. Si me quieres, aunque sea un poco, evita este desastre.

Se encoge de hombros como si estuviera fuera de su control. Como si no tuviera nada que ver, como si no fuese él quien va a entregarme el instrumento. Le doy un golpe en el pecho.

—¡Oye! —Se frota donde lo he atacado—. Me gusta cómo cantas. Además, no podría soportar las quejas de mamá si no fuera así.

Es fácil para Tristan decirlo. Al resto de los invitados puede que no les guste la interrupción. Después de esto, quizá nadie venga a su cumpleaños número cuarenta y uno.

Miro el escenario sensual y me estremezco. Está diseñado para soul, jazz o burlesque, no para una sesión de música irlandesa.

—Una cosa es cantar en el funeral de la tía Mo. Eso puedo soportarlo. Cantar canciones irlandesas en un bar exclusivo es

totalmente distinto. —Miro al techo y suelto un gemido diminuto—. Dios, ¿por qué me pasa esto?

Tristan alza una ceja.

—Deja de ser dramática. Además, la banda te espera.

—¿Charlie? —dice mamá.

—¿Qué? —Me giro para fulminarla con la mirada—. Ya he cedido, mujer. Cantaré una canción.

Ella frunce los labios.

—¿Podrías ponerte un sujetador antes de subir al escenario?

Gruño, furiosa, y me cruzo de lleno con Danny Walker.

Una chispa divertida cruza su mirada mientras se aparta.

—Buena suerte —dice con su voz grave y seca. La voz que entrecorta mi respiración.

Gruño y voy hacia el escenario.

Diez minutos después, con dos Tampones Sangrientos encima, espero al lateral del escenario. Miro mis pechos. ¿Quizá el sujetador adhesivo con relleno fue un error? Estoy bien dotada. Los rellenos están pensados para hacerme parecer seductora bajo una luz tenue y lámparas sensuales, no desnuda bajo el foco de un escenario, como si estuviera en un espectáculo sexual.

Ya es demasiado tarde para revisarlos mejor. La banda me llama al escenario y me presenta por el micrófono.

Al subir, un rubor profundo se extiende desde mis mejillas hasta las orejas. La caminata siempre es la peor parte.

Con una sonrisa comprensiva, el cantante me entrega una guitarra eléctrica. Es una transición difícil: pasar del jazz sensual al viejo *country* irlandés.

—Gracias por darnos un descanso. —Me sonríe—. Son todos tuyos. Es atractivo.

Cuando coloco la correa de la guitarra al cuello, los nervios del escenario me revuelven el estómago. Desde que tenía ocho años, mamá me obligaba a cantar, en cada velatorio y cada boda, sus canciones tradicionales irlandesas favoritas. Yo era la sensación musical de los Kane. El público solía ser ancianas irlandesas que marcaban el ritmo con el pie en señal de aprobación. No corredores de bolsa y abogados de Kensington, cuya idea de una juerga es un

fin de semana en Mónaco con champán ilimitado en un yate de alquiler. Este público es mucho más difícil de complacer.

El ambiente se tensa ante la ausencia de jazz. Carraspeo.

—Lo siento —digo al micrófono con mi voz de escenario—. Mi madre me está obligando a hacer esto. Como mi hermano está pagando todas sus copas, se supone que tenéis que ser amables conmigo. Prometo que solo os torturaré con una canción. Pero, por favor, no aplaudáis mucho, porque entonces mi madre me obligará a cantar otra. —Se oyen algunas risas y vítores entre la multitud—. Además, estoy acostumbrada a cantar en funerales, así que mi público habitual son los dolientes… y los muertos.

Más carcajadas. Eso es, chica graciosa. Ahora ya les das pena y no te abuchearán. O quizá fue lo de «mi hermano paga las copas» lo que hace que me gane su simpatía.

Empiezo a rasguear, intentando canalizar vibras de rock celta. He elegido un *jig* irlandés animado adaptado a la guitarra eléctrica. Bastante *funky:* lo tradicional se encuentra con lo moderno.

El tempo es rápido, y la gente empieza a balancearse al compás.

La primera línea es decisiva. El éxito depende de esa primera frase. Si no actúo como Sinéad O'Connor, esto será un desastre. Respiro hondo y empiezo a cantar.

El público responde con gritos y silbidos de ánimo.

Lo he hecho genial.

El elegante club de Kensington se transforma en un pub irlandés bullicioso.

¿A quién quiero engañar? Al final todos se transforman, por muy rígidos que sean sus trajes.

Unos cuantos tipos de Chelsea intentan hacer *riverdance* al frente de la pista. Los vítores estallan, y yo canto más fuerte mientras rasgueo con vigor. Tocar música irlandesa es un entrenamiento. El sudor me corre por la espalda y el pecho.

Cuando canto, simplemente me dejo llevar. Una vez consigo la primera buena reacción, puedo surfear la ola de adrenalina y adueñarme del escenario. La canción es larga, unos seis minutos. Las tradicionales irlandesas siempre lo son. Estoy agotada al terminar, y mis vaqueros negros se me pegan al cuerpo empapados de sudor.

—Gracias. —Hago un pequeño gesto con la mano para indicar que he acabado.

Aplausos y vítores estallan desde la pista.

—¡Otra! —grita una voz entre la multitud.

Sonrío y niego con la cabeza.

—¡Otra! —Los gritos se intensifican y contagian a la sala entera.

A un lado, el cantante levanta las cejas en señal de ánimo. *¿Una más?,* me dice sin sonido.

Miro hacia la multitud.

Danny Walker me observa, sin sonreír. Ya me he acostumbrado a su cuerpo rígido y esa mirada inescrutable durante la última década.

¿Cuál es el problema de ese idiota?

—Está bien, solo una más —digo al micrófono. La siguiente no es un *cover*; es mía. Sería demasiada presión admitirlo. Que crean que es otro *cover.* Sigue siendo tradicional irlandesa, pero más sugerente. Estaba obsesionada con Amy Winehouse cuando la escribí.

Jugar con canciones es solo un pasatiempo. Creo que algunas son bastante buenas, pero claro, no soy objetiva, igual que mis amigos y mi familia. Incluso Julie es amable cuando se trata de mis canciones.

Nunca he recibido críticas constructivas, así que probablemente sueno como una banshee y lo que recibo son votos de lástima. Incluso he conseguido sexo un par de veces gracias a los conciertos. Quizá por lástima también, pero lo acepto. Está bien fingir que tienes fans.

Mamá dice que mis canciones son demasiado sexis para funerales, así que nunca me deja cantarlas allí.

Con los ojos cerrados, empiezo a rasguear y cantar. Sería demasiado desmoralizante que la gente se marchara durante una de las mías. Tendré suerte si puedo mostrar el rango vocal en esta canción. Canto el último verso, profundo y ronco, y abro los ojos.

La primera mirada con la que me topo es la de Danny Walker. Mientras el público se mueve a su alrededor, él permanece rígido. Las manos hundidas en los bolsillos, como si fuera la situación más incómoda de su vida. Su mirada oscura me hace tropezar en la última línea, y lo maldigo en silencio por controlar mis cuerdas vocales.

La multitud aplaude entusiasmada, y oigo a alguien gritar mi nombre. Seguramente mamá.

Mis ojos recorren la sala.

Cat tiene la boca abierta y las manos cruzadas sobre el pecho. Es mi mayor fan.

Tristan me sonríe radiante, y mamá parece encantada, pese a la falta de un sujetador adecuado.

Con los vaqueros empapados de sudor, salgo del escenario a trote, saludando con la mano.

—Sensacional. —El cantante me guiña un ojo al devolverle la guitarra.

Le devuelvo el guiño, hablando el idioma del coqueteo. Al menos alguien aprecia mi canto. Danny Walker y su mandíbula cuadrada y rígida pueden irse al infierno.

Mientras avanzo entre la multitud, me dan palmadas en la espalda como si fuera una celebridad de segunda.

—¡Increíble, Charlie! —Cat corre a abrazarme—. Es como si el *Riverdance* se mezclara con el *soul.*

—¡Guau! —Desde atrás, unos brazos fuertes me levantan del suelo, y ladeo la cabeza para ver a Jack Knight sonriéndome—. Charlie, ¿qué nos haces? Nos has roto el corazón a todos ahí arriba.

Pongo los ojos en blanco, pero me gusta el cumplido. Cat tiene razón, es muy atractivo. Puede dejar los brazos en mi cintura.

—Has estado genial —dice Jen, apretando los labios. Como si marcara territorio, mantiene una mano en la cintura de Danny y otra sobre su pecho. No la culpo, las mujeres rondan—. Supongo que solo haces *covers*, ¿verdad?

Perra.

—La segunda era una canción suya —responde una voz baja y seca antes de que pueda hablar. Alzo la vista hacia él, sorprendida. ¿Cómo sabía Danny Walker eso?

—Em, sí, de hecho la escribí yo.

Un borracho me empuja por detrás.

—¡Dolly Parton! ¡Canta una de Dolly!

—No canto Dolly a petición —le gruño, apartándome.

—¡Dolly! —ruge—. Vamos, tienes los pechos para hacerlo bien.

Quedo boquiabierta.

—Lárgate —gruñe Tristan detrás de mí—. ¿Quién demonios es este tipo? —le murmura a Danny.

—Vamos, Dolly guapa —insiste el desconocido, ajeno a la furia de Tristan.

La gente ya nos observa.

—No es *country* estadounidense, es *country* irlandés, idiota —le suelto—. Ahora vete… imbécil fanático de Dolly. —Lo mejor que se me ha ocurrido.

Tristan interviene.

—Si vuelves a hablarle así a mi hermana, te haré pedazos. No sé quién eres, pero vete de aquí ahora mismo antes de que haga algo de lo que me arrepienta.

Sonrío. A veces, es maravilloso tener un hermano mayor temperamental.



Danny

Contrólate, hombre.

Bebo el resto del vaso como si fuera una bebida barata, en vez de uno de los whiskies de malta más antiguos del mundo. Aprieto el vaso tan fuerte que creo que lo romperé. Había estado guardando ese whisky para una ocasión especial, pero esta noche lo merecía. Necesitaba algo para calmarme.

Eyaculé dos veces en la oscuridad, en mi despacho.

Ridículo. No es mi final habitual para las fiestas de Tristan.

Me pregunto qué estará haciendo ella ahora mismo. ¿Se habrá ido a casa con alguien? Había muchos idiotas adinerados intentando llevársela a la cama. ¿Estará acostándose con alguno de ellos? El cantante de jazz parecía tener bastantes posibilidades.

Mi pene no ha dejado de latir desde que noté que no llevaba sujetador. Tenía la espalda descubierta, y la curvatura sutil de sus

pechos bajo esa tela translúcida… ¿Qué probabilidades tenía después de verla así?

Cierro los ojos mientras recuerdo el movimiento de sus pechos cuando cantaba. Sus vaqueros se ajustaban tanto a su trasero que parecían pintados. Sus labios… joder, esos labios carnosos que podía mirar sin que nadie lo notara mientras actuaba. Imaginar esa boca sobre mi pene, tragándome. Mi miembro tiembla ante la idea de verla de rodillas ante mí, mirándome mientras toco el fondo de su garganta.

En el escenario era tan seductora y segura que casi eyaculo en los pantalones. Tuve que recolocarme sin parar como un viejo verde.

Siendo Tristan un hermano tan posesivo, no entiendo por qué la anima a subir al escenario en las fiestas. Estoy bastante seguro de que no era el único con las manos metidas en los bolsillos. Ella nos cautivó a todos. Todos babeábamos como idiotas.

El tipo de chica capaz de hacer que un hombre caiga de rodillas y suplique que le permita saborearla.

Yo solo era otro hombre en la audiencia, deseando a una chica más joven. Así que ahora soy un maldito estereotipo. Esto es lo que pasa cuando superas los cuarenta.

Si Tristan lo supiera, me partiría la cara.

Y haría bien. Tristan me ha advertido suficientes veces de que nuestra amistad terminaría si intentaba conquistar a su hermanita. No me sorprende, me conoce demasiado bien. Después de un par de noches apasionadas, la expulsaría de mi sistema y perdería al mejor amigo que he tenido.

No consigo entender por qué me afecta así. Claro que es preciosa, sí, pero no es que me falten opciones. Quizá es porque me mira con tanto veneno que no hay duda de cuánto me detesta.

Quizá es porque es una de las pocas mujeres de la ciudad a las que no puedo tocar.

Su madre la grabó esta noche.

Necesito ese vídeo. Me pregunto cómo lograré que Tristan me lo dé sin parecer sospechoso. Sonrío al imaginar pedirle a la señora Kane un vídeo de su hija cantando para añadirlo a mi colección de vídeos que me ponen cachondo.

Los nudos de mis hombros se tensan. Ya debería haber pensado en un plan. No es una opción viable que ella trabaje para mí. Le ofrecería una cantidad obscena que no podría rechazar a cambio de que renunciara.

Antes de iniciar algo de lo que me arrepentiría de inmediato.

Río en voz alta. ¿Estoy perdiendo mi talento con la vejez? ¿Hay una adquisición de veinte millones de libras en juego y mi mayor preocupación es que la hermanita de mi mejor amigo, a la que me gustaría follarme, resulta que es una de las empleadas?

Mañana, a primera hora, llamaré a Tristan y le explicaré lo que necesito hacer. Es un hombre de negocios; entenderá mi justificación.

Espero que no note mis intenciones ocultas.



5
Charlie

Hay movimiento anormal en la oficina. Es lunes por la mañana. Todos deberían parecer deprimidos y cansados. Nadie debería estar rebosante de energía. Y, desde luego, no deberían actuar tan amables entre sí, como si estuvieran en un universo paralelo.

Jackie está en recepción con un maquillaje de noche, vestida como si estuviera a punto de subirse a una pasarela.

Sin duda, un cliente muy rico va a visitar la oficina. Está demasiado distraída como para mirarme siquiera cuando paso a su lado.

Entro en la oficina diáfana del cuarto piso.

Esto está muy mal. La gente debería estar desayunando, mirando sus redes sociales y hablando del fin de semana en voz alta.

Haciendo de todo menos trabajar. Esta mañana, nadie está mirando ni una sola red social.

Paso junto a cada escritorio y la escena es la misma. Han reemplazado a mis compañeros por clones amables que trabajan y hablan en susurros. Aterrador.

Camino hacia mi escritorio y paso junto a Mike. Tiene en el suelo lo que parecen ser todos los informes de este semestre esparcidos por todas partes.

Nunca ha leído esos informes antes, a pesar de que los enviábamos religiosamente. ¿Cómo ha conseguido siquiera encontrar una copia por su cuenta?

—¡Stevie! —Le agarro del brazo—. ¿Qué demonios pasa?

Me mira como si fuera idiota.

—Han vendido la empresa. Hoy vienen los nuevos dueños, el nuevo CEO y su equipo. Prepárate para la destrucción.

—Oh. —La semana pasada no presté atención a los comunicados. Así que ahora ya sé quiénes son los nuevos trajeados que rondan por aquí—. Pero dijo que no habría muchos cambios, que solo tendríamos una empresa matriz. Mike dijo que serían unos dueños amistosos y pasivos. Nos dejarán en paz, ¿no? ¿Por qué todos parecen tan tensos?

Stevie pone los ojos en blanco.

—Siempre dicen eso. Nexrion nos ha comprado. Y ellos no suelen dejar en paz a nadie. Compran la empresa, recortan lo que no les sirve y absorben lo mejor para Nexrion.

—¿Qué? —Dejo de caminar—. ¿Nexrion?

No.

Stevie se equivoca. Tiene que haber un error.

La sangre abandona mi rostro, baja por mi cuerpo y se acumula en los tobillos. Es imposible que Danny Walker haya comprado nuestra empresa.

—Mentira —digo.

—Nada de mentira —responde Stevie—. Ya lo verás cuando vengan. Prepara tu currículum, porque el CEO de Nexrion se cargará a media compañía. Elegirá uno por uno a los mejores y el resto estaremos de rodillas en la oficina de empleo.

De pronto, no hay suficiente oxígeno en la habitación.

—No tiene sentido. Ellos no trabajan en el sector de los seguros. —Caigo en mi silla, agitando las manos.

—Han cambiado de opinión, ahora sí lo hacen. —Se encoge de hombros, apoyado en el borde de mi escritorio—. Se han apoderado de todos los demás mercados. Era solo cuestión de tiempo.

Trago aire y me atraganto.

—Bueno, pero sin duda nos dejarán en paz, ¿no?

—Lo dudo. Por lo que he leído, Danny Walker es despiadado. Tengo un amigo que trabaja en ETech. Nexrion la compró el año pasado. Recortaron al cincuenta por ciento del equipo. La gente que conservó el empleo ahora trabaja diez horas al día. Dice que es un infierno.

—¿Habrá recortes? —chillo—. Apenas me ascendieron hace un año.

Él me sujeta la mano, molesto.

—Deja de mover los dedos así sobre la mesa. Pareces una loca.

—Lo siento —gimoteo—. Es solo que son muy malas noticias.

—No sé por qué estás tan preocupada. —Se señala a sí mismo—. Yo estoy perdido. He trabajado tres horas al día desde que entré aquí. Puedo engañar a Mike, pero estos tipos nuevos olerán mi pereza a un kilómetro de distancia. —Frunce el ceño—. Espera. ¿Tu hermano no es amigo de ese tal Walker?

—Sí —suspiró.

—Entonces estás a salvo. Él nunca despedirá a la hermana de su amigo.

—No estoy a salvo. —Me encorvo en la silla—. Durante los últimos ocho años, apenas he podido estar en el mismo espacio que Danny Walker por vergüenza. Él cree que soy una desesperada sin remedio a la que es mejor ignorar y ahora, gracias a la noche del sábado, tiene fresca en la cabeza la idea de que soy una empleada inútil que no merece un aumento y que se pasa el día durmiendo en el baño del trabajo. —Tomo aire de forma brusca—. Así que no, no estoy a salvo.

—Bueno. —Stevie me mira—. No he entendido nada de eso. Tendrás que explicarlo con más detalle.

¿Me atrevo a contárselo a Stevie? Él conoce todos los demás aspectos de mi vida. Incluso me ha acompañado a la farmacia a comprar medicación para hongos vaginales, para darme apoyo moral. Al menos tendré la perspectiva de un hombre.

Mike golpea el puño contra el pilar del centro de la habitación, así que no tengo ocasión de extenderme.

—Nos vemos en la sala de reuniones principal en quince minutos —grita, moviéndose nervioso. Parece incluso más inquieto que yo. Debe de estar muerto de miedo por si le preguntan qué significa I.T. y descubrir que no tiene ni idea.

—El final se acerca —declara Stevie con tono lúgubre.

Intento tragar el enorme nudo de mi garganta.

—Tengo que contestar unos correos. —Se da la vuelta para ir a su escritorio, pero antes me señala con el dedo—. Volveré luego para escuchar la historia.

La gente ya está agolpada cerca de la sala de reuniones aunque aún falta un cuarto de hora. No habrá productividad alguna hasta que termine la reunión.

Entorno los ojos para ver a través del cristal.

Ahí está.

Danny Walker está apoyado en el atril de la sala, hablando con otros tipos trajeados.

La piel se me eriza al verlo.

El traje azul oscuro a medida encaja a la perfección sobre su cuerpo atlético. Apenas un atisbo de vello oscuro asoma en su pecho bajo la camisa blanca impecable, y luce una barba incipiente que le da un aire rudo. Está espectacular.

Bastardo arrogante y pretencioso, moviéndose como si fuera el dueño del lugar. Porque ahora el maldito lo es.

No sé si estoy excitada o traumatizada. Probablemente un poco de ambas cosas.

Así que esta es la versión CEO de Danny Walker. Estoy acostumbrada a verlo en entornos sociales. Incluso estoy algo más nerviosa de lo que suelo estar cuando él entra en una habitación, y pensaba que eso ya no podía ir a más.

Me siento tan estúpida. ¿Por qué demonios no lo mencionó el sábado en la fiesta?

¿Soy tan insignificante que no pudo tener la cortesía mínima de decir: «Por cierto, Charlie, ¿recuerdas la empresa donde llevas cinco años trabajando y en la que aún no te han dado un aumento? Pues sorpresa: ahora es mía»?

El corazón me late a mil por hora ante la idea de entrar en la reunión. Quizá pueda escabullirme y que Stevie me cuente luego lo que haya dicho Danny Walker. No, en algún momento tendré que enfrentarlo. Además, ¿por qué me importa lo que piense de mí ese hombre?

Cuando esos ojos castaños intensos se cruzan con los míos, me quedo sin aire. Me agazapo detrás del monitor. Muy madura. ¿Así va a ser cada día en la oficina a partir de ahora? ¿Esconderme detrás del monitor?

—Hora de enfrentar el final —me dice Stevie, levantándose de la silla.

Asiento y lo sigo. Entramos en la sala de reuniones con el resto del equipo. Ocupo un asiento cerca de la puerta y arrastro a Stevie conmigo. Necesito apoyo físico y moral por si me derrumbo.

La tensión se respira en el aire como si estuviera entrando por el sistema de ventilación. Somos cincuenta personas apelotonadas en una sala hecha como mucho para treinta. Las sedes de Seattle e India están conectadas por videollamada.

La gente se alinea contra la pared, de pie, hombro con hombro.

Mis rodillas rebotan mientras me muevo de un lado a otro en el asiento. Soy claustrofóbica. Necesito salir de aquí. Mi instinto de huida intenta activarse. Pero ¿qué puedo hacer? No puedo darle un puñetazo en la cara. Tampoco puedo salir corriendo de la reunión, porque montaría un numerito.

Alguien cierra la puerta.

Arremangado, Danny Walker se coloca en el atril. Es todo lo contrario que yo: relajado, seguro y tranquilo. Para él es solo otro día en la oficina, otra compra más. Hace girar el vaso de café en la mano y ríe, relajado, con otro tipo. No hay duda de quién manda en la habitación.

Alza la vista y recorre el grupo reunido, buscando algo o a alguien.

Me hundo todavía más en la silla. Un contacto visual a esta distancia mínima me provocaría un ataque de pánico.

La sala hierve de conversaciones banales mientras Danny charla con el otro tipo, sin prisa por empezar.

Por fin carraspea y todos guardan silencio.

No necesita gritar ni golpear el puño como Mike. Danny Walker impone de por sí. Cat tenía razón. Un hombre muy masculino.

El silencio se asienta mientras todos esperan su primera palabra. Mis latidos rugen en mis oídos y me pregunto si alguien más puede escucharlos.

—Hola. —La voz grave y gutural hace que todos se enderecen en sus sillas—. Soy Danny Walker, fundador y CEO del Grupo Nexrion.

Como si necesitáramos la presentación.

Oigo los ovarios de alguien estallar.

—Ya os habrán informado de la asociación entre Dunley Tech y Nexrion. —Sonríe a la sala, enseñando sus dientes perfectos.

—Yo no lo llamaría asociación —murmura Stevie.

—Estoy muy ilusionado con nuestro futuro juntos —prosigue Danny, caminando despacio por la sala—. En Nexrion llevamos tiempo observando vuestro trabajo, y veo mucho potencial en vuestro *software*.

Sufro, me hundo aún más en el asiento. Él ha estado observando mi empresa sin decir nada. ¿Se lo habrá contado a Tristan? ¿Habrán hablado de cómo reaccionaría yo? ¿Soy la última en enterarse?

Llevo cinco años trabajando aquí. Conozco las debilidades y tengo ideas para mejorarlas. Trabajar en soporte es como recibir bofetadas verbales todos los días. Todo es culpa tuya, incluso cuando no lo es. Nadie llama jamás a soporte para decir buen trabajo, ¿verdad? Y, como jefa de equipo, absorbo yo los golpes cuando entra una llamada especialmente desagradable.

¿De verdad mi opinión le resulta tan irrelevante a Danny Walker que ni siquiera pensó que valía la pena decir al vuelo: «Oye, Charlie, ¿qué tal es la empresa en la que llevas cinco años trabajando?»?

La voz de barítono interrumpe mi protesta interna.

—Solo hace falta un poco más de empuje, más innovación para llevarlo al siguiente nivel y dominar de verdad el sector de los seguros. Nexrion es la empresa que puede conseguirlo. —Dice cada palabra con la confianza de un hombre que no duda de sus capacidades.

Con una mano en el estómago, respiro despacio.

A mi lado, Stevie me lanza una mirada rara.

Esto es patético. La presencia de Danny Walker está convirtiéndome en un desastre.

Al parecer, soy la única. Cuando miro a mi alrededor, veo a todas las chicas de la oficina mirándolo como si quisieran ser las madres de sus hijos. Todas se tocan el pelo, los labios, sonríen, cruzan y descruzan las piernas y hacen otros intentos desesperados de atraer su atención hacia distintas partes de sus cuerpos. En primera fila, Jackie se inclina hacia delante para ofrecer una vista panorámica de sus pechos.

El corazón se me cae a los pies.

Me desconecto. Ya ni escucho sus palabras. Sentada ahí, una más entre muchas, me doy cuenta de que vivimos en dos mundos diferentes y que fue ridículo intentar frotarme contra él. Me sorprende que no me denunciara a la policía.

—Mi intención es conocer a todo el mundo, saber qué hacéis y cuáles son los valores de la empresa —continúa con su acento escocés—. La compañía ha estado funcionando a cierto nivel, pero no de forma ejemplar. Me encargaré personalmente de supervisar la transición de Dunley Tech para que sea un traspaso suave, así que me veréis mucho por la oficina en los próximos meses.

¿Qué?

No, no, no. Jamás sobreviviré a una exposición prolongada a Danny Walker.

Se detiene en el centro de la sala.

—Mientras tanto, no hay nada de lo que preocuparse; limitáos a seguir con vuestro trabajo como siempre. Más tarde hoy, el equipo enviará la información que necesitáis para entender los cambios que se producirán en los próximos meses mientras pasáis a ser empleados de Nexrion.

Stevie levanta la mano. ¡Será imbécil! Se supone que yo estoy intentando pasar desapercibida.

Danny busca con la mirada hasta localizar a la persona que quiere hablar.

—¿Sí? —Asiente hacia Stevie para que continúe.

Danny inclina la cabeza y me ve escondida detrás del hombro de un compañero. Nuestros ojos se cruzan un segundo doloroso antes de que vuelva a mirar a Stevie.

—¿Cambiará mucho el tamaño del equipo cuando nos fusionemos con Nexrion? —pregunta Stevie.

Todos contenemos la respiración en la sala.

La pregunta del millón.

¿Conservaremos el trabajo?

—Será necesario reestructurar algunos departamentos —responde Danny, y va directo al grano. Apoya un pie en uno de los escalones del atril y descansa el codo en la rodilla. Incluso de traje, se parece más a un miembro de las Fuerzas Especiales que a un CEO tecnológico—. Habrá cambios de rol e incluso recortes. Os aseguro que, si eso sucede, se os recompensará como corresponde por vuestro tiempo en Dunley. Empezaremos ofreciendo bajas voluntarias.

El grupo se tensa.

Algunos perderemos el empleo.

Los murmullos estallan por la sala y en la videollamada. Las sedes remotas parecen incluso más nerviosas que nosotros.

—Pensad bien qué queréis hacer —prosigue, imperturbable ante la tensión—. Nexrion es un entorno muy gratificante, pero competitivo. Solo contratamos a los mejores. Si no estáis dispuestos a dar el cien por cien, entonces esto no es para vosotros. También rescindiremos el alquiler de este edificio y trasladaremos la empresa a la oficina central de Nexrion. Sigue estando en London Bridge, así que el tiempo de desplazamiento será el mismo. Aunque espero que la nueva oficina os resulte un poco más… —Hace una pausa, buscando la palabra adecuada—. Interesante.

Es un eufemismo. La oficina de Dunley Tech parece una funeraria en comparación con la sede moderna y sensual de Nexrion.

Una vez, Tristan me la enseñó. Tiene una terraza con vistas al río Támesis, un gimnasio con jacuzzi, varios restaurantes y cafeterías y un estudio de yoga. Está diseñada para que el personal nunca salga del edificio y ni sueñe con dejar la empresa. Si sobrevives al proceso de contratación extenuante, te quedas preso ahí de por vida.

Murmullos de entusiasmo recorren la sala. Si sobrevivimos al recorte, dejaremos atrás nuestra oficina deprimente.

—Eso es todo por ahora. —Asiente, dando por terminada la reunión.

La mayoría salimos disparados, mientras otros se quedan deambulando por la sala. Hay dos categorías de deambuladores: las Jackies, que quieren practicar el arte de la seducción, y los pelotas, que quieren llamar la atención del nuevo jefe.

Yo soy mi propia categoría: la idiota que se frota contra el jefe sin su consentimiento.

Mike está junto al atril, sacando pecho en una exhibición extrema de arrogancia.

—¡Cualquier duda, me lo comunicáis! —grita.

Danny Walker mira a Stevie y a mí y alza levemente las cejas, en un gesto de reconocimiento.

Asiento rápido y salgo disparada por la puerta, abriéndome paso a codazos en medio del cuello de botella humano.

—¿Y bien? —insiste Stevie cuando volvemos a nuestros escritorios —. Cuenta la historia.

—Vale. —Me dejo caer en mi silla—. Hace ocho años estuve en una de las fiestas de Tristan. Danny siempre va a sus fiestas, así que por supuesto que estaba. Nunca me habló demasiado en ellas, yo solo era la hermana pequeña tonta que estaba en la universidad y él el CEO al mando de su gran empresa prometedora. Él compraba acciones, yo compraba chupitos.

—¿Y? —Stevie me hace un gesto para que me dé prisa y llegue a la mejor parte.

—Estaba borracha en la fiesta. En aquella época no era nada raro. Cat y yo llevamos una bebida blanca fuerte a casa de Tristan. Digamos que me dio aires de grandeza. Malinterpreté las señales de

Danny Walker, me subí a su regazo y empecé a tocarle. Pero me rechazó y me apartó.

—¿Hiciste qué? —ruge Stevie—. Esto es brillante. Me acabas de alegrar el día. Básicamente, acosaste al nuevo CEO.

—Me alegra que a alguien le parezca estupendo —replico, cruzándome de brazos—. Yo he estado tan avergonzada que apenas le he dirigido la palabra desde entonces. Es una situación imposible de ganar. O sigo escondiéndome de él por vergüenza, o dimito e intento empezar de nuevo en otro sitio. No puedo soportar verlo en la oficina los próximos meses.

Stevie mira a Danny, que aún sigue en la sala de reuniones con expresión seria, hablando con Mike. Mike agita los brazos con entusiasmo.

—Fue hace ocho años. —Stevie se encoge de hombros—. Desde entonces debe de haber tantas mujeres que han tocado su pene que seguro que ya ni se acuerda.

Niego con la cabeza una y otra vez.

—Le caigo mal. Nunca me habla. Solo gruñe y frunce el ceño. Cree que soy la hermanita tonta de Tristan —continúo, entrando en mi portátil—. ¿Cómo demonios voy a concentrarme para trabajar ahora?

—Mierda. —Stevie mira la hora y se pone en pie—. Mira, solo tocaste el miembro al jefe del jefe de tu jefe. Podría ser peor.

—¿Cómo podría ser peor? —balbuceo, poniéndome las gafas.

—Podría haber sido el pene de Mike. —Agita la mano, quitándole importancia, y sale corriendo de vuelta a su escritorio.

Exhalo ruidosamente y reviso los tickets de soporte sin prestar atención. No consigo concentrarme con todo esto encima. Tengo que ocuparme del problema. En el navegador abro la página principal de empleo de Londres y entro. A ver qué puede ofrecerme esta ciudad.

Alguien carraspea detrás de mí.

Giro la cabeza y veo su rostro masculino y astuto. Está demasiado cerca, inclinado sobre mí. Tan cerca que puedo oler su colonia.

—Charlie. —Clava en mí su mirada distante.

—Señor Walker —respondo, con la garganta seca.

Veo cómo la molestia cruza su cara.

—No hace falta que me llames así. Sigo siendo Danny.

—¿Por qué no me lo contaste el sábado? —pregunto, con la voz temblorosa—. Sabías que trabajaba aquí.

—Sí, lo sabía. —Aprieta los labios—. No podía anunciarlo antes de hoy. Tema de legalidades.

Huelo la mentira.

Con una mirada oscura, echa un vistazo por encima de mi hombro y luego vuelve a mirarme.

—Pareces ocupada.

Mierda.

La página de empleo.

Me muerdo el labio.

—Por si acaso ya no necesitas a una jefa de soporte. —Trago el nudo que tengo en la garganta y siento que las mejillas me arden.

Él vacila, pero no me corrige. Está a punto de hablar cuando aparece una rubia para indicarle que la siga. Creo que se llama Cheryl.

—Discúlpame, Charlie.

—Oh —dice Stevie, mientras Danny aún está a una distancia desde la que puede oírlo—. La tensión se cortaba con un cuchillo.

Danny lo oye, porque inclina apenas la cabeza hacia Stevie antes de seguir caminando.

—Compórtate —le suelto.



Es lunes por la tarde, y hemos adelantado nuestra cena de piso del jueves debido a la sorpresita desagradable que he tenido hoy.

Las chicas hablan sobre la situación de los roedores en el piso mientras yo escribo en mi teléfono del trabajo.

Julie me observa.

—¿Qué ha pasado esta vez? ¿Alguien ha perdido un cable?

La fulmino con la mirada.

—Es la oficina de Seattle. Han perdido la conexión con el servidor de Londres que aloja la aplicación de facturación.

Pone los ojos en blanco.

—Por favor, deja de hablar. Ya me he aburrido.

Cat me toca la mano.

—Tienes que descansar, Charl. Puede esperar hasta mañana. Siempre habrá un problema que tendrás que resolver. —Sonríe con pena—. Solo tienes que intentar relajarte y no pensar en ello fuera del horario laboral.

La miro con una sonrisa tensa.

—En Londres no estoy en horario laboral. Pero en Seattle es por la mañana. Luego, en unas horas, se despertará Singapur y después India.

—No puedes estar disponible todo el tiempo —dice Cat.

—Además —suspira antes de beber un sorbo de vino—, Danny Walker ya cree que soy una inútil en mi trabajo. No quiero darle una excusa.

Mi teléfono suena mientras los mensajes llegan sin parar. Escribo mi respuesta para el equipo de soporte de Seattle y la envío.

—Dios. —Julie abre los ojos de par en par—. Eres rarísima. Puedes escribir sin mirar la pantalla.

Sonrío con arrogancia.

—¿Acaso no tecleas en tu trabajo, Julie? ¿O solo intimidas a tus compañeros para que lo hagan todo por ti?

—Por supuesto —responde, inexpresiva—. Yo hablo. Ellos teclean.

—¿Por qué tienes tantos problemas, Charlie? —pregunta Cat.

—Mike cree que tenemos una gran palanca en la empresa que subimos y bajamos para conectarnos. —Hago comillas en el aire para enfatizarlo—. No me deja migrar a la nube.

Cat asiente, con la mirada un poco perdida.

—La nube.

Le he dibujado a Cat los mismos diagramas que le hice a Mike. Incluso sus conocimientos ya superan los de él. Ella asiente con empatía y decido que es hora de cambiar de tema.

A veces desearía que mis amigas entendieran la presión que tengo encima. Mientras Cat y Julie se reúnen dos veces por semana para ir a una clase de gimnasia, yo estoy ocupada trabajando sin parar, intentando mantener en funcionamiento sistemas poco fiables. A

cualquier hora del día puedo decirte qué hora es en cualquier huso horario. Cat tiene una broma recurrente sobre mi «obsesión con los relojes». Todas las aplicaciones tienen que estar funcionando y disponibles las veinticuatro horas del día.

—¿Por qué te molestas siquiera en hacerlo? —dice Julie—. Suena a que te irás pronto si Danny Walker te odia tanto como dices.

—Quizá es hora de cambiar de rumbo, Charlie, ¿no? —pregunta Cat.

Tiene razón. ¿Para qué me molesto?

Mi estómago gruñe y Julie me mira con repulsión.

—Contrólate, mujer, ¿quieres?

—No he comido hoy —protesto—. ¿Dónde está Suze?

Se suponía que Suze se reuniría con nosotras hace media hora, y la camarera empieza a ponerse nerviosa, dado que solo conservarán la mesa otros cuarenta y cinco minutos más. Si tenemos que ir a otro sitio a comer, la estrangularé. Es muy raro en ella llegar tarde a una cena.

—La habrá atropellado un autobús. —Julie mira su reloj, incrédula —. Increíble.

—Hola, chicas. —Suze llega corriendo a la mesa, sonrojada, agitando unos folletos en las manos—. ¿Adiviináis dónde he estado?

Esperamos.

—¡Aquí! —Deja frente a nosotras los folletos con un modelo de estilo *zen* reclinado sobre una esterilla.

—*Yoga Bikram* —lee Cat en voz alta—. ¿Es el yoga que haces a treinta grados de temperatura?

—En realidad, a cuarenta —corrige Suze—. ¡Es maravilloso! La diferencia que hace, chicas, en serio, este es mi deporte.

—¿Acabas de salir de la clase? —pregunto.

La miramos, sorprendidas. Suze se ha apuntado a más actividades deportivas de las que recuerdo, pero rara vez llega a empezar y mucho menos a mantenerlas en el tiempo.

—Ajá. —Asiente—. He comprado un pase inicial de veinte días. He preferido ser cauta. Todavía no quería comprar el pase anual, pero creo que iré al menos tres veces por semana.

—Vayamos poco a poco —digo. Ya hemos pasado por esto cuando Suze intentó que le devolvieran el dinero de su conjunto de *kickboxing zen-do—.* Entonces… ¿te ha gustado este tipo de yoga?

Suze ríe.

—Hoy solo ha sido una charla introductoria donde hemos rellenado los formularios de inscripción. ¡No he tenido clase! —Se encoge de hombros, quitándole importancia—. Sé que es el deporte para mí. He probado yoga antes y me gustó. Lo único que no me acabó fue todo el estiramiento y las posturas. Pero con cuarenta grados de calor es más fácil doblarse.

—Pero tienes pinta de estar muy… —Cat intenta encontrar una palabra más bonita que sudada—. ¿Ruborizada?

Suze asiente con entusiasmo.

—¡Incluso en recepción hace calor! Seguro que he perdido peso solo por sentarme allí.

—Cuarenta grados es muchísimo calor. —Frunzo el ceño—. Suze, no creo que vaya a ser una clase relajante. Si solo por estar sentada en recepción has sudado, Dios sabrá cómo será cuando estés en la sala.

—Creo que nunca me he expuesto a cuarenta grados de calor, y mucho menos haciendo ejercicio —comenta Cat.

—Bueno, ahora es vuestra oportunidad —responde Suze, feliz—. Porque os he inscrito a las dos conmigo —dice, mirándonos a Cat y a mí.

Abro la boca.

—No, no, no, no vamos a hacer esto otra vez.

Sacudo la cabeza con firmeza, lista para pelear. Ella hace un mohín.

—¿Qué pasa con nuestro pacto de probarlo todo una vez?

—Suena como una pesadilla para mí. Es el último lugar en el que querría estar. Ya pago por estar de pie sudando en el metro. No necesito pagar más. Y estoy demasiado ocupada con el trabajo —añado rápido como excusa final.

—Ya estoy apuntada a un gimnasio, Suze —dice Cat—. Y ya me cuesta ir. Con la frecuencia con la que voy, estoy pagando como veinte libras por clase.

—Ay, venga, chicas —gimotea—. ¡Todo el mundo habla de esto! Es fantástico. Te quita toda la celulitis.

—¿En serio? —resoplo—. Es más probable que la NASA rellene los cráteres de la luna con pegamento. —Ni siquiera puedo mirar la tarta de queso de cabra sin que el queso recorra mi sistema digestivo a toda velocidad y vaya directo a mi trasero.

—De hecho, Charlie. —Cat me mira, pensativa—. Tiene un punto. Jenny, del departamento de Matemáticas, ahora tiene mejores piernas que nuestra profesora de gimnasia. Lleva meses hablando sin parar de los beneficios del yoga Bikram. Y conozco a más gente que también está fascinada. —Alza las cejas—. ¿No quieres estar más guapa que nunca ahora que Danny Walker se pasea por la oficina?

—Supongo que, dado que he perdido toda mi dignidad, debería al menos intentar parecer medio decente —respondo, apretando los dientes.

—Venga —dice Suze—. Está en London Bridge. ¡Está literalmente a la vuelta de tu oficina! Por favor, por favor, por favor.

—De acuerdo —replico, sabiendo que es más fácil ceder e ir a la única clase a la que Suze asistirá—. Iré a una clase.

—¡Sí! —Suze aplaude—. Ahora, a celebrar.

Llamo a la camarera.

—Una ensalada César, por favor. —Julie cierra su menú, sin interés. Está igual de entusiasmada que si hubiera pedido serrín. Si no contiene nicotina, le vale.

La camarera mira a Suze, que no ha abierto el menú.

—Yo tomaré la hamburguesa de carne con queso azul y aros de cebolla de acompañamiento, con salsa de mayonesa y chile y una ración de gajos de patata con guacamole.

—Dios. —Julie tuerce el gesto con repulsión—. ¿Te lo sabes de memoria?

—Tengo buena memoria —replica Suze, a la defensiva—. Y tengo permitido comer algo así de vez en cuando. ¡Se evaporará cuando esté en Bikram!

Mi teléfono vuelve a vibrar, exigiendo atención.

—Lo voy a hacer trizas —gruñe Julie, y las demás no dicen nada en contra.

Bajo la vista.

Charlie.
Ven a verme a la oficina. 8 am.
Danny Walker.

Mierda.



6
Charlie

No pegué ojo anoche, preocupada por esta reunión. ¿Por qué me envió un mensaje tan impreciso? ¿No podría al menos haberme dado algún indicio de qué trataba?

Qué atrevido es. Me envía un correo electrónico a las nueve de la noche anterior a la reunión y espera que esté disponible para revisarlo. Mi horario laboral no empieza hasta las ocho y media. No tengo obligación de ver su mensaje antes. Incluso sus correos electrónicos carecen de modales, como si cada palabra fuera un esfuerzo excesivo. Un servicio de mensajería automático tendría más carisma. Por supuesto que no tuve el valor de decirlo.

Son las ocho menos uno, y llevo diez minutos dando vueltas en círculos frente a su despacho. Es uno de los que ha solicitado tras la

compra.

Llevo mi atuendo más profesional: una falda gris y una blusa blanca, ambas planchadas por primera vez desde que las compré.

Respiro hondo, me arreglo el pelo y llamo a la puerta.

Nada. ¿Me ha oído? Sé que está dentro. ¿Va a hacerme esperar? Llamo de nuevo.

—Adelante —responde una voz grave al cabo de un minuto.

Ojalá no tuviera esa voz profunda con acento escocés que hace que mi corazón se dispare.

Al entrar en el despacho, cierro la puerta y me quedo en el centro de la sala, incómoda. No quiero acercarme demasiado por si puede oler el miedo.

Detrás del escritorio, mira su portátil con el ceño fruncido. Ni siquiera alza la vista.

—Siéntate.

De pronto, me siento irracionalmente nerviosa. Ocupo el asiento frente a él y cubro mis rodillas con la falda cuando la tela sube. Mientras mira la pantalla con el ceño fruncido, lo observo de reojo. Incluso a las ocho de la mañana el maldito está atractivo.

Algo en la pantalla le hace dilatar los orificios nasales de su nariz romana. Siempre parece enfadado. Me pregunto si alguien llega a ver su lado más suave.

Ensayé este escenario sin parar en la cama. Entraría segura y tranquila, lo miraría directamente a los ojos y me aseguraría de que supiera que soy una mujer poderosa y confiada a la que su presencia no afecta.

En cambio, estoy sentada aquí, como una tonta, observándole mientras me ignora. Para distraerme, pellizco una pelusa imaginaria de mi falda. El silencio me destroza. Quizá es una táctica de intimidación propia de un CEO. O quizá solo es un imbécil.

—Hola. —Mi voz suena más fuerte de lo que querría—. ¿Qué quieres?

Alza los ojos hacia mí como si lo hubiera sorprendido.

—Buenos días, Charlie. —Se inclina hacia delante en la silla y cruza sus brazos musculosos sobre el pecho. Lleva las mangas arremangadas hasta los codos y exhibe los antebrazos.

Aparto la vista de sus brazos distractores.

—Espero que no saludes así a los clientes.

—Estoy en Soporte, no en Ventas —respondo con acidez—. Solo hablo con clientes cuando ya están enfadados. Además, tú nunca has sido alguien que siga las formalidades. Al menos, no conmigo.

—De acuerdo. —Alza una ceja—. Olvidemos las formalidades e iremos al motivo por el que te he convocado. Escucha —dice con voz suave, arremangándose aún más—. Quería decírtelo cuanto antes, dado… nuestro contacto en común.

La incomodidad me atenaza.

—Como oíste ayer en la presentación, necesitaremos optimizar algunos de los departamentos de la empresa y fusionarlos con nuestra empresa matriz, Nexrion.

Optimizar. Recortar personal.

—No es rentable mantener la estructura del equipo como está —prosigue, observándome—. Te he conseguido un puesto excelente en otra empresa de tecnología, con los mismos beneficios. Y, por supuesto, tu pago por baja será muy generoso. Más que cualquier otra indemnización, así que te sugiero que no lo comentes.

Lo miro, atónita. *¿Me está despidiendo?*

—¿Me estás despidiendo? —espeto.

—No —responde, con ojos de acero—. Te estoy ofreciendo una compensación muy generosa y un nuevo empleo en otro sitio. Es un trato preferencial dadas las circunstancias.

Parpadeo, confundida.

—¿Cómo lo has decidido tan rápido?

—Debido a nuestra relación con Tristan, quise asegurarme de que te dieran una buena indemnización cuanto antes… —Hace una pausa, esperando que yo comprenda.

¿Esto es porque soy la hermana de Tristan? Me sube la temperatura. Cómo se atreve.

—¿Trato preferencial? —estallo, fulminándolo con la mirada—. ¿Crees que puedes despedirme y además decidir dónde trabajo?

La furia brilla en sus ojos. Supongo que nadie le lleva la contraria a Danny Walker.

Echa la silla hacia atrás y se coloca frente a mí, cerniéndose como una torre.

—Será mejor que me respetes, Charlie. Nadie me habla así —gruñe, apoyando las manos en el escritorio—. Por si aún no lo has entendido, soy el dueño de esta empresa. Yo decido quién se queda y quién se va.

Inhalo con un respingo.

—¡Esto no puede ser legal! He trabajado aquí cinco años y me despides al segundo día después de…

—No es un despido —me interrumpe—. Es una compensación económica muy generosa. Te aseguro que nuestros abogados están muy tranquilos con esto.

—Exhala con brusquedad—. No puedo ser benévolo en este asunto. No necesitamos dos equipos de soporte. Habrá un cuarenta por ciento de bajas, como mínimo. Sé razonable.

Entrecierro los ojos.

—Ni siquiera has visto mi currículum o lo que he hecho.

—¿Y lo que no has hecho? —responde, tenso—. Hay cortes constantes. Avanzan a paso lento. Tu departamento no es eficiente.

—¡Lo sé! —Me hierve la sangre—. No puedo creer que Tristan sea amigo de este idiota. No puedo creer siquiera que me pareciera atractivo—. Paso noches en vela intentando resolver los cortes —añado—. Si Mike no hubiera vetado mi propuesta de migrar todo a la nube, no tendríamos estos cortes. En cambio, lo único que puedo hacer es poner parches en las grietas.

—¿Y decidiste rendirte y dejar de intentarlo? —me ladra.

—Sí —replico—. Después de intentarlo durante seis meses. ¿Conoces a Mike?

—Qué actitud derrotista —responde.

—Al parecer, me derrotan con facilidad los hombres arrogantes en traje que no me escuchan —estallo. Su mirada se oscurece.

—Cuidado, Charlie.

Lo miro directamente, sin retroceder.

—Escúchame —dice, enfatizando la palabra—. Puedes aceptar mi oferta generosa ahora, o puedes intentar convencer a mi equipo de recursos humanos para conservar tu empleo.

—¿Acaso tengo opción? —pregunto, intentando mantener la voz firme.

Frunce los labios con desagrado, mirándome como si fuera una niña malcriada que se niega a comer.

—Ahora mismo, sí. He puesto sobre la mesa un acuerdo informal para asegurarme de que te cuiden. Tienes diez días para pensarlo. Después, mi equipo decidirá a quién conserva. Recortaremos al cuarenta por ciento de los empleados. Si rechazas esta oferta ahora, no podré darte un trato tan bueno más adelante.

—Y crees que no lograré quedarme aquí por mérito propio —respondo con mordacidad—. No soy solo la hermanita tonta de Tristan. He hecho mucho por esta empresa este último año. Hemos ahorrado un veinte por ciento en gastos de soporte este semestre.

Aprieta su mandíbula cuadrada.

—No estoy diciendo que no fueras a quedarte, sin embargo, te advierto que el equipo de Nexrion es de un nivel excepcional. Te doy la oportunidad de irte para que no tengas que competir. Tristan lo sabe y lo entiende.

—Espera, ¿qué? —Me pongo de pie para encararlo. O, mejor dicho, para encararme con su pecho, porque es muchísimo más alto que yo. Tendré que comprar tacones más altos—. ¿Tristan lo sabe? —chillo—. ¿Se lo dijiste a Tristan antes que a mí?

Lo miro, incrédula. Este tipo es una víbora.

Se muerde el labio y, durante un instante fugaz, parece culpable.

—No tenía obligación de comunicártelo personalmente, pero quise hacerlo por nuestra historia y… —Pausa—. Nuestro contacto común.

—Qué amable —replico—. Eres todo un santo.

—Cálmate un poco, Charlie —gruñe, apretando los dientes. Está cabreado.

—Soy Charlotte para ti —respondo, cruzándome de brazos. Necesito enterrarlos o le pegaré un puñetazo a su cara estúpida, preciosa y arrogante.

—Lee la oferta. Ya está en tu bandeja de entrada del correo. Te gustará. Mucha gente mataría por estar en tu puesto. La nueva empresa tiene un muy…

—No te corresponde decidir dónde trabajo —lo interrumpo.

Estoy harta. No quiero escucharle ni una palabra más. Salgo hecha una furia del despacho y cierro la puerta tan fuerte que los que ya han llegado a la oficina se giran para mirarme.

Segundos después, la puerta se abre cuando estoy a mitad del pasillo y escucho pasos furiosos detrás de mí. Una mano poderosa me agarra del brazo, y me giro, atónita.

—Esa es la última vez que me dejas hablando solo y cierras la puerta así, Charlie —gruñe, mirándome fijamente. Está tan cerca que siento su aliento en mi mejilla con cada palabra de ira.

Lo miro, desafiante, y retiro mi brazo. Todo el mundo en la oficina observa la escena.

No se me ocurre ninguna buena respuesta. Giro la cabeza y avanzo por el pasillo a toda prisa, rezando para que él solo haya visto la furia y no el dolor en mis ojos.



¿Estás bien, hermanita?

Miro mi teléfono.

Genial.

Tristan ya lo sabe. Eso significa que probablemente mamá y Callie también. Tengo de nuevo dieciocho años, y todos saben qué me pasa. Mamá seguramente está contándoselo al padre Murphy durante la confesión.

No respondo.

Suena como una oportunidad maravillosa. Danny te está ofreciendo una compensación excelente. ¡Con el dinero incluso podrías tomarte un tiempo sabático si quisieras!...

Los puntos indican que sigue escribiendo.

Estoy genial, respondo, intentando terminar con el interrogatorio. No quiero todavía hablar de esto con Tristan. Es demasiado reciente.

Miro mi teléfono y suspiro con pesadez. Sé que tiene razón. Leo la oferta y es decente, mejor que cualquier otra compensación económica que haya visto. Eso no hace que Danny Walker deje de ser un imbécil.

Entré en la empresa nada más terminar la universidad y, durante cinco años, me he esforzado hasta llegar a este puesto mediocre de gerencia intermedia, trabajando muchísimas horas y soportando la mierda de Mike.

La verdad es que, a pesar de todas mis quejas, me gusta trabajar aquí. Tengo amigos. Es mi zona de confort. La gente me respeta. Acabo de recibir un ascenso, y ahora tendré que volver a empezar en otro sitio. Todas mis largas horas de trabajo no significan nada ahora. Si me voy a una empresa más grande, nunca me darán la misma responsabilidad con mi nivel de experiencia. Será una degradación inmediata.

Es cierto, no es la mejor empresa del mundo. No tenemos un restaurante o un gimnasio como en la oficina de Julie, y nuestro espacio es más mugriento que elegante, pero es mi mundo.

Y ahora, con solo un día como dueño de la empresa, Danny Walker lo destruye todo entrando como un huracán, sacudiendo su pene e informándome de que tengo que hacer las maletas.

Toda la situación me deja un sabor amargo en la boca.

Él da por hecho que soy mala en mi trabajo y que no soy lo bastante seria o inteligente para cumplir sus estándares. No como Jen.

Sé que esa es la razón por la que no me ofreció un empleo en Nexrion. Cuando buscaba trabajo hace años, estaba dispuesto a conseguirme una entrevista en cualquier empresa, pero nunca en la suya. Nunca en Nexrion. Incluso cuando veía que había vacantes activas en Nexrion.

Solo soy un peón inferior e irrelevante en su juego de negocios, alguien que necesita eliminar para evitarse una discusión con Tristan.

¿Y luego insinúa que debería darle las gracias por conseguirme otro empleo que yo ni siquiera he pedido? No soy ninguna obra de caridad.

La verdad es que estoy más dolida que enfadada. Después de diez años, sigue viéndome como una niña tonta.

Ni siquiera me dio una oportunidad.

—Todos hablan de ti en la oficina —anuncia Stevie, acercándose con su silla—. Hay dos bandos: los que piensan que has sido valiente por responder así a Danny Walker y los que creen que eres una idiota.

—Genial —resoplo—. Todo el mundo sabe ya nuestro enfrentamiento.

—Escucha, si te molesta tanto, ve y pídele que te explique por qué ha tomado esa decisión —sugiere—. Mantén la calma, nada de perder los nervios.

Tiene razón. Necesito actuar con tranquilidad y racionalidad. Demostrarle a Danny Walker que soy una mujer madura.

Aprieto la mandíbula con determinación mientras abro mi correo y empiezo a escribir.

> Estimado señor Walker:
> ¿Cómo se atreve a…?

Borro.

> Estimado, señor Walker:
> Me gustaría comprender la razón que hay detrás de la oferta de compensación. ¿Puede explicar de manera más específica por qué me seleccionaron para abandonar el equipo?
> Atentamente,
> Charlotte Kane

Listo, bastará. Antes de que pueda disuadirme, lo envío.

La respuesta llega de inmediato.

> Charlie:
> Por favor, coordina una reunión con Recursos Humanos para disipar cualquier duda. Te aseguro que el equipo se ocupará de guiarte a través del proceso y de darte el apoyo necesario.
> Primero lee la oferta. Es extremadamente generosa.

Atentamente,
Danny Walker

Resoplo, y un par de personas a mi lado alzan la vista.

La atmósfera en la oficina es la de una funeraria. Ahora que entendemos que competimos entre nosotros, nos miramos con desconfianza. La gente entra y sale de las reuniones con el equipo de Recursos Humanos de Nexrion como si fueran sesiones de terapia. Creo que esta empresa nunca ha tenido un nivel de productividad tan alto, ya que todos peleamos por mantener nuestro puesto.

Me dispongo a responderle, apretando las teclas con violencia.

Estimado señor Walker:
Dado que usted tomó la decisión de quitarme mi puesto de trabajo y me lo notificó en persona, me gustaría que usted explicara por qué me seleccionaron.
¿Es porque A) cree que soy incompetente después de no haber hecho investigación alguna y porque se basa en sus prejuicios sobre quién cree que soy o B) porque cometí un error estúpido hace ocho años del cual me arrepiento profundamente?
¿Cuál es la opción correcta?
Atentamente,
Charlotte Kane

Inhalo con brusquedad. Nunca he mencionado el incidente de la fiesta. Siempre ha sido el gran elefante en la habitación.

Espero.

Y espero.

Sin respuesta. Cobarde.

Cuarenta y cinco minutos después, llega un correo.

Charlie:
Es porque C) el nuevo modelo operativo de la empresa requiere optimización y no necesitamos dos departamentos de IT.
Te hice una oferta personal. La decisión de aceptarla o no es tuya. Sin embargo, si decides rechazarla, estarás sometida al mismo proceso de selección para despido que el resto de tus colegas, donde evaluaremos si el puesto aún existe bajo la nueva estructuración.
Si sirve de algo, me decepciona que te arrepientas de lo que ocurrió hace ocho años.

Piénsalo bien. Entrarás en razón y entenderás que esta es la mejor decisión.

Atentamente,

Danny Walker

Lo leo de nuevo, parpadeando. Otra vez, más despacio. ¿Está decepcionado de que me arrepienta? ¿Qué demonios quiere decir?



7
Charlie

—Legalmente puede hacerlo —confirma Julie mientras revisa el documento que yo había impreso—. Te está ofreciendo un despido voluntario.

Lo hojea, buscando algo.

—No entiendo. Es un poco raro que el CEO del grupo Nexrion esté involucrado en detalles menores como este. Tiene cientos de empleados. ¿Acaso no tiene cosas más importantes de las que ocuparse?

—Soy la hermanita patética de su amigo. Soy una molestia —balbuceo, desquitando mi furia con mi armario. Estoy buscando un atuendo para ir a cenar con Ben y, con la fuerza con la que tiro de las perchas, es probable que rompa la barra—. No estoy a la altura de su

empresa, y él necesita librarse de mí sin causar problemas, para que sea la hermanita que no monta escándalos en las fiestas de Tristan.

—Eso parece, sí. —Se encoge de hombros. Le lanzo una mirada.

—No quería que estuvieras de acuerdo conmigo.

—Entonces no me preguntes.

—¿Qué hago?

Julie hace una pausa.

—Por ahora, nada. Tienes diez días para pensarlo. Libera tu enfado teniendo sexo. Luego tendrás más claridad mental. Mientras tanto, que sufra sin saber qué decidirás.

Ben y yo cenaremos esta noche con algunos de sus amigos. Es una gran oportunidad para salir de mi racha sin sexo y para dejar de obsesionarme con Danny Walker.

Una de las ventajas de tener un hermano asquerosamente rico es que consigues cosas gratis, como acceso a restaurantes exclusivos y clubes privados. En general no lo aprovecho porque me da pereza tener que arreglarme para esos sitios, pero ha llegado el momento de que Ben me vea como la *femme fatale* que soy. Es ahora o nunca.

Estamos en la lista de invitados de Tristan para el nuevo restaurante de sushi en The Shard, lo que significa que tenemos un cincuenta por ciento de descuento en la cuenta. Él pagaría toda mi cena sin pestañear, pero prefiero no sentirme como una obra de caridad.

El fiable Ben está en la puerta a las siete en punto y se queda sorprendido cuando me ve.

—Vaya. —Se queda boquiabierto—. Se me había olvidado que podías vestirte así.

Abro la boca para regañarlo, pero me detengo. ¿Cuándo fue la última vez que me arreglé para Ben?

Cada vez que se mencionaba un restaurante, yo ya estaba lista con mis pantalones elásticos para poder comer más sin que me apretara el estómago. La prioridad siempre había sido la comida antes que el sexo.

—Espera a ver lo que llevo debajo de esto. —Le guiño un ojo mientras agarro mi abrigo.

Nos guía por el restaurante una mujer hermosa, y en silencio me felicito por haber encontrado la fuerza de voluntad para arreglarme. Las camareras nunca son solo camareras en estos bares; son modelos con una astucia especial para hacerte sentir tan atractiva como una piedra.

El restaurante es típico de Tristan: una terraza en las alturas con vistas al río Támesis a través de ventanales de suelo a techo, mientras una banda de jazz en directo nos acompaña de fondo.

La gente más atractiva de Londres se ha reunido en reservados de terciopelo rojo. Es una escena preciosa. Para estar aquí tienes que ser rico, guapo u oligarca; o, en nuestro caso, alguien que se aprovecha de los ricos.

En la mesa están Mikey, su novia Sarah, John, Bernice y una pareja que no había visto antes. Se les nota encantados. Está claro que he ganado muchos puntos por conseguirnos una mesa cuando todo el mundo sabe lo difícil que es obtener una.

Ben me pasa un brazo por encima y sonríe radiante.

—Tony, Andrea, os presento a mi señora.

Se me tensan los hombros. Una oleada de pánico, miedo, claustrofobia y náuseas me invade. ¿Cuándo dejé de ser Charlie para convertirme en «una señora»?

—Hola —respondo con voz temblorosa, tomando asiento junto a Sarah.

Los hombres se han colocado en un lado de la mesa y las chicas en el otro. Una jugada táctica de Mikey y John, sin duda.

—Estábamos hablando de lo preciosas que son estas flores —dice Sarah señalando las flores blancas del centro de la mesa—. Serían perfectas para las dos mesas de recepción en la carpa.

Me preparo para una noche larga.

Sarah habla de su boda. Al parecer, está enloquecida con los preparativos a pesar de que falta más de un año. Fingiendo interés, sonrío.

—Son divinas —exclama Bernice—. Combinadas con lirios, ¿verdad?

John lleva tiempo recibiendo indirectas pesadas de Bernice sobre lo buena esposa que sería.

—Por supuesto —responde Sarah con una risita—. Sabes, encontrar al florista adecuado para la boda es una auténtica pesadilla. Ya llevo cinco entrevistas y aún no he encontrado uno. ¡Cinco! Sigo teniendo un sueño recurrente de que llego a la carpa y las flores están puestas en la mesa equivocada y torcidas.

La verdad, si vas a tener una pesadilla sobre flores de boda, al menos imagina plantas carnívoras estrangulando al novio.

—Qué suerte tienes —dice Bernice en voz alta, lanzando miradas a su novio—. Yo seré una jubilada para cuando John me pida matrimonio.

—Apenas tienes veintiocho años —le señalo—. Tienes tiempo de sobra.

Ellas intercambian risitas.

—Charlie, no cambias nunca. Tan libre como siempre.

—¿Y tú, Andrea? —Sarah se inclina emocionada hacia ella, con la esperanza de reclutar a otra para su despedida de soltera—. ¿Cuánto llevas saliendo con Tony?

—Seis meses —responde Andrea con timidez—. Supongo que todavía es pronto.

—¡Seis meses! Mikey y yo nos mudamos juntos a los seis meses. Sabíamos que era lo correcto.

Bernice asiente de acuerdo.

—Aunque yo tuve que esperar casi un año para que John diera el siguiente paso.

—Creo que nosotros lo tomaremos con calma —se adelanta Andrea antes de que se autoinviten a la inauguración de su casa con Tony.

—Ben y yo no tenemos planes de vivir juntos por ahora —les digo tajante.

Bernice hace un gesto con la mano, restándole importancia.

—Ya cambiarás de opinión. Solo espera.

La conversación deriva hacia los zapatos azules de Andrea y la gran oferta que fueron, pero inevitablemente vuelve al tema de las bodas.

—… y le dije: ¿acaso estás bromeando? ¿Panecillos integrales con la ensalada de queso de cabra?

—… a veces no valoran lo mucho que cuesta organizar una boda. ¿Creen que los ramos se crean solos por arte de magia?

—… las sillas estarán forradas de lino blanco con ribete dorado, y NO se podrá ver ninguna pata.

—… las camareras no pueden ser demasiado atractivas.

—… ¿fui cruel cuando le dije a Shelley que bajara un poco de peso para ser dama de honor?

—… pero las damas de honor no pueden eclipsar a la novia, así que tampoco puede adelgazar demasiado.

—… creo que hasta le atraía un poco al cura.

Siguen parloteando durante una hora y media mientras yo me emborracho sola en silencio, asintiendo y murmurando en los momentos adecuados. Al otro extremo de la mesa, Andrea hace lo mismo. Tengo la sensación de que romperá con Tony después de esta noche.

Me disculpo para ir al baño. Si calculo bien, cuando regrese ya habrán pasado a los aperitivos.

Estoy saliendo del baño, mirando mi teléfono, cuando mi cara se estrella contra un muro cálido de músculos rígidos.

—¡Perdón! —empiezo, pero me detengo en seco al encontrarme con esa mirada fría tan familiar.

—Charlie. —Sus ojos bajan a mis tobillos y suben despacio por mis piernas desnudas, mi cintura y mis pechos, hasta volver a mi cara con el ceño fruncido.

—Danny —logro decir, ignorando las volteretas de mi estómago al oír mi nombre en su boca.

Él carraspea.

—No esperaba verte aquí.

—Lo mismo digo —replico al instante—. ¿Qué haces aquí? —Lo fulmino con la mirada—. Le pregunté expresamente a Tristan si ibas a venir esta noche.

—No estoy aquí con Tristan.

Giro la cabeza y veo al junco de Jen observándonos. Me dedica una sonrisa falsa.

—Con permiso —digo, entrecerrando los ojos hacia él—. Tengo que volver a mi mesa. A menos que quieras que cambie de mesa… o de restaurante, si mi presencia te resulta tan incómoda.

Nos miramos, la tensión fluye entre nosotros como un cable eléctrico. Qué pena que quiera tener el pene duro de este imbécil dentro de mí.

Aparto la vista y lo rodeo para seguir mi camino.

—Espera. —Su mano atrapa mi antebrazo y me tenso ante el contacto—. ¿Podemos empezar a comportarnos como adultos? Con todo este melodrama me está empezando a doler la cabeza.

Lo miro, inexpresiva.

—¿Tal vez cuando empieces a tratarme como una? Te olvidaste de contarme que planeabas comprar mi empresa y deshacerte de mí. ¡Hasta hablamos de Dunley en la fiesta! Qué vergüenza. Así que discúlpame si estoy un poco molesta. Lo tenías planeado desde hace tiempo, ¿verdad?

Su pausa me da la respuesta.

A mi izquierda, se oye el clic de un móvil, y ambos giramos para ver a una groupie de Walker sacando fotos para Instagram.

—No empieces con esta mierda en medio del restaurante, Charlie —gruñe, apretando con más fuerza mi brazo.

—No empieces tú con esta mierda. —Libero mi brazo de un tirón—. No tienes que preocuparte por que te avergüence aquí, Danny. Ni en la oficina ni en las fiestas de Tristan. Era mucho mejor cuando nos ignorábamos.

Me marcho hacia la mesa sin mirar atrás.

—¿Qué hace él aquí? —pregunta Ben cuando vuelvo.

—Comer. Como nosotros —replico, y al instante me arrepiento—. Lo siento.

Ben frunce el ceño.

—No me gusta cómo te mira.

—¿Como si quisiera matarme? —murmuro.

—No. —Pone mala cara—. Como si fuera a comerte. —Mira por encima de mi hombro—. Te está mirando ahora mismo.

Le daré a Danny Walker algo que contemplar.

—Ignóralo. —Me acerco a Ben y deslizo mis piernas entre las suyas. Luego rodeo su cuello con mis brazos y lo atraigo para darle el beso más largo y apasionado de nuestra relación.

Sonriendo, Ben se libera de mi agarre.

—Pidamos la cuenta rápido. —Hace señas a la camarera. Ella se acerca con una sonrisa.

—Es vuestra noche de suerte. El caballero de aquella mesa ya ha pagado vuestra cuenta. Ha dicho que era… ¿una ofrenda de paz para Charlie? —Alza las cejas.

Los demás parecen confundidos y encantados.

Cuando miro hacia Danny Walker, él levanta el vaso y asiente de forma breve.

Lo fulmino con la mirada, incrédula.

—¿Es… Danny Walker? —Bernice da un gritito ahogado—. ¿Danny Walker ha pagado nuestra cena?

—Idiota —dice Ben con una mueca. La camarera está boquiabierta.

—¿El famoso Danny Walker?

Hay miles de preguntas sobre por qué Danny Walker ha pagado nuestra cena de seiscientas libras.

—¿Cómo lo conoces?

—¿Qué hemos hecho para merecer esto?

—¿No vamos a darle las gracias?

—No —respondo entre dientes, evitando que Andrea se lance hacia él.

Si este idiota arrogante cree que puede usar dinero para esquivar la situación, está muy equivocado.

—Disculpa, ¿cuánto ha gastado él hasta ahora en su cena? Voy a devolverle el favor.

—Unas trescientas libras —me dice, atónita—. ¿Quieres pagar su cena?

Será una noche costosa.

—Con tarjeta —sonrío mientras le entrego el plástico—. ¿Podrías darle un mensaje al caballero, por favor?

—Por supuesto —sonríe, encantada de tener excusa para hablar otra vez con él.

—Dile que, a diferencia de todas sus otras mujeres, a mí no me comprará.



—¿Lo has pasado bien esta noche, cariño? —susurra Ben en mi oído mientras nos acurrucamos en la cama.

Le sonrío con dulzura y miento.

—De maravilla.

—Lamento que las chicas estuvieran obsesionadas con la boda. Espero que no haya sido demasiado aburrido para ti.

—Estuvo bien. —Deslizo mi mano sobre su mandíbula varonil con afecto, y él me da un beso suave en la nariz.

Ben es un tipo estupendo. Es atractivo, me trata bien y es tan amable que ayuda a las ancianas a cruzar la calle. Es un gran partido, y no me lo merezco.

—¿Eres feliz, Charlie? —pregunta en voz baja, con los ojos llenos de miedo y esperanza.

—Sí, Ben, por supuesto. —Lo acerco a mí y compartimos un abrazo consolador. ¿Por qué me siento tan culpable?

Ben se duerme rápido, satisfecho con mi respuesta. Lo observo dormir, preguntándome por qué me siento tan inquieta.

Por fin consigo conciliar el sueño a las cuatro de la madrugada, y sueño con una boda de blanco en la que camino hacia el altar y todos me sonríen, pero algo anda mal y no logro descifrar qué es. ¿Mi sujetador está demasiado ajustado? ¿El bronceado artificial luce demasiado anaranjado? Ben espera en el altar.

—¡Es la señora! —grita la gente—. ¡Es la señora!

Me incorporo de golpe en la cama y despierto cubierta de sudor.

Miro la silueta hermosa de Ben bajo las sábanas, y el pánico me atraviesa.

Una señora lleva rulos, lleva un sujetador reforzado y un jersey de cachemira y perlas, y guarda pañuelos desechables en los bolsillos. Mi madre es una señora. Yo sin duda no lo soy.



Danny

—Llegas tarde —susurro, observando a la bella recepcionista llevarse el abrigo de Tristan.

—¿Cuándo llego temprano? —Sonríe, y le da una propina de veinte libras.

Ella ronronea una respuesta y pongo los ojos en blanco. Las mujeres se desmayan por Tristan allá donde vaya: bares, oficinas, gimnasios, iglesias… Incluso ha tenido la audacia de ligar con una enfermera cuando me operaron del hombro.

Señala con el mentón los tres vasos vacíos.

—Veo que has empezado sin nosotros.

—Ha sido una semana larga. —Hago una mueca y termino mi tercer whisky.

Le hago una seña breve con la cabeza a la camarera para pedir otro. A diferencia de Tristan, yo no soy encantador.

—Ha llegado Knight. —Señala con el mentón hacia la puerta, donde Jack sigue a la recepcionista a través de la cortina—. Siempre puedo confiar en que él llegará aún más tarde que yo.

—Te he oído —responde Jack mientras sonríe a la recepcionista. Con sus tacones, ella debe rondar el metro ochenta, casi a la altura de Jack. Avergonzado, toma asiento—. He hecho una visita rápida a casa de la profe de yoga, Sarah.

—Eres un cerdo. —Tristan ríe fuerte—. Espero que te hayas lavado las manos.

—Una *pale ale*, por favor. —Jack sonríe a la camarera y nos guiña un ojo—. Será mejor que también me lave la boca.

—Por Dios, Jack. —Niego con la cabeza—. Ni siquiera es la hora de cenar.

—¿Qué te pasa, Walker? —pregunta mientras afloja su corbata—. Parecías muy tenso por teléfono.

—¿Es por Jen? —Tristan alza una ceja hacia mí.

Lo miro. Tardo un segundo en entender a quién se refiere.

—No. —Casi me río. Jen no es, ni de lejos, un problema.

—Entonces ¿es por la compra? —insiste, mirándome, confundido—. Nunca te he visto tan fastidiado.

Aprieto los dientes. ¿Por qué estoy tan tenso? Perdí una venta que daba diez millones de libras anuales la semana pasada, y aquello ni siquiera me molestó. ¿Qué demonios me pasa?

—No será por Charlie, ¿verdad?

Lo miro de nuevo. ¿Por qué menciona a su hermana? Llevo solo tres días en la oficina con ella y ya estoy tan tenso que le hablo mal a todo el mundo. Creen que soy un monstruo, igual que ella.

—Tío, no necesitas preocuparte por mi reacción. Lo entiendo —dice, cuando no respondo.

—No se lo ha tomado bien, Tristan —suspiro, preguntándome por qué sigo la conversación—. ¿Ha hablado contigo?

—No, no lo ha hecho. —Niega con la cabeza—. Me está ignorando, y por eso sé que está enfadada. —Tristan deja de hablar, distraído por la camarera que nos sirve las bebidas—. Hiciste lo que tenías que hacer. —Se encoge de hombros—. Ya entrará en razón. Solo es orgullosa. Es la primera empresa en la que ha trabajado y lleva mucho tiempo ahí, así que está emocionalmente apegada.

—Aceptará la oferta cuando se dé cuenta de que eres un jefe de mierda. —Jack ríe—. ¿Es que no lee la prensa?

Tristan sonríe con picardía.

—Por Danny, el Destructor.

Alzan los vasos y brindan, y yo pongo los ojos en blanco.

—El titular de la semana pasada fue: Walker elimina a otro competidor en su misión por el dominio total —dice Tristan, riendo.

—No empecéis —respondo con una mueca. Con cada compra, arrastran aún más mi reputación por el barro. Soy la imagen de la malvada industria tecnológica—. Y ya está bien con ese apodo de mierda —añado—. Me hace parecer el villano de un cómic. Lo cual soy, según Charlie. Está furiosa. Ningún empleado me ha hablado así jamás.

—Charlie es así, se enfada rápido. —Tristan ríe.

¿Se enfada rápido? Más bien es imposible. Dice lo primero que se le pasa por la cabeza sin pensar. ¿Es que no sabe cómo comportarse

en una oficina?

—Anoche la vi en el restaurante. —Aprieto la mandíbula—. No mencionaste que estaría allí. Casi se me lanza encima para matarme en mitad de la cena.

—Puede lanzarse sobre mí cuando quiera. —Jack silba por lo bajo —. Lo siento, Tristan, pero la chica está cada día más atractiva.

—Cuidado, Knight —gruñe Tristan.

Mandaría a sus hermanas a un convento en los Alpes si pudiera. Desde que su padre les abandonó y él quedó a cargo de las tres mujeres Kane, adoptó también el rol de vigilante de novios. Si sospecha mínimamente que alguno de nosotros se acerca a Charlie, nos aplasta los testículos en una prensa.

—Como gesto de paz, pagué su cena y la de sus amigos —explico —. Salió mal —prosigo, con los dientes apretados—. Me devolvió el golpe. Cuando fui a pagar mi cuenta, ya lo había hecho ella. Dijo que no podía comprarla o algo así.

Tristan inclina la cabeza hacia atrás, riendo.

—Parece que es imposible ganar con Charlie. ¿Qué has hecho para fastidiarla tanto?

Me remuevo en mi asiento al recordar la mirada que me dedicó después de aplastar sus pechos contra mi torso. Como si fuese el peor hombre del mundo. No hago nada bien con esa mujer. Pago los malditos aperitivos de ella y sus amigos y ¿monta una escena?

Tristan alza las cejas.

—¿Quieres que hable con ella?

—No —respondo demasiado rápido. Cuanto menos hable Tristan con Charlie sobre esto, mejor.

Sé que fui severo con ella con la oferta de despido voluntario. Pensé que decírselo en persona suavizaría la situación, pero lo hizo demasiado personal. Ella sabe exactamente cómo afectarme, y yo manejé la situación como un idiota.

Ella tenía razón: Mike era un inútil, y no era culpa suya.

Supuse que estaría contenta con la compensación generosa. Hasta conseguí que la nueva empresa retrasara su fecha de incorporación para que pudiera tomarse un tiempo libre para viajar. ¿Por qué no estaba contenta?

Por supuesto, Tristan lo sabe, y por eso está tan razonable.

—Tío, sé que me vas a matar por decir esto —interviene Jack—, pero como hombre de sangre caliente, creo que deberías mantener a Charlie lejos de tu grupo de amigos. La mitad del distrito financiero le echó los tejos en esa fiesta.

Abro los ojos de par en par. Ya está bien, Jack.

—No se atreverían —gruñe Tristan, lanzándole una mirada asesina —. Eso va por ti también, Knight. No quiero que tengas ningún pensamiento sucio sobre mi hermana.

Jack ríe.

—Jamás lo haría. Me gusta tener los testículos donde están. Es solo una advertencia, Kane. —Se encoge de hombros—. Es atractiva. Cada pene en esa fiesta la saludaba con entusiasmo. Si insistes en invitarla a las mismas fiestas en las que están tus amigos salidos, la culpa es tuya.

—Vete al infierno, Knight. —Tristan lo fulmina con la mirada.

Necesito cambiar de tema antes de que me delate.

—Ya has dejado claro tu punto, Jack —digo—. Dios, no soy como él.

—Quizá estás tenso porque la camarera me mira a mí y no a ti. —Tristan sonríe.

—Puedo cambiar eso enseguida —respondo, y alzo mi copa hacia ella de forma sugerente. Me devuelve una sonrisa coqueta.

—Toda tuya. —Tristan me sonríe—. Entonces, ¿Jen y tú no sois exclusivos?

Niego con la cabeza.

—No. Lo he dejado clarísimo; no me interesa un compromiso.

Jack inclina la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—Ya tienes cuarenta y un años, Walker. Tienes a una preciosa abogada de derechos humanos que quiere acostarse contigo todas las noches pese a que tienes el carisma de una cucaracha, ¿y aun así no quieres un compromiso? ¿Qué demonios quieres?

—Variedad. —Aprieto los dientes.

—Tiene la mentalidad correcta —dice Tristan con ironía—. Sin compromisos, no hay posibilidad de enfrentarse a una exmujer que sea una arpía.

—Brindo por eso. —Alzo mi copa, pensando en mi propio divorcio desastroso—. ¿Cuál es la última novedad? —pregunto.

Casarse con Gemina fue el error más caro de Tristan, económica y emocionalmente, hace once años, y aún lo está pagando. Su divorcio fue una guerra abierta. La mujer era pura toxicidad: le hizo creer que Daniel era su hijo mientras le ponía los cuernos. Tristan pasó cuatro años convencido de que era padre, hasta descubrir que el verdadero progenitor era un tipo que ella conoció en una discoteca de Mónaco.

Ahora Daniel tiene seis años y Tristan lo trata como un hijo, pero casi no tiene derechos. No hay nada legal a lo que aferrarse, lo que significa que Gemina puede exigir cuotas absurdas de manutención para financiar su obsesión con los diamantes.

Tristan frunce el ceño, sombrío.

Me odio por sacar el tema; siempre le pesa como una sombra.

Sé que pasa las noches tumbado con miedo de no volver a ver a Daniel porque ella decida irse detrás de cualquier otro hombre.

—Quiere que le compre una casa de verano en Francia —dice, monótono—. Dice que necesita estar cerca de su hermana.

—Ya le has comprado dos casas —siseo—. ¿Cuántas necesita?

—Si no es una casa, es un barco, un coche o una maldita isla —dice Jack—. ¿Cómo nos libramos de una vez de esa bruja?

—No, Jack, no podemos librarnos de ella. —Tristan pone los ojos en blanco—. Tengo que seguir pagando si quiero seguir viendo a mi hijo. —Su expresión se ensombrece—. No puedo perder a mi hijo.

—No lo harás —digo enseguida—. Tenemos dinero suficiente para seguir pagándole hasta encontrar una solución mejor. Como la muerte.

—Me alegra haber elegido un padrino rico. —Ríe mientras hago señas a la camarera atractiva para que se acerque. Ella avanza contoneándose—. Ahora, si me disculpáis. —Me tomo el resto del whisky—. Hola. —Le dedico una sonrisa—. ¿Cómo te llamas?



8
Charlie

Ben me abre la puerta con un beso y una copa de vino.

—Hola, cielo, la cena está casi lista. —Se limpia las manos en el delantal para abrazarme—. Te he preparado salchichas envueltas en hojaldre. Sé que te gustan.

Es cierto. De hecho, sospecho que esas malditas han sido el factor decisivo para que viniera a su casa.

Me guía hasta el salón, donde ha montado la mesa con servilletas bonitas y salsas.

Tomo asiento en el sofá; mi estómago gruñe con entusiasmo. Ben es un cocinero maravilloso. Es una de las razones por las que funcionamos bien juntos.

—*Voilá!* —Sale de la cocina con dos platos gigantes llenos de comida deliciosa y contundente. Otra noche más en la que me tumbaré y gemiré por los motivos equivocados.

—Tiene una pinta fantástica. —Sonrío con alegría ante el festín.

Él se acerca para besarme. Cuando su lengua entra en mi boca, cierro los ojos e intento concentrarme en el momento.

Mi lengua responde, pero mi cabeza no colabora.

Imagino otra boca.

La boca de un escocés molesto y arrogante.

Soy una persona horrible. ¡Maldita sea, Charlie, concéntrate!

Cuando nos separamos, miro a Ben y veo nuestra relación con una claridad brutal por primera vez.

Mi pecho se tensa. Ya no puedo seguir con esta farsa. No me malinterpretéis: el tipo es uno en un millón. Es uno de los novios más cálidos y amables que he tenido.

Pero no es para mí. Quiero sentir miedo de desear tanto a alguien que mi corazón se dispare cuando lo vea. Miedo de que se me cierre la garganta, que olvide cómo respirar cuando me hable.

Julie dice que siempre hago lo mismo: alargo las relaciones mucho más de lo que debería por culpa.

—Ben —empiezo en voz baja.

—Sí, cielo. —Me sonríe entre bocados de puré de patatas.

Dios, no tiene sentido desperdiciar comida tan deliciosa. Lo intentaré después de cenar.

—Está buenísimo. —Engullo la comida como si el Gobierno acabara de anunciar racionamiento.

Después de cenar, nos acomodamos en el sofá para ver una película. Ben ha comprado mi postre favorito: budín de tofi con nata montada.

Mi estómago protesta mientras recibe más comida de la que puede procesar.

Él se acurruca a mi lado; ignora el ruido o no le importa.

Enderezo la espalda. No puedo posponerlo más.

Hazlo, hazlo, hazlo.

—Ben, tenemos que hablar —digo, nerviosa, bebiendo un gran sorbo de vino.

Deja su plato.

—Vaya, esto suena serio. ¿Por qué me temo que no quieres hablar de la película?

Sonrío con tristeza.

—No, no es sobre la película. Es sobre nosotros. Creo…

—¿Qué? —Me mira, perplejo.

—… que esto ya no funciona. —Trago aire—. Creo que sería mejor que fuéramos amigos.

Listo. Lo he dicho.

—¿Qué? —Se frota la cara—. No entiendo. ¿Por qué?

—Lo siento —susurro, mirando la alfombra—. Todavía te quiero, pero es un cariño de hermana… o de madre, si es que entiendes lo que quiero decir.

Un gemido ahogado se le escapa mientras se cubre la cara con las manos. No puedo soportarlo. Ojalá pudiera deshacer mis palabras.

—No quiero hacerte daño. Podemos seguir siendo amigos, claro, pero…

Sí, quizá podamos ser buenos amigos. Sin sexo ya éramos más amigos que otra cosa. Podría seguir cocinándome si quiere. Incluso le permitiría prepararme salchichas envueltas.

—Una relación hay que trabajarla, Charlie —dice con voz entrecortada—. No puedes mantener la chispa por arte de magia sin esforzarte.

—Lo sé. Tendría que haberme depilado más las piernas. Dejé de esforzarme. Es culpa mía. —Observo, desesperada, cómo su rostro se arruga mientras contiene las lágrimas.

—Ocho meses, Charlie. ¿Es que no significaron nada para ti?

—¡Claro que sí! Pero a veces las relaciones cumplen su ciclo —digo, frotando su hombro.

Él niega con la cabeza.

—Esto es muy inesperado.

¿Lo es? Si soy honesta conmigo misma, la relación terminó hace meses. Yo solo no vi las señales.

Endereza la espalda.

—¿Hay alguien más?

—¡No!

—¿Es Stevie?

—No —respondo, escandalizada—. Sabes que Stevie es mi amigo. ¡Dios, está saliendo con Cat!

—¿Es por mi madre? Sé que puede ser intensa, Charlie, pero solo quiere…

—¡No! —lo interrumpo con brusquedad. Aunque lo de su madre… —. No sé qué más decir. —Intento suavizar mi voz—. Lo siento, Ben. —Clavo la vista en la alfombra—. Tienes razón: soy una novia horrible. Prioricé el trabajo. Siempre estoy cansada. Me paso el día tirándome pedos. Y tú eres maravilloso y…

—No me digas que soy un buen tipo —gruñe—. No digas nada.

—Me iré a casa en taxi —murmuro.

Asiente; las lágrimas le caen por la barbilla.

Pero algo me irrita: la idea de volver a un cuarto lleno de sus jerséis y su ropa interior. Antes de irme, tengo que dejarlo claro.

—Ben. Te enviaré tus jerséis y tu ropa interior.

Él mira el suelo sin responder.

—Puedo separar lo limpio de lo sucio si quieres —añado.

—Por el amor de Dios, Charlie, ¡como si me importara una mierda mi ropa!

—Lo siento, de verdad, Ben.

Esboza una sonrisa dolorida.

—Lo sé. No es culpa tuya.

—¿No? —pregunto, esperanzada.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que lo entiendo y que no debes culparte? —Se seca las lágrimas; hay rigidez en su mirada—. Bien, no te culpes. No sientas remordimientos. Vete a casa.

—Siento culpa —protesto—. Pero no podemos seguir juntos solo por eso. No es una base sólida para una relación.

Asiente y me acaricia la mejilla con suavidad.

—Solo necesito tiempo.

Deambulo por el piso recogiendo mis cosas, aturdida. Mis chanclas peludas, mis mallas, mi botella de agua fucsia.

Toda una colección de pruebas de la rutina estancada en la que habíamos caído.

Mañana, compraré sujetadores sugerentes y bragas de encaje. Tengo veintiocho años; ¿cuándo empecé a comportarme como si tuviera setenta y ocho?

Es hora de recuperar mi vida sexual.



Es viernes por la mañana, así que debería estar de buen humor. Lo estaría, si no fuera porque estoy bajo la lluvia frente al estudio de yoga Bikram a las seis y cuarto de la mañana.

Ya estoy jadeando tras cruzar Londres en bici para llegar a tiempo.

Suze ha elegido la opción perezosa: el metro. Cuando me ve, suspira con pesadumbre.

Miro mi teléfono.

—¿Dónde está Cat?

—No puede venir. Está hasta arriba de trabajo.

—¿Cat? —pregunto, incrédula—. ¿La misma que pasó tres horas el lunes recolocando su cajón de lencería por colores porque estaba «muy ocupada»? Esa perra… si yo tengo que hacer esto, ella también.

—¡Tienes razón! —Suze se indigna—. Solo le pedí venir a una clase de noventa minutos. No es tanto pedir.

—Vamos. —Abro la puerta de la recepción y me golpea el olor a sudor—. Hagamos esto de una vez.

Después de inscribirnos, entramos al estudio y miramos por la ventana mientras acaba la clase anterior. Cuando observo la sala, empiezo a pensar que Suze no ha entendido el código de vestimenta. Hay chicas con sujetadores y pantalones tan diminutos que probablemente se les pueden ver los órganos al agacharse. Hay más grasa en Kate Moss que en todo este estudio.

Cuando se abre la puerta, una ola de calor que rivalizaría con un horno crematorio nos envuelve.

Suze abre los ojos como platos, con una gota de sudor en las cejas.

Entramos con vacilación, buscando un hueco lo más cerca posible de la puerta.

Ya hay unas veinte personas tumbadas en sus esterillas, con las palmas hacia arriba, respirando profundo. Y entran al menos diez más.

¿Qué narices? ¿Cómo vamos a caber todos aquí?

Abro la boca, pero no entra oxígeno. Respirar en este calor es casi imposible.

Mis pies empiezan a cocerse y doy pequeños saltos.

No es un calor agradable, como el de mi retiro en Cerdeña. Ni como una playa en Jordania.

Es mucho más. Hierve. Clima de récord mundial. Un cuarto totalmente inapropiado para la vida humana.

Aguanto las ganas de salir corriendo.

—¿Es en serio? —sisea Suze, cada vez más alterada—. ¡Esto no está bien! ¡Es inhumano!

Generalmente no hago caso de las exageraciones deportivas de Suze, pero esta vez tiene razón. Ni un gallinero debería estar a esta temperatura.

La puerta se cierra y siento cómo el pánico me sube por el cuello. Es imposible que aguante aquí noventa minutos. Pero hay demasiada gente entre la puerta y yo.

Suze gimotea a mi lado.

Cierro los ojos. No vas a morir por combustión espontánea. No vas a morir.

—Buenos días, señoras. Bienvenidas a yoga Bikram. —Una mujer bajita con acento de Europa del este sonríe a la sala—. Será una clase intensa. Podéis sentir incomodidad, pánico, náuseas o ganas de salir corriendo. Es una clase desafiante. Las que venís regularmente ya conocéis los maravillosos beneficios de esta disciplina. A las nuevas os pido que resistáis. No os sobreexijáis en las primeras sesiones.

Suze asiente con fervor. No sé si porque está de acuerdo o porque está a punto de darle un ataque.

La instructora camina arriba y abajo por la sala.

—El objetivo principal hoy es permanecer en la sala los noventa minutos completos. Si lo hacéis, os irá muy bien.

—Quedarse en la sala —repito en voz baja—. Solo tienes que quedarte en la sala.

Nunca me han gustado las restricciones. Si alguien dice que un baño está fuera de servicio, necesito orinar al instante. Si alguien me pide silencio, necesito toser.

Y ahora esta señora me dice que me quede en el Sahara durante noventa minutos. Mi cerebro ya está buscando la salida.

—Tenemos alumnas nuevas esta mañana. ¿Dónde está Melissa?

Una chica ágil, enfundada en un mono deportivo, alza la mano.

—¿Y Charlotte y Suzanne?

—¡Somos nosotras! —jadeo, levantando el brazo. Mi voz suena rasposa y rota.

—Muy bien, id despacio. Si sentís náuseas, detened el ejercicio, sentaos en las esterillas y respirad por la nariz. —Junta las manos—. Muy bien, ¡empecemos con la primera postura! —Levanta los brazos sobre la cabeza—. Pompis al techo. Seguid el techo con los ojos hasta la pared trasera.

—¿Cuántas posturas hay? —pregunto a Suze, desesperada.

Apenas articula:

—Espero que dos.

Observamos a la instructora y a la mayoría de la clase estirarse y doblarse bajo este calor infernal. Intento seguirles, haciendo el más mínimo esfuerzo. Las gotas de sudor caen por mis brazos, empapan mis pantalones cortos y mi ropa interior. Se acumulan entre los dedos de mis pies.

—Seguid, chicas. Esta es la última postura del calentamiento. —La instructora se dobla a la derecha, y todas la imitan—. ¡Buen trabajo! Ha terminado el calentamiento.

—Calentamiento. —Me limpio las gotas de sudor que me cosquillean en el brazo—. ¿Te lo puedes creer?

Miro a Suze y veo que, boquiabierta, agarra su toalla empapada y se dirige a la salida, pasando por encima del mar de cuerpos sudorosos.

Ignorando la orden de la instructora, abre la puerta, entra una ráfaga de aire frío maravillosa… y desaparece.

La instructora la observa, atónita.

—Bueno. —Se ríe—. Espero que el resto os intentéis quedar más allá del calentamiento. Bikram no es para todo el mundo, como veis.

Se oyen risitas en la sala, y la chica a mi lado me mira de reojo.

Me pliego en la postura de la rana y espero, de verdad espero, que Suze se haya desmayado por el calor, porque, si no, yo misma la dejaré inconsciente de un golpe cuando salga de aquí.

—Disfrutad la delicia de esta postura, reclinaos en el arco hermoso que vuestro cuerpo desea.

Resoplo mientras el sudor me cae de las orejas a la nariz.

—Seguid la línea del techo con los ojos, exhalad y sonreíd. Mantened la postura… mantenedla. —Pausa—. Y soltad.

Me desplomo en el suelo, salpicando de sudor a la chica de al lado.

—Ahora, la postura del sapo. Y soltad. Concentrad el aire en los pulmones…

El sudor me corre entre los pechos como una presa derrumbándose. Resbalo con mi propia transpiración.

Veo la rendija de la puerta y siento un pinchazo de desesperación.

Pero, sobre todo, estoy furiosa.

Furiosa con la instructora, que se pasea como una iluminada haciendo respiraciones de parto sin dejarme salir del cuarto.

Furiosa con Suze, por abandonar todo lo que intenta porque es una cobarde. Y furiosa conmigo misma, porque tengo un culo menos flexible que la anciana de delante.

La voz de la instructora taladra mi cerebro:

—Bloquead las rodillas. Bajad, dedos bajo los pies, empujad y BLOQUEAD las rodillas. Brazos rectos, frente al suelo, BLOQUEAD LAS RODILLAS. —Camina a mi lado y empuja mis rodillas hacia fuera.

—No puedo doblarlas más que eso —le gruño, y ella sonríe con serenidad.



9
Charlie

Recibo un mensaje culpable de Suze con tres besos, diciendo que me espera en el Starbucks de la misma manzana. Cuando el aire frío me golpea, nunca me he alegrado tanto de vivir en un país con mal clima.

Entro en Starbucks y la veo disfrutando de un *latte grande* con nata y una porción de pastel de zanahoria.

—Lo siento muchísimo, Charlie. —Al menos tiene el buen juicio de parecer culpable—. ¿Estás enfadada conmigo? No podía respirar. Pensé que me estaba dando un infarto. Sentía que las paredes se me echaban encima. Tenía que salir. Me ahogaba en mi propio sudor.

—No me digas. —Le lanzo una mirada desdeñosa—. Estuviste diez minutos. Yo he tenido que aguantar noventa minutos de sudor

colándose por huecos donde no debería. Y no solo el mío.

Suze frunce el gesto mientras me inclino sobre la mesa.

—No me habría importado esperarte a que te ducharas. Estás empapada. Tu pelo…

Al ver mi expresión, se calla. Sé perfectamente cómo llevo el pelo. Es como una mopa mojada pegada a la frente.

—La cola para la ducha era demasiado larga —respondo, apretando los dientes—. Ahora tendré que colarme así en el trabajo y ducharme allí.

—Oh. —Muerde el labio, nerviosa—. ¿La clase se volvió más fácil luego?

—No. Ha sido horrible. Preferiría echarme guindilla en los ojos.

—Entonces, ¿no te lo has pasado bien?

Entrecierro los ojos.

—No. ¿Te lo has pasado bien en Starbucks?

—Venga, Charl —gimotea—. Lo siento. Si hubiera podido quedarme allí físicamente, lo habría hecho. Soy como una gran esponja de calor. Y había comido una tortilla francesa antes de salir. Me dolía el estómago.

—No verás ningún avance si solo lo intentas diez minutos —replico, y de inmediato me arrepiento de mis palabras duras—. Quizá la próxima podrías probar, pero sin el calor —añado con más suavidad.

—Ajá. —Asiente—. ¿Quieres compartir un *muffin?*

Niego con la cabeza.

—Necesito una ducha antes de que el personal de Starbucks me eche.



Entro por las puertas de la oficina a las ocho menos cuarto y recibo miradas de reojo de los guardias de seguridad.

Por suerte, a esta hora de la mañana hay poca gente en la oficina, salvo los desarrolladores obsesivos que no duermen.

Las duchas están en el sótano, así que es poco probable que alguien me vea.

Los pantalones cortos y la camiseta se me pegan al cuerpo como si estuviera en un concurso de camisetas mojadas. Los pantalones son ofensivamente cortos. De película porno. No están hechos para usarlos fuera del gimnasio.

Parezco una prostituta que se ha bañado en un río.

Hurgo en el bolso entre mi ropa de trabajo y el portátil.

¡Mierda! No he traído la toalla.

¿Cómo he podido olvidarla? Ahora tengo que subir hasta la cuarta planta a buscar la de repuesto.

Con disimulo, entro en el ascensor de recepción. De momento, todo bien. No hay rastro de vida humana, aparte de los guardias.

Mi reflejo me ataca desde el espejo del ascensor. Es peor de lo que pensaba.

Estoy empapada. La ropa se pega a cada hueso y a cada hueco. Se marca la silueta del sujetador y de las bragas.

Se abre la puerta y corro hasta mi escritorio con las rodillas dobladas, agazapada.

Hay algunos desarrolladores con los cascos puestos y la mirada pegada a la pantalla. No me ven. Haría falta un huracán para distraer a un programador.

Llego a mi mesa y me agacho para abrir el cajón. ¡Sí! La toalla azul sigue donde la dejé el año pasado.

Oigo un silbido bajo a mi espalda. Me sobresalto y me doy un golpe en la cabeza contra la mesa.

Alzo la vista y veo a Dylan Anderson sonriéndome. Mientras contempla mi ropa —o la ausencia de ella— abre los ojos de par en par. Lo llamamos Dylan el Sucio por su comportamiento lascivo con cualquiera que tenga un par de ovarios.

—Me alegro tanto de haber venido pronto hoy. Menudas vistas.

Cruzo los brazos sobre el pecho mientras sus ojos van y vienen entre mis pechos.

—Vete a la mierda, Dylan.

—Vamos, Kane, nadie se pasea así por la oficina sin esperar un poquito de atención.

—No estoy buscando tu puta atención. —Escupo las palabras—. Si pudiera arrancarte esos ojos asquerosos con una cuchara, lo haría. Vuelve a la piedra de debajo de la que saliste. Solo he venido a por una toalla.

Se acerca y me pone una mano sobre el brazo pegajoso.

—Si necesitas ayuda para lavarte la espalda… joder…

Se aparta, con los ojos muy abiertos.

Me giro y veo qué lo ha distraído.

Danny Walker avanza hacia nosotros hecho una furia, con los ojos en llamas.

Recuerdo que Tristan dijo que había hecho un par de años de servicio militar cuando era más joven, y ahora entiendo por qué. Se acerca como un tanque, listo para arrasar con el enemigo.

Clava sus ojos intensos en los míos.

—Señor Walker —balbucea Dylan, retrocediendo.



Danny

DIEZ MINUTOS ANTES

—¿Cómo evitamos que llegue a la prensa? —ladro por teléfono.

—He hecho todas las llamadas que he podido, tío, pero quieren publicar el artículo. Es demasiado jugoso como para eliminarlo.

Me paso las manos por el pelo y vuelvo a mirar el artículo con repulsión. He sufrido muchas campañas sucias estos últimos años, pero esta es más que escandalosa.

Sam Lynden.

El idiota que me sacó un dineral por haberlo empujado cuando él amenazaba a su novia, mi propia empleada.

No fue más que un forcejeo. Por supuesto que ella se puso de su lado, dejó la empresa y ambos se marcharon dando saltos hacia el amanecer con una gran bolsa de dinero.

Y ahora han vuelto a por más. El artículo asegura que yo seduje a su novia e intenté obligarla a acostarse conmigo, y que después ataqué a su novio cuando él me plantó cara.

Son puras mentiras, pero el público no cuestionará la evidencia. Como encaja con mi imagen de empresario despiadado y vil, asumirán que soy culpable.

—¿Danny? —dice Karl. Oigo sirenas al fondo, y sé que va camino a casa desde algún bar—. ¿Sigues ahí?

—Sí.

—Se publicará mañana en el periódico —responde con firmeza—. Necesitamos hacer control de daños. Los abogados están listos para denunciarlo por difamación.

Miro mis vasos de whisky en el bar. No, tengo que esperar al menos hasta el mediodía.

—Está bien. —Exhalo con brusquedad, escuchándole solo a medias mientras explica el plan.

Echo un vistazo rápido a través de los muros de cristal de la oficina, que llegan hasta el techo. Es probable que esté gritando; la historia ya se ha filtrado a la prensa.

¿Qué…?

—Tengo que dejarte, Karl. —Cuelgo de golpe.

Ella tiene que estar de broma.

Está agachada en su mesa con unos pantalones diminutos y una camiseta, dándole a un tío un buen vistazo de su trasero. La camiseta se le pega, marcando la curva de sus pechos. Distingo la silueta de sus pezones.

A pesar de la furia, mi pene no colabora y cobra vida.

Mi empresa, mi oficina, no es un club de *striptease*. ¿A qué está jugando llevando esos pantaloncitos para que todos la follen con la mirada?

¿Eso es lo que quiere? ¿Tener los ojos de ese tipo recorriendo cada centímetro de su piel?

¿Está intentando conseguir que le dé un ascenso?

Mierda, ¿está intentando seducirme?

El imbécil de su escritorio le acaricia el brazo.

Abro la puerta de cristal con tal fuerza que golpea contra la pared. Aprieto los puños como piedras mientras avanzo por el pasillo central de la cuarta planta.

—Tú, vuelve a tu escritorio ahora mismo —gruño al tipo cuando aún estoy a cuatro metros de ellos.

Mi presión arterial está por las nubes. Él huye como la rata que es.

Ella abre los ojos de par en par mientras me planto furioso a centímetros de su cara.

—¿A qué estás jugando?

Las gotas de sudor le cubren todo el cuerpo: entre los pechos, en la frente, en las piernas, *ahí*... entre sus piernas.

Intento no empalmarme. Concéntrate, Walker.

Vuelvo a fijarme en su rostro.

—¿Qué? —Con una expresión de horror, retrocede.

—Coquetea en tu tiempo libre, no en horario laboral —gruño—. ¿Crees que estás vestida de forma apropiada para la oficina?

Me mira como si yo estuviese loco.

Y entonces explota.

—¡Cómo te atreves a hablarme así! —chilla, empujándome el pecho—. Lamento que mi cuerpo sudoroso ofenda tanto a la oficina. Verás, olvidé llevar mi hábito de monja a yoga Bikram. Perdóname por haber olvidado mi toalla y haber sometido al pobre Dylan al tormento de ver mi piel húmeda. Lo siento muchísimo por haberlo perturbado tanto que sintió la necesidad de ofrecerme ayuda para ducharme. Lamento mucho haberle impuesto eso.

Sus ojos verde jade chispean de furia.

—En mi oficina no te vistes como una *stripper* —replico, esforzándome por controlar la respiración.

Ella parpadea.

—¿Estás diciendo que soy una *stripper*? —Coloca las manos a los lados y me pregunto si me va a abofetear.

—Digo que vistes como una.

Nos quedamos mirándonos, ninguno cede.

Ella señala la oficina casi vacía. Algunos programadores teclean sin levantar la vista a pesar de la discusión agitada. Aunque cayera un meteorito, no se inmutarían.

—¡No hay nadie! No pensaba pasarme el día sentada en mi propio sudor. Estaba buscando la toalla para correr a la ducha. De hecho, ya estaría duchada si no me hubieses acechado. ¿Cuál es tu problema? —Entrecierra los ojos—. ¿Crees que puedes decidir dónde trabajo y ahora también cómo visto? ¡Jackie se pone pantalones cortos todos los días!

¿Cuál es mi problema?

Mi problema es que he perdido el control. ¿Qué demonios estoy haciendo? Somos una empresa tecnológica, no una biblioteca. Permito que mis empleados se vistan como quieran. Muchos van con vaqueros rotos y camisetas que parecen de mercadillo.

¿Por qué me importa lo que ella lleve puesto?

Me mira, exigiendo respuestas.

Tengo que controlarme. Mido un metro noventa y tres y estoy gritándole a una chica diez años menor y un palmo más baja. Si me viera Recursos Humanos, llamarían a los abogados. Otra vez.

Me aclaro la garganta.

—Mira, ponte lo que quieras, pero no puedes ir por ahí con algo que parece un bikini.

El dolor cruza su rostro.

—Discúlpame —dice, apretando los labios—. Voy a darme una ducha fría.

Se da la vuelta y veo su espalda gloriosa y esas piernas tonificadas.

Yo también voy a necesitar una ducha fría. Y clases para gestionar la ira.



10
Charlie

—¿Eso te dijo? —pregunta Stevie en un tono demasiado alto. Con curiosidad, Dana y Tim se inclinan en sus sillas para escuchar.

—¡Shh! ¡Baja la voz!

—A ver si lo entiendo. ¿Danny Walker te comunica que ya no tienes trabajo, pero que te ha conseguido otro en otra empresa, teniendo en cuenta que quizá ni siquiera quieras trabajar ahí y que no has hecho una entrevista, así que solo Dios sabe cómo lo ha logrado, y después te riñe por tu ropa?

—No olvides que me llamó *stripper.* —Hago una mueca; mi rodilla no deja de moverse inquieta. Después del episodio de esta mañana, parezco un balón de baloncesto.

—No lo entiendo. —Frunce el ceño—. Tiene que ser personal. Jackie siempre lleva minifaldas supercortas.

—Exacto. —Pongo los ojos en blanco—. Por supuesto que es personal.

—Suena a demanda. ¿Tiene permitido hacer esas cosas?

Miramos la sala de juntas principal, donde el idiota está reunido con la gerencia de Dunley.

Danny habla, los demás asienten como palomas.

Patético.

¿Es que nadie cuestiona jamás a este tipo?

—Aunque… ¿vas a intentar derrocar a uno de los hombres más poderosos de la industria tecnológica? —Stevie se encoge de hombros—. Supongo que está acostumbrado a que la gente acepte el dinero y salga corriendo. Da igual cómo los trate.

—Estuve a punto de darle una bofetada. —Suelto una risa breve al recordar el rostro enfadado de Danny.

—La hostia, Charlie, contrólate. ¿Estás intentando que te despidan? ¿Que te despidan… o que te follen? —añade con sarcasmo, y le doy un golpe en el brazo. Desliza su silla de escritorio hacia mí—. Revisemos el contrato. Veamos qué dice sobre el código de vestimenta.

Asiento.

—Debería tener mi contrato en los correos de cuando empecé.

Stevie mira por encima de mi hombro mientras filtro mensajes de mi primer año en el puesto.

Ahí está. Lo abro y lo repasamos por encima. ¡Bingo! La prueba de que Danny Walker cruzó un límite y de que yo no había infringido ninguna norma de la empresa.

Código de vestimenta. Entre las 8:30 y las 17:00, el código de vestimenta para los empleados será informal. Se prohíbe el uso de prendas con frases o gráficos que muestren obscenidades. No obstante, ningún empleado será discriminado por su vestimenta.

—Dice específicamente entre las 8:30 y las 17:00 —comenta Stevie —. Y no menciona nada sobre pantalones cortos. —Me mira—. ¿Qué vas a hacer?

Sonrío.

Toma esto, idiota insoportable.



Danny

—Escucha —replico—, ya hemos hablado de esto. Quiero que evaluéis y puntuéis a cada empleado en las próximas dos semanas.

—Danny —suplica Cheryl al teléfono, mi jefa de Recursos Humanos —, no es tiempo suficiente.

—No es negociable. Quiero que este proyecto termine rápido.

—Bueno, pero ¿puedo preguntar por qué tanta prisa? —dice con suavidad—. Nunca te has apresurado en ninguna otra adquisición como en esta. —Cheryl correría el riesgo de ser despedida si no fuera porque lleva una década trabajando conmigo. No soy precisamente alguien a quien le guste que lo cuestionen.

Suspiro. No tengo una respuesta. ¿Puedo decirle que mi pene no se comporta y que necesito terminar con esto porque soy una erección andante?

Decido cortar el interrogatorio.

—Necesito que en diez días salgan las indemnizaciones. ¿Entendido?

—Perfectamente, señor —responde con voz tensa.

Cuelgo echando humo, y me arrepiento al instante. No es culpa de Cheryl. Estoy haciendo lo correcto, aunque Charlie aún no lo entienda.

¿Qué preferiría Tristan? ¿Que le diera a su hermanita una indemnización muy generosa y un nuevo empleo en otro sitio, o que me la follara hasta perder el conocimiento? Porque eso ocurriría si estuviéramos en la misma oficina todos los días. Acabaría en lágrimas, seguramente en las suyas. No puedo tenerla como empleada. A pesar de mi reputación, jamás me he acostado con alguien que trabajase para mí.

Fusionar el departamento de IT de Dunley Tech con el departamento central de Nexrion tiene sentido. Tristan es un hombre de negocios. Me perdonará por la primera opción, pero nunca por la segunda.

Y ella también, con el tiempo.

Me pregunto cuánto tardará Charlie en dejar de estar enfurruñada. Esta mañana parecía dispuesta a asesinarme.

Mi pene late al recordar a Charlie frente a mí, desafiante, con las manos en las caderas, el pecho subiendo y bajando de pura rabia.

Tiene suerte de no haberme abofeteado. No habría sido capaz de controlar el impulso de echarla sobre mi hombro, llevarla a mi despacho, arrancarle esos pantalones mojados y follármela para sacarla de mi cabeza.

Por desgracia para los dos, su furia solo me excita más.

Hago girar el hielo del vaso de whisky.

Necesito deshacerme de esta tensión antes de la ceremonia de premios a las siete. No creo que les haga gracia que suba al escenario con una tienda de campaña en los pantalones.

Miro el reloj. El coche llegará en veinte minutos. Tendré que ocuparme de esto con mis propias manos. Literalmente.

Suelto una carcajada para mí mismo mientras bajo las cortinas. Nunca me he masturbado en la oficina. No lo he necesitado.

Ninguna mujer me ha afectado tanto como para no poder apartar la lujuria y seguir trabajando.

Trabo la puerta y bajo la cremallera para liberar mi erección. Mierda, estoy más que listo. Qué desperdicio.

Aquí estoy: en lugar de centrarme en una compra multimillonaria, estoy masturbándome en un despacho improvisado de mierda.

Sujeto mi pobre pene dolorido y empiezo a mover la mano. Necesito algo para llegar más rápido.

El vídeo.

Al final no tuve valor para pedírselo a Tristan. No había ninguna razón lógica por la que necesitara un vídeo de su hermana cantando. Él sabe identificar cuando estoy de cacería y lo deduciría al instante.

Así que, como un auténtico acosador, obtuve acceso a las cámaras del bar aquella noche con la excusa de que me habían robado el

reloj. Sabían que valía diez mil libras. Me dieron la grabación sin rechistar.

Con la polla en una mano, uso la otra para buscar el vídeo en el móvil con impaciencia. Bingo.

Ahí está ese rostro precioso. Podría mirar esos ojos verdes eternamente.

Bajo el volumen y observo esa boca suave de labios carnosos. Lo que daría por morder ese labio.

Imagino mis manos sobre su cuerpo, sujetando esos pechos; mi boca mordiendo y lamiendo esos pezones gloriosos. Abriéndole las piernas, bajando la mano hasta su centro cálido, penetrándola con los dedos.

Imagino tocarla hasta que sus piernas cedan. Escuchar sus gemidos mientras grita mi nombre. Mi nombre.

Sí, estoy cerca.

Acaricio con fuerza mi pene, lo observo hincharse en mis manos, cerca del orgasmo.

El picaporte se mueve.

¿Qué coño…?

¿Cómo es posible que esté girando?

Lo había trabado.

Excepto que no lo hice.

La imagen 2D de mi móvil se vuelve tridimensional cuando ella irrumpe hecha una furia por la puerta, agitando papeles delante de su cara.

Se detiene en seco. Los papeles caen al suelo mientras baja la vista.

—¿Acaso no sabes llamar? —gruño, agitado.

No responde. Se queda ahí plantada, con la mirada clavada en mi mano con mi pene.

Está boquiabierta.

Sus mejillas sonrojadas y sus pupilas dilatadas me dicen que le gusta lo que ve. Que lo desea.

Un gemido minúsculo escapa de ella y me empuja al límite.

Es demasiado tarde. Ya he cruzado el punto de no retorno.

No puedo evitarlo.

Tengo un orgasmo brutal y gruño mientras mis fluidos empapan el pañuelo desechable.

Ella eleva la mirada, atónita.

—Es un despacho privado —bufo mientras limpio el semen—. No puedes entrar cuando te dé la gana. ¿No has visto las malditas cortinas cerradas? ¿Crees que tienes derechos especiales?

Abre la boca, pero la cierra de inmediato.

Estoy furioso. No sé con quién más, si con ella por entrar sin permiso o conmigo por no haber podido evitar correrme delante de ella.

Se agacha para recoger los papeles del suelo, y entonces noto lo nerviosa que está.

—Lo siento —digo, más suave, mientras me subo los pantalones—. No deberías haber visto eso.

—Quería hablar de mi contrato —balbucea, sin levantar la mirada —. Volveré cuando tengas las manos libres.

Suelto una carcajada pese a la situación. La chica es atrevida, eso no se lo niego.

Cierra la puerta de un portazo.

Me quedo quieto. El coche debe de estar ya abajo para llevarme a la entrega de premios. ¿De verdad acabo de correrme delante de una empleada? ¿Delante de la hermanita de Tristan?

Exhalo. He estado en aguas peligrosas antes, en situaciones en las que Recursos Humanos tuvo que intervenir y me han hecho denuncias falsas demasiadas veces, pero esto… esto es otro nivel.

Me río a carcajadas.

Podría ser el mayor error de mi carrera…

… y a la vez, el más excitante.



Charlie

Cierro la puerta y lo escucho pasar el pestillo detrás de mí.

¿Acaba de suceder eso?

¿De verdad he interrumpido el momento más íntimo de Danny Walker y me he quedado ahí mirando?

Michelle, su asistente, me observa desde detrás del escritorio.

—¿Necesitas algo?

Sí, por favor, una bañera con hielo para sumergirme en ella y detener este calor.

Debo de parecer extraña, paralizada en el sitio, aferrada a unos documentos.

—No —respondo con voz temblorosa, y me marcho. Necesito recuperar la respiración.

Él me vio y no se detuvo. Mantuvo la mirada en mí y siguió hasta eyacular mientras yo lo observaba.

Puedo afirmar, sin duda alguna, que ha sido la experiencia más sexual de mi vida pese a no haber participado directamente. Nunca antes pensé que fuese una *voyeur.*

Mi entrepierna está húmeda. Verlo tener un orgasmo delante de mí me ha convertido en una perra en celo.

Necesito salir de la oficina. Mi vagina late.

La expresión de su rostro. La del orgasmo. Algo que jamás imaginé que vería.

Verlo eyacular, soltar tanto líquido, hizo que deseara que lo hiciera dentro de mí. Que dejase en mí hasta la última gota. Era tan espeso, tan furioso. Como si pudiera destrozarme. Quería correr hacia él, sujetar su miembro y hundirlo en mi interior. Y esos ojos. Cómo me miraba, con una mezcla de furia y lujuria. Ningún hombre me ha mirado así.

Con razón las mujeres se le echan encima.

Me ha arruinado. Nunca podré acostarme con otro hombre sin sentir decepción.

Inhalo despacio, profundamente, mientras subo en el ascensor.

El contrato tiembla en mis manos; los bordes están empapados de sudor. Tendré que imprimir otro.

El gran Danny Walker, el director ejecutivo multimillonario que controla hasta el último detalle de su vida y de todo lo que le rodea, fue sorprendido con la mano dentro de los pantalones,

masturbándose con un vídeo en el que aparezco yo. Sonrío como una idiota.

Él cree que no vi el vídeo. Era de la fiesta; reconocí las luces azules del escenario. No sé cómo lo consiguió, pero parecía una toma aérea.

¿Se estaba masturbando conmigo? ¿O con Jen?

Bajo la vista y veo manchas de sudor bajo mis brazos. También hay humedad entre mis piernas.

Al menos tengo tiempo de cambiarme antes del evento de citas rápidas al que Julie me ha obligado a ir esta noche. Aunque no sé cómo se supone que voy a mantener conversaciones casuales con un montón de hombres después de lo que he visto. Necesito un buen consejo y mucho alcohol para superar esto.



11
Charlie

—Necesitamos distraerte, Charl. Esto te hará bien. —Cat me lanza una mirada alentadora—. Tal vez conozcas a un tío decente.

He estado aturdida desde que cerré la puerta de su despacho.

Estamos en un bar en Leicester Square, en el centro de Londres, esperando a que empiece una ronda de citas rápidas. Técnicamente, Suze, Julie y yo participamos, pero Cat y Stevie nos han acompañado para observar el ritual de apareamiento desde lejos.

Hemos pasado la última hora analizando la escena que vi cuando entré en el despacho de Danny Walker.

—¿Estás segura? —seguían preguntando.

—Sí, reconozco un pene cuando lo veo —confirmé.

Están escépticos.

Lo entiendo; es increíble.

Incluso yo estoy empezando a pensar que lo imaginé. Durante los cinco años que he trabajado para esa empresa, el mayor rumor que tuvimos fue que Jackie se acostaba con el becario de la fotocopiadora.

En una semana, Danny Walker ha llegado como una excavadora, me ha sobornado para que me fuera, ha dicho que le recordaba a una *stripper* y se ha masturbado sin querer delante de mí.

Cambiamos de conversación por insistencia de Stevie, que está harto de hablar sobre el pene magnífico de Danny Walker.

Maldita sea, ese pene podría salir en un programa de televisión.

—¿Qué pasó con el sueco? —Suze me da un golpecito con el codo —. Concéntrate, Charlie. Deja de pensar en Danny Walker.

Niego con la cabeza.

—Nada. Dejó de hablarme.

Stevie ríe.

—¿Qué hiciste esta vez?

—No lo sé. —Bebo un sorbo de vino, pensando—. Me preguntó qué quería hacer en una cita y le envié un enlace a una clase de taxidermia en el este de la ciudad. No he sabido nada de él desde entonces.

Silencio.

—¿Taxidermia? —repite Cat despacio.

—¿Como lo que hacía el tipo de *Psicosis*? —comenta Stevie. Asiento.

—Sí, exacto. Taxidermia, rellenar animales.

—Ah. ¿Y qué habríais rellenado?

Me encojo de hombros.

—Un ratón. Lo vi en *Time Out*. Pensé que le parecería aventurero. ¿Recordáis nuestro pacto de «probar todo una vez»?

Cat frunce el ceño.

—Nunca me dijiste que te interesaba la taxidermia.

—¿Se lo contaste al sueco? —Stevie sacude la cabeza de lado a lado. Enderezo la espalda, a la defensiva.

—Si no puedo ser sincera, no tiene sentido. Si no es lo bastante hombre como para…

—Tal vez a veces es mejor conservar un poco de misterio, Charlie —comenta Stevie—. Teniendo en cuenta que aún no has conocido al hombre. Para el próximo, sugiere ir a tomar algo. Pégate al guion. Mejor no menciones nada sobre tus pasatiempos.

Resoplo.

—¿Acaso un ratoncito muerto ahuyenta a los hombres?

Él me mira como si fuese idiota.

—A la mayoría no les gustan las mujeres que diseccionan cosas. Les hace pensar que existe la posibilidad de que la mujer en cuestión enloquezca y un día les corte el pene en un ataque de furia.

Hago una pausa.

—Tal vez no fue por la taxidermia.

—¿Hay más? —ladra Julie.

Los cuatro me miran, expectantes.

—Cielos, no le contaste lo de las hemorroides, ¿verdad?

Los fulmino con la mirada.

—¡No! ¡Y todo el mundo tiene hemorroides alguna vez en la vida!

Cat mira a Stevie.

—Yo no, solo Charlie.

Él le sigue la corriente asintiendo y luego me mira.

—Tu técnica de seducción es horrible.

—Si él te conociera, se daría cuenta de lo maravillosa que eres. —Cat acaricia mi brazo—. Pero Stevie tiene razón: cuando intercambias mensajes con un tío, quizá lo mejor sea hablar sobre ir a cenar o algo así. No les muestres cómo eres realmente.

Suze asiente.

—Te va mejor en persona.

Chasqueo la lengua.

—Si es que alguien accede a reunirse conmigo. Lo juro, en esta época de citas virtuales, la gente es reemplazable. Los hombres hacen planes que luego no cumplen. Muchos me han escrito por Tinder, hablamos unos días y entonces ¡puf! ¡Nada!

Stevie nos mira, con aire sabio.

—Eso es porque los hombres usan el factor de probabilidades. No solo deslizan a la derecha en las mujeres que les gustan, sino en

todas. Si la tasa de éxito es del veinte por ciento, deslizan a la derecha a cuatro mujeres.

—Qué asco —digo, enfadada—. Y no sabes contar.

—¿Tal vez no eres lo bastante atrevida? —sugiere Suze—. ¿Has pensado en subir fotos desnuda? Podrías cortarte la cabeza, así nadie sabrá que eres tú.

Me atraganto con el vino.

—No me voy a hacer fotos desnuda, Suze.

Cat niega con la cabeza.

—No lo entiendo. ¿Qué pasó con la buena época en la que conocías a alguien en un bar? Ahora la gente prefiere ver fotos en vez de hablar con alguien en persona.

—Vivimos la vida online, y estoy harta —suspiro—. ¿Hubiera sido igual de romántico que Richard Gere encontrase a Julia Roberts en una app porno?

Cat ríe.

—¿O que Ryan Gosling encontrase a Rachel McAdams por Snapchat?

—¡Es demasiado! Había un tipo con el que hablaba por Tinder, no nos habíamos visto, y me preguntó si quería añadirlo en Snapchat. Le pregunté por qué. Dijo que así podíamos intercambiar fotos. Pero ¿para qué sirven las fotos? No puedo hablar con una imagen.

—Hablando de aplicaciones y entretenimientos, mañana subiremos tus canciones a OpenMic —dice Cat con firmeza—. Ya lo hemos hablado demasiado tiempo, Charlie. Y eso sí es algo que puedes contar en una cita, en vez de hablar de taxidermia.

Pongo los ojos en blanco.

—Está bien.

Llevamos un año hablando de subir mis canciones a OpenMic. Es una aplicación nueva donde la gente puede puntuar tu música. Las puntuaciones me asustan. No quiero que me juzguen ni me evalúen. Mi público objetivo —los amigos de mi madre— no usa OpenMic. Pero necesito que Cat se calle de una vez.

Quizá podamos publicar las canciones y, un día después, las borraré a escondidas.



Treinta minutos después, Suze, Julie y yo compartimos una mesa en el bar, esperando a que empiece la primera ronda de citas rápidas. Las mujeres se quedan fijas en sus lugares mientras los hombres rotan. Nos han dado tarjetas donde escribir sus nombres junto a un apartado para añadir comentarios, y todos llevamos etiquetas con nuestros nombres.

Muy práctico.

El primer tipo toma asiento delante de mí. Es bajo, va con traje y lleva gafas. No es mi estilo, pero dos minutos de charla no hacen daño a nadie.

—Hola. —Sonrío.

Mira la etiqueta con mi nombre en vez de mis ojos.

—Lo siento, no puedo leerla. ¿Podrías mover el brazo?

¿En serio?

—¿Por qué no me preguntas mi nombre? —sugiero.

Intenta mirar detrás de mi brazo, que me niego a mover.

Lo observo escribir *Charlie* con letra muy cuidada.

—Charlie. —Endereza la espalda, se recoloca las gafas en la nariz como si estuviese haciendo una inspección—. ¿A qué te dedicas?

Ya me he aburrido y ni siquiera ha pasado un minuto.

—Trabajo en tecnología.

Asiente con aprobación y escribe «IT» en la sección junto a mi nombre. Es evidente que he cumplido uno de los requisitos de su lista.

—Genial, ¿y cuál es tu color favorito?

Lo miro fijamente.

—¿Por qué? ¿De qué sirve esa información? —No tengo un color favorito; depende de mi estado de ánimo.

—Sigamos. ¿Animal preferido?

Cielos, me entrevista un niño de cuatro años.

—¿Mi animal favorito? ¿Para qué? ¿Para comer? ¿Criar? ¿Montar? ¿Hacer taxidermia?

Me mira, esperando.

—¿Quieres una respuesta definitiva? Bien. La rata.

Entrecierra los ojos.

Suena un teléfono.

—¿Ha sonado la campana? —pregunto con arrepentimiento fingido —. Creo que se ha acabado el tiempo.

—No, ha sido un teléfono —dice, inexpresivo—. ¿Te gusta viajar?

Fulmino con la mirada a Julie, que me obligó a hacer esto.

—Veinticinco libras —digo sin emitir sonido, solo moviendo los labios cuando me ve—. Sí, me gusta viajar.

Miro a mi cita. Necesito que suene la campana.

—¿Dónde has estado?

—¿En mi vida?

Asiente.

—¿Quieres una lista de todos los países que he visitado en mi vida?

Espera.

—Bueno, reduzcámoslo a los viajes de este año, ¿sí? India y Seattle.

La campana interrumpe nuestra vibrante conversación e indica que es momento de pasar a la siguiente cita. Miro al tipo que deja a Suze para sentarse en mi mesa. Parece de dieciocho años.

Cielo santo.

Faltan otros veinte hombres. Será una noche larga.



A pesar de nuestro esfuerzo, las citas rápidas no nos dan a los hombres de nuestros sueños, así que volvemos a casa con las manos vacías a las once de la noche.

No habría importado si una estrella de Hollywood hubiera aparecido en una de las citas; ver a Danny Walker en toda su gloriosa desnudez feroz ha arruinado mi futura vida amorosa. A partir de ahora, cualquier pene será inferior.

Mi mente aún sigue acelerada por los extraños acontecimientos del día. Tengo mucho hipo. Estoy borracha después de recurrir a una

ronda de chupitos para superar las últimas cinco citas.

Giramos la esquina de nuestro piso y me detengo bruscamente en la calle, lo que hace que Cat choque contra mi espalda.

—Cielos, Charlie, cuidado.

Hay un Aston Martin negro aparcado en la calle frente al piso. En nuestra calle, llama demasiado la atención.

Mi corazón se acelera. Reconozco la matrícula porque la vi en casa de Tristan.

Él está aquí.

¿Por qué está en mi calle? ¿Sabe que vivo aquí? Está rompiendo demasiadas reglas en un solo día; es el sueño húmedo de la prensa rosa. También el mío.

Por suerte, llevo puesto el vestido negro.

Subo los escalones del edificio con los cuatro conversando distraídos a mi alrededor, sin notar mi pulso acelerado. No puedo concentrarme ni en una sola palabra de las que dicen.

—Cat —susurro sin mover los labios—. Saca las llaves, AHORA.

—Bueno, tranquila —resopla, hurgando en su bolso.

Miro fijamente el edificio e ignoro el Aston Martin.

No tengo la valentía de mirar hacia el conductor; se me podrían doblar las rodillas. Este es mi territorio. Él no debería estar aquí. Puedo lidiar con él en bares elegantes o en eventos donde suba a un escenario, pero no aquí, frente a mi casa.

Cuando estamos en el rellano, cierro la puerta con fuerza y me desplomo contra ella.

¿Y ahora qué? Saber que él está a pocos metros me pone de los nervios. ¿Qué demonios hace aquí?

¿Ha venido a traerme una orden de alejamiento para evitar que hable sobre lo que vi sin querer? ¿O a entregarme en persona el formulario de despido? Nunca he estado en esta situación, pero estoy segura de que es culpa suya. Bueno, entré en su despacho sin llamar, pero no esperaba ver un pene expuesto.

Es una empresa de tecnología, no un bar nudista.

¿Es siquiera legal masturbarse en una oficina? Aunque sea el dueño de la empresa. No he tenido tiempo de consultarle a la abogada residente, Julie.

Él sabe que estoy aquí. No estoy nada preparada para esto. Todo lo que dije antes fue pura actuación, mentiras vacías, tonterías.

Por supuesto, suena el timbre. Él no pierde el tiempo.

Me quedo paralizada, aferrándome a la puerta.

—¿Has pedido comida? —Cat va al pasillo y me mira—. No se abre apoyándote en la puerta, lo sabes.

—Cat —digo, nerviosa—. Es Danny Walker.

Se detiene en mitad del pasillo.

—¿Está aquí?

Las dos abrimos los ojos de par en par cuando el timbre suena de nuevo, insistente.

—¿Cómo sabes que es él?

—Su coche estaba fuera.

—Oh. —Abre la boca—. ¿Lo vas a hacer pasar?

—No lo sé. —Trago saliva, mirándola—. Tengo la cabeza dando vueltas por los chupitos. No puedo pensar.

El timbre vuelve a sonar.

Julie aparece en el pasillo.

—¿Quién coño es?

Cat la mira con seriedad.

—Es Danny Walker.

—¿Está aquí? —ladra Julie.

Asiento, mordiéndome el labio.

—Interesante. —Sonríe con picardía—. Cielos, amiga, ¡lo tienes cogido por las pelotas! ¡Aprovéchalo!

—No sé qué se supone que significa eso —siseo.

—Significa que tomes el control, Charlie —dice Julie con incredulidad, mientras desabrocha un botón de mi vestido negro—. Es tu territorio. Sedúcelo.

Antes de que pueda detenerla, Julie se abalanza sobre mí y presiona el botón para abrir la puerta del portal.

—Y quítate esas bragas gigantes, por Dios —añade Julie—. Notará que no llevas ropa interior. Siempre funciona.

Oigo que la puerta principal de la calle se abre y se cierra y luego los pasos suben la escalera.

Llaman a la puerta de nuestro piso con firmeza.

Cat huye por el pasillo, sonriendo, seguida de Julie, que susurra casi sin emitir sonido un «quítate las bragas».

En ausencia de una estrategia mínimamente pensada, me quito la ropa interior y la escondo detrás del radiador.

Al otro lado de la puerta, él se aclara la garganta con más que impaciencia.

Retrocedo unos pasos en silencio por el pasillo fingiendo que no he estado pegada a la puerta, luego avanzo de nuevo hacia ella haciendo ruido con los pasos.

Intentando calmar mi respiración, abro el cerrojo y la puerta, y me encuentro con su mirada de frente.

—¿Danny? —digo, con un tono demasiado agudo.

Lleva el traje azul a medida del trabajo, pero sin la chaqueta. Tiene la camisa blanca remangada hasta los codos y exhibe sus preciosos brazos bronceados, cubiertos de vello oscuro.

Sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo; una sonrisa cínica les llega mientras vuelve a clavar la vista en mi rostro.

Lo noto en el estómago.

—Bonito vestido. Te queda bien.

—¿Qué…? ¿Por qué estás aquí? —De pie en la puerta, cambio el peso de un pie al otro.

Parece sorprendido.

—He venido a disculparme.

Ni una sola de las citas rápidas ha conseguido hacerme temblar como esa voz escocesa.

Alza las cejas.

—¿Puedo pasar?

—Supongo. —Abro más la puerta y él me sigue por el pasillo.

Stevie y las chicas están sentados en el sofá, escuchando sin el menor disimulo. Bien podrían tener palomitas en las manos.

—Señor Walker —balbucea Stevie, con los ojos abiertos de par en par.

Él los saluda con un breve asentimiento de cabeza y luego me mira.

—¿Podemos ir a algún lugar más privado?

—Solo tenemos una sala de estar. Así que… ¿tendrá que ser mi habitación?

La duda cruza su rostro, luego asiente.

—Está bien —chillo, visualizando en mi mente el estado de mi cuarto—. Por aquí.

Él me sigue, el aroma de su perfume llena el pasillo. Cielos, es delicioso.

Abro la puerta de mi habitación. Está peor de lo que imaginaba.

—No esperaba visitas.

Me estremezco mientras él evalúa mi cuarto. Hay prendas y ropa interior mezcladas con zapatos y libros por todo el suelo. Como si hubiera estado revolviendo armarios.

—Siéntate. —Señalo mi sillón rosa en un rincón.

Él alza unas bragas holgadas del sofá y las sostiene entre las manos.

—¿Qué quieres que haga con esto?

Mierda. Mis bragas para esos días del mes. Nadie en el planeta debería verlas, excepto yo.

—Yo me encargo —digo, arrancándoselas de las manos, y las meto debajo de un cojín.

Él ocupa mi sillón diminuto, apretado, desentonando, con las piernas fuertes abiertas.

Es demasiado grande, demasiado masculino, demasiado abrumador para mi cuarto. Me doy cuenta de que es el primer hombre de verdad que ha entrado aquí.

Me siento al borde de la cama, frente a él, muy consciente de que no llevo bragas. Si muevo las piernas, lo verá todo.

—¿Quieres algo de beber? —ofrezco, intentando sonar relajada.

—No. Estoy bien. Tengo una llamada de trabajo después de esto. Ya no puedo beber más por esta noche. —Sonríe con educación, reclinándose en el sillón.

¿Después de qué?

Lo observo, sin saber qué decir, y luego rompo el silencio.

—¿Has salido esta noche?

Tiene la camisa arrugada, y un ligero olor a whisky se desprende de él.

—He dado el discurso de inauguración en una ceremonia de premios —explica, sin darle importancia—. En Canary Wharf.

Por supuesto.

Presentar premios es solo una noche más para él. Nada distinto a ir al cine o pedir comida.

—¿Has visto alguna empresa que te gustaría comprar?

—Algunas —responde, inexpresivo; mi sarcasmo se pierde por completo. Me observa con cierta sospecha—. ¿Dónde has estado tú esta noche?

—En un evento de citas rápidas con hombres de entre dieciocho y treinta años —admito.

—Dieciocho a treinta —repite despacio. Algo brilla en su mirada, ¿fastidio, quizá? Desaparece antes de que pueda descifrarlo—. ¿Y qué pasa con Ben?

—Ya no estamos juntos. —Se me retuerce el estómago—. Estoy soltera —añado, para que no quede ninguna duda.

—Ya veo. —Me mira con expresión indescifrable—. ¿Conociste a alguien que te gustara… en ese evento de citas rápidas?

—No. Nadie interesante. —No como tú, a juzgar por la humedad creciente entre mis piernas mientras mi piel expuesta roza la cama—. Prefiero a hombres más mayores —anuncio, con valentía alimentada por el tequila—. Alguien tosco, masculino, firme. Alguien que me ponga en mi sitio.

Capta la indirecta, hombre.

Sus ojos se oscurecen.

—Estarás mejor con alguien de tu edad.

Aprieto aún más las piernas para ocultar mi excitación.

Sé que no me lo estoy imaginando. La tensión sexual en la habitación podría cortarse con un cuchillo.

Está tan alterado como yo.

Un sonido brota de su bolsillo y los dos miramos la interrupción mientras saca el teléfono.

—Lo siento. —Lo pone en modo silencioso—. Hoy hay una llamada importante con Estados Unidos.

—Atiéndela si quieres —digo, pero él hace un gesto con la mano, restándole importancia.

—Está bien. Me iré pronto y me ocuparé de ello.

Si es una visita fugaz, ¿por qué está aquí?

—Ya veo. —De pronto, lo entiendo—. Has venido para que cierre la boca sobre lo que pasó hoy. Para asegurarte de que no te denuncie ante Recursos Humanos.

Frunce el ceño, alzando una ceja.

—Eso no me preocupa. Entraste en el despacho del CEO sin llamar. —Una sonrisa pícara amenaza con aparecer en sus labios—. De hecho, podría ponerte una amonestación.

—Entonces es para que no se lo cuente a Tristan —digo, resoplando.

—Por supuesto que sería preferible que él no lo supiera, pero no, no es la razón por la que he venido.

Mis ojos siguen la línea de su mandíbula mientras desliza una mano sobre su barba incipiente.

—He venido a disculparme. No debería haberte puesto en esa situación. Mis actos no tienen excusa. Solo quiero que sepas que no es algo que haga en la oficina. Fue… cosa de una sola vez.

Aprieta los puños sobre los reposabrazos.

—Nunca fue mi intención que entraras y vieras eso. —Su voz suena tensa—. Cerré la puerta con llave. O, mejor dicho, pensé que lo había hecho.

—No debería haber entrado sin llamar —admito, cruzando y descruzando las piernas. No puedo quedarme quieta. No mientras él está en mi habitación.

—En mi defensa, podrías haber salido y cerrado la puerta enseguida. —Sus labios tiemblan de forma casi imperceptible—. Si se lo cuentas a Tristan, tendrás que explicarle que te quedaste hasta el final.

—Quería ver con qué parte del vídeo tendrías un orgasmo —replico. Él maldice en voz baja.

—Creía que no lo habías visto.

Por primera vez desde que lo conozco, veo rubor en sus mejillas. Ya no resulta tan seguro de sí mismo, ¿eh, señor Walker?

—Era yo, ¿verdad? —insisto; necesito estar segura.

Sus ojos se vuelven casi negros mientras se clavan en los míos.

—Sabes que eras tú.

Trago el nudo que se me ha formado en la garganta.

—¿Cómo conseguiste el vídeo?

Hace una pausa larga.

—Perdí el reloj y le pedí al bar la grabación de seguridad. Salías tú.

Miro su reloj caro, a salvo en su muñeca, y alzo una ceja.

Ahora estoy segura de que no me lo estoy imaginando. La química entre los dos es electrizante, y él la percibe tanto como yo. Me desea tanto como yo le deseo a él.

—¿Por qué veías un vídeo mío? —susurro, aunque ya conozco la respuesta—. Era yo la que salía en la grabación, y no soy una ladrona de relojes.

Aprieta la mandíbula.

—Creo que sabes por qué, Charlie. ¿Hace falta que lo diga?

Me retuerzo, creando fricción con la cama que roza mi clítoris expuesto. No llevar ropa interior ha engañado a mi cuerpo y le hace creer que esta noche él se acostará conmigo, y estoy tan lista, tan llena de necesidad, que podría estallar solo frotándome contra la cama.

Él ni siquiera me ha tocado todavía.

Nuestros ojos se encuentran y sé que está teniendo los mismos pensamientos carnales que yo. Quiere follarme ahora mismo con todas sus fuerzas.

—Dilo —susurro.

Me mira con los ojos entornados; la habitación está tan silenciosa que escucho su respiración agitada.

Abro apenas los muslos. Lo suficiente para darle una muestra, por mero instinto primitivo. Nunca he sido tan descarada, ni siquiera con mis novios.

Él baja la mirada, y un gemido torturado brota de su garganta.

—Basta, Charlie. Estás borracha.

—¿Basta con qué? —digo con inocencia, notando con satisfacción cómo sus pantalones se tensan con la erección creciente.

Muevo con inocencia las piernas al borde de la cama.

—¿A qué coño estás jugando? —susurra con voz ronca, retorciéndose en su asiento—. Esto no va a acabar bien.

—Responde —ordeno, con los ojos abiertos de par en par—. ¿Por qué veías ese vídeo?

Me fulmina con la mirada, aprieta los nudillos sobre el sillón.

Observo sus grandes manos ásperas y pienso en lo que podrían hacer entre mis piernas.

—Porque te imaginaba inclinada sobre mi escritorio mientras te penetraba y te daba el mejor orgasmo que has tenido en tu vida.

Dejo de respirar. Sus palabras envían una descarga eléctrica directa a mi clítoris.

Quiero que me penetre ahora mismo. Necesito que me folle tan fuerte que le suplique que pare. Necesito que me provoque un orgasmo tan ruidoso que toda la calle me escuche.

El teléfono se ilumina sobre su rodilla cuando entra otra llamada.

—Ponte ropa interior, Charlie —ordena, con los ojos casi suplicantes—. Antes de que haga algo de lo que me arrepienta.

Le sonrío con picardía.

—Este es mi cuarto. No creo que tu autoridad tenga efecto aquí para darme órdenes.

—No me presiones —gruñe, apretando los labios. Sus palabras dicen una cosa pero el bulto en sus pantalones dice otra.

Me levanto de la cama y me acerco a él. Antes de que pierda el valor, sujeto su mano y abro sus nudillos apretados.

—No es justo privarme del mejor orgasmo de mi vida —ronroneo, deslizando su mano por mi pierna expuesta.

—Basta, Charlie. —Se queda paralizado cuando su mano se aproxima al interior de mi muslo—. No va a suceder.

Lo ignoro.

—En serio, detente —repite, con voz tensa, intentando a medias retirar la mano.

Su cuerpo no está de acuerdo con él cuando abre las piernas para que pueda colocarme entre ellas.

Alzo mi vestido sobre mi estómago y abro mis muslos sobre sus rodillas todo lo que puedo. Ahora lo ve todo. Estoy sonrosada, hinchada y mojada.

—Estás empapada —gruñe, pasándose la lengua por los dientes.

—He estado así desde que vi hoy a mi jefe en una situación comprometida —susurro mientras él contempla, absorto, mi entrepierna—. Desde entonces, no hago más que fantasear con ello.

Su miembro empuja la tela de sus pantalones, y él se estremece; cierra los ojos en un intento de recobrar la compostura.

—Me matarás.

Cuando los abre de nuevo, me mira con tanto deseo carnal puro que dejo escapar un jadeo.

—Abre más las piernas —ordena—. Déjame ver.

Estoy tan excitada que obedezco sin objeción, abriendo mi sexo con los dedos.

—Sí —gime, incapaz de apartar los ojos—. Es lo más hermoso que he visto.

Los músculos de mi vagina se tensan mientras imagino cómo se cerrarían alrededor de su pene grueso, engulléndolo.

—Charlie —susurra, sosteniendo mi mirada—. Estás lista para mí.

Estoy tan lista que resulta vergonzoso. Nunca he sido tan sexual, nunca he estado tan desesperada por un hombre. Nada más me importa salvo mi necesidad de tener un orgasmo ya mismo, de dejarle claro que me deja hecha un desastre, excitada y temblorosa.

Su teléfono vibra de nuevo sobre su rodilla.

—Vete a la mierda, Karl —murmura, y lo lanza al suelo.

Con una mano, sujeto mi vestido en alto mientras que con la otra acaricio mi vagina despacio.

—Nunca he hecho esto delante de nadie —susurro, en un momento de inseguridad.

—Mierda. —Aprieta la mandíbula mientras intenta reprimir la lujuria innegable que lo abruma—. Es lo más sensual que he oído.

Deslizo los dedos en medio de la humedad, suelto un gemido suave mientras imagino sus dedos explorándome, follándome.

—Buena chica. Hazlo para mí —gruñe—. Introduce los dedos más profundamente en tu vagina.

Lo hago, mi respiración se acelera mientras echo la cabeza hacia atrás.

—No. Mírame —ordena—. Necesito que me mires cuando tengas un orgasmo.

Clavo los ojos en él mientras vuelvo a introducir dos dedos en mi carne inflamada, gimiendo fuerte.

Me observa como si acabara de recibir el don de la vista.

Separo más mis muslos, hundo los dedos con más fuerza; el sonido resbaladizo se vuelve más rápido y alto en el aire, y nos devora a los dos.

Mis dedos encuentran mi clítoris hinchado y froto el punto más sensible de forma que él pueda ver lo excitada que estoy. Lo excitada que estoy para él.

Mantiene los ojos clavados en mi sexo.

—Danny —suplico—. Quiero verte. Quiero ver lo excitado que estás.

Inspira con dificultad y cierra los ojos.

—Si saco mi pene, será para meterlo dentro de ti. —La amenaza en su voz me hace temblar—. No podré parar.

Mis piernas tiemblan mientras los movimientos circulares se vuelven frenéticos y furiosos; mis gemidos son rápidos y desesperados.

—Quiero sentirte —jadeo—. Estoy tan cerca.

Deja escapar el aire de golpe y tiembla en el asiento; su pene suplica que lo libere de los pantalones del traje.

—Quiero hacerlo —susurra, colocando una mano sobre su erección —. Me muero por hacerlo.

La expresión en sus ojos, de lujuria pura y animal, me lleva al límite.

—Fóllame, Danny, por favor —ruego, al borde del orgasmo—. Te quiero dentro de mí.

Entrecierra los ojos mientras lucha por no perder el control.

El teléfono vibra varias veces en el suelo.

Suelto un gritito final cuando mi excitación se descontrola y me derrumbo sobre él. Cierro los ojos, jadeando.

Enterrado bajo mi cabello, oigo que intenta dominar su propia respiración agitada.

—Acabas de joderme la vida para siempre —gruñe debajo de mí—. Nunca me recuperaré de esto.

Enderezo la espalda, sonriendo, embriagada tras el orgasmo.

—Charlie. —Suspira, pasándose las manos por el pelo mientras el teléfono no deja de sonar—. Necesito contestar.

Alza el teléfono, se pone en pie y me aparta con suavidad.

Escucho la voz furiosa de Karl al otro lado de la línea.

—¿Qué coño, tío? —ruge Karl—. ¿Dónde estás? Se suponía que estarías en la llamada hace diez minutos. ¿Estás intentando cargarte este acuerdo de cinco millones de libras?

Los ojos de Danny se encuentran con los míos mientras hace una mueca.

—Tranquilo, Karl, estaré ahí en cinco minutos. Estoy yendo al coche.

—¿Estás atendiendo la conferencia desde tu puto coche, Danny? —Nunca he oído a Karl tan enfadado y, sin duda, nunca había oído a nadie gritarle a Danny—. ¿Por qué no estás en el despacho de tu casa? ¡La ceremonia terminó hace dos horas! ¿Dónde coño estás? ¿Sabes lo poco profesional que queda esto?

—Dame un minuto, Karl. —Silencia la llamada, con expresión dolorida, ruborizado mientras me mira. Adopta un tono más suave—. De verdad tengo que irme, Charlie.

—Está bien. —Sonrío—. Pero, por si lo olvidas…

Tomo su mano y la deslizo sobre mi vagina, aún húmeda por la excitación.

Gime, y luego sus manos sujetan mi pelo por la nuca y aprietan mi boca contra la suya, atacándome con sus labios furiosos.

Como respuesta, abro más la boca; mi lengua encuentra la suya con la misma voracidad. Siento su erección rígida contra mi estómago, y él introduce un dedo en lo más profundo de mi centro, arrancándome un gemido en su boca.

—Parece que has roto tu promesa de no hacer contacto —gimo en voz baja.

Aparta su dedo mojado de entre mis piernas.

—Eso parece.

Luego sale por la puerta mientras un Karl furioso protesta al otro lado del teléfono, y me deja hecha un desastre pegajoso.



12
Danny

No mentía cuando le dije que me había destrozado. Estuve cerca de perder un negocio de cinco millones de libras solo por quedarme sentado en un sillón diminuto y femenino, empapado en mi propio líquido preseminal, observando a una chica demasiado joven para mí y completamente fuera de límites masturbarse. Como un estudiante salido.

Karl aún está enfadado conmigo, aunque, por algún milagro, logré salvar la transacción. Estaba demasiado furioso como para pedirme explicaciones de por qué desaparecí sin aviso.

Ni yo mismo podía explicármelo, mucho menos explicárselo a Karl.

Bebo un sorbo de café. Estuve en una conferencia hasta las dos de la mañana y luego Karl me estuvo tocando los narices durante treinta minutos más. Diciéndome que era un irresponsable, que llevábamos meses trabajando en este negocio.

Valió cada minuto.

Verla masturbarse fue la mayor excitación de mi vida.

El maldito simplón de Mike está hablando sin parar cuando entro en la sala de reuniones. Infla el pecho para demostrarme que tiene la sala bajo control.

Comparado con cualquiera de las oficinas de Nexrion, este sitio es una broma. Las salas de reuniones están llenas de tecnología moribunda que hace que se desperdicie la mitad de la reunión intentando crear un enlace de videollamada y tienen sillas de plástico que parecen de colegio.

Estaré encantado de librarme de este cuchitril diminuto cuando mudemos la oficina a la central de Nexrion la semana que viene. Aunque la mitad de los empleados no la disfrutarán durante mucho tiempo.

Observo la sala, y todos los ojos están en mí, salvo unos.

Ella mira a Mike con atención, como si fuese el hombre más interesante que hubiera escuchado en su vida. Casi me da celos. El rubor sube por sus mejillas.

Exhalo con brusquedad al tomar asiento. Mis ojos bajan a sus piernas largas y tonificadas. Debe medir un metro setenta; sigue siendo baja en comparación conmigo. Con mi metro noventa y cinco, todo el mundo es bajo a mi lado.

Observo cada detalle de su aspecto, lo memorizo para después. Veo sus vaqueros ajustados abrazando sus muslos, sus largos rizos castaños junto a la curva de sus pechos.

Mierda, qué delicia.

Mike se aclara la garganta.

—Jefe, estábamos repasando lo que ha funcionado este semestre.

—¿Por qué? —pregunto con frialdad.

—¿Por qué? —repite, con menos confianza.

—Se supone que es una reunión de crisis —replico, inclinándome hacia delante en mi silla—. No una reunión para darse palmaditas en

la espalda diciendo que han hecho un gran trabajo. Siendo directo: estos productos están fallando.

Toda la sala inhala al unísono.

—Señor —balbucea—, si miramos nuestras estadísticas…

—Vuestras estadísticas están mal —le corto—. A partir de ahora tendrán que compararse con las de Nexrion. Y, en comparación con esas, sus productos están fallando.

—Señor Walker —intenta de nuevo, con valentía—. Hemos recibido comentarios positivos de todos nuestros clientes importantes a través del formulario que enviamos.

Deslizo la lengua por los dientes. No tengo paciencia para esta basura. Entre haber pasado la mitad de la noche atendiendo llamadas con Estados Unidos y cierta morena que mantuvo despierto a mi pene, estoy agotado.

—No ha habido clientes nuevos en tres años. No ha habido aumento de uso por parte de los clientes. Hay caídas constantes. Llamadas al soporte. Malas reseñas en la prensa. —Enumero todo apretando los dientes. ¿Tengo que hacer su trabajo por ellos?—. Aquí es donde podéis distinguiros de los demás. ¿Dónde está la iniciativa en esta sala?

Ahora nadie me mira a los ojos.

Mike se aclara tanto la garganta que parece que se va a ahogar.

—¿Alguien ha intentado lidiar con alguno de estos problemas en vez de enterrar la cabeza en el suelo?

Grillos.

El único sonido es el repiqueteo furioso de mis dedos sobre el portátil, aguantando las ganas de pegar un puñetazo a la pared.

¿Por qué coño me molesto? Debería despedirlos a todos ahora mismo. La mayoría solo mira al suelo. Recorro la sala con la mirada, exigiéndoles que hagan contacto visual conmigo.

Vuelvo a posar los ojos en Charlie.

Tiene las mejillas rosadas cuando alza la vista y luego la aparta.

Mientras fulmino a Mike con la mirada, exhalo. Esto es culpa suya, él ha enterrado cualquier última esperanza de innovación en este equipo.

—El *software* tiene diez años y carece de un diseño adecuado como respaldo, no hay pensamiento estratégico. Ha sido una mezcla de extensiones y apaños a lo largo de los años sin ningún tipo de visión o diseño coherente —dice una voz firme desde el extremo de la sala.

Vuelvo a mirar a Charlie, sorprendido.

Ella aprieta los nudillos sobre el lateral del asiento.

—Es caro mantenerlo y no podemos implementar funciones nuevas con la rapidez suficiente. No investigamos lo que quieren nuestros clientes. No ha habido clientes nuevos en tres años porque hemos añadido demasiados apaños. Es un sistema demasiado complejo —prosigue—. La gente le tiene miedo.

—Tonterías —ladra Mike—. Charlie, no creo que eso sea…

—Déjala terminar —ordeno, alzando las cejas hacia ella para que continúe.

—La falta de aumento en el uso de los clientes actuales se debe a que no estamos añadiendo las funciones que ellos quieren. —Hace una pausa—. Las caídas constantes se deben a que tenemos una plataforma de alojamiento insostenible.

Mi atención se dirige a su boca, pero me sorprendo escuchando lo que dice.

—La gran cantidad de llamadas a soporte se debe a nuestros errores constantes, obviamente. —Se detiene para tomar aire—. Tengo una serie de sugerencias útiles y rápidas que podríamos implementar y que reducirían el tiempo de desarrollo, pero, en última instancia, este *software* está construido sobre una tecnología obsoleta. Si queremos clientes nuevos y mantener a los actuales, necesitamos rediseñarlo de arriba abajo, no de abajo arriba, como estamos haciendo ahora.

Alzo una ceja.

—Bien, Charlie. Me gustaría que mis diseñadores escuchasen tus ideas.

Veo un destello fugaz de fastidio en su rostro y no entiendo por qué. ¿Está enfadada por mi sorpresa?

—Coincido por completo contigo —respondo con firmeza—. Necesitamos invertir en rediseñar este producto de arriba abajo.

Recordad que ahora tenéis detrás una empresa tecnológica global. Quiero escuchar ideas sobre cómo haremos que esto suceda.

Aprieto los dientes y espero.

Por fin empiezan a hablar, así sé que no son marionetas, y el intercambio de ideas comienza: al principio tímido, luego más valiente.

Mi atención vuelve a la morena de piernas largas.

Está sentada frente a mí, pero sus ojos están en todos los demás. ¿Siente vergüenza? ¿Se arrepiente?

Era evidente que había bebido. No es famosa por ser tan sexual; tan provocadora. Aunque fue la primera vez en años que estuve lo bastante cerca de ella como para descubrirlo.

Sus pechos suben y bajan bajo su camiseta blanca, y encienden mi entrepierna.

Se mueve en su asiento y descruza las piernas, lo que trae de vuelta ese recuerdo glorioso.

La chica es una maravilla, no hay duda. Karl y Jack lo han dicho, aunque no están tan afectados como yo. Una mirada de esos ojos verdes con pestañas oscuras y me derrito.

Verla tocarse fue lo más caliente que he visto en mi vida.

Suplicándome que la tomara, que la poseyera. Esa vagina rosada, hinchada y hermosa; podría haber sido toda mía. Saber que soy el único hombre delante del cual ha hecho eso.

Y el único delante del cual lo hará, susurra de pronto una vocecita en mi cabeza.

Mis ojos recorren su cuerpo. Noto que se da cuenta; se muerde el labio inferior, claramente nerviosa por la atención.

Debería estar motivando al grupo, pero, en lugar de eso, lo único que quiero es ordenarles a todos que salgan para poder arrancarle los vaqueros y follármela en el escritorio. Montarla como un maldito animal.

Estaba tan apretada.

Sentir su piel húmeda me dejó más excitado que nunca. Estaba empapada. No duraría mucho la primera vez, no si está así de mojada.

Observo sus labios desde el extremo opuesto de la sala; esos labios rosados y carnosos me recuerdan a sus otros labios. Quiero a ambos alrededor de mi pene, dejándome seco.

Penetrándola mientras eyaculo una y otra vez en su interior.

Me desea sexualmente. Ahora lo sé con certeza.

Coloco el portátil sobre la erección y le ordeno en silencio que me mire.

Por fin, nuestros ojos se encuentran y ella separa apenas los labios; un rubor glorioso sube por su rostro mientras la follo con la mirada. Sonrío levemente mientras nuestro secreto pasa entre los dos.

Mira mi portátil. Sabe exactamente lo que estoy pensando. Que estoy recordando la imagen de sus dedos tocando su vagina rosada e hinchada en mi mente.

Es la mujer más cautivadora que he visto.

—¿Señor Walker? —Me obligo a apartar la vista de ella y mirar a Mike.

—Repítelo, Mike —pido, molesto, obligándome a pensar en Mike desnudo para calmar la erección.

—¿Cuál es el plan de acción? —balbucea.

¿Cuál es mi plan de acción? ¿Dónde acaba esto?

Karl ha estado protestando por mi comportamiento ante Jack y Tristan, y están haciendo preguntas.

Debe de haber sido buena en la cama, bromeó Tristan en un mensaje esta mañana.

Tristan.

Para él, esto sería la máxima traición. Joder, soy el padrino de Daniel. Le pusieron al niño su nombre en mi honor.

Ella no se lo contará. Tal vez me salga con la mía. Es imposible que quiera que Tristan descubra lo que pasó anoche.

Además, no me he acostado con ella… todavía. Lo de anoche fue todo cosa suya.

Pero ¿qué pasará si Recursos Humanos le dice que la han despedido? Es muy irascible e impredecible.

¿A quién intento engañar? Ella tiene el control. Me lleva metafóricamente del pene a donde quiera que vaya.



Charlie

Dios. Mío.

No hay vuelta atrás. No hay salvación.

Una condena a cadena perpetua sería mejor opción que trabajar para un hombre sobre el que me lancé, suplicándole que me follara, solo para que me rechazara.

Me lancé sobre él sin su consentimiento. Me ofrecí en bandeja. ¿Quién coño hace eso?

¿Me queda acaso algo de respeto por mí misma? Después de vivir los últimos veintiocho años siendo una mojigata, ahora he mutado en una exhibicionista salida y desesperada.

Por supuesto que tuvo una erección. Es un hombre. Cuando se me pasó el efecto de los chupitos, la realidad y los hechos de la noche empezaron a aparecer. Él intentó detenerlo. *Busca a alguien de tu edad. Estás borracha.*

¿Qué grado de borrachera llevaba? Cada vez que recuerdo lo sucedido, los eventos cambian.

Cuando por fin conseguí dormirme a las cinco de la mañana, el pavor enfermizo había calado tanto en mi mente que me desperté llorando.

Él no se ha puesto en contacto. Y tener que sentarme en esa reunión con él… Se me revolvió el estómago todo el tiempo, tanto que pensé que iba a vomitar.

Él estuvo agotado y malhumorado durante toda la reunión. ¿Por qué demonios pensé que podía seducir a un CEO irritable que cree que su nueva empresa tiene la inteligencia colectiva de un mosquito?

Me tiemblan las manos mientras me ajusto las gafas e intento concentrarme en la pantalla. Después de la reprimenda de Danny Walker, todos en la oficina están silenciosos y apesadumbrados. Quedan cuatro horas y veintitrés minutos antes de poder pillar mi abrigo y salir corriendo del edificio.

Mike hace tanto ruido con los dientes a mi lado que me taladra el sistema nervioso. Siempre igual.

—Mierda.

Giro la cabeza para ver de qué se queja y veo a Danny Walker avanzando hacia nosotros, con expresión tensa.

Tiene ojeras oscuras y el pelo despeinado, pero aun así su belleza es devastadora.

Deja un papel con fuerza frente al escritorio de Mike y, en una batalla dental, le muestra los colmillos a Mike.

No puedo lidiar con esto. Me encojo en mi asiento y cubro mi rostro con una mano.

—¿Un día entero, Mike? —ladra Danny en mi visión periférica—. ¿El *software* estuvo caído un día entero?

Se me acelera el corazón. Esa maldita caída. Mike no sabe nada.

Me pongo de pie como si alguien hubiera colocado una cerilla encendida bajo mi trasero.

—Ven un minuto, Charlie —gruñe Mike, arruinando mi intento de escapar.

Me giro hacia los dos, con el estómago revuelto de incomodidad.

—¿Sí, Mike? —digo en voz baja.

—Es responsabilidad de Charlie garantizar que el sistema no se caiga. —Sonríe, triunfal—. Charlie, por favor, explica por qué ocurrió ese error.

Lo miro, asqueada. Me ha lanzado a los leones.

Mis ojos van de Mike a Danny, y veo que él me observa con cautela.

—No aplicaron correctamente los cambios de configuración en algunos servidores —digo con tono débil—. Estoy trabajando en un informe que explique la causa raíz y cómo asegurar que no vuelva a pasar.

Nos miramos; mi piel arde de vergüenza.

Danny desliza una mano por su mandíbula.

—Han pasado dos días, ¿y todavía no has hecho el informe?

Me arde la cara entera mientras bajo la mirada, avergonzada.

—Hemos tenido que resolver otros problemas críticos. No tuve tiempo.

—Me aseguraré de que Charlie comprenda las consecuencias, Danny —dice Mike con desdén, y levanto la vista para fulminarlo—. Esto no volverá a suceder.

—Para ti, soy el señor Walker —gruñe Danny, apretando la mandíbula—. No culpes a tu personal. ¿Tú eres el jefe de IT, no?

Mike cambia la expresión.

—Sí, pero…

—Estoy harto de oír excusas. Haz tu trabajo y asume la responsabilidad. —Danny exhala, cansado, y me mira sin decir nada. Por un momento horroroso, creo que está a punto de reprenderme por lo de anoche. Con este hombre, nunca se sabe.

Reprimo las lágrimas.

—Charlie, quiero ese informe antes de que te vayas hoy —dice con tono inexpresivo, repiqueteando los nudillos en el lateral de mi escritorio antes de marcharse.

—Sí, señor —respondo en un susurro.

Su paso vacila un instante, lo suficiente para que vea algo sombrío pasar por su rostro.

Cuatro horas y diez minutos hasta que pueda esconderme del mundo.

Nunca me he sentido tan incompetente: como mujer, como empleada y como persona.



13
Danny

Creo que tienes mi abrigo.

—¿Danny? ¿Has oído lo que he dicho? —Jen se inclina sobre la mesa para sacudir mi mano.

—Un momento —digo, mirando el teléfono. La veo escribir.

Asumo que eres Danny. Sí, está aquí.

Los puntos suspensivos aparecen de nuevo.

¿Quieres que se lo lleve a Tristan?

Enderezo la espalda, alerta. ¿A qué está jugando? ¿Está amenazándome?

Claro que no. Lo iré a buscar esta noche.

Podría haberle dicho que lo llevara al trabajo. O que lo donara. Tengo cientos de abrigos.

Estoy ocupada esta noche.

Bajo la vista. Los celos me invaden. ¿Qué está haciendo? ¿Está con alguien?

¿Toda la noche?

Escribe, luego se detiene, luego continúa escribiendo. No envía nada.

¿Estarás en casa a las diez?

—Danny —dice Jen más fuerte, con un mohín, desde el otro lado de la mesa.

El teléfono suena, y exhalo con fuerza, satisfecho con la respuesta.

Escribo.

—Lo siento —digo avergonzado—. Estoy distraído. Necesito pasar por la oficina después de la cena. Te conseguiré un coche para que te lleve a casa.

Ella abre los ojos de par en par.

—Pero volverás a la mía después, ¿no?

Suspiro. ¿Qué rayos estoy haciendo?

—Claro.



Charlie

Abro la mampara de la ducha y salgo al baño humeante. La ducha larga no ha ayudado a calmar la vergüenza. Me recojo el cabello mojado en un moño, limpio el vaho del espejo. Mi rostro al natural y pálido me devuelve la mirada.

Me seco y me pongo unos pantalones cortos y un jersey. No podría haberme esforzado menos aunque lo intentara. Lo último que quiero es que él piense que estoy intentando seducirlo otra vez. Ese tren ya partió.

Mi teléfono suena.

Estoy abajo.

Terminemos de una vez con esto.

—Buena suerte —susurra Cat desde el sofá cuando paso y pillo la chaqueta de Danny.

Él no toca el timbre. Supongo que no quiere acercarse al piso. Abro la puerta y bajo la escalera comunitaria de la casa que compartimos con el piso de abajo.

Inhalo hondo y abro la puerta principal.

Él mira su teléfono, con el ceño fruncido.

—Hola —saludo cuando nuestros ojos se encuentran.

Su expresión se suaviza un poco.

—Charlie.

—Tengo tu abrigo —digo rápido y se lo ofrezco.

Lo sujeta y frunce el ceño con calidez.

—Escucha, Danny —empiezo a recitar mi discurso preparado—. Tengo que disculparme por cómo me comporté anoche. Fue muy inapropiado, y lamento profundamente haberte puesto en esa situación. Estoy empezando a buscar otros trabajos. Incluso me he postulado a uno en las Islas Caimán.

—¿Las Islas Caimán? —Retuerce la boca mientras me mira—. ¿No es un poco extremo?

—No, no lo es —replico; no me gusta la interrupción—. También me gustaría suplicarte que tengas la amabilidad de olvidar mi indiscreción. No suelo ser así para nada y estoy muy avergonzada.

Hasta que lo digo en voz alta no me doy cuenta de lo cierto que es. Las lágrimas invaden mis ojos.

—¿Entonces solo ocurre si bebes tequila? —Entorna los ojos, divertido—. ¿No has bebido tequila esta noche?

No me hace gracia. No juegues conmigo, maldito provocador.

—No te burles de mí —susurro enfadada, mirando al suelo. Una lágrima cae por mi mejilla y la seco rápidamente, agradecida de no llevar maquillaje.

—Cielos, Charlie. —Me rodea con los brazos y presiona mi cabeza contra su pecho—. Lo último que quiero es hacerte sentir mal.

—Solo me avergüenza haberme lanzado sobre ti. —Sollozo contra su pecho, siento su aliento cálido en mi frente—. Y ahora tengo que verte en la oficina sabiendo que piensas que soy una imbécil que ni siquiera puede escribir un informe.

Suelta un suspiro sobre mi cabeza.

—Hoy estaba de malhumor. No dormí mucho. Quizá fui demasiado… severo contigo.

—Está bien —lloriqueo—. Tenías razón en estar molesto.

Coloca la mano bajo mi barbilla y me obliga a levantar la vista.

—Charlie, no puedo tratarte de forma diferente en el trabajo. —Frunce el ceño mientras me mira—. Pero no necesitas sentirte avergonzada. Yo también soy responsable de lo que pasó.

Cierro los ojos con fuerza.

—Me rechazaste.

Resopla.

—Querrás decir que usé cada gramo de voluntad para no acostarme contigo.

Me sujeta la cintura con una mano posesiva.

Cuando abro los ojos, veo el conflicto en sus ojos oscuros, embriagadores.

—No tienes idea de cuánto me atraes, ¿no? —susurra con voz ronca—. Por si no lo has notado, la tensión sexual entre nosotros me está volviendo un poco loco.

Una sonrisa se me escapa.

—¿En serio?

—En serio —responde sin rodeos—. Hoy has estado cerca de que te follara en la sala de reuniones.

Mierda. Abro los ojos de par en par.

—Cielos, me arrepiento de no haberme maquillado y peinado esta noche.

—Sí, eso me hace sentir aún más culpable. —Ríe con ironía—. Porque pareces de veinte años sin maquillaje.

Elimino la distancia entre ambos, presiono mi cuerpo contra el suyo y alzo la cara, separando un poco los labios.

Bésame, tonto.

Su batalla interna se refleja en su rostro y sé de qué lado estoy.

Le rodeo la cintura para presionar bien su erección contra mi bajo vientre. Sin zapatos, tengo que ponerme de puntillas.

Él suelta un gemido lento, tortuoso, y luego aplasta sus labios contra los míos, obligándome a abrir la boca.

Sí. Exactamente lo que quería.

El abrigo cae al suelo y él me sujeta la cabeza entre las manos, con firmeza.

Las mías recorren su cuerpo, su pelo, sus pectorales firmes, sus muslos, su abdomen marcado.

No puedo tocarlo todo a la velocidad que desearía.

Bajo la mano y envuelvo su miembro; un gemido gutural sale de su pecho.

—No debería estar haciendo esto —dice con voz ronca, separándose del beso.

Mis manos siguen rodeándole el pene, desafiantes.

—Eso lo dices siempre —resoplo—. Pero también dijiste que me darías el mejor orgasmo de mi vida. Así que demuéstralo.

Ríe, sus pupilas dilatadas parecen casi negras.

Sin advertencia, me alza en sus brazos y coloca mis piernas alrededor de su cintura, de modo que monto su entrepierna.

Suelto un gemido sorprendido mientras empieza a subir la escalera.

—¡Bájame! Nos vamos a caer.

Ignorándome, continúa subiendo hasta llegar al último escalón.

—Abre la puerta —ordena con voz ronca, jadeando.

—Sería más fácil si me bajaras. —Río, buscando las llaves en mi bolsillo.

Después de unos intentos, la puerta se abre. Él la empuja con el pie y avanza por el pasillo hasta mi cuarto, cargándome como si no pesara más que un libro.

Me deja caer en la cama y sube sobre mí, separa mis piernas con la rodilla. Con la misma agresividad, agarra la cintura de mis pantalones cortos y de mi ropa interior y tira de ambos hasta dejarme desnuda de cintura para abajo; mi vagina caliente e inflamada queda expuesta.

Jadeando, alzo cada pierna y él lanza las bragas al suelo.

Mierda. El calor crece en mi estómago: por fin está pasando.

Me froto contra su rodilla; mojo los pantalones de su traje.

—Abre más las piernas para que pueda verte. —Su voz es gruesa y gutural.

Extiendo las piernas contra sus rodillas todo lo que puedo, y él se inclina sobre mí.

Separo los labios y gimo mientras sus dedos exploran la humedad de mi centro.

—Mierda —gime mientras me introduce los dedos—. Estás tan apretada que te rompería.

Me cierro sobre él.

—Charlie —sisea, con los ojos dilatados.

Aplasta sus labios sobre los míos y le rodeo el cuello con los brazos, agarrándome como si me fuera la vida en ello.

Gimo en su boca mientras juega con mi abertura, provocándome. Me froto con impaciencia contra sus dedos; los quiero dentro. Necesito que me penetre. Arqueo la espalda, empujando su mano.

—Por favor, Danny —jadeo, mirando su cuerpo enorme.

Se separa de mi boca y me mira.

—Sí, di mi nombre, cielo.

La puerta del cuarto cruje cuando Cat o Julie pasan por el pasillo, y los dos levantamos la vista un instante.

—Danny —gimo aún más fuerte, tirando de su pelo.

Usando una mano para sujetar su peso, separa más mis piernas con la otra para dejarme completamente abierta sobre la cama.

Luego, observando mi rostro, introduce sus dedos índice y medio hasta el fondo, moviéndolos de dentro afuera en mi abertura húmeda.

Gimo mientras sus dedos fuertes me follan una y otra vez; mi interior se humedece más con cada penetración.

Mis manos caen sobre la almohada. Estoy indefensa. Necesito que me haga correrme. Gimo fuerte mientras mi vagina se aprieta alrededor de sus dedos.

¿Qué coño está pasando? Nunca hago ruido con Ben ni con otros hombres. Y ahora estoy chillando como una condenada.

—Qué apretada… —gime, con el aliento cálido sobre mi rostro—. ¿Sabes lo bien que se siente, cielo?

Miro su rostro hermoso, su boca abierta, cualquier rastro de compostura desaparecido. En todas sus charlas y discursos nunca lo he visto tan concentrado, nunca había visto esa determinación carnal en su expresión.

Se da cuenta de que lo observo y vuelve a aplastar sus labios contra los míos. Su barba incipiente me irrita la piel.

Mi respiración tiembla cuando introduce un tercer dedo y acelera el ritmo.

Luego, se arrodilla y con la otra mano sube hasta mi clítoris, palpitante y desesperado por atención.

—Oh, Dios… —gimoteo, echando la cabeza hacia atrás mientras me acaricia.

El sonido de mi humedad llena la habitación con cada movimiento; él deja escapar un gruñido grave.

Estoy empapada.

—He querido escuchar eso durante mucho tiempo.

—Hacemos mucho ruido. Nos van a oír —jadeo, entrecortada.

—Que nos oigan. —Me embiste tan fuerte que veo una capa de sudor en su frente.

Deseando estallar, clavo las uñas en sus bíceps para empujar su mano aún más dentro.

—Córrete para mí, cariño —susurra mientras mi cuerpo tiembla bajo su toque.

—¡Danny! —grito—. No aguanto… —Mi voz es tan aguda que ni la reconozco. Estoy tan cerca que duele—. Es demasiado.

Besa con dulzura mi frente.

—Está bien, cariño, déjate llevar. Necesito verte correrte. —Suena casi suplicante. Su mirada es firme, decidida—. Grita mi nombre.

Nuestra respiración se acelera al unísono mientras mi orgasmo emerge. Mis piernas tiemblan cuando me corro más fuerte que nunca, gritando su nombre; ya no me importa si nos oye toda la calle. Libero mis fluidos en sus manos ansiosas.

—Sí… —Se desploma sobre mí, con una sonrisa juvenil en el rostro.

Mis piernas se cierran alrededor de su cintura; mi vagina se frota contra su estómago.

Miro el techo, atónita, mientras él trata de recuperar la respiración. No hemos tenido sexo y me acaba de dar el mejor orgasmo de mi vida con los dedos. Estoy perdida.

No hay vuelta atrás. Ningún otro hombre podrá competir con esos dedos.

Él alza la cabeza, que estaba enterrada en mi cabello, acaricia mi mejilla, y siento mis fluidos en sus manos.

Nos miramos durante lo que parece una eternidad mientras intento entender qué demonios acaba de pasar.

—Has cumplido tu promesa. —Sonrío lentamente mientras me dibuja una línea sobre el labio inferior. Tengo la boca hinchada y usada.

—¿Qué me haces, Charlie? —Frunce el ceño mientras me observa —. Pierdo el control cuando estás cerca.

Mis manos recorren su mandíbula cuadrada y afilada.

—¿Siempre tienes que tener el control?

Una sonrisa arrogante aparece en su boca.

—Sí.

Abro la boca para responder algo ingenioso, pero suelto una risita nerviosa. Algo en su tono me ha indicado que lo decía completamente en serio.

—Ahora, si me disculpas —dice con una sonrisa ladeada—. Llevo aguantando una hora. ¿Dónde está el baño?

—La siguiente puerta a la izquierda —respondo, tumbada en la cama, satisfecha.

—Está bien. —Se levanta de la cama y me guiña un ojo—. Apenas estoy empezando contigo.

Se detiene en la puerta y se gira.

—No hay vuelta atrás ahora, Charlie. He abierto una compuerta que no voy a poder cerrar.

—Lo sé —susurro desde la cama.

Sus ojos recorren mi cuerpo, desnudo de cintura para abajo, y dibuja una sonrisa juvenil que nunca le había visto.

Cuando se va, me hundo en la cama en pleno trance postorgásmico. Los dedos de Danny Walker han estado dentro de mí. Ha sido muchísimo mejor que mis fantasías, y había fantaseado mucho con eso.

Extiendo las manos sobre la cama y tropiezo con algo rígido.

Su teléfono. Hay un mensaje en la pantalla. Me pregunto si será de Tristan. Si él supiera…

Es de Jen. Me incorporo de golpe, de pronto estoy alerta.

Leo el mensaje. Luego lo releo… una y otra vez.

> Gracias por la cena encantadora de hoy.
>
> Ven cuando hayas terminado en la oficina.
>
> Estaré esperándote despierta.



14
Charlie

Me siento derecha en la cama.

No, no, no, ¿qué he hecho?

Danny estuvo con Jen antes de venir aquí y ¿ahora volverá con ella? ¿Qué ha sido esto? ¿Una masturbación exprés?

De pronto, me siento una estúpida… y sucia. No es que esperara que fuéramos exclusivos después de nuestro breve encuentro de esta noche, pero sin duda rebotar entre dos mujeres el mismo día va contra las reglas, ¿no?

Depravado.

Sin embargo, no puedo culparlo. Una vez más, me lancé sobre él. Por supuesto que él no me detendría.

Sus palabras resuenan en mi cabeza. Me lo advirtió, pero lo ignoré.

Hay un motivo por el cual Tristan me advirtió que me mantuviera alejado de ti. Me conoce demasiado bien.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Necesito recobrar la compostura antes de que él vuelva. Oigo que tira de la cadena del váter, agarro mis pantalones cortos y me apresuro a subírmelos por las piernas.

No quiero tener esta conversación. ¿Qué le diría? No es como si no hubiera sabido que estaba con Jen. Él nunca me mintió.

Antes de que entre, abro la puerta de la habitación.

—Hola. —Me pone un mechón detrás de la oreja y sonríe.

—Escucha, debes irte —respondo rápido—. Esto es un error.

Se queda paralizado en la puerta, atónito.

—¿Qué ha pasado mientras estaba en el baño?

Salgo al pasillo pasando a su lado, pero él me agarra del brazo.

—¿Charlie? —Frunce el ceño—. No lo entiendo.

Por supuesto que no entiende, es un profesional de los encuentros casuales. Intentar explicar por qué tengo doble personalidad requeriría admitir sentimientos que llevan burbujeando hace una década. Pero no puedo hacerlo. No permitiré que Danny Walker me vea llorar.

Suelto mi brazo y camino por el pasillo.

—Olvidemos que ha pasado, Danny.

Escucho sus pasos siguiéndome hasta el salón.

Julie, Cat y Stevie se quedan paralizados a mitad de frase.

—¿Podemos hablar de esto en privado? —pregunta él, mirándome e ignorando a los demás—. ¿Qué demonios te ha hecho cambiar tanto de actitud?

Bajo la vista.

—Me dejé llevar, pero no es buena idea. ¿Podemos dejarlo así?

—¿Podrías decírmelo a la cara y no al sofá?

—¿Podrías irte, por favor? —Lo miro, suplicante. Si no se marcha, romperé a llorar delante de él.

Danny me observa con el ceño fruncido mientras la sala permanece sumida en un silencio incómodo.

Julie y Cat están sentadas en el sofá conteniendo la respiración, como si por no moverse fuéramos a olvidar que están ahí. Incluso

Stevie está sentado con timidez en la punta del sofá. Intercambian miradas entre ellos.

—¿Es por el informe? —pregunta Danny con calma—. ¿Quieres que sea menos exigente contigo?

—¿Qué? —¿En serio? ¿De verdad cree que soy tan infantil? Lo miro, incrédula—. No. —Aprieto los labios, sin ceder.

Después de una eternidad, exhala con brusquedad.

—Bueno. Como quieras.

Los otros tres me miran boquiabiertos mientras él sale por el pasillo hacia mi habitación.

—¿Qué coño pa…? —chilla Cat y se detiene cuando él reaparece con la chaqueta del traje sobre el hombro y el teléfono en la mano.

—Si lo descifras, por favor, ilumíname —susurra él, intentando hacer contacto visual conmigo con sus ojos oscuros—. En vez de prolongar esta confusión.

Toqueteando la goma de mis pantalones cortos, me obligo a sonreír.

—Adiós, Danny, perdón por esta noche. Lo siento.

—Yo no —responde con los dientes apretados.

Clavo la vista en el brazo del sofá.

Vete. Solo vete.

La sala está congelada en una postura extraña. Julie y Cat miran la tele, aunque está en silencio. Stevie se hunde en el sofá en un intento de hacerse invisible ante el jefe del jefe de su jefe.

Danny está con los brazos cruzados delante de mí, exigiendo que lo mire.

—¿En serio eso es todo, Charlie? —pregunta por fin con voz tensa —. ¿Qué coño acaba de pasar?

—Un error —grazno.

—Mentira —replica Danny, golpeando la mano contra la pared, lo que nos sobresalta a los cuatro. Exhala, furioso—. ¿Charlie? —gruñe mientras abre la puerta—. Contáctame cuando hayas madurado.

—Acabemos con este imbécil.

—No lo sé, Julie. —Me hundo en el sofá—. Solo quiero olvidar todo lo que ha pasado.

Ella frunce los labios, insatisfecha.

—¿Te das cuenta de que ese perverso ahora mismo está acostándose con ella?

—Basta —gimoteo, apretándome fuerte el pecho. Ella chasquea la lengua.

—Permites que te trate como a una prostituta. ¿Acaso no te dijo que parecías una *stripper*?

—Ella tiene razón —comenta Cat—. Intenta librarse de ti en la empresa, luego te toma por tonta y viene a echar un polvo rápido contigo.

—Siendo justa, esta noche yo he sacado bastante más que él —comento, tímida. Cat gruñe.

—Lo sabemos, lo hemos oído.

—Lo siento. —Me ruborizo.

—Tonterías —replica Julie—. Si hubiera tenido oportunidad, se habría acostado contigo, pero viste el mensaje. ¿Quieres ser el sexo rápido de una hora? ¿En serio?

—No —respondo en voz baja mientras hundo el dedo gordo del pie en la alfombra.

Stevie niega con la cabeza.

—La verdad, Charlie, no hay manera de maquillarlo. Suena a que has sido algo de paso. Es admirable la energía del hombre. Dos en una noche a su edad.

—Gracias, Stevie. —Le doy un codazo fuerte en las costillas—. Es muy tierno que admires tanto a tu nuevo jefe.

Soy tan estúpida. ¿Qué esperaba? ¿Que levantaría la falda y él sería mío para siempre? Conozco su reputación. Por Tristan, por los medios, Dios. Por lo que he visto con mis propios ojos. Lo he observado en fiestas. Así que ¿por qué ignoré los hechos?

—¿Y si se lo cuenta al equipo de dirección? —pregunta Stevie—. Será mejor que yo no esté metido en esto; soy cómplice.

Abro los ojos de par en par.

—Él no diría nada.

—Ay, por favor —sisea Julie—. Quiere un revolcón paralelo. Ahora que has dado tu consentimiento, dirá lo que haga falta para cubrirse las espaldas. Siempre son las mujeres las que terminan perjudicadas. Te conocerán como la chica que se acostó con el jefe y él será el semental.

¿Lo haría?

La vocecita en mi cabeza me recuerda su reputación.

—¡Puede que nunca más vuelvas a trabajar en esta ciudad! —añade Cat con dramatismo.

Le tiro un cojín.

Mirando a los tres, abro y cierro la boca.

—¿Qué hacemos? Ya sabéis, solo para asustarlo un poco y demostrarle que no soy una pusilánime.

—Lo acusaré de exhibicionismo. Lo viste masturbándose en público. El área gris es que entraste sin llamar, así que quizá sea difícil justificar que fue en público. Además, necesitamos demostrar la intención de causar un daño moral con el acto.

Hago una mueca.

—No diría que me haya dañado, la verdad.

—No. —Exhala fuerte—. Te quedaste a ver el espectáculo, lo que debilita nuestro caso.

—Además, lo invitaste a pasar a tu cuarto y levantaste la falda —comenta Cat.

—Eso es irrelevante —replica Julie—. Su acto de exhibicionismo la dejó vulnerable, y él la sedujo. Escucha —dice, impaciente—, cuando esté en el trabajo, te enviaré munición suficiente para demostrar que no eres fácil de intimidar. Considéralo presión legal por parte de los peces gordos.

Asiento. Lo leeré solo por entretenimiento. Dudo que actúe en consecuencia.

Gruñendo, Stevie niega con la cabeza.

—Mantenedme al margen. Algunos queremos conservar nuestro trabajo. Todavía me pagan por ocho horas diarias, aunque sea un inútil y solo trabaje tres.

—Entonces, ¿qué le pasa? —Cat me mira con curiosidad—. Siempre está tan malhumorado. En la fiesta, estuvo todo el tiempo

con el ceño fruncido.

—Me siento un poco mal compartiendo esto —digo, frotando el borde de mi copa de vino—. Es una historia triste. Creció en un barrio pobre de Glasgow. Su padre era muy cruel. Desaparecía durante días y luego, cuando volvía a casa, estaba tan drogado que pegaba a la madre de Danny. Un día, cuando Danny tenía quince años, llegó a casa y encontró a su madre en un charco de sangre en la cocina. Su padre le había disparado y luego se suicidó.

Me observan, absortos.

Stevie exhala.

—Dios… con razón es tan… oscuro.

—Su adolescencia fue complicada —prosigo—. Se fue a vivir con su abuela o algo así en un pueblo perdido de Escocia. Luego fue a la universidad en Inglaterra y conoció a Tristan. Se hicieron muy amigos, y empezó a pasar los fines de semana en nuestra casa. Después de lo que pasó, a mi madre le daba pena y le encantaba cocinar para alguien más. Él siempre estaba por allí mientras yo crecía. Se convirtió en parte de la familia extendida. Tristan incluso lo nombró padrino de su hijo.

—Y tú eres la madrina —comenta Cat.

—Traviesa. —Julie sonríe con picardía—. Entonces lo has conocido desde los diez años, ¿no? Me aterra imaginar las fantasías adolescentes salvajes que habrás tenido con él paseando por la casa.

—No diría que lo conozco —respondo—. Solo conozco su historia porque escuchaba a escondidas cuando era pequeña y porque Tristan me contó las partes decentes. Nunca me dejaron preguntarle a Danny al respecto.

—Pero fantaseabas con él, ¿verdad? —pregunta Julie.

—Por supuesto. —Pongo los ojos en blanco—. Estaba muy enamorada. —Me estremezco—. Cuando tenía trece, trajo a una chica a casa a cenar. Me fui furiosa a mi cuarto e hice un numerito monumental. Toda la casa lo oyó desde la mesa. Danny tuvo que subir a decirme que seguía siendo su chica favorita. Pensándolo bien, teníamos mejor relación cuando yo tenía trece años —añado con ironía—. Me compraba regalos. Después del desastre cuando me froté contra él y quedé como una absoluta idiota, se volvió distante.

La mayoría de su comunicación conmigo en los últimos diez años han sido gruñidos y monosílabos.

Julie niega con la cabeza.

—Este tío te ha gustado casi veinte años. Se supone que una tiene que superar a su primer amor.

—Por eso tu vida amorosa está hecha un desastre ahora —añade Cat—. Comparas a todos con él.

Bebo un gran sorbo de vino.

—Al parecer no soy capaz de actuar de forma racional cuando él está cerca. Me convierto en una lunática emocional y temblorosa.

Mi teléfono suena en el sofá.

No juegues conmigo, Charlie.

Lo leo en voz alta.

—¿Es una amenaza? —chilla Cat—. ¿Qué quiere decir?

Guardo su número en mi móvil, aunque no lo necesito para saber que ha sido él. Nadie más habla con tanta franqueza. Nada de «hola». Nada de «Por cierto, soy Danny». Nada de besos.

—Mirad esto. —Les enseño mi teléfono para que vean la foto de contacto. Danny está sentado en la cabina de un avión con unos auriculares de piloto. Hay un atisbo de sonrisa en su rostro.

Cat lo sujeta y gime por lo bajo.

—¿Es broma? Dime que es falsa antes de que mis ovarios exploten. Dime que no es piloto. ¿Puede hacer algo más para inducir orgasmos el tío?

—El sueño húmedo de cualquier mujer. —Frunzo la cara en una mueca—. Tiene licencia para pilotar avionetas. Creo que incluso es dueño de un avión en Escocia.

—Envíame esta foto antes de irme a la cama.

Miro a Cat.

—No ayudas. ¿Y bien? ¿Qué respondo?

—Nada —dice Julie, arrebatándole el teléfono a Cat—. Ni una palabra. Si respondes, sabrá que te tiene donde quiere. Déjalo así. No olvides que ahora mismo está con Jen, escribiéndote. Qué imbécil.

Se me encoge el corazón. No necesitaba el recordatorio. De algo estoy segura: Danny Walker nunca será solo mío.

—Olvida al sucio de Danny Walker. —Cat alza su portátil de la mesa de centro—. ¿Y qué si es un CEO multimillonario, piloto y con el cuerpo de Satán? Usted, señorita, va a ser una superestrella.

Me sonríe mientras me muestra la pantalla. OpenMic está abierto.

—No estoy segura de esto, Cat. —Me muerdo el labio inferior—. ¿No me he humillado suficiente por una semana?

—Solo una canción como prueba —suplica—. Algo más que añadir al banco de vídeos de Danny Walker para masturbarse.

—Está bien —suspiro—. Pero no estoy accediendo por esa razón.



15
Charlie

Es miércoles por la mañana y estoy mirando el correo de Julie en vez de la montaña de llamadas a soporte. Danny Walker me ha ignorado toda la semana, actuando como si no existiera. Claramente, Jen lo ha atendido lo suficiente, así que ya no me necesita.

He recibido cero mensajes después de que no respondiera a su «No juegues conmigo».

Cielo santo, ¿quién se cree que es? ¿Al Capone? ¿Quién habla así?

Odio que me afecte tanto y que consuma todos mis pensamientos. Menudo desperdicio de energía.

Todos los demás en la oficina reciben un reconocimiento con un gesto de cabeza o incluso un atisbo de sonrisa. ¿Yo? La única vez que

nos cruzamos, entrando y saliendo del ascensor, miró a través de mí como si fuera un fantasma. Empiezo a pensar que es un sociópata.

Julie tenía razón. No puedo confiar en él.

Estoy paranoica cada vez que oigo a alguien susurrar en la oficina, y juraría que Michelle, su asistente, se ríe de mí cuando paso a su lado.

Tampoco ayuda que todos los demás en la oficina sean tan patéticos como yo. La gente se agolpa intentando colocarse en la línea de visión de Danny Walker como si fuera un dios. Ahora, las faldas de Jackie son tan ajustadas que tarda una eternidad en llegar a cualquier sitio.

Incluso los hombres coquetean con él.

Para empeorar las cosas, Mike ha estado parloteando ante cualquiera que quiera escucharlo sobre su salida de esta noche con los peces gordos. Danny invita al equipo directivo a una noche con todo incluido en el nuevo bar de moda del hotel junto a la oficina. Me los imagino riendo mientras Danny cuenta historias de sus actividades del viernes, saltando de una cama a otra.

Una parte de mi mente sabe que él no haría eso.

Vuelvo a mirar el correo y me estremezco. Julie no se muerde la lengua.

> Le escribo para expresar mi preocupación por su uso inapropiado de la desnudez en el área de trabajo y su incapacidad para seguir el código de conducta de su empresa…
>
> … mi preocupación por la mala conducta se relaciona directamente con usted, en calidad de director ejecutivo…
>
> … Su acto lascivo e inapropiado de índole sexual me ha generado una ansiedad no deseada en el lugar de trabajo. Le ruego me confirme cómo piensa rectificar la situación.

Río por lo bajo, imaginando la expresión de Danny cuando esto aparezca en su bandeja de entrada.

No, no lo enviaré.

> Por favor, tenga en cuenta que no aceptaré sobornos o pagos para guardar silencio respecto a sus indiscreciones sexuales.

Cierro rápido el correo. Danny Walker estallaría de furia si viera esto. Cuando abro el móvil, lista para enviarle un mensaje a Julie para advertirle que se calme, veo cinco llamadas perdidas de mamá. Genial.

Si no devuelvo la llamada, seguirá insistiendo todo el día.

Marco.

—No quisiera pensar en lo que sucedería si alguien falleciera, Charlie. Tendríamos el funeral antes de que respondieras al teléfono. —Nada de «hola» o siquiera un «¿cómo estás?». Así es mi madre.

—¿Ha muerto alguien?

—¡Claro que no!

—Bueno, entonces no es necesario llamarme tantas veces cuando sabes que estoy trabajando —replico. Hoy no tengo paciencia para esto.

—Si hubieras respondido a la primera, no habría tenido que llamarte las otras cuatro veces —dice con ese deje de su acento del sur de Irlanda—. Charlie, no estoy bien —continúa a toda velocidad.

No me preocupa.

—¿Qué pasa?

—Janey Davidson me está sacando de quicio. —Pobre Janey Davidson. Desde que mamá se mudó a la nueva casa que Tristan le compró en St Albans, no ha logrado acostumbrarse a los vecinos *modernos* que tiene.

—¿Qué ha hecho ahora?

—¿Qué ha hecho? —chilla mamá tan agudo que me estremezco—. Te diré lo que ha hecho. ¡Ha empezado a hacer pilotes en su jardín delantero! Se pasea en sujetador con su culo gordo y sus pechos enormes rebotando por todas partes, intentando abrirse de piernas. ¡Frente a mí! Ni siquiera puedo disfrutar de mi propio jardín sin que ella se desnude. ¡Es una absoluta desgracia para el barrio!

—¿Querías decir pilates? —pregunto, incrédula.

—Sí, ¿no es lo que he dicho? Está bajando el maldito valor de las propiedades de la calle. Te diré una cosa: eso no pasaría en Cork, este país…

Oigo esa frase casi cada día de mi vida: en supermercados, parques, autobuses, casas, aviones, dentistas… en cualquier espacio

abierto imaginable. *Eso no pasaría en Cork.*

—El pilates es una forma muy normal de mantenerse en forma —explico—. Janey tiene todo el derecho a hacerlo en su jardín.

Mamá suelta un grito ahogado.

—¡Ese espectáculo de nudismo no es normal a su edad! Es inmoral. ¿Quién se ocupa de estos asuntos? ¿El ayuntamiento?

—No llames al ayuntamiento, mamá —advierto—. Te mandarán al infierno por hacerles perder el tiempo. Otra vez. Ignóralo y…

—Betty, ¡vete! —ruge de repente—. Charlie, tengo que dejarte. Los conejos se han escapado y están desatados.

Miro el techo. ¿Por qué Tristan no recibe estas llamadas de vida o muerte?

—Pero antes de irme, tengo más noticias.

—Ah, ¿sí? —Escucho con atención. No me va a gustar.

—Iré a visitarte este sábado antes de la fiesta por los cuarenta años de Tristan.

—Acabamos de celebrar sus cuarenta. ¿Cuántas fiestas necesita?

—No seas infantil, Charlie —protesta—. Esta es solo para la familia y amigos cercanos. Apenas pudo hablar con nosotros en la última. Llegaré a las diez de la mañana.

Corta antes de que pueda responder.

Para la familia y amigos cercanos. Así que no solo paso los días laborales bajo el trato helado de Danny Walker, ahora también pasaré la noche del sábado haciendo lo mismo.

Todo está demasiado enmarañado. Necesito mudarme de ciudad y cambiar mi certificado de nacimiento.

Mi teléfono vibra otra vez. Es Cat.

—Acabo de buscar a Mark en Facebook —anuncia sin aliento—. Tienes que ver esto.

Mark es mi cita online para esta noche, en un intento de dejar de obsesionarme con Danny Walker.

—Dios mío —gruño—. ¿Qué pasa? ¿Está casado? ¿Tiene novia? ¿Selfis en el gimnasio? ¿Vaqueros ajustados? ¿Es satanista?

—No, ¡nada de eso!

—¿Es de un barrio pobre? —pregunto—. A veces no me importa que sean un poco matón.

—No, escucha, no es eso —dice con entusiasmo—. Charlie, es guapísimo. De los que te dejan paralizada. Te detienes en la calle y se te mojan las bragas.

—¿En serio? —pregunto, desconfiada.

—El nivel es absurdo. Necesito irme.

—¿Me estás llamando en mitad de tu clase?

—Así de guapo es. Tienes que escucharme. Te envío el enlace de su perfil. Tienes que prepararte en serio para esta cita y no hablo solo de depilarte las piernas. Me voy.

Hago *zoom* en su foto de contacto y me incorporo.

Guau. Este tipo está buenísimo.

Entra un correo de Suze.

—¿Cat dice que es un PA?

Sonrío. Sí, sin duda está en la categoría de pene ardiente.

Quizá pueda matar dos pájaros de un tiro esta noche.

Tendré que salir temprano del trabajo, ir de compras y luego pasar por casa antes de la cita.

Si Danny Walker cree que voy a quedarme aquí, hecha polvo por él, está muy equivocado.



Me hago todos los tratamientos de belleza posibles en el tiempo que tengo. Los vellos han sido depilados, decolorados, encerados y arrancados con pinzas. La piel ha sido tonificada, limpiada, hidratada, exfoliada y prácticamente lijada.

Estoy tan lampiña como una esfinge y huelo a sucursal de The Body Shop.

Llevo un vestido ajustado color nude en el que me gasté una fortuna y que da la ilusión de ir desnuda. Grita sexo.

El perfilador de labios está trazado para maximizar mi boca carnosa, y mis ojos lucen oscuros y seductores.

El vestido se curva sobre mis pechos en los lugares exactos. Es mi mejor intento de «mírame-y-fóllame» hasta la fecha.

—Si consigues una segunda cita con este, Charlie, me quedaré impresionada —dice Julie mientras inspeccionan mi bronceado «natural».

—Mide un metro noventa. Tienes que ponerte tacones altos —añade Cat.

Me doy la vuelta.

—Eso dice. Podría estar mintiendo en su perfil.

—He visto las fotos de su perfil en Facebook e Instagram. Parece que mide uno noventa. —Inspecciona mi nuevo sujetador, que sube mis pechos hacia la barbilla.

—¿No es un poco acosador por tu parte?

Las chicas ponen los ojos en blanco.

—Tonterías —dice Julie—. Nunca vas a una cita sin revisar antes todas las redes sociales.

—Sois peor que el gobierno. ¿Qué más habéis averiguado sobre él?

—No mucho. —Cat se encoge de hombros—. Tiene una granja de zorros.

—¿Qué? —respondo. Esto es peor de lo que esperaba—. ¿Por qué criarías zorros?

—Es broma —ríe—. ¿Por qué estás tan alterada?

—Estoy esperando encontrar la trampa —explico.

—No seas tan negativa —protesta Julie—. No tiene por qué haber una.

—Siempre la hay —respondo.



16
Charlie

Entro en el Hotel Regency sintiéndome más segura de mí misma que en semanas. Es el lugar de moda en Londres para empresarios, modelos e influencers; rezuma lujo y está envuelto en una luz tenue que haría lucir sensual a cualquiera.

También es el sitio escogido para la salida del equipo directivo, dado que está convenientemente a una manzana de la oficina.

La recepcionista me sonríe.

—¿Nombre de la reserva?

Le devuelvo la sonrisa.

—Mark, mesa para dos.

Revisa la lista y asiente.

—Por aquí. Mark ya ha llegado.

Gracias a Dios. La sigo. Al menos Danny Walker no me verá tan arreglada sentada sola.

Paso junto a la barra, mis tacones resuenan, y me felicito cuando noto que algunos hombres giran la cabeza para mirarme.

No me atrevo a mirar hacia la barra por si Danny y el equipo sénior están ya aquí. Se supone que no sé qué van a venir.

La recepcionista me guía hasta una mesa iluminada por velas donde un tipo musculoso de pelo oscuro me espera, y aspiro aire de golpe.

La foto no mentía. Es guapísimo.

Abre mucho los ojos mientras me observa despacio de arriba abajo.

—Hola. —Sonríe y se incorpora enseguida para darme un abrazo de oso.

—Hola —respondo con la boca seca.

Mientras me acerca la silla, noto que es alto, lo cual demuestra que no mentía sobre su altura.

—Gracias. —Sonrío con timidez y tomo asiento.

Hay un botón en la mesa que dice «Pulsa para pedir burbujas». Oh, sí.

—¿Siempre estás tan increíble? —Sonríe—. No podía creer mi suerte cuando la chica a la que miraban todos los hombres se acercaba a mi mesa.

Río y pongo los ojos en blanco.

—¿Siempre sabes exactamente qué decir?

—De verdad. —Se inclina hacia mí hasta que nuestros brazos se tocan—. ¿Notas calor en la nuca? Porque tienes al menos cuarenta pares de ojos encima.

No sé si sentirme halagada o asqueada. Este tipo está intentando impresionarme. ¿Es esta su estrategia infalible para quitar bragas? Si lo es, me parece bien.

Decido sentirme halagada.

—Sabes cómo hacer que una chica se sienta especial, te lo concedo. ¿Oigo acento australiano? —No puedo dejar de sonreír ante su cara perfecta. Tiene la altura y la presencia de Danny, y es igual

de atractivo, con una diferencia evidente: su expresión es abierta y cálida. Lo opuesto a la mirada fría que me asalta por las noches.

—Exacto. —Sonríe—. Vine a estudiar Medicina y nunca me fui.

—¿Trabajas en el hospital Guy, a la vuelta de la esquina? —Esbozo mi sonrisa más deslumbrante—. ¿Qué haces?

—Soy cardiólogo. —¡Puntos extra! Continúa—: También doy clases de *kickboxing* un par de noches por semana, pero eso es más por diversión. —¡Sigue sumando puntos!

—Trabajar con el corazón de la gente debe de ser intenso —comento, intentando disimular mi flechazo instantáneo. Necesito mejorar mis habilidades para ligar.

—¿Y tú, Charlie? ¿A qué te dedicas?

—Trabajo en soporte IT para una empresa aquí al lado —respondo con voz melosa. ¿Acabo de intentar que «soporte tecnológico» suene sensual?

—Cielos, si hubiese sabido que las chicas de soporte eran así de atractivas, habría roto mi portátil hace tiempo.

Me río demasiado alto, moviendo el pelo sobre los hombros.

Está funcionando. Él responde a mi coqueteo de principiante.

Observa mis labios cuando hablo y me roza los brazos o las rodillas de vez en cuando con suavidad. Quizá soporte IT sí es sensual.

Me gusta este tipo.

Mierda. ¿He pensado eso en serio?

¿Cómo voy a concentrarme en Mark sabiendo que Danny Walker está a pocos metros?

Me doy cuenta de que no quiero arruinar esta cita con Mark. En los breves veinte minutos que llevo con él, puedo confirmar que es un espécimen perfecto.

El champán llega como por arte de magia. El botoncito es una maravilla.

Escucho a Mike antes de verlo.

El ambiente tranquilo de la barra se rompe con su risa estridente. Siempre habla demasiado alto, incluso cuando está a tu lado.

Han llegado. No me atrevo a mirar si *él* está con ellos.

Es obvio que antes han estado en otra parte, porque Mike arrastra las palabras como si hubiese bebido media bodega.

—¿Charlie? —Mark me mira alzando las cejas.

Lo miro a los ojos.

—Perdona, ¿me lo repites?

—¡Ay! —Ríe—. Ya he perdido la atención de mi chica.

Mi chica. Suena muchísimo mejor que «la señora».

Estoy hablando, pero de pronto Mark se fija en algo por encima de mi hombro. ¿Está mirando a otra mujer?

—Vaya, ¿quién se ha desconcentrado ahora? —digo con voz tensa.

—Perdona. —Acaricia mi brazo con confianza—. Es solo que un grupo de hombres nos mira. Y uno parece a punto de matarme. —Se ríe, sin apartar la vista de lo que está pasando en el fondo del local—. Cielos, ¿siempre provocas estas reacciones? Menos mal que sé defenderme.

—¿En serio? —Me hago la tonta mientras mi corazón late como un tambor.

—Creo que reconozco a ese tipo. —Entrecierra los ojos—. ¡Es el empresario tecnológico! ¡Walker!

El pánico me traga entera.

—Danny Walker —digo—. Es mi jefe. Bueno, el jefe del jefe de mi jefe. Trabajamos aquí al lado. Probablemente me han reconocido.

Él alza una ceja.

—¿Trabajas para Nexrion Group? Debes de ser un prodigio.

Niego con la cabeza.

—No, trabajo en una empresa pequeña que ellos acaban de comprar. Ignóralos —añado rápido. Necesito apartar su atención de esa parte del bar. Y lo último que quiero es que Mike se acerque en su estado actual.

Mark sonríe y me acaricia la mejilla con un dedo.

—La única persona a la que quiero prestarle atención está aquí.

Sonrío y pierdo la coordinación mano-boca: derramo champán sobre mi vestido.

—¡Ahh! —El frío atraviesa la seda del sujetador.

Mark reacciona enseguida y pilla una servilleta de la mesa contigua.

—Te secaría yo, pero creo que sería demasiado íntimo para una primera cita.

—Un poco —digo sonriendo mientras acepto la servilleta. Limpio la mancha creciente sobre mi pecho—. Creo que lo estoy empeorando. —Suspiro—. Perdóname, Mark. Voy al baño de señoras.

Mientras busco la puerta con la mirada, me cruzo con los ojos gélidos de Danny Walker al fondo del bar.

Se queda congelado con el vaso de whisky a medio camino.

Está en la esquina más alejada y aun así su mirada me deja sin aliento.

Se me retuerce el estómago. ¿Cómo consigue ponerme tan incómoda? Estoy sentada frente a un hombre atractivo que está claramente interesado en mí, y ese imbécil sádico en la otra punta de la sala es el que consigue llenarme de tensión y nervios.

Distraída, le hago un gesto breve a modo de saludo y aparto la mirada.

—¿Sabes dónde está el baño? —pregunto a Mark.

Él señala detrás de mí, hacia un muro oscuro al otro extremo.

—Ahí, ¿ves la entrada en esa pared?

—No. —Frunzo el ceño—. No hay puerta. Solo veo una pared azul oscuro sin cartel.

—Está ahí, lo prometo —ríe—. Es muy sutil. No tiene picaporte. Solo tienes que empujar.

—¿Por qué esconden los baños? —protesto.

Estos bares intentan camuflar los baños porque ir al baño no es sensual.

—Está bien, te creo —digo, sin estar convencida—. Ahora vuelvo.

Me levanto y camino lo más relajada posible, apretando el bolso contra mis pechos mojados de champán.

—Charlie —dice Mike al verme, con la nariz y las mejillas en un rojo chillón por el alcohol.

Son diez, la mayoría hombres, sentados alrededor de una mesa con suficientes botellas de champán para abastecer a todo el bar, pero qué más da.

Asiento a modo de saludo y muevo la mano brevemente hacia el resto del equipo.

Karl Walker, el hermano de Danny, me sonríe y hace señas para que me acerque. Nos hemos visto en algunos eventos de Tristan. No

sabía que estaba en Londres. Está a cargo de la oficina de Nueva York de Nexrion y es la mano derecha de Danny. Comparten los mismos rasgos físicos, pero ahí termina el parecido: Karl es el opuesto de Danny, es encantador y carismático. No es un idiota arrogante y frío.

Lo miro y señalo con timidez hacia la mesa donde Mark espera; niego con la cabeza de lado a lado con educación mientras intento avanzar sobre mis piernas delgadas y temblorosas.

Karl no acepta un no por respuesta. Se acerca a mí y me detiene en seco.

—Charlie. —Karl besa mis mejillas—. Qué alegría verte. No te escaparás tan rápido.

No puedo creer que este hombre haya nacido de la misma mujer que su hermano.

Ignorando mis protestas, me arrastra con una mano en la cintura.

Su mesa es muy ruidosa, la más escandalosa del bar, ya que todos hablan a la vez y cambian de asiento en medio de la inquietud inducida por la ebriedad.

—¿Vendrás al club de *striptease*, Charlie? —Mike da saltitos de entusiasmo como un niño con juguetes nuevos.

—Hoy no, Mike —respondo, asqueada—. Preferiría introducirme palillos de sushi en la nariz.

Poso los ojos en Danny, que está sentado a la mesa con una cerveza en la mano. Lleva la camisa remangada y tres botones desabrochados que dejan ver su pecho bronceado.

Con sus ojos fríos clavados en los míos, bebe un trago largo de cerveza.

—Estás sensacional, Charlie —dice Karl, ignorando la tensión.

Le sonrío. Siempre me ha caído bien Karl. Era el alma de cada fiesta. Si tuviera algo de sentido común, Karl sería el objeto de mi lujuria.

—En realidad estoy intentando disimular unas manchas de champán. —Río, bajando el mentón hacia mis pechos—. No me llaman Charlie la torpe por nada.

Karl señala la mesa con la barbilla.

—¿Quién es el afortunado?

—Ah. —Miro hacia donde Mark está sentado, con aspecto un poco aburrido—. Es una cita a ciegas. —Me ruborizo—. Es médico.

Él alza las cejas.

—Pensaba que tenías novio. ¿Shane?

—Ben —lo corrijo, apartándome un mechón detrás de la oreja—. Lo dejamos.

—¿Cómo has conocido a ese tipo? —gruñe una voz grave a su lado.

No es asunto tuyo, amigo.

—Es una cita online —digo tras una pausa.

Me fulmina con la mirada sin pestañear.

—¿Tristan sabe lo de tu cita a ciegas? Ya sabes que se preocuparía por tu seguridad.

—Yo me encargo de mi propia seguridad —respondo apretando los dientes—. Disculpad.

—Un placer haberte visto, Charlie. —Karl me sonríe, coqueteando.

Avanzo hacia los baños y me detengo, confundida. Aquí es donde hace un segundo vi a alguien empujar una puerta y se abrió. Pero no hay nada más que un muro azul.

¿Se supone que debo decir «Ábrete, sésamo» o algo así?

Empujo la pared. Nada cede. Me desplazo por el muro y empujo con más fuerza. Nada se mueve.

Palpo la pared y las mesas a mi alrededor me miran. Qué vergüenza. Parece que esté intentando derribar el muro.

Una camarera se detiene para mirarme.

—¿Puedo ayudarte?

—Estoy intentando encontrar el baño —respondo.

Señala una sección del muro un poco más alejada.

Empujo y por fin se abre. Es como intentar entrar en la maldita Narnia por el armario.

—¿Es el de hombres o el de mujeres?

Pone los ojos en blanco, como si fuera tonta.

—Es sin género.

Dentro, el baño es tan confuso como por fuera: la luz tenue y los espejos hacen que la experiencia de orinar sea sensual, pero complicada.

Un ambiente más propio de un burdel que de un baño.

—Mírate —protesto ante mi reflejo. La mancha en mis pechos parece obscena, como si estuviera participando en un concurso de camisetas mojadas.

La puerta se abre de golpe y golpea la pared.

Me giro y veo a Danny Walker, como un toro dispuesto a embestir.

Abro los ojos de par en par.

—¿Qué coño haces?

—¿Yo? —replica—. ¿Qué coño haces tú?

—¿Qué? —balbuceo, dando un paso atrás.

Cierra la puerta y doy un respingo; mi perfilador de labios cae al lavabo.

—¿Estás intentando provocarme? ¿Paseándote con un idiota por delante de mis narices? —Invade mi espacio personal—. Te dije que no jugaras conmigo, Charlie. No soy una mascota.

Abro la boca.

—¿Perdona? Eres un idiota arrogante.

Aunque tiene razón.

Enderezo los hombros y avanzo hacia él.

Está borracho, lo noto en su respiración entrecortada.

—Mi cita no es asunto tuyo.

Sus ojos tormentosos me indican que no le gusta mi respuesta.

Me giro para pillar el perfilador del lavabo, pero él me agarra del brazo y me empuja contra la pared; siento su aliento cálido en mi rostro.

Noto su erección contra mí como una corriente eléctrica y dejo escapar un jadeo.

Antes de poder detenerme, ya estoy abriendo las piernas y empujando las caderas contra él para que su pene rígido encaje entre mis muslos.

Mi cabeza protesta débilmente por mis actos, pero no puede competir con mi cuerpo traidor. Toda voluntad sale por la ventana del baño. Le necesito con desesperación.

Me froto contra su erección.

Él emite un gemido gutural y me agarra el trasero, pegándome a él con tanta fuerza que pienso que me dejará una marca.

—Vas a joder mi cita —balbuceo.

—Te voy a joder a ti —gruñe mientras me alza en brazos y nos lleva al cubículo más cercano.

Dentro, cierra la puerta y me clava contra la pared con su cuerpo. Su lengua invade mi boca y respondo con la misma avidez. Rodeo su cintura con mi pierna izquierda para acercarme aún más a su erección. Necesito piel con piel.

Vaya hombre. Va a ser mi ruina. ¿Cuándo me he convertido en una de esas chicas que tienen sexo en el baño?

Gimo cuando empieza a embestirme con las caderas.

—¿Tienes idea de lo que me haces? —susurra sobre mis labios—. Esa humedad es por mí.

Gimo en su boca, aferrándome a sus bíceps para no resbalar por la pared, porque mis piernas no cumplen su función.

—No seas hipócrita, Danny. Yo no comparto —susurro mientras mi mano baja y roza su erección—. Si me deseas, tienes que estar solo conmigo.

Sonríe con arrogancia.

—¿Quieres que sea solo tuyo, Charlie?

Lucho contra la necesidad de dejar que me haga correrme en el cubículo. En lugar de eso, bajo la cremallera de sus pantalones y le quito la ropa interior. Por una vez, necesito tener el control.

Él sisea como respuesta mientras su pene se alza contra su estómago. Está tan listo. Tan fiero. Tan inmenso.

Durante un segundo, lo contemplo, maravillada.

—¿Te gusta lo que ves? —susurra con una sonrisa oscura.

En vez de responder, bajo la mano y lo acaricio con firmeza desde la base hasta la punta.

Suelta un gemido de apreciación y le rodeo el pene con la mano, masturbándolo con intensidad. Está muy hinchado, listo para explotar, y apenas acabo de empezar.

—Mierda —murmura entre dientes, apoyado en la pared para no perder el equilibrio—. No voy a aguantar.

Acaricio más fuerte y más rápido; mi propia excitación aumenta mientras veo el control que ejerzo sobre él.

Apoya los antebrazos en la pared, a cada lado de mi cabeza, y cierra los ojos, apoyando la frente en la mía.

—Sigue —susurra sobre mi rostro.

—¿Aún intentas librarte de mí? —jadeo.

—A este paso, te doy la maldita empresa. —Inspira, tembloroso—. Estoy cerca.

Sigo, observando su rostro retorcerse de placer. Su lengua asoma por el labio inferior. Se estremece y deja escapar un gemido que resuena en el baño.

Sin pararme a pensar, apunto su pene hacia sus pantalones de diseño hechos a medida y siento el líquido caliente caer sobre mi mano y sus pantalones. Eyacula, rápido y abundante. Lo suelto y limpio mi mano en su camisa, extendiendo su semen sobre él.

—Ahora necesito volver con mi cita, señor Walker —susurro en su oído.

Lo aparto de mí con un empujón suave y él se deja caer contra la pared del cubículo, sorprendido.

—Charlie —acierta a decir, recuperando el equilibrio.

Le guiño un ojo, abro la puerta y lo dejo con los pantalones y los calzoncillos bajados, semen en la ropa y la boca abierta.



17
Charlie

—Lo siento mucho. He tardado siglos en quitar la mancha. —Tomo asiento de nuevo en la mesa, mis ojos fijos en cualquier cosa menos en los de Mark. Soy pésima mintiendo. Notará que acabo de tocar el pene de otro solo con ver mi expresión.

Sonríe y mira sin disimulo mi pecho.

—Sigue ahí.

Ups.

No parece darse cuenta de mi comportamiento nervioso, o quizá cree que se debe a la primera cita, porque se acerca, sujeta mis manos traicioneras y las besa; el pobre no sospecha en absoluto dónde han estado hace un minuto.

—No te preocupes, sigues siendo la mujer más atractiva del lugar, con o sin mancha.

—Ajá —balbuceo.

—¿Quieres un cóctel obscenamente caro? —ofrece, dibujando círculos sobre mis manos promiscuas. Me obligo a sonreír.

—Vale.

Miro con disimulo hacia el extremo del bar cuando Mark se pone en pie. Por suerte, Danny Walker aún no ha salido del baño; seguramente sigue intentando limpiar sus manchas.

Karl advierte mi mirada y me dedica una sonrisa pícara. Lo sabe.

Debo de tener encima una flecha luminosa señalando mi cabeza que dice «desvergonzada».

No puedo estar aquí cuando Danny reaparezca.

—Espera, ¿Mark? —digo, y él se gira—. Vámonos a un sitio más divertido.



Dos horas después ya estoy borracha. No solo un poco, riendo con esa risa tonta, casi infantil: hablo de completamente intoxicada. La última hora creo haber mantenido una conversación brillante con Mark. No sé si él estará de acuerdo.

Pregunta si quiero ir a su casa a tomar algo.

—¿Por qué no? —digo, mirándole. Vaya perra estoy hecha. No puedo ocuparme de dos penes en una noche. Tomaré algo y luego cogeré un taxi a casa.

Me da vueltas la cabeza.

Él parece encantado.

—Pediré un taxi.

Media hora después estoy algo más sobria, y el coche se detiene frente a la casa de Mark, a pocas calles de la estación de Notting Hill.

—¿Toda la casa es tuya? —pregunto, atónita, contemplando la enorme estructura victoriana.

—Lo es —responde con naturalidad.

Por un instante pienso que bromea. Esta casa tiene el tamaño de la de Tristan, y él es multimillonario.

—Charlie, ¿vas a entrar?

Me doy cuenta entonces de que llevo un rato en la entrada con la boca abierta y Mark espera con la puerta abierta.

Dentro, la casa es aún más impresionante. Han diseñado cada detalle: desde las válvulas del radiador hasta las láminas *art déco* del pasillo.

Hay una colección de arte impresionante en las paredes, y parece extenderse a todas las habitaciones.

¿Qué he hecho yo para merecer esto? No estoy tan mal, pero este hombre está claramente fuera de mi alcance. Podría haber seducido a cualquier modelo o *influencer* del bar elegante del hotel.

Si juntara a todos los hombres con los que he estado y sumara su aspecto, dinero e inteligencia, este tipo seguiría siendo más atractivo, más rico y más listo que todos juntos. A excepción de Danny Walker, claro.

Me acomodo en su sofá estilo cine, que tiene más funciones que mi cocina: refrigerador incorporado, altavoces… Toca un botón y el sofá se reclina hasta casi dejarme tumbada por completo. Bueno, parece que vamos directos a la siguiente base.

Llena mi copa hasta el borde antes de que pueda decirle que no. No sé si es buena idea: me noto mareada después de los cócteles de vodka, plátano y vainilla. Y ahora este vino dulce. Bah.

—Charlie. —Deja mi copa y se acerca—. ¿Tengo permiso para besarte?

Me río, nerviosa.

—No tengo objeciones. —Un beso no hará daño. Estoy soltera, ¿no? Danny Walker no está llamando a mi puerta desesperado por un compromiso.

Ha llegado el momento. Tengo que usar mis mejores trucos. Este tipo está acostumbrado a que las modelos cuelguen de sus candelabros, no a chicas ebrias que trabajan en tecnología.

Su lengua entra en mi boca y acerco la mía despacio. Madre mía, ¡no tan profundo! Este hombre tiene una lengua larguísima.

Demasiado… Siento náuseas. Ay no. Ay no. El vino se revuelve en mi estómago.

Mark intenta ponerse sobre mí en el sofá reclinado y un hipo se me escapa directamente en su boca.

—Lo siento. —Me tapo la boca mientras él frunce apenas el ceño—. Creo que voy a necesitar un momento.

Me incorporo con dificultad.

—Por supuesto, si quieres… —Sonríe, insinuante—. Refrescarte.

Asiento, con gusto a plátano en la garganta, y corro por el pasillo hacia su baño de lujo.

Cierro la puerta justo a tiempo antes de que la ola de plátano y vino salga disparada como un misil contra todas las superficies disponibles. En el váter. En el bidé. En la bañera de mármol blanco. Es como si alguien hubiera activado unos aspersores de vómito en el techo.

Las cerezas de los cócteles, las limas del Long Island, los champiñones de la pizza que comí antes de la cita… mi estómago decide repoblar todo el baño de Mark.

Dios, está por todas partes.

¡En mi pelo, en mi sujetador!

¡Ahhhh!

¡En la cortina de la ducha!

¡En la alfombrilla!

Agarro una toalla a toda prisa, pero incluso la toalla parece comprada en Harrods.

Froto la cortina y me detengo, desbordada. Las manchas solo empeoran. Este hombre me matará cuando vea su baño o, peor aún, me hará pagar los desperfectos.

¿Qué voy a hacer? He cruzado el punto de no retorno.

No puedo volver con él; no puedo admitir que he destruido su baño a chorros de vómito. Solo queda un plan lógico.

En silencio, abro la puerta del baño y me deslizo por el pasillo. La puerta principal está cerca. Un paso cada vez. No respirar. No mirar atrás.

Lentamente, retiro el cerrojo de madera y salgo a la noche.

La enorme puerta se cierra con estrépito detrás de mí. Con un pequeño grito ahogado, echo a correr calle abajo hasta que estoy lo bastante lejos como para que él no me encuentre.

Jadeando, me dejo caer en el suelo para recuperar el aliento.

No puedo creerlo. He vomitado y he huido.



18
Danny

—¿Cómo va la resaca? —Karl empuja la puerta e inclina la cabeza, sonriendo—. Tienes mala cara.

Lo miro, inexpresivo. ¿Es que nadie llama antes de entrar aquí?

He dormido tres horas. Se supone que debo priorizar los lanzamientos del año próximo para dar instrucciones al equipo de producto, y siento como si mi cráneo se hubiera partido en un millón de pedazos.

Lo de anoche fue una estupidez. Nunca bebo tanto como para no poder concentrarme al día siguiente. Siempre huyo antes de que la noche desemboque en el caos del club de *striptease*. Ayer todo

control se fue por la ventana. Últimamente hago demasiadas idioteces.

¿Así es como empieza una crisis de la mediana edad?

Karl ignora mi mirada de pocos amigos y entra en la habitación. Está absurdamente animado para la noche que hemos pasado. Es cinco años menor que yo, así que la resaca no le afecta tanto.

Miro el café en su mano. Más le vale que sea para mí.

—¿Por qué vienes tan contento? —gruño.

—Sabía que necesitabas café. —Deja el expreso y una bebida energética delante de mí sobre el escritorio.

—Gracias —ladro—. Estoy tan deshidratado que mis testículos parecen pasas.

—¿Qué has hecho con mi hermano, el CEO prudente? —Se ríe—. No es tu estilo confraternizar con el personal.

—Solo les muestro mi lado divertido —respondo, seco.

Se apoya en la pared, sonriendo.

—¿Le mostraste a esa modelo tu lado divertido?

La morena brasileña que hablaba cinco idiomas y me contó lo que quería hacerme en cada uno. No era mi tipo.

—No —respondo con sinceridad—. Volví a casa solo.

—Una oportunidad desperdiciada. Ese Mike está como una cabra. Creo que no sale mucho. ¿Dónde terminó? Anoche quería ir a otro bar después de que cerrara el club de *striptease*. Uno por el este de Londres.

—Puede caerse en una zanja por mí —resoplo—. Mike es un idiota.

Compró botellas de champán de mil libras con dinero de la empresa. Debería descontárselo del maldito sueldo.

—Se irá pronto. —Karl se encoge de hombros—. Por cierto, fue curioso ver a la hermanita de Tristan, Charlie. —Me observa con atención—. ¿Sabías que trabajaba aquí antes de que hiciéramos la adquisición?

—Por supuesto que lo sabía —respondo—. Estoy ejecutando un plan para ocuparme de ella. Pero ahora mismo se resiste a la oferta. Cambiará de opinión.

Karl ladea la cabeza, con una sonrisa pícara.

—¿Ejecutaste parte de ese plan anoche?

Cierro con brusquedad el portátil y le dedico toda mi atención.

—¿Qué quieres decir?

Levanta las manos, fingiendo inocencia.

—¡Lo sabía! La tensión sexual se cortaba con un cuchillo. ¿Y bien? —Su voz sube descaradamente—. ¿Pasa algo entre vosotros? ¿Por eso ladrabas a todo el personal y rechazabas modelos?

—Ha habido algunos… —busco la palabra— incidentes.

—¿Incidentes?

Suelto un suspiro pesado.

—Entró en mi despacho sin llamar una noche… cuando yo estaba… bueno, aliviándome.

Karl frunce el ceño, confundido; luego abre los ojos como platos.

—¿Te vio masturbándote? —Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada incrédula—. Tío, dime que es broma.

—Ojalá. —Hago una mueca—. Pensaba que la puerta estaba cerrada. Y mis empleados, por lo general, no tienen la audacia de entrar en mi despacho sin invitación. —Mi pecho se tensa—. Y eso no fue lo peor. Estaba viendo un vídeo suyo en ese momento.

Karl me mira sin pestañear.

—Dios, Danny. Es lo más perverso que he oído. ¿Vamos a acabar con una demanda?

Me hundo en la silla.

—Me encargaré.

Karl dibuja una sonrisa burlona.

—¿Ella te ofreció una mano?

Lo fulmino con la mirada.

—No. Pero no se fue —añado—. Se quedó… mirando.

Karl se queda boquiabierto.

—¿Y tú seguiste?

Hago otra mueca.

—No era algo que pudiera detener.

—Madre mía, tío. —Se ríe a carcajadas—. Y dicen que yo soy el Walker imprudente. Esto es el cliché número uno del porno: el jefe y la empleada. ¿Lo hicisteis en el despacho?

—No. Pero… me corrí delante de ella. —Suelto una risa seca—. Estaba demasiado fuera de control. La persona con la que estaba

fantaseando entró por la puerta. No tenía ninguna oportunidad de resistirme.

—¿Y ella? ¿Disfrutó del espectáculo?

—Eso parece, porque fui a su piso esa noche para disculparme, una cosa llevó a otra y… nos excedimos. —No quiero dar detalles.

—¿Te la tiraste? —Karl sonríe—. Lo sabía. Ayer se olía el sexo desde la otra punta del bar.

—No —respondo rápido—. Ella es… impredecible. Me odia. Me desea. Me vuelve a odiar. Es un péndulo. Tuvimos un buen momento en su casa y, acto seguido, perdió la cabeza y me echó. El drama es insoportable.

Karl se tapa la cara con una mano.

—Necesitáis acostaros de una vez y sacároslo de encima.

—No puedo acostarme con ella. —Frunzo el ceño—. Hay demasiado en juego. Puede que ya haya puesto en riesgo mi amistad más importante. Si él se entera…

Un escalofrío me recorre. Lleva veinte años siendo mi mejor amigo. Karl asiente.

—Tristan se volvería loco. Es su única regla: mantenerse lejos de su hermana.

—Además, es una empleada. Y yo no mojo la pluma en la tinta de la empresa.

—Pero, Dios, es guapísima. Qué rabia que llegases antes que yo. Tristan no es mi amigo. Y yo me la tiraría encantado.

Lo miro con desprecio.

—Ni la mires.

Karl me lanza una sonrisa pícara.

—Joder, esta te ha afectado de verdad. ¿Qué pasó anoche? —insiste—. Desapareciste un buen rato.

Me inclino hacia delante.

—Digamos que lo explica mi factura de tintorería en un comercio que está a cinco kilómetros de aquí.

Levanta las cejas.

—¿En el baño? Joder, Danny, cualquiera del equipo podría haberte visto. No le doy el gusto de responder.

—¿Es solo físico? —pregunta—. ¿O quieres algo más con ella?

Me paso las manos por el pelo, irritado.

—Es físico. Es demasiado joven, demasiado temperamental. No encajamos.

—Entonces guarda el pene en los pantalones. —Pone los ojos en blanco—. Hay un millón de tías buenísimas de veinticinco que estarían encantadas contigo.

—Veintiocho —corrijo.

—Mira, es preciosa, divertida, muy sensual. Lo entiendo. La has visto crecer, es prohibida. Quieres lo que no puedes tener. Pero ni se te ocurra montar un drama. No puedes acostarte con Charlie y largarte sin consecuencias.

—No me lo recuerdes. —Bufo—. Llevo intentando domar a mi pene desde que se me montó encima estando borracha en la universidad. Y ahora tengo que verla pasearse por la oficina provocándome.

—Al menos en Nexrion estaréis en plantas separadas, no como aquí.

—Espero que recupere la cordura antes y acepte la indemnización por retiro voluntario. —Miro por la ventana—. Él lo sabrá, Karl. Tristan ya está preguntando qué me pasa.

Karl suspira.

—Esto apunta al desastre, hermano. Déjalo antes de romperle el corazón y cagarla a lo grande.

Estoy condenado.



Charlie

Dicen que la resaca empeora cuando envejeces. La gente de cuarenta habla de ello y tú te ríes. Piensas que, por supuesto, a ti no te pasará.

Pero luego descubres que es cien veces peor de lo que los cuarentones se quejaban.

¿Por qué lo minimizaron?

Despierto y no siento los pies. Es como si alguien estuviera sentado sobre ellos al final de la cama. Los miro e intento mover los dedos, luego noto que todavía llevo los zapatos de anoche y que sobresalen del borde.

Muevo los pies y siento un millón de pinchazos y agujas apuñalándome mientras se despiertan.

Mi cerebro está derretido; lo han sustituido por una roca demasiado grande para mi cabeza.

Gracias a Dios que hoy me he cogido el día libre, porque, si no, habría tenido que llamar diciendo que me encontraba mal y todos habrían sabido que era por la resaca.

Cierro los ojos con fuerza, pero los latidos en la cabeza continúan. Los abro. Siguen ahí.

Mis neuronas gritan, suplican que beba agua, pero estoy demasiado débil para incorporarme y buscar un vaso.

Los recuerdos etílicos invaden mi cerebro como una mala película de terror.

No están en el orden correcto y no consigo encajar las escenas.

El hotel. Un médico buenísimo. Kebab. Danny Walker. La discoteca. Vomitar y huir.

¿De verdad vomité en el baño de alguien y luego me escapé? ¿Eso cuenta como vandalismo? ¿Puede Mark denunciarme a la policía?

Estoy en la fase paranoica de la resaca. Todavía me falta la etapa de náuseas, mejoría y hambre.

Levanto la cabeza para mirarme en el espejo. Tengo saliva seca en la comisura de la boca. Aún llevo máscara de pestañas en un ojo, pero no en el otro. Parezco un payaso deprimido.

El piso está en silencio. No hay nadie que haga de confesor para mis pecados. Suze hoy no trabaja, así que ¿dónde se ha metido? Voy a escribirle y veo cientos de mensajes y llamadas perdidas. Esto es lo último que necesito en plena paranoia.

Dos llamadas perdidas de Danny Walker, una a las once de la noche y otra cerca de medianoche. Dos mensajes de él.

¿Dónde estás?

Basta de juegos. Más te vale estar en casa.

Otro de Tristan.

Charlie, ¿estás bien? ¡¿Danny ha dicho que te vio anoche borracha con un tipo desconocido?!

El cabrón me delató. Justo lo que necesito, a Tristan respirando en mi nuca por seguridad personal.

Estoy bien, Tristan, solo fue una cita, ¡no te preocupes!

No le responderé a Danny. Mi paradero no es asunto suyo. Puede averiguar por Tristan si tiene ganas.

Mi estómago emite un sonido preocupante. Ay, no.

Mis intestinos se retuercen en nudos dolorosos como si alguien exprimiera un trapo.

Salgo de la cama y llego al baño justo a tiempo.



Seis horas después, Suze, Stevie y yo estamos vegetando en la cafetería local. Reviviendo mis momentos de vergüenza. Stevie ha salido temprano del trabajo. Acabamos de salir de una clase de taxidermia; no bromeaba cuando le dije al sueco que lo haría. Suze nos inscribió hace meses como parte de la promesa del piso de «probar todo una vez».

En retrospectiva, no me habría emborrachado tanto anoche de haber sabido que rellenar un ratoncito es un proceso intensivo de cuatro horas. Aunque no soy especialmente aprensiva, quitarle los ojos a un ratón te afecta si has pasado la mañana vaciando el estómago.

—Es grave, no me malinterpretes, lo es —dice Suze, bebiendo su batido doble con Snickers.

—Tal vez se habría acostado contigo si te hubieras quedado —añade Stevie mientras mastica con la boca abierta—. Es muy difícil que perdamos la excitación, se requiere más que un poco de orina, mierda, vómito, mocos…

Frunzo la nariz.

—Ah, genial. Interesante. Creo que no estaba de humor después de mi pequeña explosión.

—Solo no te besaría. —Él se encoge de hombros—. Pero todo lo demás está bien.

—¡Típico! —protesta Suze—. Típico de hombre. No os importa si no besáis. Ni siquiera os importa cómo es nuestra cara. De hecho, para vosotros bien podríamos no tener cabeza, siempre y cuando haya una vagina disponible.

—Y la tuya siempre está disponible, ¿no, Suze? —bromea, y ella le lanza una servilleta.

—¿Qué ha pasado hoy en el trabajo, Stevie? —pregunto, cambiando de tema con naturalidad. Él pone los ojos en blanco.

—Querrás decir cómo estaba hoy Danny Walker. No tiene sentido que intentes disimular.

—¿Y bien? —pregunto.

—Puede que no seas la única que se arrepiente de anoche. Se lo veía bastante hecho polvo por la mañana. Hoy la mayoría del equipo directivo caminaba como zombis —dice mientras se llena la boca de alubias—. He oído que Mike vomitó en el baño.

—Voy a vomitar otra vez si sigues comiendo con la boca abierta —replico.

—Si quieres que sea tu espía —prosigue con la boca abierta—, tendrás que tratarme bien.

—No necesito un espía. —Suspiro, empujando la comida del plato con el tenedor—. El tipo me persigue. Está en el trabajo. En mis citas. En mis sueños. Y mañana por la noche estará en casa de mi hermano. Otra vez.

—Solo mantente alejada de su pene —advierte Suze—. Piensa que tu madre estará en casa.

Más fácil decirlo que hacerlo.

Stevie se muerde los labios.

—Dilo de una vez. —Hago una mueca.

—Por lo visto, anoche recibió mucha atención femenina. El resto del equipo estaba celoso. Una modelo brasileña algo conocida intentó seducirle y puede que se la llevara a casa. Ese es el rumor.

Retrocedo tres etapas en mi proceso de resaca y resisto las ganas de vomitar otra vez.

Por un instante, me entusiasma que quizá esto sea el inicio de algo nuevo, sobre todo cuando esos ojos sorprendidos me miran como si fuese la mujer más importante del planeta.

Un segundo después, oigo que está de fiesta por toda la ciudad.

Basta. Se terminaron los juegos, las fantasías y, desde luego, el futuro. Sigo adelante con mi vida.



19
Charlie

Estoy esperando fuera de la estación de metro en Kentish Town a las diez de la mañana del sábado. Será un día largo.

Las oigo antes de verlas.

—¡A la derecha! Quédate a la maldita derecha, mujer —exclama Callie.

Escucho a mamá resoplar.

—Si quieren pasar, que me pidan permiso.

Sus dos cabezas aparecen por la escalera mecánica. Mamá tiene el pelo rizado al extremo y Callie lleva un *crop top* escarlata (parece hecho con colorante alimenticio). Callie sonríe al verme, pero mamá aprieta los labios y gruño en silencio al ver la riñonera abrochada con fuerza alrededor de su cintura. Una mano la sujeta con una fuerza

inquebrantable, temerosa de que los sucios londinenses le roben el poco cambio en efectivo.

En los torniquetes, mamá monta una gran escena apartándose para ponerse de cara a la pared mientras abre la riñonera para sacar su billete. Con aire triunfal, aparece y lo introduce en la ranura a cámara lenta.

La observo mientras mete el billete en la máquina equivocada. Las de su izquierda se abren de golpe, esperando a que alguien pase.

Mamá frunce el ceño ante la compuerta que tiene delante e intenta empujar.

—No funcionan —dice.

—Ve a la otra. —Le hago señas desesperada hacia la que está abierta, temiendo que alguien la atraviese mientras Callie se ríe detrás de mí—. La otra puerta. Esa es la que has abierto con tu billete. La que está abierta. LA OTRA.

Señalo la compuerta correcta como si estuviera haciendo un absurdo espectáculo de mimo.

—Se supone que tienes que pasar POR AHÍ.

Chasquea la lengua, pero por fin se mueve hacia el lugar indicado.

—Pues qué fastidio. ¿Por qué no se abren todas cuando metes el billete? Así podrías pasar por cualquiera.

La miro, exasperada.

—¿Qué? —Parte de mí desearía no haberle explicado nunca cómo salir de las compuertas para que se quedara atascada.

—Deberías haberla visto intentando abrir la puerta del baño en el tren —protesta Callie—. ¡Y los gritos cuando el tren arrancó!

Mamá no está familiarizada con el transporte moderno. Solo empezó a visitar Londres cuando Tristan se mudó aquí, y él por lo general le envía un chófer. Esta vez decidió rebelarse y viajar como un mortal.

Tras la situación con las puertas, mamá anuncia que quiere volver a mi casa a beber una taza de té antes de pasear. Ya sé a qué viene. Está enferma de curiosidad y quiere fisgonear por el piso para comprobar cuán limpio está.

Paseamos por Kentish Town hacia mi casa.

—¡Hola! —grito tentativamente a través de la puerta del piso. No hay respuesta, ¡genial!—. Cat está durmiendo, así que no hagáis ruido.

—¿A estas horas? —Mamá aprieta los labios—. Esperaba que me enseñaran los cuartos.

—¿Por qué no os sentáis mientras preparo una rica taza de té? —Las llevo al salón, donde el daño que pueden causar es mínimo, y echo un vistazo rápido en busca de señales de consumo de drogas o actividad sexual. Por suerte, me había acordado de esconder el libro de Julie titulado *101 juegos sexuales maravillosos*.

Mamá fulmina el sofá con la mirada, asqueada, y se limita a flotar sobre él como si temiera contraer pulgas.

Regreso con tres tazas de té y las acompaño orgullosamente con una jarra de leche.

Mamá la huele rápidamente antes de aceptarla con desgana.

—Tengo tu correo. —Hurga en su bolso; pañuelos de tela y de papel vuelan por todas partes mientras me entrega una pila de cartas arrugadas. Todavía recibo correspondencia en casa de mi madre dado que Julie está evadiendo el impuesto municipal.

La fulmino con la mirada.

—¿Las has abierto?

—Sí. —Se encoge de hombros como si no hubiera cometido un crimen—. Tienes una buena deuda en la tarjeta de crédito.

—¡No deberías revisar mi correo! —replico.

—Alguien necesita controlar tus finanzas, dado que es evidente que tú no lo haces.

Argh. Lleva en casa cinco minutos y ya me hierve la sangre.

—Callie, ¿qué estás haciendo? —pregunto.

Callie se retuerce en el sofá como si realmente tuviera pulgas. Quizá haya un problema auténtico.

—Tu sofá es incómodo —protesta, metiendo la mano bajo el cojín —. Espera, he encontrado algo.

Su mano derecha emerge con dos objetos.

—¿Qué es eso?

Mi corazón cae contra mi vejiga y la aplasta mientras Callie agita la prueba de clamidia que el farmacéutico obligó a Julie a hacerse

cuando tomó la píldora del día después. Mataré a Cat por su escondite estúpido. Le dije que ocultara cualquier objeto que pudiera poner en entredicho mi reputación.

Lo peor es que en la otra mano tiene la postal que Cat compró en Ámsterdam, en la que aparecen dos penes entrando en una boca —uno negro, uno blanco— con el eslogan «Basta de racismo».

Callie abre la boca de par en par.

Se los arrebato antes de que pueda agitarlos delante de la cara de mamá. Por suerte, mamá está demasiado asqueada por las manchas de pizza de la alfombra como para darse cuenta. Alza la vista; nunca se le pasa nada.

—¿Qué es eso?

—Es un aparato para perder peso de Suze. —Camino con toda la calma posible hacia el cuarto de Cat y lanzo ambos objetos dentro. Oigo una protesta amortiguada mientras cierro la puerta. ¿Qué más acecha en este salón para emboscarme?

—¿Alguna novedad, Callie? —intento cambiar de tema otra vez.

Ella se encoge de hombros.

Mamá empalidece.

—Yo te diré qué novedades tiene esta jovencita. La han expulsado de St. Mary's.

—¿Expulsado? —Eso sí que es noticia. Miro a Callie, que hojea tranquilamente una revista encontrada en la mesa de centro. Está en su último año y solo tiene que comportarse seis meses más.

—La señorita ha manchado la reputación de la familia. —Mamá se tapa la boca y mira alrededor por si mis vecinos tuvieran paredes de cristal—. Intentó invocar a la oscuridad —añade, apenas en un susurro.

—¿Qué dices? —pregunto, confundida.

Callie levanta la vista del papel, aburrida, y suspira.

—La ouija. Me pillaron usando la ouija.

Mamá niega con la cabeza.

—Las monjas están escandalizadas. Tendrán una misa especial para limpiar la escuela, ¡para deshacer el daño que Callie ha causado!

—¿Por qué lo hiciste, Callie? —La miro—. ¿Acaso crees en la ouija?

Ella ríe.

—Ni de coña. Pero la idiota de Bernice O'Hagan sí cree en esas cosas, así que queríamos demostrarle que son tonterías. Y entonces entró la hermana Tessa, nos vio y empezó a echar espuma por la boca del *shock*. —Bosteza—. Da igual, es mi último año.

—Qué comportamiento tan terrible, Callie —la regaño como debe hacer una hermana mayor—. Que te expulsen de la escuela no te ayudará a conseguir un buen trabajo, ¿lo sabes?

Ella me mira, imperturbable.

—Si tú pudiste conseguir uno, cualquiera puede, aunque te costó un millón de intentos lograrlo.

—Vete al demonio —replico. Estoy un poco sensible con la cantidad de entrevistas que tuve que soportar.

—Además, puedo vivir de la mensualidad de Tristan. —Pone los ojos en blanco como si fuese una obviedad.

—¿Tristan te paga una mensualidad? —La miro, indignada—. ¡Con razón puedes permitirte ir de compras al centro de Londres!

—Ya basta de discutir, por Dios —ladra mamá, dejando su taza—. Ya he bebido suficiente de este té malo. Enséñanos tu cuarto.

—Está bien. —Dejo mi taza y las llevo a mi habitación, que por suerte tiene la cama medio hecha y la ropa interior en su sitio.

—Le vendría bien un poco de ambientador. —Olisquea el aire mientras Callie revisa mi maquillaje—. Y esta alfombra. ¿Cuándo la aspiraste por última vez? ¿Se supone que es de este color?

Se inclina para inspeccionarla mejor.

—Tiene semanas de mugre acumuladas. ¿Qué es esto? —Recoge un caramelo Smint que ha rodado bajo la cama en algún momento y está cubierto de pelusa y restos blandos de la alfombra—. ¡Te has estado drogando!

La miro, atónita.

—Es un Smint.

—¡Un Smint! —exclama con desdén—. No uses jerga de drogas conmigo, jovencita. ¿Es una de esas pastillas para bailar?

Callie se ríe a carcajadas detrás de ella y recibe un manotazo en la cabeza.

—Es un caramelo —repito despacio.

—¿Un caramelo, eh? Entonces, ¿dejarías que lo lama?

Miro el Smint cubierto de pelusa multicolor, probablemente con cabellos míos y de Ben, o quizá incluso de alguien que vivió aquí antes que nosotros.

La miro fijamente.

—No te lo aconsejo.

—Por supuesto que no. —Le da una lamida, como esperando que la detenga antes de necesitar un lavado de estómago. Su expresión pasa de la furia a la sorpresa y luego al asco mientras se da cuenta. Empieza a quitarse pelusa de la boca.

—Oh, es un caramelo.

—¿Lo ves? —Pongo los ojos en blanco—. Ahora, ¿podemos terminar de una vez con el paseo, por favor?



Una hora más tarde, estamos en el autobús turístico recorriendo Trafalgar Square. Me pareció la mejor manera de mantenerlas calladas un rato.

A las cuatro de la tarde estoy agotada y lista para entrar en el programa de protección de testigos para esconderme de mi familia. El Big Ben no era tan grande, St. Paul's no era tan sagrada y el Globo de Shakespeare era falso.

No estoy en absoluto preparada para ir a la cena de Tristan. ¿Por qué voy voluntariamente a estar en la misma habitación que mi madre, mi hermana —que cuenta todos mis secretos—, mi jefe —que quiere librarse de mí— y un tipo al que masturbé en un baño y que, casualmente, es ese dicho jefe?



Seis horas de mamá quejándose son demasiadas. No sé cómo sobreviví tanto tiempo en su vientre.

He optado por un atuendo informal: vaqueros, zapatillas y un jersey con un hombro descubierto. Es un conjunto que suele hacer que me pidan el carné, así que debo de parecer más joven de lo que soy con él. Tristan envía un coche a recogernos y llevarnos a su casa, lo cual significa que no tuve que lidiar con mamá y el transporte público.

Él abre la puerta de su casa en Holland Park con una sonrisa amplia.

—Mis tres damas favoritas.

Si los rumores son ciertos, eso es mentira.

Es un edificio protegido de tres plantas, con ventanales y un muro con puertas de cristal del suelo al techo que dan a un jardín diseñado por un paisajista.

El sueño húmedo de cualquier londinense.

Julie y yo lo cotilleamos en Internet y se vendió por veinte millones, aunque nunca le preguntaría a Tristan cuánto pagó.

No hablamos de dinero en la casa Kane.

Cada vez que vengo de visita, ha hecho algo nuevo. Un jacuzzi, suelo radiante, sonido envolvente. La última vez, había transformado uno de los dormitorios en un cine.

—Adelante, damas —dice, tomando nuestros abrigos—. Ya han llegado todos.

Entramos para unirnos a la fiesta. En la cocina, Jack, la socia del bufete de abogados de Tristan, Rebecca, y su marido Giles están sentados en taburetes junto a la isla de mármol.

Danny está apoyado en el frigorífico mientras Karl intenta preparar cócteles en el bar de Tristan. Su cocina es del tamaño de mi habitación, la de Julie, Cat y Suze juntas.

Se me seca la garganta cuando veo a Danny.

Viste vaqueros y un jersey de cachemira azul que se ajusta a su cuerpo en los lugares adecuados. Quiero correr a sus brazos y envolverme en ellos. Sus ojos encuentran los míos y luego caen, sin pudor, a mi vientre. Aprieta la encimera con las manos. Es sutil, pero noto el movimiento. Le gusta lo que ve.

Esta noche su expresión es más cálida. Quizá estar cerca de amigos íntimos en un ambiente hogareño lo vuelve menos hostil.

A pesar de las bromas y los empujones infantiles, irradian un aire dominante innegable.

Todos están a finales de la treintena o principios de la cuarentena, y Danny es el mayor. Jack es más joven, quizá tenga treinta y cinco. Mientras que los demás solo intentamos sobrevivir a la semana, ellos hacen que el éxito parezca muy fácil.

Rebecca lleva un traje sastre a medida precioso y unos zapatos de tacón descubiertos. Ahora me siento infantil con mis vaqueros rotos y mis zapatillas deportivas.

¿Acaso Tristan no ve cómo cambia la dinámica familiar cuando mezcla amigos y familia? Son dos mundos que no encajan.

Tristan releva a Jack en el bar y prepara bebidas mientras todos nos dan la bienvenida. Además de la misa, los eventos de Tristan son la vida social de mamá. Ella está en su elemento mientras los hombres le dicen lo joven que parece y Rebecca halaga sus rizos apretados.

—Jerez para mamá, un vino pequeño para Callie y un Old Fashioned para Charlie. —Tristan sirve las bebidas y lo miro, impresionada. Su empleada doméstica, Natalia, suele encargarse de todo. Debe de haberle dado la noche libre.

—¿Qué habéis hecho hoy? —nos pregunta Rebecca con educación.

—Empezamos recorriendo el piso de Charlie —responde mamá, feliz de ser el centro de atención.

—Fue más una inspección que un recorrido —protesto, sentándome en un taburete—. Dios, ¿quién mira debajo de la cama de otra persona?

—Tristan, ¿podrías enviar a tu empleada doméstica a casa de Charlie?

—¡Mamá! —replico, indignada, con las mejillas ruborizadas. Miro a Tristan, con una sonrisa pícara—. Aunque al menos mi casa no está lo bastante ordenada como para que pasen allí la noche.

Le he entregado oficialmente a Tristan la responsabilidad de encargarse de mamá y Callie. Para ellas no fue una decisión difícil, dado que las opciones eran dormir apretadas en el sofá de Julie o en un ala de la mansión de Tristan.

Él abre el frigorífico y extrae una bandeja de canapés diminutos.

Miro con desconfianza la sustancia gelatinosa amarilla.

—¿Qué es?

—Gelatina de remolacha dorada y flor de saúco —explica, como si fuera evidente.

No os dejéis engañar; no son canapés comprados en una tienda. Han sido diseñados a medida para el paladar de Tristan por un catering exclusivo.

Mamá parlotea sobre cada detalle de nuestro día, explicando lo que aprendió sobre el Big Ben, la Casa del Parlamento y los cisnes de St. James's Park como si esta gente no viviera en Londres. La escuchan con educación y asienten en los momentos oportunos de la narración.

Callie y yo nos relajamos, aliviadas de que mamá reciba toda la atención. Mis ojos vagan hacia Danny y, como si él lo percibiera, deja de mirar a mamá y fija la mirada en mí, alzando las cejas.

Siento el calor en las mejillas y rompo el contacto visual.

—Tenéis que probar estos *rolls* de langosta —comenta Rebecca, pasándonos el plato.

Mamá niega con la cabeza, mirando a Tristan.

—¿Cuándo encontrarás una buena mujer que te cocine, Tristan?

—Ya tengo dos. —Sonríe divertido—. Mi querida madre y mi maravillosa cocinera, Natalia.

—No —responde ella, malhumorada—. Alguien a quien no tengas que pagar. Una esposa. Nunca tendré una nuera.

—Ya has tenido una —comenta él, serio—. Y no funcionó, ¿recuerdas?

No, no funcionó. Si Dios creara una persona nueva mezclando a un asesino en serie y a la niña del *Exorcista*, esa sería la exmujer de Tristan, Gemina.

—¿No es sexista? —comento antes de pinchar un *roll* y metérmelo en la boca—. ¿Y si la nueva esposa misteriosa de Tristan cocina fatal?

—No podría ser peor que tú. —Mamá me mira, sacudiendo la cabeza, y Tristan me sujeta del cuello para darme un abrazo—. Tus habilidades culinarias ahuyentan a todos los hombres.

—Es cierto —comenta Callie—. Si Charlie hiciera una cena, todos saldrían en ataúdes.

—Qué grosera —comento, acomodándome el pelo tras el desastre que ha hecho Tristan con sus empujones suaves. La verdad, no tengo cinco años: cualquiera diría que se daría cuenta de que no puede seguir jugando igual conmigo.

—¿Cuándo encontrarás una esposa? —Los ojos de Jack brillan, divertidos, mientras mira a Tristan.

—No empieces delante de mi madre —protesta Tristan, lanzándole una mirada de advertencia—. Nunca acabaría la tortura.

—Es difícil creer que el hombre más apuesto y decente de Londres siga soltero. —Rebecca sonríe—. Lo mismo digo de ti, Jack. —Lo empuja suavemente en las costillas.

—Somos tres —dice Tristan—. Walker también está soltero.

Abro la boca, sorprendida, y la cierro antes de que alguien lo note. ¿Ahora Danny Walker está soltero? El aire parece más denso mientras todos lo miramos con interés.

—No, ¿Danny? —Mamá se tapa la boca con la mano como si fuera la peor noticia que hubiera oído—. ¿Qué pasó con la guapísima Jen? No la dejarías marchar, ¿verdad? Por favor, dime que no.

Buen trabajo, mamá. Muy útil.

Él se aclara la garganta.

—Lamento decepcionarla, señora Kane.

—¿Cuándo ha sido? —pregunto en voz baja.

Él clava los ojos en los míos.

—El viernes por la noche —responde con frialdad.

Alza una comisura en una sonrisa ligera mientras mi mente acelera y pasa un reconocimiento silencioso entre los dos.

Rompió con Jen la noche en que nos besamos. Tengo tantas preguntas. ¿La dejó por mí? ¿Fue antes o después del beso? ¿Me equivoqué con él?

—Oh —susurro—. Lo siento.

—No lo sientas —dice, serio.

—¿Qué estás buscando, Danny? —pregunta Rebecca con curiosidad. Él la mira.

—Cuando lo encuentre, te lo haré saber.

Ríen aunque no tiene nada de gracioso.

Yo no río. Entiendo muy bien a qué se refiere.

No eres tú.

Soy algo pasajero en un baño, no una propuesta seria. No una novia. Ni una esposa.

—¿Quieres casarte otra vez, Danny? —pregunta mamá—. Un hombre bueno como tú debe de tener a todas las mujeres a sus pies.

—Cuidado, señora Kane —ríe Karl—. Él tiene debilidad por usted.

—¿Cómo no tenerla? —Danny le sonríe—. Es como mi segunda madre.

Frunzo el ceño. Eso hace que nuestro revolcón suene un poco incestuoso. Por no mencionar que es una táctica astuta para evitar preguntas.

—¡Ya sé! —exclama Rebecca—. Es el momento perfecto. Una de nuestras abogadas principales lleva semanas suplicándome que le consiga una cita con el famoso Danny Walker. ¡No se lo creía cuando le dije que te conocía! Mide un metro ochenta, es guapísima y muy inteligente. Mara. Treinta y cinco años, la edad perfecta para ti, Danny. ¿Quieres que organice el encuentro? —Lo mira con entusiasmo.

Dejo de respirar y una oleada de celos me invade.

No. No hagas esto delante de mí.

Tristan inhala profundamente.

—No lo sé, Becks. Es una de nuestras mejores abogadas. Siempre me pone nervioso mezclar el placer de Danny con mi negocio. No quiero que acabe en lágrimas.

—Son el uno para el otro, Tristan —protesta Rebecca—. No te interpongas entre ellos.

—Mara es muy atractiva —coincide Tristan mientras entrega un whisky a Danny—. Te enamorarás en cuanto la veas. Es tu mujer ideal.

Miro mi mezcla de *roll* de langosta con gelatina, absorta. Decir que es una situación humillante es quedarse corta.

Danny acepta la bebida, la acerca a la boca y se detiene.

—De acuerdo —responde.

—Fantástico —chilla Rebecca, sacando el teléfono—. Le escribiré ahora mismo.

Maldita seas, Rebecca. Dejo la cola de langosta. Se me ha quitado el hambre. Tengo mi respuesta: no rompió con Jen por mí. Qué cabrón. ¿Cómo ha podido hacer esto delante de mis narices?

Ahora tengo que aguantar la cena sumida en la agonía.

—Qué chica tan afortunada —suspira mamá—. Rebecca, también tienes que ayudar a nuestro Tristan.

—Bien, ahora que le hemos encontrado esposa a Danny, es hora de cenar. —Tristan nos indica con un gesto que vayamos a la cocina.

Me obligo a sonreír y abandono mi taburete. Karl camina a mi lado.

—Hola, preciosa. —Me rodea la cintura con el brazo—. ¿Estás bien?

—Claro —miento.

Su expresión indica que lo sabe. Lo sabe todo. Por supuesto que lo sabe. Danny y Karl son muy cercanos. Qué vergüenza. Debe de pensar que soy patética.

—Me alegra verte, Karl. —Esta vez no es mentira. Nos sentamos a la mesa y me alegra que Karl esté a mi lado. Tristan ocupa la cabecera y todas las sillas se llenan, excepto una justo frente a mí, donde Danny decide colocarse.

El catering no solo ha preparado la comida, también ha decorado la mesa con antelación. Hay cuatro pares de cubiertos en bandejas de piedra y tres tipos de vasos: uno para agua, otro para vino y el tercero no sé para qué es. Hay un centro de mesa ornamentado hecho de rosas y otras flores cuyo nombre desconozco.

Las servilletas están hechas de un material propio de un vestido de diseñador. Todo es monocromático, y sé que no es casual; Tristan ha pagado mucho para que parezca informal, probablemente para que mamá se sienta cómoda.

Tristan sirve el entrante de venado. Parece sospechosamente similar a la comida del restaurante elegante donde Danny pagó lo suyo. Emitimos sonidos de aprobación.

—Un brindis. —Tristan se pone en pie en la cabecera, sonriendo—. Por mis maravillosos amigos y mi familia, que me han aguantado los últimos cuarenta años.

—¡Si yo ni siquiera tengo veinte! —grita Callie.

—¡Por los próximos cuarenta! —exclama Jack, alzando la copa.

—Por los amigos maravillosos. —Danny alza la suya.

Todos bebemos un sorbo.

—¿Has recibido buenos regalos, Tristan? —Rebecca sonríe. Él guiña un ojo.

—Tu fin de semana en Florencia, por supuesto.

—No olvides la suscripción de seis meses a Stringfellows de mi parte. —Jack sonríe mientras mamá aprieta los labios ante la mención del club de entretenimiento para adultos.

Tristan mira a Jack con frialdad mientras se sienta.

—Gracias, Jack. Y gracias, Charlie, por tu regalo, por supuesto. —Alza una copa hacia mí.

Rebecca me mira.

—¿Qué le has regalado, Charlie?

—¿Qué se le regala al hermano que lo tiene todo? —Río—. Le compré una corbata de broma porque no puedo permitirme comprar donde él compra la ropa, y un *aftershave* que sin duda tirará por el desagüe en cuanto nos vayamos.

—Oh, venga ya —comenta Tristan, entusiasmado—. No está mencionando la mejor parte. —Mira la mesa, aumentando el suspense—. Me escribió una canción preciosa titulada «Hermano».

Me ruborizo al convertirme en el centro de atención.

—¡Qué dulce! —exclama Rebecca, juntando las manos—. Tenemos que escucharla.

—Entonces sí encontraste algo que regalarle al hermano que lo tiene todo —comenta Karl—. Es un regalazo.

—Es una tontería —murmuro, jugueteando con el cuchillo—. Fue lo poco que se me ocurrió que fuese único viniendo de mí. Surgió bastante rápido.

—Y después de cenar la escucharemos —añade Tristan.

—No —protesto—. En ese caso me emborracharé hasta que sea imposible que la toque.

—Ni hablar. —Me señala con un dedo—. Me preocupé mucho el miércoles cuando no respondiste a mi mensaje. Tienes que responderme, Charlie. —Me habla como si regañara a una niña indefensa—. Déjame poner un localizador en tu teléfono por seguridad.

—¡Claro que no! —exclamo. Mamá agudiza el oído.

—¿Qué pasó el miércoles?

Callie ríe con malicia.

—Charlie estaba borracha, fue a casa de un tipo y vomitó todo el baño.

—¿Qué? —brama mamá mientras fulmino a Callie con la mirada.

Por el rabillo del ojo, veo que Danny se tensa.

—Ignórala. —Sigo apuñalando a mi hermana con la mirada—. Callie, deja de escuchar mis conversaciones. —Miro a mi hermano—. Tristan, no soy una niña a la que necesites proteger, y no vas a poner un localizador en mi teléfono.

Él frunce el ceño.

—No me gusta que tengas citas a ciegas. Te pone en peligro.

—Al menos Danny puede cuidarte las noches de salidas de oficina. Quédate cerca de él. —Los ojos de Karl brillan.

Me atraganto con el vino.

—Qué bien que la noche del miércoles estuvo cuidando de ti.

Me limpio el vino del mentón mientras Karl se reclina en la silla, intentando ocultar la sonrisa.

Chivato.

¿A qué demonios juega?

—Sí. —Tristan asiente, complacido—. Asegúrate de volver a casa con Danny, Charlie. La gente de Nexrion bebe demasiado y últimamente hay muchos ataques aleatorios en Londres.

Danny lleva el vaso de whisky a la boca, con la mirada de granito en Karl. La bebida roza sus labios antes de tragar un buen sorbo.

—¿Danny?

A la mierda con la comida digna de estrella Michelin. No compensa esta tortura.

Danny nos mira a Tristan y a mí.

—Por supuesto, Tristan —responde, posando los ojos en mí en lugar de en él—. Cuidaré de ella.

No podré aguantar tres platos más así.



20
Charlie

Estamos un poco borrachos y hablamos alto todos a la vez cuando llega el postre. Hay cuatro conversaciones distintas a la vez en la mesa, todas en simultáneo.

Incluso Danny está relajado y se ríe.

Un par de veces, sus piernas rozan las mías bajo la mesa, y me pregunto si es accidental.

Tristan ha cocinado (o más bien le ha pagado a alguien) comida para un batallón. Su trabajo solo ha sido dejar pasar a la empresa de catering y mostrarles dónde estaba la cocina.

La cena fue un solomillo Wellington complicado y sabroso con guarnición, seguido de un Baked Alaska elaborado que mamá miró con desdén. Le leí la mente. Demasiado elegante.

Estoy tan llena que necesito abrir a escondidas el botón de mis vaqueros sin que nadie lo note.

—¡Mierda! —grita Rebecca, mirando algo bajo la mesa.

Todos dejan de hablar de golpe.

—¿Cielo? —Giles entra en acción junto a su esposa.

—Tristan, ¡hay un ratón! —chilla mientras salta y aparta su silla de la mesa con tanta brusquedad que cae al suelo.

Callie se sube a su asiento. Mamá vuelca una botella entera de vino sobre la mesa.

Karl abandona su silla de un salto y retrocede dos metros; sorprendentemente parece asustado para un hombre que mide un metro noventa. Jack se recuesta, riendo a carcajadas.

Reina el caos.

—¡Lo veo! —grita Danny desde debajo de la mesa—. ¡Mierda, me ha mordido!

Eso basta para que Rebecca grite de nuevo. Rebecca, Callie y mamá han formado una especie de coro demoníaco, las tres subidas a sus sillas, chillando.

Miro bajo la mesa y veo al culpable.

—¡Está bien! —grito—. Es mi ratón.

Danny sale de debajo de la mesa, sujetando el ratón de mi clase de taxidermia.

—¿Qué coño es esto? —Aprieta la mandíbula mientras observa mi creación, vestida con un diminuto chaleco. Veo una gota de sangre en su dedo—. La maldita espada que sujeta me ha pinchado. ¿Y por qué lleva puesto un sombrero?

—¿Qué quieres decir con que es tu ratón? —pregunta Rebecca, temblando—. ¿Es una mascota?

—Lo embalsamé —explico mientras todos miran al ratón y a mí, confundidos. Ella abre los ojos de par en par.

—¿Y te lo has traído aquí? —chilla—. ¿A una cena?

Me hundo en mi sitio.

—Se me olvidó que estaba en mi bolso —murmuro mientras todos se acercan a inspeccionar el ratón.

Tomo mi criatura de la mano de Danny, con sombrero y espada, y la guardo de nuevo en mi bolso.

Él se muerde el labio inferior, intentando no reírse.

—Debe de haberse caído.

—Me dan pánico los ratones. —Rebecca me mira como si acabara de confesar un genocidio—. ¿Podrías dejar esa cosa fuera?

—Está muerto, Becks. —Danny se ríe—. No te va a hacer daño. A menos que te pinches con esa espadita.

Los hombres se parten de risa mientras mamá intenta limpiar el desastre que ha causado al verter vino tinto. Jack aúlla de risa mientras llora.

—Lo siento —digo, apretando mi bolso—. Lo dejaré fuera hasta que me vaya.

—Creo que es un ratón macho. Aunque no recuerdo haber visto un pene diminuto.

—Eres muy rara. —Callie pone los ojos en blanco—. Con razón no tienes novio.

—Todo este escándalo por un ratoncito muerto —balbuceo—. Reinas del drama.

Rebecca me lanza una mirada letal.

—Yo creo que es mono. —Tristan se ríe mientras escolto al ratón fuera del comedor.

—Es parte de una promesa de nuestro piso, «probar todo una vez» —explico mientras entro de nuevo en el salón. Cuando lo digo en voz alta delante de dos gerentes y dos abogados de fama mundial, me siento un poco infantil.

Rebecca mira mi bolso con desconfianza.

—Es una buena promesa. —Hay un deje de humor en los ojos de Danny—. La tensión en su mandíbula desaparece por primera vez, quizá desde su nacimiento. Juro que salió del vientre de su madre con una mandíbula que cortaría el acero.

Tristan aplaude.

—Crisis solucionada. ¿Estáis todos satisfechos? Porque estamos listos para presentar el espectáculo posterior al postre.

Mi estómago se retuerce cuando Tristan me sonríe con intención.

—No, Tristan —protesto, cruzada de brazos—. No soy el espectáculo. No soy un payaso. Aunque haya traído animales. No es un circo.

Sé lo que tiene preparado.

Él se pone en pie, va al pasillo y luego asoma la cabeza por la puerta, mirándome con ojos brillantes.

—No —repito con firmeza mientras exhibe la guitarra desde la puerta.

Todos celebran y trago saliva mientras fulmino el instrumento con la mirada.

—He bebido demasiado vino como para hacer algo coherente —suspiro—. Y tengo el estómago demasiado lleno como para apretarlo con la guitarra.

—Por favor, hermana —suplican, con su mejor mohín—. Es mi cumpleaños.

—Cumpliste cuarenta hace tres días —gruño, extendiendo la mano para aceptar la guitarra. No me dejará en paz hasta que toque la maldita canción.

Los hombres dan vítores como si estuvieran en un concierto y me doy cuenta de que todos están muy borrachos.

Inhalo y toco los primeros acordes. Es una canción suave y sutil y la canto con la voz grave que merece. Bajo la mirada a la guitarra, me centro en las cuerdas. Es más fácil así. Puedo perderme en la música y olvidar que hay gente aquí. Me da vergüenza cantar cuando están tan cerca, aunque me hayan escuchado muchas veces.

Escribí la canción como un agradecimiento a Tristan por habernos cuidado cuando papá se fue y por habernos protegido siempre. Cuando alzo la vista, tiene los ojos húmedos y la boca le tiembla mientras intenta contener las lágrimas. Mamá también parece al borde del llanto.

Controlaos, gente.

En parte es por el vino, pero he tocado una fibra sensible.

—Precioso, Charlie —dice Rebecca cuando termino y recibo una ronda de aplausos en la mesa.

—Pensé que era una fiesta, no un funeral —susurra Callie, mientras le lanzo una mirada fulminante.

—Tristan, ¿estás llorando? —Jack se ríe, observando al sensible Tristan.

—Ni siquiera lloró cuando perdió el caso Hamilton —dice Danny, con una sonrisa pícara—. Y ahora lagrimea como un bebé.

—Idos al infierno —replica, secándose los ojos.

Rebecca le acaricia la rodilla.

—Ignóralos, Tristan. —Vuelve a centrarse en mí—. Eres muy talentosa. Tienes un sonido único.

—Es solo un pasatiempo. —Me encojo de hombros, jugueteando con el roto de mis vaqueros.

—Bueno, me siento honrado. —Tristan sonríe, rodea la mesa y me da un abrazo fuerte—. Por mi hermosa y talentosa hermanita, Charlie. —Alza el vaso con un brazo alrededor de mis hombros.

Pongo los ojos en blanco.

—El único hombre al que le he escrito una canción es a mi hermano. Qué patética soy.

—Es un tipo muy afortunado —dice Danny, con voz grave.

Lo miro y veo algo parecido al orgullo en su expresión.



Hay un zumbido molesto exigiendo atención. Me muevo en la cama, ignorándolo. Continúa.

¿Qué demonios? Abro los ojos, confundida. ¿Acaso Cat ha llegado a casa y ha puesto música?

No puede ser mi alarma; está demasiado oscuro, así que aún no ha amanecido.

Me obligo a incorporarme en la cama y busco la fuente del sonido con la vista. Mi teléfono se ilumina en la mesita.

¿Quién llama en mitad de la noche?

Mi reloj marca diez minutos pasada la medianoche. Debo de haberme quedado dormida en cuanto toqué la almohada, en un coma alimenticio inducido por Tristan.

Tomo el teléfono, maldiciendo al imbécil que esté llamando. No deja de insistir.

La luz verde me molesta en los ojos, y veo el nombre del que llama en la pantalla. Mi corazón pasa de relajado a desbocado en cuestión de segundos.

—Hola —susurro, con el teléfono en la oreja. Ahora estoy completamente despierta.

Hay una pausa larga.

—Necesito verte. —Su voz me deja sin aire en los pulmones.

—Me viste en la fiesta.

—No es suficiente —responde con su voz grave—. Escucha, no sé qué es esto, pero sé que no quiero seguir jugando al gato y al ratón contigo.

Escucho.

—Fui a tu casa, cruzamos un límite… pero fue agradable y luego enloqueciste y me echaste. Menos de una semana después, sales con otro tipo. No sé qué lugar ocupo para ti.

—Mira quién habla —respondo, indignada—. Lo dice el hombre que se pasa de flor en flor por todo Londres.

—¿De flor en flor? ¿En serio, Charlie? —Suelta un suspiro largo—. Mi reputación me precede, pero no creas todo lo que oyes.

—¿Ah, no? —Exhalo—. En ese caso, ¿cuándo fue la última vez que te acostaste con alguien?

—Jen. La noche en que me viste en el restaurante.

—Eso fue hace unas semanas —calculo, incrédula—. ¿Esperas que me lo crea? ¿Y la chica del miércoles?

—La chica del miércoles… —Guarda silencio—. Supongo que te refieres a la brasileña que coqueteó conmigo en la discoteca. Parece que los empleados hablan.

—Sí. Ella —respondo seca—. Y sí, toda la oficina hablaba de ti.

—No —responde con tono calmado—. Coquetean mucho conmigo. Es parte del territorio. Eso no significa que haga nada al respecto.

Guardamos silencio.

—¿Puedo enviar un coche a recogerte? —dice.

Me pregunto si puede oír mis latidos a través del teléfono.

—Charlie —repite, con voz grave—. ¿Me has oído?

—Sí —digo con voz ahogada.

—¿Sí me has oído o sí puedo enviarte un coche?

—Sí a las dos.

—Buena chica —gruñe, provocándome un calor inmediato entre las piernas—. Ah, y, Charlie…

—¿Sí?

—La oferta no incluye a tu amiguito con chaleco esta vez. —Ríe—. El coche llegará a tu puerta en quince minutos.

Cuelga la llamada y me derrumbo en la cama.



21
Charlie

Miro al conductor con desconfianza por el espejo retrovisor. Me saludó en cuanto salí del apartamento, como si supiera quién era.

Conociendo a Danny Walker, este tipo ha visto mi historial dental, médico y financiero antes de venir a recogerme.

Más allá del saludo amable cuando me abrió la puerta y me ofreció algo de beber, hemos viajado en silencio durante cuarenta y cinco minutos. Tiempo suficiente para que me convierta en un manojo de nervios.

¿Está a disposición de Danny las veinticuatro horas? ¿Ese es su trabajo? ¿Llevar y traer mujeres a casa de Danny? Me pregunto cuántas habrán viajado en este vehículo a primeras horas de la mañana.

Danny vive en Richmond, al otro lado de Londres. Al paso que avanzamos por Londres un sábado por la noche, amanecerá antes de que lleguemos.

Las calles se vuelven más anchas y verdes mientras conducimos hacia Richmond, los árboles delinean el pavimento. De pronto, la calle se vuelve irregular y siento que viajo por un sendero rural en vez de por un suburbio caro.

—Disculpad los baches. La calle es privada. Los residentes son los dueños. —Me sonríe por el espejo—. No la mantienen a propósito para que los coches no la usen como atajo.

Nos detenemos en una entrada privada frente a una casa que resulta muy intimidante.

—Hemos llegado.

Miro boquiabierta por la ventana el edificio de tamaño similar a Somerset House.

—¿Nunca habéis venido? —Me abre la puerta y me observa, divertido. Niego con la cabeza.

—Es un edificio de valor histórico —explica mientras bajo.

Es una mansión victoriana enorme de tres plantas. No, miento. Es un palacio.

Cuento tres ventanas a cada lado del magnífico porche, con columnas delgadas, seis ventanas grandes en la segunda planta y una especie de terraza en la parte superior.

Hay incluso un estanque en el jardín delantero, impecable.

Hay dos vehículos en la entrada, el Aston Martin y un Range Rover. Es lo contrario de lo que esperaba. Parece un hogar familiar. ¿Vive con alguien? Nunca lo pregunté. Me doy cuenta de que no sé gran cosa sobre su vida privada en Londres.

Quizá esté aislado por sus orgías ruidosas.

Mientras permanezco de pie, confundida, en el jardín, Danny abre la puerta con una sonrisa en el rostro.

—Charlie. —Escucho esa voz grave y sensual, y siento un escalofrío recorrerme la columna. Siempre igual. Me dan ganas de huir hacia el coche para sentirme a salvo.

Se ha cambiado y lleva una camiseta con agujeros, vaqueros manchados de pintura y va descalzo. La camiseta se le ajusta a la

perfección sobre el pecho esculpido.

Nunca ha estado tan atractivo.

—Hola —digo con torpeza.

Alza las cejas, indicándome que entre por la puerta.

—¿Vas a pasar?

—Esperaba que me recibiera un mayordomo.

—Yo soy tu mayordomo —bromea, y de algún modo lo hace sonar obsceno.

—Un momento. —Pasa a mi lado, me aprieta la cintura y camina hacia su chófer.

Balbucean algo inaudible mientras permanezco tiesa en el porche. Espiar el pasillo me pone aún más nerviosa. Para sorpresa de nadie, es tan opulento como el exterior.

El pasillo tiene techos altísimos, suelo de mármol y obras de arte colocadas estratégicamente en las paredes. Todo fluye. Una mezcla de algo campestre con lo urbano.

Sin duda es obra de un diseñador de interiores profesional.

No hay ni una mota de polvo.

El contraste evidente entre nuestras viviendas resalta lo lejanos que están nuestros mundos. Me recuerda quién es él y quién no soy yo.

No puedo creer que le permitiera entrar en mi apartamento compartido de Kentish Town, con muebles de segunda mano y botellas de vino usadas como candelabros. Debió de pensar que era asqueroso. Dios, hasta tenemos ratones.

¿Por qué demonios me quiere aquí? Podría estar con cualquier modelo profesional que quisiera. De piernas largas, delgada, curvilínea, rubia, morena, pelirroja...

Si lo que quiere es conversar, no puedo hablar sobre diseño de interiores, o qué coche de carreras comprar, o lo difícil que es la vida de un CEO.

—Puedes pasar, ¿sabes? —susurra desde atrás con su acento escocés en mi oído, y me sobresalto.

Apuesto a que Jen y sus otras chicas no se quedan en la puerta hechas un manojo de nervios.

—Debe de ser difícil calentarla en invierno —balbuceo mientras me quito el calzado al notar que está cubierto de mugre. Él se encoge de hombros.

—La mayoría de los cuartos tienen el suelo calefactado. Pero lo mejor son las dos chimeneas con fuego de verdad. Nada se compara con el aroma del fuego real. Te enseñaré la casa.

Me sigue hacia dentro y me quita la chaqueta con dulzura; su mano acaricia mi brazo desnudo.

—¿Estás nerviosa? —Arquea una ceja, evaluándome.

Me muerdo los labios mientras aparta un rizo de mi rostro. Descalza, tengo que esforzarme para mirarlo a los ojos.

—Un poco —admito.

—Es novedoso —dice con un tono provocador—. Nunca te he visto nerviosa. —Coloca la mano bajo mi mentón para apartar mi mirada del suelo—. Si sirve de algo, tú también me pones nervioso.

—Lo dudo —respondo sin aliento—. ¿Por qué te pondría nervioso?

—¿Bromeas? —Me sonríe—. Eres aterradora. Me miras una vez y soy incapaz de pensar con claridad.

Me esfuerzo por contener la sonrisa idiota que quiere aparecer en mi rostro. Por dentro, mi corazón baila en mi pecho.

—Vamos, te serviré una copa de vino. —Me suelta y avanza por el pasillo. Lo sigo hasta la cocina, que tiene muros de ladrillo preciosos y más aparatos de última generación que la NASA. Apuesto a que su empleada doméstica sabe usar solo la mitad.

—He decantado una botella de Pinot Noir. ¿Te apetece? —pregunta, mientras se agacha para pillar una copa del armario, lo que me permite admirar su trasero glorioso.

—Sí —respondo con seguridad fingida, avergonzada al recordar que no le ofrecí algo de beber en mi apartamento. Si él supiera la porquería que se beben mis compañeros de piso a estas horas de un sábado por la mañana, no me preguntaría si me preocupaba que el vino estuviera decantado.

Me entrega la copa.

—¿Vives solo? —pregunto. No imagino vivir en un lugar de este tamaño sola. En mis veintiocho años en la Tierra, aún no he tenido la experiencia de vivir por mi cuenta.

—Salud. —Alza su copa hacia la mía y vuelve a centrar los ojos en mí—. Sí. Vivo solo.

Abro los ojos de par en par.

—¿Cuántas habitaciones hay?

—Cinco cuartos, dos vestíbulos —responde, divertido—. Esperabas que viviera en una caja de cristal en mitad del cielo, en el centro de Londres.

—Con piscina y una barra para *strippers*. —Sonrío con picardía—. No me imaginaba los suburbios. ¿No te sientes solo aquí? —pregunto. Luego pongo los ojos en blanco—. Asumo que tienes mucha compañía.

Me lanza una mirada de advertencia.

—He vivido solo desde que mi matrimonio fracasó. Ya llevo más de una década así. —Se encoge de hombros—. Estoy acostumbrado. Karl a veces se queda aquí cuando está en la ciudad.

Alzo las cejas. ¿Karl está aquí?

—Esta noche estamos solos. —Sonríe de manera sugerente y una corriente de excitación me recorre entera.

Esta noche, él es mío, todo mío.

—Vamos, te enseñaré la casa.

Me sujeta la mano y me guía de cuarto en cuarto, explicándome las peculiaridades y la historia de cada uno. Es minimalista, pero clásico y elegante, como una casa de revista. Su empleada doméstica debe venir todos los días.

—No puedo creer que te permitiera entrar en mi apartamento —murmuro, siguiéndolo—. En la pocilga de mi cuarto. Qué vergüenza.

Se detiene al pie de la elegante escalera, con una ceja alzada, divertido.

—Me encantó ver el interior de tu habitación. No fui por la decoración.

Asiente para indicarme que suba la escalera.

—Me gusta tu cuarto. Es creativo. Refleja tu personalidad.

—Cielos, gracias —respondo con sarcasmo—. Es un ático con una claraboya como ventana y muebles comprados en tiendas de caridad. ¿Qué dice eso de mi personalidad?

Subo sintiéndome extrañamente agitada. Quizá es porque me sigue con una vista completa de mi espalda. O porque aún no he visto una habitación crucial.

—¿Hace cuánto vives aquí? —balbuceo mientras alcanzamos la cima de la escalera.

—Cinco años, más o menos —dice, guiándome por el pasillo.

—Apuesto a que no vivías en un ático cuando tenías mi edad.

—No. Vivía en un ático odioso en Kensington. Justo lo que imaginabas. —Clava sus ojos profundos en los míos—. Tristan te compraría un piso sin pensarlo, Charlie. Permítele hacerlo. Cielos, podrías vivir en un sitio sin ratones.

—¿Eso piensas de mí? —Algo amargo me llena la boca. Si me dieran una libra por cada vez que alguien me ha dicho eso sería tan rica como Tristan—. ¿Que soy una inútil sin el dinero de Tristan?

Se detiene de golpe y se gira para mirarme.

—¿Cuándo te he dado la impresión de que pienso que eres una inútil? Al contrario… —Danny se acerca más y siento la calidez de su aliento en mi frente—. Creo que eres maravillosa.

Baja la vista a mis labios entreabiertos, como un león acechando a su presa. Mi piel cosquillea con anticipación y me pongo de puntillas para acercarme más a su rostro.

Suficiente juego previo verbal. Anhelo que me destruya, que me haga añicos.

—Necesito terminar de enseñarte la casa —susurra.

Abre la puerta y aparece un dormitorio principal de estilo campestre rústico, con techos altos y un candelabro antiguo colgado en el centro.

Doy un grito ahogado y camino en círculos por la habitación.

Estoy boquiabierta mientras miro por el balcón, con vistas despejadas al río Támesis.

—Esta es tu vista al despertar —digo más para mí misma que para él—. Es más acogedor de lo que esperaba —susurro mientras deslizo mi mano, apenas temblorosa, sobre sus muebles de roble—. Y muy ordenado. ¿Alguna vez duermes aquí?

Reconozco el cabecero de la cama *king-size* como un Chesterfield. Siento la tentación de correr y saltar sobre el colchón, pero está tan

perfectamente hecho que no quiero estropear la obra de arte.

Me pregunto cuántas mujeres habrán dormido en esa cama.

En cambio, me acerco a un pequeño enclave en la habitación.

—¿Tienes un vestidor? —Lo miro con incredulidad, deslizando la mano por la fila de trajes caros. Es un hombre meticuloso. Todas las corbatas están dobladas y ordenadas por postura y color. Tiene los zapatos en fila, por pares—. Es del tamaño de mi cuarto. ¿Tienes un estilista además de un decorador de interiores?

Se apoya en el marco de la puerta, disfrutando de mi reacción.

—Tengo un sastre al que acudo.

—Por eso tus trajes te quedan como si fueras Batman. ¿El baño en suite? —Empujo la segunda puerta junto al vestidor y él me sigue despacio.

En el centro hay una bañera blanca y lujosa, tan limpia que parece que nunca la han usado, y a su lado hay una ducha con espacio suficiente para una orgía. ¿Cuántas mujeres habrán entrado en su baño? ¿En la ducha doble? Quizá ni siquiera de una en una.

Huele a él, pero no veo sus productos a la vista. ¿Dónde está el desorden? Incluso los dispensadores de jabón se integran con la decoración como si fueran piezas de arte.

—Suelo calefactado. —Muevo los dedos de los pies sobre la superficie cálida. Ocupando una de las paredes completamente de arriba abajo, hay un espejo elegante rodeado de luces.

Aparece detrás de mí en el reflejo, sosteniéndome la mirada, y tengo que recordarme que necesito respirar.

—¿Te gusta lo que ves? —susurra detrás de mí, y el vello de mi nuca se eriza, alerta.

No puedo esperar a tener a este hombre enterrado bien hondo en mí.

—Sí —jadeo.

En el espejo, sus ojos observan mis labios sin pudor.

—Mira qué preciosa eres —dice con voz grave, su aliento cosquillea mi oído.

Permanezco paralizada, tragando el nudo nervioso que tengo en la garganta. Sus manos se aferran a mis caderas con posesividad.

—Joder, me estás volviendo loco. —Su voz es grave y ronca, casi furiosa.

La iluminación del espejo proyecta sombras en su mandíbula, haciéndole parecer tanto hermoso como depredador. Este hombre está a años luz de cualquiera con quien haya estado.

Mi respiración se entrecorta mientras aparta el cabello de mi hombro y comienza a besarme el cuello despacio, luego con más voracidad y agresividad.

Es tan alto que necesita agacharse para alcanzar mis hombros. Su tacto deja un rastro ardiente por mi cuello y me retuerzo inquieta contra él, gimiendo. Siento su erección y la presiono contra mi cintura. Froto mi cuerpo contra su pene y él suelta un gemido.

Sus manos se deslizan por mi pecho y encuentran mis pezones rígidos bajo el jersey.

—Levanta los brazos —murmura contra mi cuello, y subo ambos mientras me quita el jersey. Se engancha en su reloj y un hilo se suelta—. Te compraré otro.

Llevo una camiseta de tirantes y un sujetador de encaje negro. A través del espejo, él baja la camiseta hasta mi estómago y desabrocha mi sujetador, dejando mis pechos al descubierto.

Sus ojos contemplan hambrientos mi pecho desnudo en el espejo, una sonrisa lenta y sensual iluminando su rostro.

Sus manos envuelven mis pechos, acariciando y presionando mis pezones endurecidos, luego bajan hacia la parte delantera de mis vaqueros. A mi espalda, desabrocha los botones de mi pantalón. Desliza la prenda al suelo, llevándose también mis bragas.

Levanto los pies y los saco de los vaqueros, quedando completamente desnuda frente a él.

Me mira boquiabierto, recorriendo mi cuerpo entero como si nunca hubiera visto a una mujer desnuda. Hay tanta voracidad en su expresión que me asusta.

¿Alguien me ha mirado así alguna vez?

—No me parece justo —susurro con una risa nerviosa—. Yo estoy desnuda y tú sigues vestido.

—Es justo. He esperado mucho para ver esto. Para verte.

Sus manos bajan entre mis muslos y separan mis piernas. Gracias a Dios me depilé. Me estremezco mientras separa mis labios inferiores con los dedos y lo expone todo.

Emite un sonido feroz.

—No deberías haber esperado tanto —gimoteo mientras introduce un dedo en mi humedad y empieza a explorar. Aprieta la mandíbula.

—Ambos sabemos que no está permitido. Hice una promesa.

Gimo cuando encuentra mi clítoris.

—Sí… Así… Sigue —jadeo, con la respiración entrecortada.

Me aprieta contra él y apoyo la cabeza en su pecho. Es una cabeza más alto que yo en el espejo. Jadea contra mí, con la mandíbula relajada en el reflejo mientras observa.

—No puedo estar cerca de ti y mantener distancia.

Gruñe ante el sonido de mi excitación creciente.

—Mira el espejo, cariño. Cada vez que te toques, quiero que imagines este momento. Que soy yo quien te toca.

No confieso que ya lo hago.

Observamos mientras sus manos se mueven más rápido y más profundo. Presiona mi clítoris con los dedos, y siento calor y escalofríos simultáneos recorrerme todo el cuerpo.

Saco la cabeza contra su pecho, gimiendo mientras olas de placer cruzan mi centro. Aprieto el brazo con el que me sujeta.

—Buena chica. —Sus ojos arden con determinación.

Mis piernas están a punto de venirse abajo. Me mantiene erguida con un brazo mientras sigue estimulando mi clítoris sin tregua.

—¡Ah! —grito—. Por favor, Danny.

El orgasmo me golpea y mis piernas ceden, y él me sujeta del pecho con el otro brazo. Grito tan fuerte que hay eco en el baño. Sin darme un segundo para recuperarme, me gira hacia él, me alza en brazos hasta que mis pechos quedan a la altura de su rostro.

Gimo cuando captura un pezón en su boca y succiona con fuerza. Luego, me carga fuera del baño, me lleva a la habitación y me deja caer sobre la cama. Reboto y el colchón se amolda a mí. Podría dormir aquí una semana entera. Avanza sobre mí, se ocupa de un pecho y luego del otro, succionando con fuerza, agresivo.

Agarro mechones de su pelo y tiro cuando siento sus dientes en mi pezón. Una mezcla de placer y dolor. Mi sexo le suplica que lo toque. Rodeo su cuerpo —aun completamente vestido— con las piernas y gimo. Frota su erección con violencia contra mis muslos y su expresión lucha por contener la impaciencia.

Agarro la parte inferior de su camiseta y tiro de ella. Necesito más. Le necesito a él.

Suelta mis pezones y se incorpora, permitiéndome quitarle la camiseta. Su pecho ancho es como imaginaba, incluso mejor, si es que eso es posible. ¿Cómo mantiene esos músculos? El vello oscuro salpica su torso igual que una cicatriz tenue. En la parte superior del brazo, tiene un tatuaje en blanco y negro de mitología nórdica, y en el interior del antebrazo opuesto, un diseño tribal con algo escrito. Acaricio su pecho y me hago la nota mental de preguntarle por ello más tarde.

—Tenemos que quitar estos también —jadeo, frotando mi sexo expuesto contra sus piernas cubiertas. Intento desabrochar los botones de sus vaqueros y él me ayuda, abriéndolos rápido.

Se quita los pantalones junto con los calzoncillos, y su pene erecto y enorme queda libre. Es grueso y rígido, a centímetros de mi estómago. Jamás podré con eso.

Sonríe, notando mi sobresalto.

—¿Asustada?

Lo miro boquiabierta.

—Esa cosa no va a entrar nunca.

Ríe y se acerca para pegar sus labios a los míos.

—No te preocupes, empezaremos despacio.

Baja la cabeza y me abre los muslos tanto como puede, dejándome expuesta y vulnerable.

—Espera, Danny —balbuceo, intentando cerrar mis piernas alrededor de su cabeza—. Nunca he dejado que un hombre haga eso.

Masturbarle en el baño fue una anomalía. De hecho, soy bastante vergonzosa. Mi especialidad es el sexo normal y corriente.

Alza la vista, sorprendido.

—¿Nunca has tenido la boca de un hombre ahí abajo?

Niego con la cabeza, avergonzada por mi falta de experiencia sexual.

—Probablemente estás acostumbrado a mujeres que cuelgan boca abajo del candelabro.

Retuerce la boca.

—¿Por qué no, cariño?

—Siempre me ha preocupado que no les guste —explico, ruborizada—. Mi sabor… —Me quedo callada. Él afloja la mandíbula.

—No puedes hablar en serio. Llevo toda la noche fantaseando con saborearte. —Gruñe, su está voz cargada de excitación—. Cada vez que te veo, imagino cómo sería hacerte sexo oral.

Dios.

La forma en que este hombre me habla. Los novios nunca hablan así de vulgar. Me hace sentir como una diosa.

Sube y sujeta mi rostro entre sus manos.

—¿Tienes idea de cuánto te deseo?

Balbuceo y emito un gemido incoherente. Mi boca no está conectada a mi cerebro.

—¿Confías en mí, preciosa? —suaviza la voz.

Asiento, y abre mis piernas con dulzura. Besa mis labios como si estuviera famélico. Es un beso húmedo, brusco y urgente, dos personas sin restricciones, devorándose.

Cierro los ojos y sujeto mechones de su cabello.

Sus dedos bajan y acarician mi abertura húmeda. Introduce dos dedos en lo más profundo de mí y los mueve despacio. Me froto contra él para que entren más mientras mi excitación empieza a crecer.

Los retira de mi interior y los lleva a su boca, donde los succiona despacio.

—El mejor plato del día. —Sonríe con sensualidad mientras hunde la cabeza entre mis muslos. Alza mi pierna sobre su hombro y siento cómo separa despacio mis labios con los dedos.

Inhalo con brusquedad cuando su lengua se hunde en mi abertura sin previo aviso. Resisto la necesidad de cerrar las piernas mientras me devora, lamiendo y succionando sin cesar alrededor de mi clítoris.

Mi cuerpo se aferra a su lengua cuando entra una y otra vez, y no sé si sobreviviré a esto.

Arqueo la espalda y grito, tirando con fuerza de su cabello.

Por esta razón vive en una zona aislada.

Mientras succiona con fuerza mi hinchazón, con el talento de un hombre que lo ha hecho miles de veces antes, otro orgasmo colosal burbujea en mi interior mientras tiemblo sobre su lengua.

El sonido de mi humedad en su boca llena el aire y él gruñe de placer.

—Me encanta —gruñe contra mí—. Córrete para mí, Charlie.

He perdido toda timidez, toda inhibición. Lo único que importa es que siga succionando ahí abajo. Consumida por un deseo sin precedentes, aprieto su cabeza entre mis piernas mientras succiona más fuerte.

Ya no aguanto más.

Jadeo mientras mi cuerpo toma el control, y mi excitación estalla en mi piel hinchada; mis piernas tiemblan mientras me corro.

Oh. DIOS. MÍO.

¿Por qué esperé tanto para permitirle a un hombre que hiciera esto? Aunque dudo que la lengua de cualquier otro lograse lo mismo.

Él regula la respiración y vuelve a subir hasta mi boca, para besarme con intensidad. Me saboreo en sus labios.

—¿Sabes cuánto me excita saber que soy el único que te ha saboreado? —gime en mi boca—. Podría correrme solo con pensarlo.

Presiona su cuerpo contra el mío y siento cada músculo, cada curva de su escultura perfecta.

La verdad, nunca he tenido más de un orgasmo en una noche.

Con Ben, me había convertido en alguien que fingía. Ahora, aquí con Danny Walker, intento contenerme. Todo en él me hace pensar en sexo. Cómo me mira, lo que me dice, cómo respira.

Incluso la oferta de vino decantado me excitó.

Su erección presiona el interior de mi muslo y él me besa, aguantando su peso con los bíceps.

Rodeo su cadera con las piernas y empujo mi cuerpo contra su rigidez para empaparla con mis fluidos, lo que me estremece con la promesa de lo que vendrá.

Ahora, estamos piel con piel, frotándonos con impaciencia el uno contra el otro.

Quiero más de este hombre, mi sed por él es insaciable. Mi mano baja y rodea la base de su pene. Quiero, no, necesito saborearlo como él me ha saboreado a mí.

Lo aparto de mí con un empujón, lo obligo a salir de la cama y me pongo de rodillas frente a él.

—Tu turno —susurro.

Nos miramos mientras lo sujeto entre mis manos y deslizo mis labios por la cabeza de su miembro. Él suelta un gemido, y lo introduzco más en mi boca, poco a poco.

La succión superficial se vuelve más profunda, y penetra en mi boca con respiraciones intensas. Contengo las arcadas cuando sujeta un puñado de mi pelo y entra tan hondo que roza el fondo de mi garganta.

Tiene los ojos fijos en mí mientras el sonido húmedo de mi succión llena la habitación, junto con su respiración entrecortada.

—Charlie —gruñe—. Joder, me encanta.

Con la mandíbula dolorida, lucho contra las arcadas y succiono con fuerza, una y otra vez.

—No —dice con dificultad, tirando con suavidad de mi cabello. Ignoro sus súplicas y continúo—. Charlie —jadea, apartándose hasta liberarse de mi boca—. Ya estoy demasiado cerca.

Su pene brilla en mi campo de visión, cubierto de humedad. Lo miro, curiosa.

—Quiero correrme dentro de ti. —Su voz sombría es ronca—. ¿Tomas la píldora?

Asiento.

—Bien. Te voy a llenar de mi semen.

Dios mío, este hombre sí que habla sucio.

Le sonrío con picardía.

—Con ese modo de hablar, serías una gran estrella porno.

Me ayuda a ponerme en pie y me lanza sobre la cama antes de colocarse encima de mí. Lo rodeo con las piernas, clavando los talones en sus glúteos.

—Te quiero dentro. Ahora —le ordeno, clavando las uñas en su espalda.

Mirándonos a los ojos, acaricia con su pene mi sexo húmedo. Mi clítoris tiembla mientras me provoca, y arqueo la espalda para presionar su entrepierna.

—Por favor, Danny.

Lo fulmino con la mirada como si estuviera famélica, y él me sonríe con picardía, con los ojos ahogados en excitación, antes de introducir la punta de su pene en mí, primero despacio, y luego hundir su erección con fuerza en mi interior.

Gimo cuando mi centro reacciona a su tamaño.

Maldiciendo por lo bajo, alivia la presión, me penetra despacio, me estira hasta que me relajo de forma evidente.

—¿Estás bien, preciosa? —susurra.

Asiento, incapaz de hablar, frotando las rodillas contra sus caderas.

Él me penetra en el lugar exacto, y gimo fuerte contra su boca al sentir otro orgasmo subiendo desde mi centro. Es demasiado rápido.

—He soñado con estar dentro de ti durante mucho tiempo. —El calor inunda sus ojos mientras me mira—. Con llenar tu vagina diminuta con mi pene.

Inclino la cabeza hacia atrás, gimiendo.

—¿Sabes lo bien que se siente? —Presiono sus glúteos hacia mí para que entre más.

—¿Quieres que entre más? —susurra, ronco.

—Sí —jadeo.

Me penetra con más fuerza. Hasta que está enterrado del todo en mí y ya es imposible que llegue más profundo.

—Me encanta —gimoteo.

Un gruñido brota de su garganta mientras mis músculos lo aprietan de forma casi territorial.

—Joder —gime, el sudor cubre su frente—. Me correré enseguida si sigues haciendo eso.

Tiro con fuerza de su cabello mientras todo mi cuerpo tiembla bajo la presión de sus embestidas reiteradas, hasta que ya no resisto más. Otro orgasmo me atraviesa, más intenso que el anterior.

Su pene late con furia, como venganza, y siento cada movimiento mientras se hunde en lo más hondo de mí y su líquido cálido estalla dentro de mi cuerpo, furioso y rápido.

Colapsamos en la cama, ambos jadeando, con la piel pegajosa de sudor y excitación. Me derrito entre las sábanas, extasiada, agotada, expuesta.

Él desliza una mano perezosa sobre mi cuerpo empapado de sudor, y giro la cabeza para mirarlo. Sus ojos oscuros se mantienen fijos en los míos y algo pasa entre los dos. Un reconocimiento, una revelación.

No ha sido solo buen sexo. Ha sido el mejor sexo de mi vida. ¿Y el modo en que me mira ahora mismo? Indica que él está cien por cien de acuerdo.

—Deja de mirarme así. —Sonrío con picardía.

Él esboza una sonrisa, deslizando un dedo por mi mejilla y mi cuello. Las luces del río Támesis proyectan sombras sobre su mandíbula masculina y observo, maravillada, sus facciones. Sin duda, ahora mismo, soy la chica más afortunada de Londres.

—Eres deslumbrante —susurra—. No sé si mi pobre corazón puede soportarlo.

Mueve un muslo inmenso sobre mí, me aplasta como si hubiera olvidado que pesa mucho más que yo.

—Vamos. —Se incorpora sobre la almohada—. Antes de que nos durmamos en este desastre. Vamos a bañarnos.

—No sé si puedo llegar hasta la ducha. —Me río—. Creo que voy a necesitar un bastón.

No sé qué está pasando entre los dos, pero algo es seguro: no hay vuelta atrás en esto para mí.



22
Charlie

Despierto en una cama tan cómoda que creo estar flotando y miro el techo, sonriendo como una lunática. Hay un brazo robusto posado sobre mi estómago y un muslo rodeando mi cadera. Algo puntiagudo empuja la parte baja de mi espalda. Es la jaula perfecta.

Él pesa, pero no quiero moverlo. Mi vejiga está a punto de estallar, pero no cedo. Moriré en esta posición acurrucada, y tendrán que amoldar mi ataúd como corresponda.

Miro por encima del hombro y lo veo durmiendo profundamente, con el rostro enterrado en mi cuello; su pecho amplio sube y baja.

Pasé la noche en casa de Danny Walker.

En la cama de Danny Walker.

Usando a Danny Walker como manta.

Mi yo de veintiún años baila celebrando en mi cabeza.

De algún modo, esta posición parece más íntima que el sexo interminable de la noche anterior. No nos dormimos hasta las cuatro de la mañana. El interior de mis muslos sigue dolorido por haber tenido las piernas abiertas y mi parte íntima parece haber pasado por veinte rondas de acción con un taladro.

Siento su piel cálida sobre la mía y sé que está completamente desnudo bajo las sábanas. Siento su aliento en mi nuca y oigo un sonido sibilante breve, como un ganso estrangulado.

Contengo una risita para no despertarle.

Se mueve un poco, y cierro los ojos para fingir que todavía duermo.

Presiona sus muslos alrededor de mi cintura mientras su erección empuja mi cadera. Despierta por completo con un ronquido enorme, como si alguien le hubiera cortado el aire, y yo sigo fingiendo que duermo.

Desliza la boca por mi cuello, depositando besos suaves en mis hombros. Llevo puesta su camiseta, que me llega hasta la cintura, y su erección se hunde en mi piel desnuda.

El alivio me invade al notar que no grita al verme en su cama.

—Sé que estás despierta —susurra en mi oído mientras su mano acaricia mi estómago y baja hasta mi entrepierna, donde introduce dos dedos en mi zona más sensible como si le perteneciera.

Oh, Dios, me encanta.

Inhalo con brusquedad y abro los ojos.

—Buenos días.

Tiene el rostro a centímetros del mío y solo puedo esperar que la máscara de pestañas no me haya dejado como un panda. Ya no puedo esconderme bajo las luces tenues de la noche ni ampararme en la excusa del alcohol.

Eres mío, dice una voz firme en mi cabeza mientras contemplo su bello rostro.

No te dejaré ir.

—Buenos días —responde con voz ronca—. ¿Has dormido bien? —pregunta con suavidad mientras mi interior empieza a temblar bajo sus caricias.

—Es la mejor cama en la que he dormido —digo, gimiendo ante su tacto—. Aunque técnicamente solo hemos dormido cuatro horas.

Mi respiración se acelera mientras sus dedos juegan con mi clítoris inflamado.

Qué vergüenza; me correré rápido si sigue así.

Él pensará que es un dios que solo necesita tocarme unos segundos para que pierda el control. Me giro hacia él, frotando mi sexo contra su entrepierna, y él gime.

—Aguanta —gruñe—. Me correré dentro de ti.

Se coloca encima de mí, separa mis piernas con las rodillas y su erección empuja la entrada de mi cuerpo.

—Abre más las piernas.

—Espera, Danny —susurro, tensando los brazos alrededor de su cintura—. Estoy sensible. Ve despacio.

—Lo que necesites, cariño. Seré suave y cuidadoso.

—Sí que sabes follar para ser un viejo —me río.

—Descarada. Tengo cuarenta, no setenta años —gruñe—. Perderé vigor si sigues hablándome así.

Sus labios rozan los míos y desliza con suavidad la lengua en mi boca mientras sujeta su pene y lo desliza de arriba abajo por la abertura de mi vagina.

—Despacio, recuerda —gimoteo en su boca mientras introduce la punta en mí.

Hago una mueca y entierro las manos en su espalda. Nunca había estado tan sensible después de tener sexo.

—Relájate —susurra con dulzura mientras entra y sale hasta que nota que mis músculos le permiten avanzar.

Profundizamos los besos y, cuando entra por completo, rodeo su cintura con las piernas y empujo su trasero hacia mí. Mis gemidos entrecortados se mezclan con sus gruñidos profundos y el ruido de los navegantes del Támesis. Cada parte de mí desea esto.

—No aguantaré mucho —gruñe, y sé que yo tampoco—. No puedo ir despacio.

Maldiciendo, me penetra hasta lo más profundo una y otra vez. Frunce el ceño y relaja la boca en esa expresión maravillosa que me indica que está a punto de correrse.

—Mierda… Me encantas… No aguanto.

Verlo tan excitado por mí solo acelera mi propio orgasmo, y aprieto fuerte las piernas a su alrededor mientras aceleramos hacia el clímax.

Con una última embestida, sus fluidos brotan furiosos en mi interior y siento cada gota con tanta intensidad que un temblor de placer recorre mi cuerpo.

—Qué vergüenza —jadea—. Sí que ha sido un revolcón rápido.

Nuestros ojos se encuentran y se inclina para besar la punta de mi nariz.

—Eres maravillosa, Charlotte Kane.

Y tú eres inolvidable, Danny Walker, lo cual es un gran problema.



Danny

Veo su cuerpo completo bajo las luces brillantes del baño y memorizo cada línea, cada curva, como si me hubieran concedido el don de la vista.

Ella me mira; el cabello húmedo se le pega a la frente y el agua fluye sobre esos labios carnosos. Contemplo ese rostro sonrojado y devastadoramente bello, y me quedo sin aliento.

Es increíble.

El sexo fue mejor de lo que jamás habría imaginado. Un sexo inolvidable y extraordinario.

El agua forma una cascada por la curvatura de sus pechos y mi pene cobra vida. El más mínimo detalle me excita.

—Esa cosa parece siempre lista para actuar. —Mira mi erección con los ojos muy abiertos.

Le sonrío mientras lavo cada parte de su cuerpo con detalle minucioso. Deslizo las manos por el interior de sus muslos y rozo su abertura, y ella gime con suavidad.

¿Alguna vez tendré suficiente de esta mujer? Solo mirarla me enloquece. Necesito ir despacio con ella. Esta mañana gimoteaba.

Pero no consigo controlarme. Alza una ceja, divertida.

—Creo que ya estoy limpia. Toma mi pene en su mano diminuta y estoy a sus pies; esta chica es dueña de mi pene y de mi persona. Un gruñido me escapa de los labios cuando rodea mi miembro con los dedos y empieza a acariciarlo. Luego, sin previo aviso, está de rodillas y me introduce en su hermosa boca suave como si estuviera famélica.

—Joder… Charlie… Me encanta —jadeo—. No te detengas.

Abre más la boca, me introduce hasta el fondo de la garganta y sujeto su cabello entre los dedos, resistiendo la necesidad de entrar aún más profundo. Cuando miro hacia abajo, la veo devorarme, y estoy hipnotizado. Sus ojos grandes me observan con adoración, y sé que no duraré mucho si la veo así.

—Me correré, cariño —le advierto, levantando la vista hacia el techo.

Ignorándome, succiona más fuerte y rápido, y sé que estoy perdido. Cuando vuelvo a mirarla, me observa sonrojada, con los ojos ardiendo de determinación. Gruño con fuerza; mi pene tiembla mientras me vacío en su boca, y ella traga sin romper jamás el contacto visual.

—Gracias, cariño —susurro, jadeando, mientras la ayudo a incorporarse y la abrazo.

—De nada.

Deposito en sus labios un beso suave y largo, luego retrocedo para contemplar ese rostro precioso.

—Bueno, ahora tengo hambre —me dice, deshaciendo el abrazo.

—Lo que la dama quiera, la dama tendrá —respondo, abriendo la puerta de la ducha doble.

De pie a su espalda, la envuelvo en una toalla y la abrazo fuerte, como si fuera un regalo envuelto solo para mí.

Sus ojos encuentran los míos en el espejo del baño.

—No he traído cepillo de dientes.

—Tengo de repuesto. —Me inclino y abro el armario para pillar uno. Ella frunce el ceño mientras me observa.

—Tienes uno para cada chica de cada semana.

—No es exactamente así —respondo con tono inexpresivo—. Estoy soltero, Charlie. ¿Qué esperabas? —La giro hacia mí—. Quiero pasar el día contigo —digo antes de poder evitarlo. Su rostro se ilumina—. Primero, te haré el desayuno y luego te follaré otra vez.



Treinta minutos después, está sentada en la barra de la cocina con mi jersey puesto, cinco tallas más grande para ella; apenas cubre su ropa interior y deja sus piernas torneadas al descubierto, asomando por debajo.

—¿Sabes siquiera cocinar? —Me mira con desconfianza mientras añado aceite a la sartén—. Tristan es como un bebé gigante que espera que otros lo alimenten. Asumí que tú eras igual.

Me vuelvo hacia ella, indignado.

—Asumiste mal. Sé cocinar. Si sigues con ese descaro, nunca lo sabrás.

El jersey cae y le descubre el hombro. Su pelo castaño oscuro cae en ondas sueltas sobre las curvas de sus pechos, desordenado y sin peinar, y la silueta de sus pezones deja claro que no lleva sujetador. Me relamo los labios, imaginando esos pezones rosados bajo la tela.

Quizá tenga que pedirle que se ponga un sujetador si no quiere comer tocino quemado.

Quiero que lleve este conjunto el resto de su vida; demonios, incluso cambiaría las condiciones en la oficina solo para permitirle pasearse por allí con mi jersey puesto.

Noto, con un poco de culpa, un enrojecimiento en su cuello donde mi barba incipiente le ha marcado la piel. Fui demasiado brusco anoche. Ella intenta mirar por encima de mi hombro el contenido de la sartén.

—Mientras no sea algo escocés raro, como *haggis* o morcilla.

—¿Qué te he dicho? —la advierto, volviéndome para sujetar su cintura—. Menos descaro o te quedarás con hambre.

—Eres tan adulto. —Exhala—. Mira todos esos aparatos. Tienes licuadora, exprimidor… y una máquina de pasta. ¿Acaso sabes hacer pasta pasta?

—Todavía no —admito. Sirvo una taza de café y se la entrego—. Algún día lo haré.

—No sé para qué demonios sirve esto. —Examina mis garras trituradoras de carne—. Parecen cuchillos de asesino en serie.

Me echo a reír mientras doy la vuelta al tocino.

—Son garras trituradoras de carne.

—Trituradoras de carne —repite despacio—. No sé si estoy a salvo aquí.

Pongo los ojos en blanco y sirvo dos platos de pan de masa madre, huevos escalfados, tocino y aguacate.

—Espera. —Sus ojos se iluminan como si llevara una semana en ayunas—. A ver si lo he entendido bien. ¿Puedes darme orgasmos múltiples y además sabes cocinar?

—Me alegra haber superado tus expectativas.

Pincha un trozo enorme de comida.

—Quizá no eres el ogro que pensé que eras.

—Lo soy —respondo, sentándome frente a ella en la barra—. Que esto no te engañe.

Se introduce la comida en la boca y empieza a atragantarse.

—Por lo general, mi comida provoca una reacción mejor.

—Dios mío, Danny —ríe—. Tienes un chupetón.

Me vuelvo hacia el espejo y veo la marca oscura y rojiza en la base de mi cuello.

Mierda. La amenaza de castración de Tristan se avecina.



23
Charlie

A dieciséis kilómetros en el camino aparece un elefante llamado Tristan en la pantalla del coche de Danny.

Estamos de camino a un estanque cerca de Richmond donde Danny nada.

Dado que fuera hace quince grados y que no tengo su piel escocesa impermeable, estoy algo aprehensiva. Aun así, acepté para no romper la ilusión de que soy joven, aventurera y relajada.

—Charlie. —Me mira desde el asiento del conductor—. Necesito responder la llamada.

—No haré ruido. —Pongo los ojos en blanco—. Tu secreto sucio está a salvo conmigo.

—Tristan —responde por el altavoz.

—Tío —dice mi hermano—. ¿Recibiste el formulario por la custodia? Necesitas firmarlo como referencia.

—Lo haré esta noche. Ahora no estoy en casa.

—Bien. Esperemos que ya no pueda fastidiarme más.

Hago una mueca al escuchar que la voz de Tristan suena más seria y furiosa de lo habitual. Danny me lanza una mirada tímida de reojo.

—No puede salir del país con mi hijo, Danny.

Miro a Danny, atónita, pero me ignora. ¿Gemina quiere irse de Inglaterra? ¿Por qué Tristan no me lo ha dicho? ¿Se lo ha contado a Danny, pero no a su propia hermana?

—Lo conseguiremos, Tristan —dice Danny con calma, mientras aparca el Aston Martin—. No se llevará a Daniel. —Suena confiado, pero no consigue ocultar la preocupación en su rostro.

—Escucha —dice Tristan—. Con calma con Mara, ¿vale? Está trabajando en un caso importante y no puedo tenerla distraída. No la embeleses como a todas las demás.

Mara. La maldita y perfecta Mara. Me había olvidado de ella. Su nombre me revuelve el estómago. Danny se estremece de forma muy evidente a mi lado. Todas las otras tontas embelesadas como yo. Me retuerzo en el asiento. ¿Cuántas más tiene?

Ya lo sabías, me reprende una vocecita. *No te encariñes*.

—Escucha, debo colgar —dice Danny deprisa—. Estoy haciendo unos recados.

La risa de Tristan estalla en el altavoz.

—¿Desde cuándo te ocupas tú de estas cosas?

—Adiós, Tristan. —Danny finaliza la llamada.

Dibujo mi sonrisa de chica adulta. Mara podrá ser la pareja perfecta, pero no está aquí ahora. Yo sí. Me meteré en ese estanque y le demostraré a Danny Walker lo divertida que soy.



Nadar en un estanque no es tan romántico y zen como suena. Para empezar, llevo aquí veinte minutos y no he conseguido entrar en el

agua. Solo he logrado sumergirme hasta las rodillas, y eso ha conllevado esfuerzo y dolor. Ahora entiendo a qué se refería Jack cuando le explica a Rose que el agua te apuñala como mil cuchillos.

Danny se quitó la ropa y se lanzó de cabeza en cuanto apagó el motor, como un niño pez raro, y lleva intentando convencerme de que me sumerja desde entonces.

—¡Charlie, solo zambúllete! —grita desde el agua—. Lo estás haciendo peor.

—No —siseo.

Oigo burlas y resoplidos de risa a mis espaldas. Para empeorar las cosas, soy el objeto de burla de un grupo de niños de diez años.

—¡Qué cobarde, señora! —me grita un pelirrojo. Lo fulmino con la mirada.

—¡Vete a la mierda, imbécil!

—Charlie. —Danny niega con la cabeza, riendo—. Tiene unos diez años. No puedes hablarle así. Y, además, tiene razón: estás siendo cobarde.

—Escucha, Pamela Anderson —replico—. No necesito a unos críos imbéciles burlándose de mí. Si voy a hacer esto, lo haré a mi manera.

—No, no lo harás —canturrea el pelirrojo, acercándose.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, levantando los brazos hacia él —. Ni se te ocurra acercarte más.

Oliendo mi miedo, su confianza crece. Indica a su ejército de púberes que avance.

—¡Vamos, chicos, a por ella!

Se abalanzan como roedores sobre un pájaro muerto. Empiezan a empujarme.

—Dejadme, hijos de puta. —Mis gritos quedan ahogados bajo las risitas agudas y los chillidos de «¡A por ella!».

Con un último empujón, el pelirrojo me lanza al lago y caigo con fuerza al agua. De inmediato, siento miles de cuchillos atravesando cada poro de mi piel desde los pies hasta las orejas. Jack en Titanic tenía razón. Estoy a punto de sufrir un infarto.

Unos brazos fuertes me atrapan y, cuando salgo a la superficie, mi boca suelta un grito tan desgarrador que incluso los patos hacen un

éxodo masivo. Me sacudo con furia en el agua, maldiciendo, y juro que he olvidado cómo se respira.

El grupo de niños ríe desde la orilla.

—Idiotas —exclamo, haciéndoles un gesto obsceno—. ¡Os mataré uno por uno!

—¡Tranquila, Charlie! ¡Solo están jugando! —Danny rodea mis piernas con las suyas para sujetarme—. Si sigues así, vendrá un grupo de madres furiosas. —Lo miro, escupiendo agua.

—No empieces —gruño con tal ferocidad que él se acobarda.



Es difícil seguir enfadada con un hombre que tiene un estómago como una tabla de lavar y una mandíbula capaz de cortar vidrio. Especialmente porque ahora está desnudo, secándose frente a mí y, aunque ha estado en el agua helada, su miembro sigue siendo enorme.

Estamos en los vestuarios exteriores después de mi experiencia cercana a la muerte. Admito que quizá exageré un poco, pero aún estoy congelada.

—Estás indecente con ese hilo dental —susurra mientras me seca con la toalla—. El triángulo apenas cubre lo justo.

—Es dos tallas menos, ¿recuerdas? —Nos desviamos a una tienda de ropa antes de llegar al estanque, pero había pocas opciones. De todas las cosas que podría haber llevado a casa de Danny Walker un sábado por la noche, un bikini no estaba en la lista.

—Qué suerte que no hubiera otros hombres para verte —gruñe—. Habría dado un puñetazo a cualquiera que mirara.

—Excepto a ese grupo violento —murmuro mientras me giro para colgar el sujetador mojado del bikini—. Mis huesos se han convertido en hielo por el *shock* del ataque.

—Podemos darte calor. —Me sujeta por la espalda y me aplasta contra la pared.

—¿Qué demonios estás…?

Antes de terminar la frase, ya ha apartado la parte inferior de mi bikini e introducido un dedo en lo más profundo de mí.

—¿En serio? —exclamo—. ¿Aquí?

Mi cuerpo me traiciona y mis piernas se abren para darle más acceso.

El sonido de él masajeando mi clítoris resuena en el cubículo, y sin duda llega a los oídos de cualquiera que pase por ahí. Mi corazón se acelera. ¿Sabrán lo que estamos haciendo?

¿Cuándo me he convertido en una exhibicionista?

—Si no lo hacemos, saldré de aquí con una erección enorme —gruñe demasiado alto—. Ese bikini me tiene loco.

—Baja la voz —respondo entre risas y regañina—. Hay gente en los demás cubículos.

—Probablemente desearían estar haciendo esto. —Frota su erección contra mí y el calor que crece en mi centro se intensifica. Aparta la parte inferior de mi bikini y me penetra por detrás, fuerte y profundo.

—Danny —jadeo ante la punzada.

Él pierde el control y me embiste. Su calor abrasa mi piel helada e intensifica su grosor.

Lo aprieto con todas mis fuerzas y me muerdo el labio, intentando mantenerme en silencio.

No sé si es por el frío, por el bikini o por el riesgo de que cualquiera pueda oírnos, pero en menos de un minuto escucho su respiración acelerada a mi espalda y sé que está muy cerca, que no aguantará.

—Joder, Charlie. —Suelta una risa temblorosa—. No sé si podré sacarla otra vez.

—Ese es tu problema —jadeo, siguiendo su ritmo—. La has metido. La sacas tú.

Pasamos las últimas dos horas bebiendo chocolate caliente en el coche con la calefacción encendida.

No sé si es por el *shock* del agua fría o por el sexo posterior, pero he entrado en un estado de delirio en el que todo me provoca risa.

—Así es como Danny, el Destructor, el magnate tecnológico, pasa un domingo —comento, soplando mi chocolate caliente—. Cuando no está jugando con sus procesadores de carne, claro.

—Trituradores de carne —corrige, deslizando las manos por mi cabello—. No soy un matadero.

—No tienes ni idea de para qué sirven, niño. —Pongo los ojos en blanco—. Te lo has inventado.

—Sé perfectamente cómo picar mi carne, gracias. —Sonríe—. He disfrutado mucho de esta tarde —añade con una sonrisa perezosa—. Nadar contigo ha sido… entretenido.

Suelto un resoplido.

—Querrás decir peligroso. Casi muero a manos de esos tiburones.

—Muy peligroso. —Asiente—. Casi pierdo mi pene en una vagina viperina. Te encantaba nadar. ¿Recuerdas cuando Tristan y yo te llevábamos a nadar cuando eras pequeña?

—Poco. —Frunzo el ceño, intentando recordar—. Tenía unos siete años, ¿verdad?

—Y yo tenía veinte. —Se atraganta.

Alzo una ceja en su dirección.

—La diferencia de edad ahora no importa. Soy una mujer adulta, por si no te has dado cuenta.

—Me lo pones imposible de olvidar.

Mi estómago ruge con fuerza y nos recuerda que ya está oscureciendo.

—Supongo que será mejor… llevarte a casa —susurra, mirando el reloj del coche—. Tengo que revisar cosas del trabajo por la noche.

—De acuerdo. —Me encojo de hombros, fingiendo indiferencia.

Mi noche de diversión por fin ha terminado.

El silencio se instala entre los dos, y veo los engranajes de su mente trabajando. Carraspea.

—A menos que quieras venir a mi casa esta noche para que te enseñe las trituradoras de carne en acción.

Escondo una sonrisa.

—Suena a algo que necesito ver.



Danny

Hay cierta intimidad que siento que no debería existir y enciende todas mis alarmas. ¿Por qué la invité a volver a casa esta noche? Se suponía que todo debía terminar esta mañana, después de haber tenido sexo con ella y haberme sacado su presencia del sistema.

¿Por qué demonios estoy jugando a ser su novio?

¿Qué demonios estoy haciendo?

La observo mientras estira esas piernas largas en el sofá, apoyando la cabeza en mi pecho.

Lleva de nuevo ese jersey gigante mío que le queda espectacular, repantigada como si fuese dueña del lugar. Su cabello grueso se extiende sobre mi pecho y mi bíceps.

Lleva puestos mis bóxers mientras lava su ropa interior, lo cual me excita muchísimo porque sé que su sexo está rozando mi tela.

No tiene ni idea de lo devastadoramente bella que es. A veces me pregunto si sería otra persona si lo supiera. Lo hace sin esfuerzo: apenas usa maquillaje, lleva el pelo despeinado y vaqueros rotos. Eso es lo que la distingue del resto. Su naturaleza, casi masculina, ese no darle importancia a su apariencia.

Ese bikini… Nunca había visto nada tan sensual y tan sensacional, aunque se sacudiera en el estanque como una loca.

Tuvimos sexo de nuevo después del vestuario. Estoy exhausto.

Llevamos viendo una película dos horas y ninguno de los dos le presta atención. Hemos reído, nos hemos abrazado y hemos encontrado cualquier excusa para tocarnos. Estoy masajeándole los pies, maldita sea.

Ella es lo único en lo que puedo pensar cuando está en la habitación. Por eso necesito que acepte la renuncia voluntaria antes de que hunda la empresa en números rojos. He estado evadiendo mis responsabilidades. Tuve que emplear toda mi fuerza de voluntad

para apartar los ojos de ella lo suficiente como para imprimir y firmar el formulario de Tristan. Se supone que debo escribir mi discurso esta noche para el evento anual de seguridad tecnológica en Canary Wharf. Supongo que improvisaré otra vez.

Algo ha cambiado en veinticuatro horas. Ayer, a esta misma hora, estábamos comportándonos con incomodidad e ignorándonos durante la cena. ¿Ahora? La miro como un adolescente enamorado.

La película termina y ella se incorpora.

—Necesito verla de nuevo. —Sonríe con picardía—. Tu maravilloso masaje de pies me ha distraído.

—¿Quién diría que era un hombre con tantos talentos? Cocinero. Salvavidas. Ahora masajista, todo en un día.

—Un vibrador humano —añade con media sonrisa, deslizando el pie sobre mi entrepierna.

—Esa es mi forma favorita de servirte. —Sonríe al extender los dedos sobre su pie.

—Un hombre con muchas facetas —susurra. Aprieta los labios, me mira y luego aparta la vista.

—Dilo, Charlie —respondo, esperando.

—¿Crees que soy tonta?

La miro, confundido por el cambio repentino de tema.

—¿Por qué demonios me preguntas eso? ¿De dónde sale?

—Anda, Danny. —Pone los ojos en blanco—. La mayoría de los empleados de Nexrion fueron a Cambridge, Oxford, Harvard o alguna universidad para superdotados. Yo fui a Warwick.

—Yo no estudié en Cambridge ni en Oxford. Tristan tampoco —digo, arqueando una ceja.

—Pero eres muy exitoso. Sé que piensas que no estoy a la altura de los estándares de Nexrion. No me mientas.

—¿De dónde ha salido esa idea? —pregunto, algo desconcertado—. A ver… creo que necesitas más experiencia, sí. Pero también pienso que eres una chica hermosa, inteligente y extremadamente creativa.

—¿Chica? —Hace una mueca.

—Mujer —corrijo con firmeza.

Me mira, derrotada.

—No soy una abogada de derechos humanos, rubia y con piernas largas. ¿Por qué rompiste con ella?

—Yo quería algo sin compromiso y ella no.

Charlie carraspea, incómoda, evitando mis ojos.

—Entiendo. No te comprometes.

Exhalo. No tengo ni idea de a dónde va esta conversación.

—Oye. —Le doy un golpecito en el tobillo para obligarla a mirarme —. No sabemos qué es esto… Disfrutémoslo, ¿vale?

—Claro. —Traga saliva—. Lo entiendo. —Y luego añade—: Danny. ¿Recuerdas lo que pasó todos esos años?

—Lo recuerdo —digo.

Un destello de dolor cruza su expresión.

—¿Por qué me rechazaste?

—Tenías veinte años, Charlie. —Suspiro—. Yo tenía treinta y tres. Eras demasiado joven para mí. Estabas muy borracha. A pesar de mi reputación, no me aprovecho de chicas ebrias. Por muy deslumbrantes que sean.

—¿Y ahora? —susurra.

Me acerco, la alzo en brazos.

—Ahora estoy completamente condenado.



24
Charlie

La cama está fría cuando despierto y deslizo una mano en el lugar donde debería estar su cuerpo. Mi teléfono indica que son las seis de la mañana de un lunes, puaj.

La fantasía ha terminado. Ahora necesito cruzar Londres hasta la otra punta para prepararme para ir a trabajar.

La habitación está demasiado silenciosa. ¿Dónde está?

Aparto las mantas y salgo de la cama. Mmmm, la calefacción del suelo está encendida. Con razón él puede levantarse temprano.

No hay rastro de él en la planta superior.

Mientras bajo la escalera vestida solo con mi ropa interior, escucho cada vez más fuerte su voz grave a medida que me acerco al último escalón. Sigo el sonido hasta la cocina.

—Escribe la propuesta y envíamela esta mañana, Michael. —Está de espaldas a mí con los auriculares puestos—. Es necesario cerrar el trato mañana.

Son las seis de la mañana de un lunes y él ya está trabajando. Yo apenas tengo fuerzas para lavarme los dientes.

Lleva un traje negro que se le ciñe a los músculos y, cuando se vuelve, veo que está recién afeitado, lo que resalta su mandíbula afilada. Con solo verlo con ese traje, me derrito.

Alza una ceja de ese modo peculiar al notar mi estado de desnudez, lo que me avergüenza y hace que cruce los brazos sobre el pecho.

Asiente brevemente y dice sin emitir sonido:

—Cinco minutos.

Debe de estar hablando con Estados Unidos tan temprano. Noto un número de aquel país en la pantalla de la llamada mientras da órdenes con tono firme. Danny el CEO es muy sensual.

Paso a su lado en la cocina y agarro un vaso del armario procurando hacer el menor ruido posible.

Cuando estoy en el grifo, me sobresalto un poco al sentir su mano rodear mi cintura por detrás, empujándome contra la tela de su traje a medida.

—Necesito irme. Te llamaré desde la oficina.

—Buenos días, preciosa. —Cambia el tono firme por uno suave.

Aparta mi pelo y deja un sendero de besos en mi cuello, logrando que me estremezca.

—Buenos días —digo con voz ronca, girándome para enfrentarlo.

—Es espectacular que esto sea lo primero que vea por la mañana —susurra con tono seductor, sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo—. Espero no haberte despertado. Hay café hecho.

—No. —Me balanceo de un pie a otro—. Necesito volver a casa para prepararme.

—Llamaré a mi chófer.

Niego con la cabeza rápidamente. No necesito que su chófer sepa que me he quedado todo el fin de semana.

—El transporte público es más rápido. —Abro los ojos de par en par—. Esa marca que te dejé aún se ve a través de la camisa.

Él hace una mueca leve, intentando subir el cuello de la prenda.

—Tendré que afrontar los rumores que despierte hoy. —Me dedica una media sonrisa mientras yo me estremezco—. Ha valido la pena. No te preocupes, no podrán identificar que es tu marca.

—Lo siento mucho. —Me río—. Me dejé llevar.

Su teléfono vuelve a vibrar.

—Con que así es la vida de un CEO, ¿no? Menos mal que yo solo formo parte del soporte.

Me lanza una mirada de disculpa.

—Está bien. —Hago un gesto con la mano—. Necesito vestirme.



Quince minutos después, llevo el mismo atuendo de la noche del sábado. Nunca he retrasado tanto el momento de volver a casa después de un encuentro. Danny está sentado en el taburete de la barra, hablando en voz alta por teléfono con el ceño fruncido. ¿Debería salir sin despedirme?

Me despido agitando la mano desde la puerta de la cocina.

—Espera —dice sin emitir sonido. Ladra al teléfono—: Necesito cinco minutos —y luego silencia la llamada.

—Supongo que nos veremos en la oficina —intento sonar relajada.

—En la oficina de Nexrion. —Camina hacia mí, sonriendo—. Hoy os mudáis a nuestras oficinas, ¿recuerdas?

Mierda. Lo había olvidado. Más vale que llegue pronto.

—Charlie. —Frunce el ceño, mirándome—. Es nuestro secreto, ¿de acuerdo?

Le dedico mi sonrisa más luminosa.

—Por supuesto.



Camino por el vestíbulo de Nexrion; mis zapatillas resbalan sobre las baldosas de cerámica. Este lugar es de otro mundo.

La recepcionista parece una modelo contratada. Le doy mis datos, ella comprueba algo en la pantalla del ordenador y luego me sonríe antes de entregarme un pase de seguridad.

—Tu equipo está en la sexta planta.

Dunley Tech tenía dos plantas en nuestro edificio anterior. Nexrion tiene quince; la más alta es la planta de los directivos.

Mientras los empleados de Nexrion hacen cola a mi lado para subir al ascensor, el estómago empieza a darme vueltas. ¿Por qué no me he esforzado más con la ropa hoy? Me inspecciono en las puertas espejadas del ascensor. Llevo mis vaqueros viejos y las zapatillas que siempre uso los lunes. Nos habíamos vuelto tan perezosos en Dunley que a nadie le sorprendía ver a otro con vaqueros y camiseta.

Aquí llamo la atención con mis harapos. Estos programadores, aunque no lleven traje, van elegantes. Bajo en la sexta planta y contemplo directamente uno de los edificios más altos de Europa: The Shard. Vaya vista para responder llamadas de soporte técnico.

Todo es brillante y sugerente.

La gente coloca sus objetos personales en los escritorios a un ritmo vertiginoso. En la zona de la cocina hay una multitud reunida frente a la máquina de café, mientras Dan y Alex prueban con entusiasmo los pufs del área de descanso.

—Tu puesto está por allí, Charlie. —Jackie señala con la cabeza un grupo de mesas.

—No sé por qué todos se acomodan tanto. —Stevie aparece a mi espalda—. Dentro de poco, la mitad de nosotros estará en la calle.

—¿Qué está montando Jackie?

—Una pedazo de iluminación. —Él resopla—. Dice que es para iluminar su mejor ángulo. Tiene competencia —añade Stevie, mientras la observamos instalar la lámpara—. Algunas de las chicas de esta oficina están buenísimas. No sé cómo consiguen trabajar aquí los tíos.

¿Ella tiene competencia? Entonces yo también, pienso, sintiéndome completamente fuera de lugar.

—Tengo que contarte algo sobre el fin de semana —digo en un susurro—. Pero no aquí. A la hora de comer.

—El sábado por la noche tenías esa cena. Más te vale que sea una historia indecorosa y no algo que haya hecho tu madre.

Le sonrío.

—Es de lo más indecorosa.

—Entonces tendremos que comer pronto.



—No lo interpretes como más de lo que es.

Estamos comiendo burritos bastante lejos de la oficina para que nadie nos oiga sin querer.

—No lo hago —protesto. Stevie me lanza una mirada severa.

—¿Ha dicho que quería volver a verte?

—No —admito, mordiéndome el labio—. Preguntó si podía ser nuestro pequeño secreto.

Decirlo en voz alta suena aún peor.

—Mmm —musita—. Solo ten cuidado, tú tienes más que perder que él.

Me estremezco.

—Lo sé, lo sé, él es el donjuán y yo la zorra que se acuesta con él para ascender.

—Tienes esa mirada que dice que estás ignorando todas las señales.

—No, no es verdad —miento—. Estoy bien con que sea algo casual.

—Escucha, deja que sea él quien te contacte, ¿vale? —dice con firmeza—. No vayas detrás de él.

—No lo haré —prometo—. Además, he estado conteniendo los gases todo el fin de semana. Necesito un descanso antes de que me explote el estómago.

—¿Es posible morir por contener demasiado tiempo tus propios gases?

Mierda. Será mejor que lo investigue.



Después de comer, me someto al bombardeo habitual de clientes molestos que informan de fallos en nuestro *software*. Me disculpo mil veces por nuestros errores en cada llamada.

—Mira lo rápido que va esto.

Me giro y Stevie está girando en su silla.

—Para ya —susurro, haciendo un gesto con la mano para echarlo —. Estoy intentando trabajar.

—¿Has probado todas las palancas? —Embiste mi silla con la suya.

—¡Argh! Si lo hago, ¿me dejarás en paz? —Dejo mi escritorio y me impulso con las piernas. Es verdad que gira bastante rápido. Probar las palancas nuevas es mucho más divertido que lidiar con clientes furiosos.

—¿Ves? —Stevie ríe—. La mejor silla del mundo.

Damos vueltas riendo hasta que me siento mareadísima. Algunos nos miran y ponen los ojos en blanco.

—Bueno, es divertido —admito—. Me dan ganas de vomitar.

—Me alegra ver que los nuevos empleados disfrutan del trabajo — dice una voz femenina gélida desde el pasillo.

Dejo de girar, algo desorientada, y cuando alzo la vista veo a Cheryl, la jefa de Recursos Humanos de Nexrion, a Danny y a otros gerentes con traje de pie en el pasillo.

Stevie se detiene de golpe a mi lado y golpea mi silla.

Con una mirada de reconocimiento fría y distante, los ojos de Danny se cruzan con los míos y, enseguida, aparece la decepción en su ceño fruncido.

¿Cuánto tiempo llevará viendo nuestras tonterías con la silla?

Ahora está distinto. El Danny Walker relajado que me masajeaba los pies anoche ha desaparecido. Sus ojos, oscuros, nos observan a Stevie y a mí.

—Quizá podrías reenviar el código de conducta de la empresa, Cheryl. —Su voz me atraviesa y hace que me ardan las mejillas.

Regreso a mi escritorio con la silla y me escondo tras la pantalla mientras los veo alejarse por la oficina.

Qué madura, Charlie. Muy madura.

Trago el nudo que tengo en la garganta y vuelvo a centrarme en la pantalla. Veo un correo electrónico y, cuando estoy a punto de borrarlo, releo el asunto:

> Recursos Humanos de Nexrion.
>
> Puesto disponible: diseñadora.
>
> Todos sabréis ya que recientemente hemos adquirido Dunley Tech. Ahora buscamos un equipo moderno que dé forma al futuro de estos productos. ¿Tienes una mente innovadora capaz de encargarse del diseño del mañana? Si es así, sigue leyendo…

Lo hago, intrigada. Después de escuchar una cantidad infinita de quejas durante los últimos cinco años, estoy rebosante de ideas para mejorar estos productos.

El entusiasmo empieza a agitarse en mi estómago.

Envía un caso de negocio con tres de tus mejores ideas para postularte.

¿Me atreveré? Sería humillante si Danny descubriera que me he presentado, pero no tengo por qué decírselo. El nombre de los candidatos nunca llega a oídos del CEO. Es un puesto mucho más sénior que el que tengo ahora, así que tengo pocas posibilidades de conseguirlo.

Mis ojos se iluminan mientras sigo leyendo. Dos meses trabajando desde la oficina de Nueva York.

Puedo postularme y que me rechacen. ¿Así que qué daño puede hacer? Quizá pueda demostrarle a Danny Walker que soy algo más que una payasa que da vueltas en una silla, dice la vocecita en mi cabeza que se encarga de la esperanza.



25
Charlie

Stevie tenía razón. Han pasado sesenta y cuatro horas (sí, las cuento) sin contacto. Ni un mensaje de texto y ya estamos a mitad de semana. Claramente, mi comportamiento de bufón en la oficina fue el último clavo en el ataúd.

Con cada día que pasa, me pongo más nerviosa y exigente; analizo cada detalle minucioso del fin de semana. ¿Tal vez el sexo no fue tan bueno para él como para mí? ¿Solo buscaba compañía o un poco de diversión durante unos días? ¿Ahora se ha aburrido?

Mantengo un ojo permanentemente pegado al teléfono, torturándome. Lo apago y lo enciendo de nuevo y reviso la señal. Estoy peor de lo que estaría si ese fin de semana no hubiera pasado. Ahora he probado lo maravilloso que es. Literalmente, lo he probado.

Y se ha ido, fuera de mi alcance. ¿Por qué en mi cabeza lo interpreté como algo más de lo que era?

Me consuela un poco saber que esta noche pasaré un rato con mi sobrino, Daniel. Daniel es el hijo de Tristan, fruto de su matrimonio tóxico con Gemina. Ella nunca me cayó bien. Danny y yo somos los padrinos del niño, lo cual fue un bautizo de lo más incómodo. Cada año, Danny compra un regalo demasiado caro y hace que el mío parezca patético. Pero yo soy la madrina divertida.

Esta noche, Tristan y Rebecca tienen un evento del bufete, así que haré de niñera. No sé cómo hace él para dirigir un despacho de abogados y tener vida social al mismo tiempo. Siempre está en una gala o en un cóctel. Ese hombre nunca duerme.

Al menos podré trabajar en mi modelo de negocio para el puesto vacante mientras Daniel duerme. Si mi corazón rechazado me permite centrarme en algo que no sea el señor que se acostó conmigo todo el fin de semana y luego desapareció.

—Hola, Natalia. —Le doy un beso a la brasileña de mediana edad en la puerta. Natalia es el ama de llaves de Tristan. Básicamente paga por tener una segunda madre; ella hace todo por él, desde cocinar hasta lavar su ropa interior. El tío es un desvergonzado.

—Charlie, cariño. —Me abraza fuerte, entro y me quito los zapatos. La casa de Tristan siempre está impecable gracias a Natalia.

—Pasa. Están en el salón.

—¿Quiénes? —pregunto, de pronto, con un nudo de aprensión.

—Los chicos, Rebecca y su amiga.

Escucho la risa estridente de Jack, luego la voz escocesa sarcástica y risas de chicas.

Mierda.

Inhalo hondo y voy al salón.

—¡Charlie! —Daniel corre hacia mí, y ahora mismo no podría hacerme más feliz su amor incondicional. Intento calmar mi pulso acelerado mientras me pongo de rodillas y lo abrazo.

Él está aquí.

¿Por qué Tristan no compartió este detalle esencial?

—¿Cómo está mi sobrino favorito?

—Soy tu único sobrino —responde Daniel—. No soy tonto, ¿sabes?

—No, eres el chico más listo que conozco. —Lo despeino con cariño—. ¿Me ganarás al ajedrez esta noche?

Empuja las gafas sobre su nariz.

—¡Por supuesto!

—Charlie. —Tristan se acerca y me abraza—. Eres una estrella.

Sonrío mientras lo beso en la mejilla y miro alrededor del salón. Jack y Rebecca están recostados en la chimenea. Danny está sentado en un sillón individual con una pelirroja explosiva con vestido ajustado, casualmente sentada en el reposabrazos. Como si no hubiera más sillas. Ella balancea las piernas en un gesto claramente seductor, dándole a él la mejor vista. En contraste, yo llevo un pantalón deportivo y un nido de pájaros por pelo.

Mientras Jack y Rebecca me saludan, mis ojos se cruzan con los de Danny.

—Charlie, ella es Mara —dice Tristan, presentándome a la pelirroja preciosa sentada demasiado cerca de Danny.

Mara. Abro los ojos al reconocerla, miro a Danny y aparto la vista con rapidez. Noto con un pequeño triunfo que aún tiene la marca que le hice en el cuello. No finjas que no estás en una cita, idiota, le grita mi voz interna.

Odio que me afecte tanto que estos días controle mi felicidad.

—Hola, Charlie. —Ella me sonríe. Si lo supiera—. Tristan mencionó que trabajas en Nexrion.

—Un placer conocerte, Mara —logro decir, con el corazón apesadumbrado—. Sí, así es.

—¿Danny es buen jefe? —Ríe, lo mira con ojos seductores—. Imagino que debe de ser muy exigente.

Mujer, no me uses en tu intento de ligoteo.

—Es muy buen jefe —respondo; mi tono gélido no encaja con mis palabras—. Subiré a preparar el baño de Daniel, Tristan.

—Quédate con nosotros a tomar una copa, hermanita. —Tristan agita la botella de vino—. No te he visto en semanas. Me has estado ignorando —protesta.

—He venido a jugar al ajedrez con mi pantalón deportivo —respondo con media sonrisa—. Nunca me dices cuándo tienes compañía.

No puedo con esto. No puedo quedarme en este cuarto viendo a Danny Walker usar su encanto de Casanova con otra mujer.

—Tristan, me voy arriba —digo—. Que tengáis una buena noche. Mara, ha sido un placer conocerte. Disfruta de tu cita con Danny.

Los demás se ríen y Mara suelta una risita aguda. Está nerviosa y entusiasmada.

Te entiendo, amiga.

Danny me fulmina con la mirada y me giro antes de que vean las lágrimas en mis ojos. Apenas he cerrado la puerta del baño cuando Danny entra detrás de mí hecho una furia y cierra de un portazo.

—¿Qué demonios ha sido eso? —sisea. Lo miro.

—¿El qué?

—Tus comentarios maliciosos. —Avanza hacia mí—. No estoy en una maldita cita.

La furia me sube por las entrañas.

—Sé que es una cita. Imbécil. ¿Necesito hacerme una prueba de ETS? ¿Con cuántas mujeres has estado esta semana?

La tensión en su mandíbula aumenta.

—He venido a ver a Tristan y a Jack. No sabía que Rebecca traería a Mara. No me vengas con estas mierdas, Charlie.

Sus ojos oscuros se clavan en los míos y reprimo las lágrimas. No voy a llorar delante de este cabrón.

—¿Estás con una mujer distinta cada noche de la semana? —exclamo—. ¿Esa es tu táctica? Qué estúpida soy. ¿Por qué me acerqué a ti?

—Joder. —Me atraviesa con la mirada—. No necesito esta montaña rusa emocional. Pensaba que habíamos pasado un fin de semana bonito y ahora ha vuelto la perra loca.

Le cruzo la cara con una bofetada. Se queda inmóvil, completamente descolocado, antes de entrecerrar los ojos.

—Más te vale que no deje marca —escupe—. Cuando termines de comportarte como una niña, hablaremos.

Me giro, desafiante.

—Disfruta de tu cita, Danny.

Escucho cómo da un portazo al salir y luego dejo que las lágrimas caigan.

Tristan volvió cerca de la medianoche, así que hacia las doce y media ya estaba en la cama. No le pregunté si Danny volvió solo a casa. No le pregunté casi nada a mi hermano. Le dije que estaba cansada y me retiré rápidamente. Estar tumbada no tiene sentido, porque es imposible que duerma ahora sabiendo que otra chica puede estar en este mismo momento en esa cama gigantesca.

En la oscuridad, mi teléfono vibra y respondo, pensando que es Tristan asegurándose de que he llegado bien a casa.

—Antes de que digas nada, no discutas conmigo —dice la voz ronca, escocesa y familiar—. Estoy fuera.

Noto cómo se me tensan todos los músculos.

—Dame un minuto. —Miro mis pantalones cortos grises de pijama viejo y maldigo en voz baja. No tengo tiempo de arreglarme el pelo ni de disimular los ojos enrojecidos.

Me pongo un jersey, me escabullo por el piso mientras todos duermen y bajo la escalera.

Cuando abro la puerta, está apoyado en su coche, con los brazos cruzados y expresión impaciente.

Sus ojos se detienen un segundo en mis pantalones cortos antes de subir a mi cara.

—Qué guapa —susurra mientras camina hacia mí.

—Me preocupa un poco que vayas a proponerme un trío —gruño, mirando alrededor para comprobar que Mara no está dentro del coche. Él alza una ceja, divertido.

—Creo que la otra chica se sentiría muy ignorada si hiciéramos un trío. —Se pasa una mano por el pelo—. Escucha, no puedo quedarme.

—No te he invitado a pasar —respondo, con la barbilla alta, desafiante.

—Esta guerra entre los dos tiene que parar, Charlie. Un día somos amantes, al siguiente somos enemigos.

Abro la boca para hablar, luego la cierro.

—No puedo prometerte compromiso. Pero ahora mismo no estoy saliendo con Jen, ni con Mara ni con ninguna otra. La verdad es que solo me interesas tú. —Sus ojos arden mientras espera mi reacción.

¿Puedo con algo casual?

—Me importas… mucho —dice con dulzura—. Tampoco quiero compartirte con nadie. Pero tienes que dejar de pelearte conmigo.

—No te pusiste en contacto conmigo —susurro—. Pensé que me estabas ignorando.

Suelta un suspiro largo.

—Estos días han sido una locura. Que no te haya mandado un mensaje no significa que no haya pensado en ti.

Bajo la vista a su pecho.

—Pensé que te arrepentías.

—¿Arrepentirme? —Sonríe y me obliga a alzar la mirada—. Ha sido el mejor fin de semana que he tenido en años. —Pasa los dedos por mi labio inferior—. Estoy usando cada gramo de autocontrol para no arrancarte esos pantalones y follarte en el portal.

—¿Ni siquiera besaste a Mara? —Lo miro, desconfiada.

—No —dice, sorprendido—. La verdad, me pareció insoportable. Ahora, ¿me darás algo a lo que aferrarme mientras esté en Nueva York?

—¿De qué…?

Me interrumpen sus labios sobre los míos, y nos besamos con tanta ternura que las rodillas me flojean. Sus brazos me sujetan y me pega fuerte contra su cuerpo.

Mis pechos rozan su torso y me pongo de puntillas, aferrándome a su nuca. Deseo a este hombre más de lo que he deseado a nadie.

Su lengua se abre paso entre mis labios, entra más profundo en mi boca, y yo la abro para dejarle paso.

Deslizo una mano bajo su camisa, quiero sentir su piel, y él me aprieta contra su entrepierna; su miembro se endurece al instante.

—Joder. —Su voz es grave y ronca mientras rompe el beso—. Mi chófer me está esperando en la calle. Tengo que volver a casa para volar a Nueva York pronto mañana. Debo irme.

—Está bien —respondo, todavía agitada.

—Que descanses, preciosa. —Besa mi frente, y yo observo a esa bestia hermosa mientras vuelve a su coche.



—Ya puedes pasar, Charlotte. —David, del equipo de Recursos Humanos de Nexrion, asoma la cabeza por la puerta frente a la que estoy sentada. Soy la primera de la lista de cinco compañeros nerviosos de Dunley Tech. Estadísticamente, al menos 2,5 de nosotros será despedido.

Me pongo en pie y entro en la sala con mi falda lápiz ceñida. No entiendo cómo hace Jackie para caminar con esto todo el día. Me pareció que ir a la reunión con buena pinta y sin el pelo como si acabara de salir de la cama ayudaría a luchar por mi empleo.

David toma asiento detrás del escritorio y sonríe, alzando el bolígrafo, listo para tomar notas. Aunque han dicho que será una conversación informal para evaluar mis opciones, noto las mejillas ardiendo mientras ambos me observan.

—Charlotte —dice David.

—Puedes llamarme Charlie.

Asiente.

—Charlie. Yo soy David y ella es mi compañera, Samantha.

Samantha deja de escribir y asiente a modo de saludo.

—Queremos asegurarnos de que estás cómoda con las tres opciones y lo que implican para ti.

Asiento, secándome las manos sudorosas en la falda.

—Obviamente, la primera es sencilla: tu trabajo permanece igual y continúas como hasta ahora. Esto depende de cómo encaje tu puesto en la dirección de la empresa. A partir de ahora, responderás ante Jane Dixon, porque Mike nos deja.

—¿Mike se ha ido? —digo, sorprendida, con los ojos como platos.

—El puesto de Mike ya no era necesario —responde Samantha, imperturbable. Me hago una nota mental para preguntarle a Stevie qué ha pasado.

—La segunda posibilidad es el cese de actividad, ya sea voluntario o… —dice David antes de carraspear—… obligatorio.

—Queremos informar a todo el mundo lo antes posible —añade Samantha con un tono que deja claro que no es la primera vez que lo dice—. Entendemos lo duro que puede ser.

—¿Cuándo lo sabré? —pregunto con voz quebrada.

David sonríe con cierta pena.

—Seguimos evaluando a tu equipo. Creo que lo sabrás en dos o tres semanas.

—La tercera opción es que tengas un nuevo puesto en la empresa —dice Samantha con un tono mecánico que indica que sigue el protocolo. Debe de haber repetido esto treinta veces esta semana—. Hemos anunciado los nuevos puestos primero a nivel interno antes de sacarlos al mercado. Debo recalcar que es un área muy competitiva.

Gracias, maja, gracias por el voto de confianza.

—Hay un puesto al que me gustaría presentarme.

—¿Sí? —David alza las cejas.

—El puesto de diseñadora —digo despacio, con las rodillas temblando.

Samantha revisa los papeles y frunce el ceño.

—Es un puesto sénior. Creo que tu experiencia no encaja con el perfil.

—Pero cualquiera puede presentar su candidatura, ¿no? ¿Puedo enviar mi modelo de negocio con mis ideas?

—Sí. —Se encoge de hombros de un modo que deja claro que piensa que estoy perdiendo el tiempo—. La fecha límite es el próximo lunes. Te advierto que ya hemos recibido veinte candidaturas internas de Nexrion.

Entrecierro los ojos, desafiante. Que te den, guapa. Les demostraré a ti y a Danny Walker que puedo hacerlo.

Tengo cinco días para escribir el mejor modelo de negocio de la historia.



26
Charlie

Me tiemblan las piernas por la cantidad de cafeína que corre por mis venas. En general, los sábados tiemblo bajo las sábanas intentando sobrevivir a la resaca. Hoy, vibro.

He trabajado toda la noche y esta mañana en el modelo de negocio que debo presentar el lunes, y tiene muy buena pinta. No es solo bueno; es maravilloso. Después de cinco años escuchando quejas de todo el mundo, sé lo que necesita este producto.

He estado tan centrada que apenas he pensado en Danny. Anoche me envió un mensaje preguntando cómo estaba. Las conversaciones por escrito no son lo suyo. Va al grano, conciso, como un periódico. Todo lo contrario que mis mensajes con Cat, con quien

intercambiamos cincuenta capturas de pantalla al día, aunque vivimos juntas y nos sentamos al mismo tiempo en el sofá.

Escribo el último punto con firmeza y chillo. He terminado. He dado todo lo que tenía. Si no les gusta, aceptaré el despido voluntario y me iré.

Cierro el portátil y entro en el salón dando saltitos.

—¿Has terminado con esa cosa? —Cat se lame los labios, nerviosa, y mueve la mirada de Julie a mí.

—Mi modelo de negocio. —Sonrío como una lunática y me hundo en el sofá—. Sí, he terminado.

—Hay algo que necesitas ver —dice Julie con firmeza y mi alegría se apaga un poco.

La miro, en tensión.

—¿Qué?

Inhala hondo y desliza el dedo por la pantalla de su teléfono.

—Mira esto.

Agarro el móvil y veo una fotografía de Danny. Estoy a punto de decir que no entiendo cuando leo el titular.

> DANNY WALKER SALE DEL NUEVO RESTAURANTE DE MODA EN EL LOWER EAST SIDE CON UNA AMIGA PRECIOSA.

Mi corazón se detiene.

La imagen lo muestra en la parte trasera de un coche con una rubia atractiva. Ella le sonríe y él parece relajado.

Abro la boca. Me lo prometió.

—Quizá son solo amigos —dice Cat, intentando sonar optimista.

—Amigos —resoplo—. ¿Cuántos hombres tienen amigas que parecen supermodelos?

Las miro a las dos; sus caras lo dicen todo, y rompo a llorar. Las lágrimas gruesas ruedan por mis mejillas. Hay mocos y líquido por todas partes; lloro desde los pulmones. Desde el alma.

Se acercan enseguida y me derrumbo contra el pecho de Cat mientras me acaricia el pelo.

—Nadé en un maldito lago por ese tipo —sollozo.

—Estás demasiado pillada, Charlie —dice Cat con suavidad—. Es demasiado pronto.

—Lo sé —lloro entre respiraciones entrecortadas—. No lo soporto. Mi corazón no puede.

—Respira —dice Julie con firmeza—. Espera treinta minutos y luego escríbele. Sin emociones. Absoluta frialdad.

La miro con los ojos llenos de lágrimas.

—Necesitas recomponerte, Charlie —añade—. En lugar de convertirte en un desastre emocional cada vez que lo ves con otra mujer. —Niega despacio, como una profesora—. No es propio de ti.

—Está bien —lloriqueo.



Fiel a mi promesa, espero media hora antes de pillar el teléfono. Ahora respiro mejor, aunque el dolor sigue ahí. Él no es mío, no estamos juntos, y no tengo derecho a reclamarle nada, así que tengo que dejar de comportarme como una perra necesitada y sensible.

Hola, escribo. ¿Qué estuviste haciendo en Nueva York?

Miro el teléfono en el sofá como si fuera radioactivo. La respuesta suena fuerte, y las tres nos sobresaltamos.

Reuniones de trabajo aburridas. ¿Cómo estás? —leo en voz alta.

—MENTIROSO —sisea Julie—. Insiste.

¿Hiciste algo divertido anoche?, respondo, con las manos sudorosas.

El zumbido llega de inmediato.

—No. Las reuniones terminaron tarde —leo de nuevo en voz alta, esta vez con voz más aguda—. ¡Cabrón! —grito, lanzando el teléfono de nuevo hacia el sillón—. ¿Cree que soy estúpida?

—No debe haber visto el artículo. —Cat frunce el ceño—. Aunque no fue difícil de encontrar. Apareció en mi *feed*, y no es una celebridad mundial.

Agarro el teléfono, estoy hirviendo. No puedo actuar como Julie. No soy imparcial. Estoy furiosa.

¿Reuniones de trabajo con una rubia en tu pene?, escribo y envío.

—Madura —gruñe Julie mirando por encima de mi hombro—. Ahora sí que la has cagado. A lo grande.

Mi teléfono vibra de nuevo, pero esta vez aparece su número: es una llamada.

—Responde —sisea Julie.

—¿Qué coño ha sido eso? —gruñe Danny con su voz grave cuando pongo el altavoz.

—Tus reuniones laborales —exploto—. ¿Tienes reuniones de negocios en un taxi con rubias espectaculares? ¿Después de cenar?

Hay una pausa.

—De hecho, sí. Pero ¿cómo…?

Se queda en silencio y sé que está buscando en internet. Oigo un suspiro largo.

—Es mi abogada, Charlie. Forma parte de mi equipo legal. Tengo un asunto que resolver fuera de la oficina.

—Ya veo por qué querías resolverlo fuera de la oficina —replico—. ¿Con cuántas abogadas te acuestas? ¿Tienes una cinta transportadora de rubias listas para la acción? ¿Te crees que soy idiota?

—No me estoy acostando con ella.

—¿En serio? Porque los dos sabemos que te encanta acostarte con abogadas rubias. —Levanto ambos dedos medios hacia el teléfono, pura elegancia—. Supongo que cuando dijiste que no estabas con otras era algo limitado a la zona horaria.

—No —responde, seco—. Terminé con la última abogada rubia cuando tú y yo empezamos algo.

—Ah, sí, claro —digo, empapando de sarcasmo cada palabra—. Porque las abogadas rubias de piernas largas no son tu tipo.

—No. Prefiero a las morenas mal habladas y de mal genio que nunca se pasan un cepillo por el pelo, llevan ratones a las cenas y duermen en camas tan incómodas que necesito fisioterapia. Dices que yo soy el malhumorado —prosigue—, pero sacas conclusiones precipitadas sin preguntarme. Y luego montas un espectáculo.

—¿Que monto un espectáculo? No soy una niña —espeto—. Deja de ser condescendiente.

—Pues deja de actuar como una —dice entre dientes—. Te estoy dando más de lo que he dado a nadie en años. Estoy poniendo en riesgo mi amistad más cercana por ti. ¿Qué más quieres?

—¿Cómo se supone que debo sentirme? —gruño—. No me muestras ninguna emoción. Nunca me envías un beso por mensaje.

—¿Quieres que te envíe un beso por mensaje? —suspira, exasperado—. ¿Eso es lo que te molesta?

—¿La mujer del artículo es de verdad tu abogada?

—Sí, Charlie. Mi abogada. Que está felizmente casada.

Pausa larga.

—Lo siento —exhalo. Vincularme con alguien como Danny me está volviendo irracionalmente insegura—. Recibes tanta atención femenina dondequiera que vas que destroza mi pobre ego, que ya viene magullado de serie. Tú eres un magnate tecnológico multimillonario y yo atiendo a clientes furiosos que no saben cambiar su contraseña.

Danny ríe.

—Si no cambiaras esas contraseñas, no ganaría dinero de esos clientes furiosos.

—Hablo en serio, Danny —susurro. Es la primera vez que confieso mis inseguridades.

—No tienes por qué sentirte insegura, cariño —suaviza el tono—. De hecho, me considero muy afortunado. ¿Estarás en tu piso hoy entre las 4 y las 5 de la tarde?

—¿Por qué?

—Va a llegar una cama nueva. No pienso volver a dormir en esa pila de tablones.

—¿Me has comprado una cama nueva? —balbuceo.

—No te emociones —dice por encima de un anuncio, como si estuviera en una estación de tren—. No es tan grande como la mía. No cabría en tu piso.

Oigo más ruido de fondo.

—¿Dónde estás?

—Heathrow.

¿Ha vuelto? ¿Está ya en Reino Unido?

—¿Por qué? ¿No se suponía que volabas mañana?

—He adelantado el vuelo —dice—. Necesito probar una cama nueva.



—Hola. —Levanto la barbilla para mirarlo a los ojos.

Tiene ojeras, el pelo revuelto y la ropa arrugada, típico de haber pasado horas en el avión. Sonrío aún más: se ve hecho un desastre y es porque ha adelantado su vuelo para estar conmigo.

—No he tenido más remedio que volar en clase turista —murmura —. No había sitio en primera. Así que más te vale cuidarme bien.

—Pobre bebito. —Pongo los ojos en blanco mientras subimos las escaleras hacia mi piso.

—Más vale que esa cama nueva esté ya aquí. O me doy media vuelta y me voy.

—¿No merece la pena que te recuestes en tablones rotos por mí? —Hago un puchero.

—No he dormido nada en toda la noche —gruñe—. No, Charlie, ni siquiera por ti.

Le doy un toquecito.

—Ha llegado. Ven a verla.

Entramos en la habitación donde Suze, Cat y Julie están desparramadas sobre la cama nueva.

Danny gruñe suavemente a mi lado.

—Damas.

—Esta cama es faaaaantástica —dice Cat, rodando por encima. Danny maldice un poco más alto.

—La busqué por internet —Julie lo mira con los ojos muy abiertos —. Estas camas cuestan dos mil libras.

—¿Dos mil libras? —chillo, mirándolo—. No habrás pagado todo eso por una cama para mí, ¿verdad?

—Creía que la compraba para ti —dice mirando a las tres—. No sabía que era para todo el piso.

—Siéntete libre de equipar toda la casa si te apetece —dice Julie con ironía.

—Más te vale que tu madre no vuelva a entrar en tu cuarto, Charlie —dice Suze—. Ni Tristan. Te caerán encima como halcones preguntándote por qué has comprado algo tan lujoso.

—Joder. —Danny se estremece—. No lo he pensado bien.

—Tu secretito sucio saldrá a la luz algún día —dice Julie con una sonrisa engreída, y la fulmino con la mirada.

—¿Podéis las tres iros al demonio? —murmuro mientras las echo de la cama como si fueran gansos.



Dos horas después, estamos en mi restaurante indio favorito, a la vuelta de la esquina.

Adoro este sitio, pero normalmente llevo bragas elásticas listas para un coma gastronómico, no un conjunto de bragas y sujetador de cuero.

En cuanto supimos que Danny volvería temprano, Julie me obligó a ponerme estas reliquias. Llevo un conjunto de cuero que Stevie obligó a Cat a comprar. Ella dice que aún no lo ha usado, y espero de verdad que no me haya mentido, porque el cuero me irrita tanto el trasero que siento que va a partirme en dos.

—Está rico, ¿no? —digo, metiendo más *korma* en mi boca—. Sé que no es tu típico restaurante exclusivo de Mayfair, donde la comida viene en porciones microscópicas a precios desvergonzados. Este sitio es inclusivo. Sudaderas, pijamas… todo está permitido.

Danny ríe.

—No soy una princesa, Charlie. Voy a restaurantes caros si la comida lo merece, no por postureo. Recuerda que crecí en un país que come pizzas fritas.

Pongo los ojos en blanco.

—No te creo para nada. —Me muevo contra la silla para despegar el cuero. Esta tela me está matando. A toro pasado, podría

habérmelo puesto después de comer; no planeaba desnudarme en el restaurante.

—¿Estás bien? —pregunta mientras cruzo y descruzo las piernas intentando rascarme. Argh.

—Genial —respondo, resistiendo la urgencia de agarrar el tenedor y rascarme el muslo interno hasta desintegrar el cuero—. ¿La pizza frita sabe bien? —Frunzo la nariz.

—Es deliciosa. Aunque mi madre era una vegana radical, así que rara vez me dejaba comerla.

—Nunca te oigo hablar de tus padres —digo en voz baja, extendiendo la mano sobre la mesa para tomar la suya. Su respiración cambia.

—Cuando dejas de crear recuerdos nuevos, cada vez hablas menos de la persona.

—¿Cómo era? —pregunto con cautela.

Su expresión se ensombrece de tristeza y me arrepiento enseguida de haber tirado de ese hilo.

—Da igual —añado rápido—. Podemos hablar de otra cosa.

Mira por la ventana un instante, luego vuelve a mirarme.

—Vosotras dos compartís algunas cosas. —Suelta una risa breve y triste—. Vaya, ¿qué dice eso de mí? Debo tener un complejo de apego con mamá. Era creativa, divertida, la alegría de cualquier fiesta —continúa—. Le encantaba cantar. Solía hacerlo en una banda, en los pubs de Glasgow. —Su tono se oscurece—. Hasta que ese imbécil se lo impidió.

—Tu padre —susurro.

—No lo llames así —dice con brusquedad, mirando la cerveza—. A ella le habrías caído bien.

—Me alegra —sonrío—. ¿Crees que eso te empujó a querer tener éxito? ¿El… accidente?

—No fue un accidente —murmura, serio—. Tuve éxito porque no me quedaba nada. Solo mi abuela y Karl.

Asiento.

—Y por eso Tristan significa tanto para ti.

Ríe de nuevo.

—Sí. Por alguna razón, Tristan me adoptó. Yo no era como tú en la universidad. No bebía. Era tímido, hosco, me mantenía al margen. Pero aun así, él se quedó a mi lado. Así que sí… Me preocupa cómo reaccionará si descubre… lo nuestro. —Cierra los ojos un segundo y suspira—. Puedo contar con una mano a cuántas personas les importo, y él es una de ellas.

—Eso no es verdad —digo con dulzura—. Necesitarías un dedo más. A mí también me importas.

Cuando abre los ojos, pasa entre nosotros una emoción íntima y silenciosa que nunca pensé que vería en Danny Walker.

Se mueve incómodo en su asiento, y decido no presionarle más por hoy.

—¿Cómo llevas el *jet lag*? Dado que has tenido que volar con gente normal, princesa.

Sonríe y bebe un sorbo de cerveza.

—Está bien, me lo merezco. La verdad, estoy destrozado. —Y lo parece.

—Podemos irnos temprano a dormir.

—Esta es nuestra primera cita oficial —dice con una sonrisa torcida —. Se supone que debería estar deslumbrándote. Demostrándote que puedo seguirle el ritmo a una veinteañera.

Gruñe y mete la mano en el bolsillo. Saca el móvil y veo el nombre de Tristan en la pantalla.

—Cree que sigo en Nueva York —frunce el ceño—. No voy a contestar.

Parte del ritual de ocultar nuestro sucio secretito.

—Danny —pregunto, intentando sonar natural—. ¿Por qué te preocupa tanto que Tristan sepa lo nuestro? ¿Te avergüenzo?

Frunce el ceño.

—No, Charlie, no me avergüenzas. Tristan me hizo prometer que nunca lo haría. Sabes lo protector que es contigo y con Callie. Después de ver cómo vuestro padre trataba a vuestra madre. Desaparecía durante días, volvía y ella se enteraba de que había estado con otra. Tristan le oía llorar en la cama. No quiere que nadie te haga daño. Eres su hermana pequeña.

—Sí, ya sé todo eso —respondo, frustrada—. Era más pequeña que él, pero lo viví igual. No es razón suficiente para sobreprotegerme. Soy adulta. No quiero meterme con Freud, pero ¡tú no eres mi padre! Igual que yo no soy tu madre. ¿Tratas mal a las mujeres?

Ríe suave.

—No. Siempre soy muy claro con ellas. Nunca quiero algo serio demasiado rápido. A veces lo ignoran y acaban heridas cuando termina mal.

Como me va a pasar a mí.

Me estremezco un poco; sus palabras me queman. Si lo nota, no lo dice.

—Tristan me conoce. Sabe que he estado con muchas mujeres. No quiere eso para ti.

—¿Y qué hay de lo que yo quiero? —pregunto—. ¿Eso no cuenta?

—Eres más joven que yo, Charlie. Estás en otra etapa. Lo que quieres ahora cambiará.

Lo miro, incrédula.

—No seas condescendiente conmigo, Danny.

Toma mis manos.

—No discutamos. No puedo decirte qué pasará en el futuro. Lo único que puedo decir con certeza es que ahora estoy corriendo un gran riesgo, porque alejarme sería peor. Es todo lo que puedo darte en este momento. ¿Es suficiente?

Pausa.

—Sí —digo por fin.

Su alivio se nota al instante.

—Ahora… ¿qué hay de postre? —pregunta abriendo el menú.

Maldita sea. Yo quería irme ya para quitarme este infierno de cuero. Y él quiere postre. ¿Quién pide postre después de devorar dos panes *naan*, un cuenco enorme de arroz y un Jalfrezi?

No puedo más.

Uso el codo para rascarme disimuladamente entre las piernas. Casi… casi… No, no es suficiente. Necesito quitarme esta maldita prenda.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta con los ojos abiertos de par en par, mientras yo hundo más el codo—. ¿Acabas de intentar rascarte

ahí con el codo?

Resoplo.

—Es por el cuero.

—¿El cuero?

—Llevo un sujetador apretado y unas bragas, ambos de cuero. Era… una sorpresa.

Se ríe, encantado.

—Dios, dame paciencia. Te pones cuero después de haberme pasado ocho horas atrapado entre un hombre gordo y un bebé. ¿Intentas matarme por agotamiento? Parece que tengas pulgas.

—No era la idea —balbuceo.

Él ríe y toca mi mano por encima de la mesa.

—Pidamos el postre para llevar.



Volvemos a mi cama nueva y lujosa. Nos arrancamos la ropa como dos osos intentando despedazarse. Solo han pasado unos días, pero demasiados desde que lo vi desnudo. Jadeo, excitada, cuando me quita el suéter y aparece el sujetador de cuero.

Toqueteo sus vaqueros como una novata. No hay tiempo ni ganas de juegos previos.

Lo empujo a la cama y me coloco sobre él, mis piernas abrazando su cadera.

—Sería una pena desperdiciar el cuero —ronronea, metiendo un dedo bajo el sujetador para tocarme el pezón.

Me mantengo sobre él, rozándolo apenas, mientras baja el sujetador y libera mis pechos. Su erección está ahí, recta, gruesa, impaciente.

—Deja de provocarme —gruñe—. Sube a mi polla.

Le sonrío con descaro, bajo la cremallera de mis bragas de cuero y dejo mi vagina expuesta.

—Cremallera —sisea—. Muy eficiente.

Me sujeta por la cadera y me baja para rozar mi abertura húmeda con la punta de su miembro.

Luego me embiste profundo, de golpe, y grito.

—Despacio —susurro, moviendo la cadera para abrirme más y darle espacio.

—Lo siento —ronronea, descontrolado—. Ha pasado una semana.

Empiezo a moverme sobre él, lenta al principio, buscando ese punto que sé que me hará perder la cabeza.

—Estás tan dentro —gimo—. ¿Sabes lo bien que se siente tenerte dentro?

Aumento el ritmo, siguiendo mi propio placer. Su respiración se vuelve irregular, más rápida.

—Me voy a correr —dice con un gemido ahogado—. Si sigues así, no podré detenerme.

No quiero que se detenga. Quiero que pierda el control. Quiero demostrarle que puedo hacerlo correrse rápido.

Abro más las piernas y lo empujo hasta tenerlo enterrado del todo.

Su gruñido suena casi doloroso.

—Joder, me corro. Ya. Ya.

Lo siento estallar en mi interior, llenándome, mientras observo su cara transformarse: placer puro, salvaje, vulnerable.

—¿Ha ayudado con el *jet lag*? —pregunto sin aliento, sin dejar que salga de mí.

Cuando abre los ojos, brillan de ternura.

—Sí, Charlie. Ahora voy a dormir mejor que en toda mi vida.



27
Danny

Vemos la pelota volar más allá del octavo hoyo y desaparecer en una cama de césped.

—Tu técnica es una mierda hoy, Walker —exclama Jack, riendo.

—Estoy cansado.

—Querrás decir que tu pene está cansado.

Lo miro, exhausto.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Estás demasiado alegre. Nos sonríes como una colegiala todo el día aunque estás haciendo una ronda lamentable de golf, e incluso Karl te está ganando, y él es horrible jugando. ¿Quién es la chica?

Pongo los ojos en blanco.

—Estoy contento, ¿y eso significa automáticamente que tengo relaciones?

—Exacto —dice Tristan mientras acomoda su pelota—. Has estado desaparecido toda la semana. Debe de ser muy atractiva si faltaste a nuestra reunión de hombres de los miércoles.

Jack finge llorar.

—Estábamos desolados porque nos cambiaste por una mujer, Walker.

Tristan golpea la pelota y observamos cómo se acerca al octavo hoyo, mucho más que mi intento patético. Hoy no podría importarme menos si gano esta ronda.

—Así se hace. —Sonríe con arrogancia—. ¿Y bien?

—¿Y bien qué? —respondo, molesto.

—¿Quién es ella? ¿Por qué eres tan reservado con esta?

Me pongo rígido y centro toda mi atención en el palo. Terreno peligroso.

Miro de reojo a Karl, que intenta disimular una sonrisa. Es el único que sabe la verdad.

Mierda. No digas nada. Lo fulmino con la mirada, intentando transmitirlo sin palabras.

Desde que volví de Nueva York hace dos semanas, Charlie ha dormido en mi cama prácticamente todas las noches.

Por fin he elaborado una rutina que nos permite a los dos estar durmiendo a medianoche, en lugar de tener sexo sin parar hasta el amanecer.

—He tenido algunas citas con alguien que conocí en un evento de tecnología. —Pongo cara de estar relajado, me encojo de hombros—. No hay más historia.

Los tres me sonríen.

Tristan alza las cejas.

—Debe de ser fantástica para que rechaces a Mara.

—Lo es —respondo en voz baja mientras Jack usa su turno. Su pelota aterriza muy cerca de la de Tristan.

—¿Cómo es ella? Venga, danos detalles. ¿Cuántos años tiene? —pregunta Tristan.

—Veintiocho.

—Igual que Charlie —comenta Tristan.

Mierda, no debería haber dicho su edad.

—Es una gran edad —dice Jack—. Todavía todo está firme y en su sitio. Firme. Los pezones miran hacia arriba, no hacia abajo. Por eso tienes esa cara de agotado. —Sonríe con sorna—. Estás intentando seguirle el ritmo en la cama a una de veintiocho.

—¿Tenéis buen sexo? —pregunta Tristan.

Me estremezco.

—El mejor —digo entre dientes.

—¿Eso es todo? —Jack me mira, intrigado—. ¿No vas a decirnos nada más?

Cruzo los brazos.

—No pensé que necesitaras que te explique cómo funciona un pene, Knight.

Silba con fuerza.

—Qué sensible estás. Te juro que te pones más malhumorado con los años.

—Venga. —Karl ríe y cambia de tema por mí—. Sigamos. No tengo todo el día.

—Quizá podrías ayudarme a pensar qué regalarle a alguien por su vigésimo noveno cumpleaños —dice Tristan mientras recogemos los bolsos de golf—. Pronto es el cumpleaños de Charlie. Ella me escribió una canción para el mío. ¿Cómo demonios compito con eso?

Frunzo el ceño. Lo había olvidado por completo.

Jack pone los ojos en blanco.

—Le darás algo carísimo como siempre, a ella le molestará y te obligará a devolver el regalo absurdo que le hayas comprado.

—¿Cuándo es? —pregunto mientras caminamos hacia el carrito.

—Dentro de dos semanas, un jueves —responde Tristan—. Irá a tomar algo con unos amigos. Yo pasaré a saludar.

—Quizá puedo acompañarte —digo con naturalidad, mientras Karl me mira alzando una ceja.

Sí, Karl, ya sé que soy un idiota que va a ser descubierto.

Charlie

—No puede ser. —Observo de mala manera la pantalla—. Mira a este imbécil. —Tu *software* no funciona en mi ordenador. —Stevie lee en voz alta por encima de mi hombro—. Es poco preciso, pero ¿cuál es el problema?

—El problema es que no es nuestro cliente. Ni siquiera tiene el *software* instalado. Así que, por supuesto, no funciona.

Stevie y Alex ríen a mis espaldas.

—Te lo vas a pasar bien con este.

—Las llamadas nos cuestan veinticinco libras, ¿lo sabéis? —Empiezo a escribir una respuesta sarcástica mientras los dos miran por encima de mi hombro, riéndose a carcajadas como un par de idiotas.

—Oh. —Alex deja de reír de golpe y vuelve rápido a su asiento—. Ha llegado el jefe.

Alzo la vista y veo a Danny y a Karl hablando junto al ascensor, acompañados por el director financiero de Nexrion y la jefa de Recursos Humanos. Él es el más alto; es imposible no verlo. Delicioso.

Danny lleva las mangas remangadas hasta los codos y los brazos cruzados sobre el pecho.

Mi respiración se acelera como siempre; salir con él estas últimas semanas no ha domesticado el revoloteo en mi estómago que aparece cada vez que entra en una habitación.

Aquí, él es Danny, el director general, no mi amante, o me atrevo a pensar, mi novio, aunque sé muy bien que debo mantenerme lejos de esa conversación.

Avanzan por el pasillo, y observo con diversión cómo, fila a fila, la gente endereza la postura, deja de conversar, de coquetear y cierra las páginas de compras online.

Los ojos de Danny son tormentosos mientras Damon, el director financiero, habla con seriedad, caminando a su mismo ritmo.

Cuando sus ojos buscan los míos, cada vello de mi cuerpo se pone alerta. Le sonrío, y él suaviza la expresión durante un segundo fugaz antes de centrar otra vez la atención en Damon.

Rara vez hablamos en la oficina. Él está en la planta superior tomando decisiones que valen millones de libras, mientras yo estoy aquí abajo ayudando a la gente a resetear su contraseña como si fueran niños.

Lo miro, soñadora, mientras se aleja hacia su despacho, haciendo que todas las cabezas se giren. Su presencia ocupa mucho espacio, a pesar del tamaño del lugar.

O intentan escapar de su línea de visión o se tropiezan por intentar saludarle. Qué hombre. Todo mío.

Saber que soy la única en la oficina que ha visto esos hombros robustos bajo esa camisa perfectamente ajustada me hace temblar de placer. Las demás pueden fantasear —y sé que lo hacen, por las conversaciones de la cocina—, pero yo he tenido lo real entre las piernas cuando me voy a dormir. Joder, es maravilloso.

Karl se da cuenta de que estoy observando a Danny y me guiña un ojo.

Aparto rápido la mirada y la clavo de nuevo en mi pantalla.

Me pregunto cuánto contará Danny.

Estas últimas semanas he estado flotando por la vida, drogada con dosis diarias de orgasmos y con la droga que es Danny Walker.

He pasado la mayoría de las noches con él, y las pocas en las que hemos estado separados, me ha llamado desde su cama antes de quedarse dormido.

No es oficialmente mi novio y lo nuestro sigue siendo secreto, pero las cosas están cambiando. Tiene leche entera en casa cada vez que voy porque sabe que la prefiero. Yo he dejado jerséis y algunos trajes de baño para ir a nadar al lago. Mis toallitas desmaquillantes están en su baño. Me ha dejado libre un estante en el mueble del baño. Es una regla implícita que el lado derecho de la cama es el mío porque me gusta dormir del lado de la puerta.

Jackie aparece delante de mí e interrumpe mi ensoñación.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —agita una mano ante mi rostro.

—¿Sí, Jackie?

—Janet quiere el informe. Ahora.

—Ya te lo he enviado por correo —replico—. Revisa la bandeja de entrada. —La miro, confundida—. ¿Por qué te has hecho un

bronceado completo?

—Porque —baja la voz y se acerca más a mí— he estado coincidiendo unos minutos con Danny Walker en las reuniones y está loco por mí.

El dolor me atraviesa.

—¿Ah, sí?

—Sí —enfatiza—. Hoy será la noche en la que deje claro que me interesa. Las copas, ¿recuerdas?

Cierto, esta noche habrá barra libre en el bar de la terraza.

Por milésima vez desde que empecé esto con Danny, me invade la inseguridad. Jackie está impresionante y ¿yo? Yo sigo viniendo a la oficina en zapatillas deportivas.

Él no es mío. Lo ha sido durante cuatro semanas, y me estoy enamorando de él a lo grande. Cada mujer en la maldita ciudad de Londres va tras él. ¿Puedo soportar esto? ¿Qué pasará cuando deje de ser el sabor del mes?



Una hora después, sigo nerviosa, repasando los comentarios de Jackie en mi cabeza. *Está loco por mí*. El trabajo se acumula, pero estoy demasiado preocupada para concentrarme.

Esa es la maldición de Danny Walker. Parece que últimamente controla todo, incluso mi productividad.

Sin pensarlo, entro en OpenMic. La he estado usando un poco estas últimas semanas, y mis reproducciones han aumentado.

Entonces lo veo.

Dos estrellas.

La peor canción del mundo. Oír a gatos peleándose en un callejón sería más agradable para los oídos.

Las palabras me atraviesan como un cuchillo. No. No estoy hecha para el rechazo, ni el de Danny Walker ni el de un desconocido en internet.



¿Por qué los pisos se vuelven más sensuales a medida que subes por el edificio? Estamos en el *lounge* para cócteles de la terraza, admirando la vista de 360 grados del horizonte de Londres. Incluso hay un jardín exterior.

Es fácil identificar a los recién llegados de Dunley Tech. Estamos boquiabiertos como si acabáramos de aterrizar en la luna.

Hay barra libre, y estoy en un grupo junto a Stevie, Alex, Jackie y Aldus, uno de los programadores de Nexrion.

La verdad es que los programadores de Nexrion me intimidan. Parece que todos salen de la misma fábrica cerebral, con CI elevadísimos, pero a todos les falta el chip que les permite hablar de otra cosa que no sea tecnología.

Aldus está hablando sobre criptomonedas y solo entiendo un par de palabras de cada frase.

—Es el mejor activo que ofrece una exposición diversa al criptomercado —explica.

—¿De verdad? —Asiento, fingiendo que sé de qué habla.

Por favor, que no pregunten qué opino.

El ascensor se abre y salen Danny, Karl y el resto de la junta directiva de Londres.

Está hablando con una mujer que me resulta familiar. ¿Dónde la he visto?

Tardo un minuto en darme cuenta de que es la abogada del artículo sobre Nueva York.

No parecen estar hablando de negocios. Ella le toca el brazo, y él inclina la cabeza hacia atrás, riéndose.

—¿Quién es esa zorra? —susurra Jackie mientras lo observamos, concentrado en la conversación, encantado con lo que sea que su amiga le esté contando.

—Sálvame —sisea Stevie en mi oído—. Antes de que Aldus descubra lo estúpido que soy. A la barra. Ahora.

—Iré con vosotros —resopla Jackie.

Al acercarnos a la barra, Dylan el idiota está allí con otros programadores. Hay veinte chupitos en una bandeja a su lado: algunos vacíos, otros volcados, otros llenos.

—Charlie. —Nos incorpora a la ronda, mientras Rory, miembro de su equipo, nos ofrece chupitos.

—No voy a beber esto —chilla Jackie—. ¿Alguien puede darme una bebida de verdad, por favor?

—Yo me lo beberé —suspiro, tomando el vasito pegajoso. Lo necesitaré si tengo que ver a Danny siendo manoseado por mujeres toda la noche. Además, el dolor del desconocido de internet criticándome aún está demasiado reciente.

Dylan se coloca estratégicamente entre Stevie y yo.

—Esa es la actitud. —Pone una mano en mi cintura, con su exceso de confianza habitual.

—Aparta la mano, Dylan —gruño—. ¡Además, está pegajosa por ese chupito!

—Ay, venga, te vi en Tinder, Charlie. ¿Por qué no me dejas llevarte a una cita?

—No, Dylan. —Resoplo—. No va a pasar.

—¿Y la cita con el médico? —pregunta Rory.

Aprieto los labios.

—No terminó muy bien. Ni siquiera sé si era médico. Mi amiga Cat lo investigó en línea.

—¿No es *catfishing*? —pregunta Rory.

—No. —Dylan ríe—. Todos los hombres lo hacen. Podemos ser lo que sea que la chica quiera que seamos.

—Y por esa razón nunca tendremos una cita.

—Yo estoy en la web de solteros exclusivos —nos informa Jackie—. Necesitas una invitación para unirte. A mí no me engañarían nunca.

—¿De qué hablamos? —dice una voz grave a mi espalda.

Me aparto para hacer hueco a Danny, que ha aparecido detrás de Dylan y de mí. Su brazo roza el mío y me recorre un escalofrío.

—Hola, señor Walker. —Jackie le dedica una sonrisa amplia.

—Puedes llamarme Danny. —Él le devuelve la sonrisa.

—Danny —repite ella, con su tono más sensual y ronco—. Nos reíamos de que a Charlie le hicieron *catfishing.* Es cuando alguien

crea una identidad falsa en internet para atraerte.

Mis mejillas arden.

—Él mintió sobre su trabajo. No diría que inventó una identidad falsa.

—¿Tienes perfil de citas online, Danny? —pregunta Jackie, puro coqueteo y sonrisas—. Yo soy miembro de solteros exclusivos.

—No. Estoy saliendo con alguien.

Lo miro de reojo, pero él le está sonriendo a Jackie con educación.

Habla de mí, ¿verdad? Es la primera vez que reconoce lo nuestro en público.

Jackie adopta una expresión devastada.

—¿Con esa mujer?

Él frunce el ceño, deslizándose una mano por la barba incipiente.

—¿Martina? No, claro que no. Ella es mi abogada. Trabajamos juntos. La conozco a ella y a su marido desde hace quince años —explica.

—¿Cuál es la política de la empresa respecto a los romances de oficina? —Jackie ríe, mirándolo de forma sugerente.

—No existe. Mientras no afecte a la relación laboral. Tratamos a nuestros empleados como adultos.

—Qué bien, porque Dylan y Charlie hicieron *match* en Tinder —comenta Rory—. Un nuevo romance de oficina.

—¿Sí? —dice Danny, pasándose la lengua por los dientes.

—¡No hicimos *match!* —digo, indignada—. Ni siquiera estoy activa en la aplicación.

—Lo estuviste hace tres días. —Dylan saca su teléfono—. Lo pone en tu perfil. —Gira el aparato para que el grupo vea mi perfil.

Miro de reojo a Danny. Con una expresión indescifrable, observa el teléfono.

Me arden tanto las mejillas que podrían derretirse.

—Creo que acosar a una compañera por su perfil va contra las reglas de las citas online —digo entre dientes—. No hicimos *match,* Dylan.

Cruzo los brazos, chasqueando la lengua, mientras todos se amontonan alrededor de su teléfono.

Dylan desliza las fotos y luego inhala, ruidoso.

—Estás más que sexi, Kane. Sabes arreglarte. ¿Por qué no te vemos con esos tacones y ese vestidito rojo en la oficina? —Cae en la cuenta de que probablemente ha cruzado un límite delante del jefe—. Lo siento, señor Walker.

—¡Guarda ese teléfono! —grito.

Danny permanece detrás, observándome con una ceja alzada.

—Ahora mismo no estoy usando aplicaciones de citas —digo con firmeza, hablándole al grupo, pero mirándolo a él.

Danny apura el resto de su cerveza y deja el vaso en una mesa.

—Revisa tus mensajes —dice en voz baja al pasar a mi lado para dirigirse a la barra—. A menos que estés demasiado ocupada viendo perfiles.

Confundida, meto la mano en mi bolso y saco mi teléfono. Hay un mensaje nuevo.

> Tienes permiso para ausentarte el viernes y el lunes.
>
> Díselo mañana a Janet.

No lo entiendo. Escribo ?? y lo envío.

Él oye un pitido y pilla de inmediato su teléfono.

Mierda, esto es muy evidente, pero los demás por suerte están demasiado ocupados riéndose de mi perfil.

Mi teléfono suena. Debería haberlo silenciado.

Él me mira con impaciencia mientras me giro para hablar con Stevie. Todavía estoy demasiado paranoica para leerlo. Dos minutos después, leo el mensaje.

> Te llevaré a Escocia este fin de semana.
>
> Que sea nuestro secreto.

No tengo oportunidad de hacerme la difícil o fingir que debo revisar mi calendario social. Antes de que pueda evitarlo, dibujo una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Veis? —dice Dylan—. Está contenta de que hayamos hecho *match.*



28
Charlie

Cuando llegamos a Gatwick, descubro que volaremos a Aberdeen. Danny no me ha dicho exactamente a dónde iremos ni qué haremos. La verdad, me subiría a un avión con rumbo al infierno si me lo pidiera.

El aire frío de Aberdeen golpea mi rostro y mi cuello como agujas en cuanto las puertas del avión se abren, y maldigo mi falta de preparación. Más allá de un par de jerséis y bufandas, hice la maleta para un fin de semana sensual. Este frío no es sensual. Volamos en *business* en el vuelo de dos horas, lo cual fue una pérdida de tiempo, ya que las únicas diferencias que vi fueron dos centímetros más de espacio para las piernas y una botella de agua de cortesía.

—Te dije que te vistieras para siete grados —me reprende al verme temblar.

—Eso es muy preciso —balbuceo—. No soy meteoróloga. Tus instrucciones deberían haber sido que me vistiera para un clima ártico en el que mis huesos se convertirían en hielo.

Baja mi bolso del compartimento superior.

—Será mucho peor.

—¿Cómo? —Lo miro, atónita, mientras recojo mis cosas del asiento.

—Nos queda un vuelo más. —Me sonríe—. Uno corto.

—¿No nos quedaremos en Escocia?

—Técnicamente sí, pero más al norte. En las islas Shetland.

Estoy medio erguida y me detengo en seco. ¿Me llevará a su casa?

—Allí es donde te mudaste con tu abuela cuando… —Callo.

—Cuando ese idiota mató a mi madre. Sí. Mi abuela sigue allí.

Inhalo con brusquedad.

—No te preocupes, nuestro primer fin de semana solos no incluirá a mi abuela escuchándonos en la habitación contigua. —Sonríe—. Nos quedaremos en otro sitio.

—No habrá nada que ella pueda escuchar —gruño—. Si crees que me quitarás un centímetro de ropa con este frío, estás muy equivocado. —Me envuelvo en mi bufanda inútil mientras bajamos del avión.



—¿Volaremos en esta cosa? —Estamos al pie de la escalerilla de un pequeño jet privado.

—Esta cosa es uno de los mejores aviones creados hasta la fecha —explica, instándome a subir—. Es una aeronave biturbo que puede alcanzar los 280 nudos.

—¿Crees que sé cuántos nudos necesitamos? —Subo a bordo con la gracia de un rinoceronte en tacones. El interior parece un

apartamento de lujo, con asientos de cuero blanco y luz tenue. Cuento ocho asientos, sin incluir la cabina del piloto.

—¿Solo somos nosotros dos? —pregunto, girándome—. ¿Somos los únicos pasajeros?

—Sí. Es mi avión.

Abre la puerta de la cabina, donde un millón de luces, botones, palancas y pantallas titilan. Es la primera vez que veo una de cerca.

—Toma asiento, copiloto.

—¿Me sentaré junto al piloto? ¡Genial! —Entro en el compartimiento compacto y él me sigue—. ¿Cuándo vendrá?

Danny extiende la mano, toma un gorro de piloto de un estante y se lo coloca.

—Ah, qué tonto, he olvidado el uniforme.

—Está bien, señor travieso, pero ¿de verdad vamos a jugar a los disfraces en la cabina con la tripulación a bordo? —pregunto, confundida—. No participaré en ese club. Es un avión pequeño, lo escucharán todo.

—No hay ningún club en este vuelo. Soy bueno haciendo varias cosas a la vez, pero no puedo darte placer y volar el avión al mismo tiempo.

Curva las comisuras de los labios mientras me observa procesarlo.

—¿Tú pilotarás esta cosa? —Doy un grito ahogado, tembloroso, mirando el panel lleno de mandos. Espero que sea una broma—. ¿Cómo controlarás todas estas luces tú solo?

—¿No sabías que tengo licencia de piloto?

—¿Eres…? ¿Puedes…? ¿Hay un piloto contigo?

Una risa profunda le sube por el pecho.

—Gracias por el voto de confianza.

—Pero ¿no hay en general dos pilotos? —Mi voz sube dos octavas.

—Solo en vuelos comerciales —explica con una risita mientras hace un gesto de OK a alguien fuera—. Relájate, Charlie. He volado cientos de veces, quizá más de mil. Llevo más de una década piloteando.

—Pero… ¿y si te mueres? —grito—. ¿Y si te da un infarto en el aire?

—No te preocupes, esta cosa puede volar sola. ¿Sabes conducir un coche con marchas, verdad? Es muy fácil de entender.

—No es gracioso, Danny. —Quiero estrangularlo—. ¿Hay algo en tu historial médico que deba saber? ¿Cuándo fue tu último chequeo cardíaco? ¿Te revisaste los ojos?

—No hay enfermedades en la familia. Solo asesinos. Para conservar la licencia hacemos pruebas médicas. Estoy tan sano como Superman.

Sigo nada convencida.

—¿Y si falla el motor?

—Es solo un ordenador grande. Trabajas en soporte. Apágalo y vuélvelo a encender. —Se muerde el labio, reprimiendo una carcajada.

—Ja, ja, ja. Creo que voy a vomitar.

—¡Todo listo, señor! —grita alguien desde abajo.

Danny asiente.

—Gracias.

Luego mueve la gran palanca de la puerta del avión y la cierra. Emito un sonido que se parece peligrosamente al llanto.

—Todo irá bien, cariño. Lo prometo.

Entra en la cabina y me guía hasta uno de los asientos, sujetándome con ambas manos.

Cuando se inclina para abrocharme el cinturón, mi respiración es tan superficial que ni siquiera puedo hablar. Tira fuerte de la cinta para asegurarse de que está ajustada y luego me da un beso suave en los labios.

Permanezco rígida, como una muñeca humana mirando gráficos, luces titilantes y aparatos que hacen cosas que no entiendo.

—¿Eso es malo? —Señalo una luz roja parpadeante en mi lado del panel mientras él toca botones e interruptores.

Danny hace un gesto desdeñoso con la mano y resisto la urgencia de abofetearle.

—La revisión de seguridad está lista —dice. Me mira, esperando que esté tranquila. No soy creyente, pero estoy rezando en silencio a Jesús, María y el Espíritu Santo mientras él se abrocha su cinturón.

—Taxi a pista dos-siete derecha vía alfa dos, bravo —retumba una voz en el altavoz. Danny contesta algo igual de incomprensible

mientras yo suelto pequeños gemidos nerviosos, acurrucada en mi asiento.

Luego avanzamos. El avión rueda lentamente hasta situarse al inicio de la pista.

Él mueve más interruptores cuando la voz profunda anuncia:

—Piper dos-cero, autorizado para despegar pista cero-uno.

—Autorizado para despegar pista cero-uno, Piper dos-cero —repite Danny con total calma.

Mis manos se aferran al asiento con todas sus fuerzas mientras él acelera, y siento cada bache como si estuviera pedaleando sobre una multitud de erizos en lugar de estar en un avión.

Un gemido ahogado se escapa de mi garganta, como un animal atrapado. Él no me oye por el rugido del motor.

Nos inclinamos hacia arriba y ascendemos tan empinadamente que estoy convencida de que vamos a caer hacia atrás.

Mi cabeza golpea el reposacabezas y cierro los ojos. Sesenta minutos, dijo. Quizá pueda pedirle que me deje inconsciente y me despierte cuando lleguemos. Si llegamos.

—¿Estás bien?

Abro un ojo.

—Sí, aparte del ataque de pánico inminente.

El motor baja su estruendo y nos ponemos en vuelo horizontal. Él me mira, preocupado.

—No sabía que te daba tanto miedo volar. Lo siento, Charlie.

—No me da miedo —digo, apretando los dientes—. Si estoy en un Boeing triple 7, no. En esta cosa me siento como la maldita Mary Poppins en una bicicleta. Como si fuésemos a caernos del cielo en cualquier momento.

El avión tiembla y emito un grito que sobresalta a Danny.

—Es solo un poco de turbulencia. Se nota más en aviones pequeños.

—Claro. —Exhalo, inflando las mejillas.

Lo observo mientras revisa monitores, calibraciones y escucha al control aéreo al mismo tiempo. Es lo más sensual y aterrador que he visto nunca. Mi vida está literalmente en sus manos.

Deseo tanto a este hombre. Quiero que sea mío, solo mío. Si llegamos vivos al suelo, tendrá el mejor sexo de su vida. Ahora, en el aire, estoy furiosa porque no me dijo nada de esta expedición suicida.

Otra sacudida, y el avión baja un poco al atravesar nubes gruesas. La lluvia golpea las ventanas en cortinas. No veo nada; debe de estar volando a ciegas.

Aprieto tanto los músculos del estómago que temo vomitar.

—Bolsa. Necesito una bolsa.

Hurgando torpemente, pillo mi bolso del suelo y extraigo una botella de vino tinto. Por suerte es de rosca.

—Un sedante —explico mientras doy un trago enorme—. ¿Cómo tienes tiempo para hacer todo esto? —Lo miro, maravillada. Tan tranquilo, como si estuviéramos en un peaje de autopista—. Eres director general, cocinero, piloto y dios sexual. ¿En serio, Superman?

Me mira con esa mirada afilada y ríe.

—Superman. Conservaré ese nombre. Te recuerdo que soy al menos diez años mayor que tú.

—Cierto, siempre olvido que salgo con un viejo —digo, apurando la botella. Se vacía rápido y aún faltan treinta y cinco minutos de vuelo.



Aterrizamos con un chirrido y respiro bien por primera vez desde el despegue.

—No tan rápido —dice con tono firme cuando intento quitarme el cinturón—. Primero la seguridad. Te avisaré cuando puedas desabrocharlo.

—Qué mandón. —Lo miro mientras reduce la velocidad del avión, intentando averiguar si me suena sexi o aterrador.

Quizá un poco de ambas cosas.

—Eres el piloto más sensual del mundo —digo cuando se acerca para quitarme el cinturón—. Pero nunca te he odiado tanto.

Me libero y me pongo de pie con las piernas temblorosas.

—He dicho que no fueras tan rápido. —Rodea mi cintura con los brazos mientras salgo de la cabina, y siento su aliento cálido en mi mejilla cuando aprieta su cuerpo contra mi espalda—. Tienes que ganarte el billete de avión.

—¿Sí, capitán? —susurro, inclinando la cabeza hacia atrás, mi excitación subiendo de cero a cien.

—De frente a la pared, quítate la ropa.

Me quito el jersey y luego la camiseta, quedándome en sujetador.

Oigo pasos fuera del avión.

—Danny, hay…

—Ignóralos —dice con voz ronca mientras desabrocha mi sujetador. A mis espaldas, gruñe con apreciación y coloca una mano enorme sobre mi pecho izquierdo antes de apretar el pezón—. Tienes que quitarte todo.

Abro el botón de mis vaqueros y los deslizo por la cadera. Oigo la cremallera de sus vaqueros detrás de mí.

Me bajo las bragas y saco cada pierna. Mientras arqueo el culo hacia atrás, él se presiona contra mí y siento su erección en mis glúteos.

Me rodea la cintura con una mano e introduce un dedo profundamente en mí.

—Manos contra la pared.

Obedezco, y él me las sube aún más con la mano derecha mientras la izquierda entra y sale de mí. Gimo contra la pared y me enderezo cuando profundiza.

—Separa las piernas.

Oigo a gente hablando fuera del avión.

Abro las piernas y mis pechos desnudos se hunden contra la pared mientras él se inclina sobre mí, acariciando mi clítoris en círculos.

—Más —ordena, y obedezco.

—Te gusta que nos escuchen, ¿verdad? —susurra en mi oído. Sus manos recorren mi trasero con brusquedad y coloca un dedo atrevido ahí, acariciándome.

Inhalo bruscamente.

—Danny, nunca he…

—Pronto, cariño, pero ahora no —me calla, poniendo de nuevo su mano en mi cadera. Sin aviso, introduce su miembro en mí con agresividad y gimo.

Con una mano sujeta mis muñecas contra la pared, por encima de mi cabeza, y con la otra mantiene mi cadera en su lugar mientras embiste, gimiendo.

El sonido de mi piel contra la suya se vuelve más fuerte y rápido. Me avergüenzo un poco pensando en la gente fuera, esperando a que abramos la puerta.

—Me encantas, Charlie. —Acelera hasta perder el control y correrse dentro de mí, gimiendo fuerte.

Siento cada gota mientras me llena.

—Eres mía —susurra al salir. La humedad resbala por la cara interna de mi muslo.

Colapso contra la pared justo cuando alguien golpea, tímidamente, la puerta del avión.

—¿Señor Walker? —dice una voz amortiguada—. ¿Está listo para desembarcar?



29
Danny

—¿Nos quedaremos en ese hotel, Danny?

Estamos aparcados delante de la puerta de mi mansión. Me invade la calma de siempre cada vez que poso la vista en mi belleza gótica después de pasar tiempo fuera. El paisaje panorámico, ininterrumpido y elevado del mar fue el motivo por el que invertí mucho dinero en este lugar.

Hice una oferta después de pasar veinte minutos paseando por allí y superé al otro comprador con una cantidad exorbitante para cerrar el trato.

¿Observar el mar tormentoso con las olas rompiendo contra las rocas como música, mientras la estufa de leña ruge de fondo?

Impagable.

—No es un hotel —explico mientras bajo la ventanilla del coche. Una ráfaga de viento gélido nos golpea y ella chilla, a modo de defensa—. Es mi hogar lejos de Londres.

—¿Todo esto es tuyo? —Su aliento sale en nubecitas de aire frío. Estoy deseando que entre en calor.

Mierda, ¿cuál era el código? Siempre lo olvido.

Extiendo la mano por la ventanilla e introduzco un código en el teclado.

No.

Lo intento de nuevo.

Las puertas dobles de hierro negro se abren automáticamente. Subo la colina en segunda hasta detenernos frente a Sumburgh Hall.

—¿Somos los únicos hospedados aquí? —Gira hacia mí con sus ojos verdes abrasadores y mi corazón hace ese salto errático de siempre cada vez que me presta toda su atención. ¿De verdad no nota el efecto que tiene en mí?

—¿Danny? —repite Charlie.

—Junto con el fantasma y las gárgolas. —Sonrío mientras bajamos del coche. Las dos gárgolas con miradas maliciosas a cada lado de la puerta nos observan.

—Construida en 1867 —lee ella en la placa de la pared—. Este lugar estará plagado de fantasmas.

Busco las llaves. La puerta de madera es tan grande que hace que todo lo demás parezca diminuto. Entramos después de un par de empujones fuertes.

—Guau. —Gira completamente sobre sí misma en el vestíbulo—. Este sitio es majestuoso. —Su voz resuena por el pasillo—. Pero está embrujado, Danny. No puedes desaparecer de mi vista ni siquiera cuando vaya al baño. Además, solo para que controles tus expectativas, no tendremos sexo otra vez porque no me quitaré la ropa hasta que volvamos a Inglaterra. Hace demasiado frío.

—Vamos. —Coloco una mano en su cintura y la guío por el pasillo; nuestros pasos resuenan sobre el suelo de piedra—. Para eso tengo una chimenea gigantesca. Te avisé de que haría frío. —La regaño como un padre enfadado mientras la llevo a la sala de estar.

Ella vacila en la entrada, boquiabierta.

—Danny, este sitio parece salido de un cuento de hadas.

Observo la zona amplia y rústica con techo abovedado, viéndola a través de sus ojos. Es realmente espectacular.

—¿Son muros de piedra? —pregunta, deslizándose con los dedos por ellos.

—Sí. Conservaron todas las características originales.

Me mira con intensidad; esos ojos verdes arden en los míos.

—Es preciosa. Esta mansión… esta vida. Ya ni siquiera te sorprende, ¿verdad?

—Son solo posesiones, Charlie —respondo con serenidad—. Cosas que apreciar, que atesorar… pero son prescindibles. He sufrido pérdidas reales en mi vida. ¿Esto? Ni siquiera se puede comparar.

Abro el gas de la chimenea, casi tan alta como yo, y el fuego cobra vida. Fue la única concesión que hice al diseño original: no estaba dispuesto a lidiar con carbón y ramas cada noche durante mis escapadas.

Ella se planta frente a la chimenea con las piernas cruzadas.

Me agacho para abrir mi bolso y rebuscar en él.

—Toma esto.

Ella abre los ojos de par en par mientras inspecciona la chaqueta térmica que le ofrezco.

—¿Es para mí?

—Bueno, dudo que a mí me quepa.

—¿La has comprado para mí? ¡Incluso es de mi talla!

—No olvides esto. —Le envuelvo el cuello con la bufanda térmica y le coloco el gorro—. Estás muy guapa. —Sonrío.

—¡Estoy tan abrigada! —chilla, rodeándome el cuello con los brazos—. ¿Cómo has tenido tiempo para comprar esto? ¿Cómo es posible que seas tan considerado? Me pone.

—Qué bien. —Alzo una ceja—. Porque en cuanto entres en calor, te desnudaré.

Terminamos de cenar junto al fuego.

Con un whisky en la mano, observo su rostro dormido y el movimiento de su pecho subiendo y bajando sobre mi regazo. El vino tinto, unido al aire frío, la ha sumido en un sueño profundo. Acaricio con un dedo su pómulo tallado, despacio, para no despertarla.

Sus párpados se mueven: está soñando.

Jamás me aburriría de mirarla. Su respiración sale suave entre sus labios carnosos. Si tengo que quedarme sentado así toda la noche, lo haré, solo para que pueda dormir en paz, protegida por mí.

Necesito enfrentar la situación y decírselo a Tristan. Me aseguraré de que entienda que es algo serio, que no es como las anteriores. Sé que no lo es. Nunca me recuperaría de perder a Tristan. No tengo muchos amigos de verdad. Los puedo contar con los dedos de una mano: Tristan, Jack, Martina y, por supuesto, Karl.

Pero ¿renunciar a Charlie ahora? Ni hablar. Lo entiendo con claridad mientras duerme sobre mis piernas, con su pelo castaño cayendo por mis rodillas. Incluso la idea de perderla me duele.

Abre los ojos y me sonríe con pereza.

—Hola. ¿Me estás mirando dormir como un pervertido?

—Culpable —susurro, deslizando un dedo por su labio inferior.

—Lamento haber criticado tu avión.

Me río.

—Menos mal, porque sabes que es como volveremos a casa, ¿verdad?

Abre los ojos de par en par.

—Mierda. Lo olvidé. ¿Soy la perra más loca que has tenido en el aire?

—Puede —digo con suavidad—. Llevé a Jen al sur de Francia. Fue un vuelo turbulento.

Su expresión cambia y trato de corregir mi error.

—Nunca he traído aquí a nadie.

Ella me mira y se le escapa una risita.

—Intentas matarme para no tener que contárselo a Tristan. Una mansión embrujada en una colina, con gárgolas y vista al mar desde un acantilado. Una avioneta en mitad de una tormenta. Este fin de semana es el cliché perfecto de terror.

Alzo una ceja.

—Eres la primera persona que llama avioneta a mi avión de un millón de libras. La verdad, no comparto mucho este sitio. Vengo solo o, a veces, con Karl. Soy bastante reservado, Charlie.

Ella se incorpora de mi regazo para mirarme, un rubor precioso en sus mejillas.

—¿Nunca has traído a otra mujer aquí?

—No. —Frunzo el ceño—. Solo a ti.

Inhala despacio y apoya su mano en mi mejilla.

—Gracias por contármelo. ¿Eso significa que soy tu novia? —pregunta en voz baja.

Mantengo su mirada mientras una oleada de emociones me atraviesa. A la mierda. Por primera vez en años, sé exactamente lo que quiero.

Si pudiera quedarme en este momento para siempre, lo haría.

Con esta chica.

Mi chica.

Dejaría Londres, mi empresa, todo, y nos volveríamos ermitaños en estos acantilados.

—Sí, Charlie. Sin duda lo eres.

Apoya la cabeza en mis hombros e inhalo su olor.

Así es como se siente la felicidad.



Charlie

Creo que este es uno de mis días favoritos en el planeta hasta ahora.

Despierto para tomar un café matutino con vistas al mar y luego pasamos la mañana haciendo senderismo a lo largo de kilómetros de costa preciosa. A pesar de que el viento brutal me golpea una y otra vez en la cara, empiezo a comprender por qué Danny adora tanto este lugar.

Hemos caminado kilómetros sin cruzarnos con nadie; de hecho, se siente como una isla privada. Solo nosotros, las ovejas y los frailecillos.

¿El Danny que sube montañas intentando no pisar excremento de oveja frente al Danny CEO que negocia adquisiciones? Son como el agua y el aceite. Aquí su sonrisa llega a los ojos, y el ceño fruncido ha desaparecido.

—Te dije que mi abuela vive aquí. —Aprieta mi mano mientras paseamos por las calles adoquinadas del centro, mirando escaparates de tiendas de segunda mano—. Iremos a comer a su casa.

—¿Qué? —Me detengo en seco, presa del pánico.

Llevo el pelo despeinado y tantas capas de ropa que parezco envuelta en plástico de burbujas.

—¡No puedo conocer a tu abuela! —Agito los brazos para resaltar mi aspecto de granjera salvaje—. ¡Vestida así!

—Estás preciosa —dice mientras me conduce a una calle lateral peatonal. Eso es lo encantador de las islas Shetland: casi no hay tráfico.

—Ella es de Shetland, Charlie. ¿Crees que espera que aparezcas con ropa de diseñador?

—Un aviso previo no habría estado mal —gruño—. Para haberme peinado, al menos.

Se detiene frente a una cabaña en la esquina.

—¿Nerviosa? —Me sonríe y me besa la frente.

—Aterrada —siseo ajustándome el pelo—. ¿Y si me detesta?

Alza una ceja.

—¿Por qué demonios te odiaría? Te querrá tanto como yo.

Lo miro fijamente.

—¿Tanto como tú? —susurro.

Él sonríe suavemente, pero esquiva la pregunta.

—Vamos. Prepárate para el interrogatorio.

Llama a la puerta, y mi pulso se acelera. Esto es más de lo que esperaba hoy. En el vuelo bebí una botella de vino tinto para calmar los nervios, así que no es el mejor día para charlar.

—¡Danny! —La puerta se abre y una mujer con aire bohemio, de unos ochenta años, supongo, se lanza a abrazar a su nieto.

Va cubierta de patrones de colores que no combinan entre sí, con joyas grandes y vibrantes colgando de su cuello y brazos. En medio del gris asoma un rastro del pelo oscuro típico de los Walker.

Miro mi propio atuendo, digno de alguien que sobrevive en un bosque, y maldigo a Danny por dentro.

Sus bíceps rodean los frágiles brazos de su abuela. Me pregunto si es la abuela materna o paterna. ¿Supongo que la materna?

—Hola, cariño, encantada de conocerte. —Su acento es muy marcado; tengo que esforzarme por entender cada palabra.

—Charlie, ella es mi abuela, Edme.

Ella me sonríe con calidez y me da un abrazo que huele fuertemente a jerez.

—Un placer conocerte, Edme —digo—. Tu casa es preciosa.

Nos hace pasar; es tan sencilla por dentro como por fuera, un mundo aparte de la mansión lujosa de Danny. Supongo que nunca quiso mudarse a pesar de que él se lo ofreció.

—¡Sentaos, sentaos! —ordena—. Acabo de preparar té y la comida. ¡Espero que tengáis hambre!

Mi estómago gruñe en respuesta.

Hemos caminado durante horas sin ver una sola cafetería. Me he dado cuenta de que he vivido demasiado en Londres cuando he preguntado dónde comprar un *flat white* con leche de almendras, solo para recibir la mirada de desaprobación de Danny.

—Escucha, no tienes que comer si no quieres —susurra Danny mientras ella va a la cocina.

—¿Por qué no comería? —Frunzo el ceño.

—Ya lo verás. —Sonríe.

—¿Necesitas ayuda? —digo hacia la cocina.

—No, cielo. —Sale con una bandeja con tres cuencos.

—Danny dijo que te gustaba el pescado —comenta, dejando la bandeja en la mesa.

Observo horrorizada las cabezas de pescado masacradas mirándome con ojos vidriosos.

—Se llama *crappit heid* —me explica Danny, conteniendo la risa.

—Algunos lo llaman *haggis* de pescado —añade Edme con orgullo —. Rellenamos el pescado con avena, sebo y cebolla. Luego cerramos

de nuevo la cabeza y la hervimos en agua de mar. Es muy saludable.

Tomo el cuenco de cabezas humeantes y me lo acerco al rostro con mi mejor sonrisa falsa.

—Suena delicioso.

—Mira. —Danny se acerca al verme pinchar torpemente una cabeza con el tenedor—. Se abre por esta punta.

Mueve mi tenedor y la cabeza se abre.

Recojo con vacilación un pequeño bocado y lo pruebo. No está mal. Si no pienso demasiado en lo que es, puedo tolerarlo.

Asiento con alivio mientras Danny ríe.

—¿Quieres un poco de jerez en el té, querida?

—¡Sí! —Me río, imaginando a Edme como una mujer muy divertida en su juventud—. He escuchado algunas de tus canciones, cariño. Son hermosas. —Agarra mi taza y añade una cantidad generosa de jerez.

Abro los ojos de par en par. ¿Cómo ha podido escuchar mis canciones? No usará OpenMic… ¿o sí?

—Danny me las enseñó hace años —explica, con los ojos brillantes ante mi sorpresa—. Me habló de la hermana cantante de Tristan.

—Es solo un pasatiempo —me sonrojo—. No soy cantante. —Miro a Danny incrédula—. Pensé que no te gustaban. Parecías tan distante en todos mis conciertos.

Él alza una ceja.

—¿De verdad? Se llama autopreservación, Charlie. ¿No sabes leerme?

—Ya entonces sabía que le gustabas —dice Edme, con picardía en los ojos—. Sabía que un día te conocería.

—Cuidado, abuela —la reprende Danny con dulzura—. No la espantes.

—No tengo miedo —respondo, seria. Y, por primera vez en mi colección de arrebatos y relaciones, lo digo de verdad.

Miro a Danny y él corresponde mi mirada. Nos entendemos sin palabras.

Si Danny Walker quiere que me mude a las Shetland, que viva en una granja de ovejas y le prepare *haggis* de pescado cada día, lo haría sin pensarlo.



30
Danny

—Señor Walker, Charlotte Kane ha venido a verlo. Es una reunión no programada. Le dije que no lo molestase.

La desaprobación de Michelle, mi asistente personal, es evidente a través del intercomunicador. ¿Por qué esa chica esperaría ver al CEO sin cita previa?

Michelle tiene razón. En quince minutos tengo una reunión con la junta directiva.

Pero mi curiosidad despierta.

Ella nunca ha tenido la valentía de venir a mi oficina sin invitación. De hecho, cuando la veo en la oficina, va en dirección opuesta a mí

por miedo a que la gente huela las feromonas que brotan de los dos si nos acercamos demasiado. Y, por supuesto, hoy es su cumpleaños.

—Hazla pasar —respondo.

Hay vacilación al otro lado.

—La reunión con la junta, señor.

—Sí, lo sé —respondo con brusquedad, molesto por el desafío.

—Sí, señor.

Llaman suavemente a la puerta.

—Adelante.

Charlie entra y dejo de teclear; me reclino en la silla.

—¿Con que ahora llamas?

Tiene el pelo recogido en un moño desordenado sobre la cabeza, mechones escapando por todas partes, y lleva puestas las gafas de lectura. La camisa blanca ajustada, que necesita un planchado, está metida dentro de los vaqueros que abrazan su silueta y realzan sus piernas largas.

Es hermosa. Como siempre, siento un latido de deseo entre las piernas. ¿Me acostumbraré alguna vez a esto? Ya es vergonzoso.

—¿Charlie? —digo—. Por mucho que quiero verte, y créeme, preferiría pasar la próxima hora contigo que con viejos trajeados, tengo una reunión directiva en diez minutos.

—Hola —dice, y suavizo la expresión—. Quería darte las gracias por las flores.

—De nada, preciosa. Feliz cumpleaños.

Separa los labios y parece insegura.

Mi intercomunicador vibra y presiono el botón para hablar.

—El señor McMillon está en recepción. ¿Lo acompaño a la sala de reuniones, señor?

—Sí, por favor —confirmo a Michelle mientras Charlie rodea mi escritorio.

Empujo la silla hacia atrás, pensando que me dará un beso. En cambio, se arrodilla frente a mí y separa mis piernas.

Una exhalación involuntaria se escapa de mis labios.

¿Qué demonios?

¿Aquí?

¿Ahora?

—¿Qué demonios estás haciendo, Charlie?

Coloca las manos en mis rodillas, mirándome con falsa inocencia, sabiendo perfectamente lo que hace.

Mi pene me traiciona y la sangre late en él, anticipando lo que podría suceder.

Abre la cremallera, agarra la base de mi miembro con el puño e introduce mi pene en su boca.

Cierro los ojos, aferrándome al escritorio.

Debería detenerla.

No puedo.

No lo hago.

Mueve la boca sobre mi pene como si estuviera chupando una chuchería.

—Cariño —digo con voz entrecortada, observando el movimiento de su garganta.

Mi intercomunicador vibra y lo silencio.

Me mira con sus ojos verdes, con el mismo deseo de satisfacerme y poseerme.

Muevo la cadera para entrar más profundamente en su boca y ella aprovecha para sujetarme el culo con las manos.

Mierda, ahora me tiene dominado.

Sujeto su pelo más fuerte de lo que pretendía y ella gime un poco; la vibración sobre mi pene solo me acerca más al orgasmo.

Muerdo con fuerza mi labio inferior para evitar que mis gemidos lleguen a oídos de mi asistente. No aguantaré mucho.

—Estoy cerca —gimo, tan agitado que resulta vergonzoso.

Ella acelera el ritmo, succionándome con la boca, mirándome con esos ojos sinceros.

—Me correré… en tu boca.

Aprieto el escritorio con ambas manos mientras succiona más rápido y más intensamente.

Gimiendo fuerte, eyaculo en su boca y la observo tragar cada gota, sin romper jamás el contacto visual conmigo, antes de apartar los labios de mí.

—Eso ha sido inesperado, pero maravilloso —jadeo, ajustándome la ropa interior y ordenando a mi pene que se calme.

Ella parece orgullosa de sí misma, y debería.

—De nada.

La pongo de pie y le doy un beso suave en el cuello.

—Mañana —susurro en medio del frenesí—. Terminaremos esto mañana.

—¿Ahora tienes la reunión con la junta?

Ambos miramos la erección en mis pantalones y suelto un insulto.

Nada de Tristan. Recursos Humanos y la junta son los que me van a matar. ¿Cómo es posible que sea dueño de la empresa y aun así pueda meterme en problemas con Recursos Humanos?



Charlie

—Entonces, ¿no mencionamos nada?

—No, Suze —repito por milésima vez—. Mantén la boca cerrada. Tristan aún no lo sabe.

—Si no digo nada, ¿pagarás la cena?

La fulmino con la mirada.

—Es mi cumpleaños, pero sí, si ese es el único modo de tener una vida fácil. Cierra la boca y llénala de comida.

—Esto es ridículo —resopla Julie—. Han pasado dos semanas desde vuestro fin de semana pervertido. En algún momento tendréis que contárselo a Tristan.

—Planeamos hacerlo, pero no esta noche —explico—. Iremos a su casa a cenar el fin de semana y se lo diremos. Queremos que esté solo.

Estamos bebiendo cócteles en un bar sensual que está en un sótano de Soho. Es martes, pero a juzgar por el bar atestado de gente, podrías pensar que es viernes. Todas las noches son noches de viernes en Londres.

—Iré al baño, —digo, y me pongo de pie. Danny, Tristan y Jack llegarán en cualquier momento—. Pasaré por la barra al volver.



—Las damas primero.

Veo un rostro extremadamente atractivo mientras hago cola en la barra. La sonrisa en su rostro indica que sabe que me parece atractivo.

—Gracias —digo, ruborizada, y hago mi pedido al camarero. Si no estuviera con Danny, estaría encantada de estar en presencia de esta criatura con aspecto de dios.

—¿Cómo te llamas? —Noto cierto acento estadounidense en su voz rasposa y grave.

—Me dicen Charlie —sonrío—. Por Charlotte.

—¿Hoy es tu cumpleaños?

Lo miro sorprendida.

—¿Cómo lo sabías?

Señala con el mentón hacia mi mesa y, cuando miro, veo a Suze, Cat, Julie y Stevie observándome como halcones.

—Los regalos en la mesa. Te vi abriéndolos.

Vuelvo la mirada hacia él, alzando una ceja.

—Alguien es observador.

—Has llamado mi atención, Charlie. —Dice mi nombre como si estuviera probando cómo le sienta. Es confiado; hay que reconocerlo.

—¿Necesitas ayuda con las bebidas? —dice una voz de acero a mis espaldas.

Me giro y veo a un Danny molesto observando mi intercambio con el desconocido sensual.

Se inclina para ayudar, colocándose estratégicamente entre el chico y yo, y recoge dos copas.

Yo llevo el resto.

—Debo irme —le digo al desconocido sensual con tensión mientras nos marchamos.

Qué incómodo.

—¡Me gustaría invitarte a salir, Charlie! —exclama en voz alta a mis espaldas.

—Olvídalo, mierda —responde Danny con brusquedad—. ¿Quién demonios es ese? —brama, con los ojos clavados en mí.

—Un tipo que ha empezado a hablarme en la barra.

—Mierda.

—Tristan te oirá —susurro con firmeza—. Compórtate.

—Compórtate tú —replica cuando estamos cerca de la mesa y ya podrían oírnos.

—Hola, Tristan, Jack —digo en voz alta. Tristan y Jack me saludan.

—Feliz cumpleaños, hermanita. —Tristan me abraza y Jack me da un beso en la mejilla.

Las camareras rondan como tiburones. Antes hemos tenido que esperar diez minutos para que alguien nos atendiera, y ahora nos prestan más atención que a cualquier otra mesa del bar.

Típico. El efecto de Tristan, Danny y Jack.

Tomo asiento en el taburete y Danny ocupa el que está frente a mí, junto a Cat.

—Gracias por venir un rato —digo mirando a Tristan y Jack.

—Lamento que no podamos quedarnos —dice Tristan—. No puedo faltar a esa cena de abogados. Pero quería pasar a darte tu regalo.

—Aunque es probable que no quieras a tres viejos arruinándote la noche. —Jack alza una ceja—. ¿Quién es el señor apuesto del bar? ¿Tu cita?

Lanzo una mirada a Danny. Él frunce el ceño mientras procesa las palabras de Jack.

—¡No! —respondo rápido, mientras la camarera trae tres whiskies para los caballeros.

Ella mira a Danny con atención y lo reconoce; sus ojos se iluminan como si hubiese ganado la lotería.

—Su bebida. —Coloca una mano totalmente innecesaria sobre el hombro de Danny, y me entran unas ganas terribles de apartarla de un manotazo—. Señor Walker —ronronea, con ojos sensuales, mientras Jack ríe a mi lado balbuceando «siempre igual» en voz baja.

Molesta, aparto la atención de la camarera seductora.

—¿Dónde es tu cena?

Tristan lleva el whisky a los labios y sonríe antes de beber.

—En Mayfair. Es la cena anual de la sociedad de abogados. Tengo que dar un discurso.

—¿Vosotros dos iréis? —pregunto a Jack y a Danny.

—¿A escuchar a Tristan hablar? —Jack ríe—. Dios, no. Tengo una cena con una chica, y Walker, el adicto al trabajo, trabajará esta noche.

Miro a Danny, un poco decepcionada. Quería que se quedara por mi cumpleaños y que durmiera conmigo hoy. Es el único regalo que quería. Pero que Danny se quedase cuando Tristan y Jack se iban resultaría sospechoso.

—No se compara con que te compongan una canción. —Tristan sonríe y me entrega un sobre.

—No sabes cantar —pongo los ojos en blanco—. Habría sido el peor regalo del mundo.

—Tristan, es demasiado —protesto, mirando el papel. Es un fin de semana en el sur de Italia para mí y tres acompañantes.

Julie lo celebra a mi lado.

—¡Sí! ¡Vacaciones!

—Tonterías —dice Tristan—. Bueno, de verdad debo irme. Ya estoy llegando tarde.

Bebe el resto del whisky y deja el vaso vacío sobre la mesa con fuerza mientras Jack y Danny hacen lo mismo.

—Damas, Stevie, ha sido un placer. Charlie, disfruta del resto de tu cumpleaños.

—Lo haré —sonrío, escondiendo mi decepción mientras Danny se pone la chaqueta y los guantes de cuero.

Él se gira cuando Tristan se aleja de la mesa.

—Antes de que lo olvide. —Me da un sobre y nuestras manos se tocan—. Feliz cumpleaños, Charlie. Es solo una tarjeta. Ábrela cuando nos hayamos ido.

Confundida, noto un pequeño relieve dentro.

Sus ojos tienen un brillo reticente, pero asiente a modo de despedida y sigue a Tristan y Jack hacia la salida.

Abro el sobre y veo algo brillante.

—Dios mío —chilla Julie mientras todos miramos boquiabiertos el collar con un colgante de diamante precioso.

—¿Es real? —pregunto, atónita.

—¡Por supuesto que es real! —sisea ella—. Y claramente es un desperdicio en ti. Es de Tiffany. Ese collar cuesta unas cinco mil libras.

—¡Es más que seis meses de alquiler! —digo con la voz ahogada—. No puedo aceptarlo.

—Guau —dice Suze—. Esto entre vosotros dos sin duda es mucho más que solo sexo.

Trago el nudo en la garganta. Sí, no es solo sexo. Es una liga completamente distinta a cualquier otra que haya experimentado.

Estoy completa y profundamente enamorada de este hombre, pero no puedo admitirlo en voz alta.

Quiero a este hombre desde lo más profundo de mi ser. Nunca he deseado nada tanto y esa idea me aterra, porque amar tan profundo implica que tengo mucho, muchísimo que perder.



31
Charlie

UNA SEMANA DESPUÉS

—¿Charlie? —Alguien grita mi nombre cuando entro en el piso el jueves después del trabajo. La voz suena extraña, como si hubiera estado llorando.

Me quito los zapatos y avanzo rápido por el pasillo hasta el salón.

Julie está desplomada en el sofá, con el rostro enrojecido.

—¿Julie? —Dejo el bolso con mi ordenador y corro hacia ella—. ¿Qué ha pasado?

Las lágrimas caen de sus ojos.

—Charlie. —Empieza a sollozar—. Lo siento… Un accidente —es todo lo que logro descifrar entre los sonidos que hace.

Me pongo nerviosa. Nunca he visto a Julie así.

—¿Julie? —Sacudo despacio su mano, intentando romper su ataque de histeria.

Baja la cabeza hacia el suelo, sin mirarme.

—Charlie, nuestros correos —traga un sollozo.

—Correos —repito, confundida. ¿De qué habla?

—Nuestros correos sobre vengarnos de Danny, cuando las cosas estaban raras entre vosotros.

Lo recuerdo.

—¿Sí? —El pavor me invade.

—Estaban en mi servidor laboral y… y alguien del equipo de medios los encontró.

Enderezo la espalda, alerta.

—¿Y?

—Y —aúlla—… Hay una historia… No pude evitarlo. Se lo supliqué. —Un gruñido fuerte brota de ella—. Soy una estúpida, Charlie —susurra entre lágrimas—. Y lo siento muchísimo. Por favor, perdóname.

—¿Una historia? —pregunto, con el corazón en la garganta, mientras mi cerebro intenta comprender lo que dice—. Enséñamela —añado, respirando con dificultad.

Asiente, secándose las mejillas húmedas y luego toma su ordenador portátil.

—Veo todos los artículos antes de que se publiquen.

Gira el ordenador hacia mí e inhala con brusquedad.

El titular enorme me golpea.

> EL CEO DE NEXRION DANNY WALKER IMPLICADO EN UN ESCÁNDALO SEXUAL LABORAL.

A cada palabra que leo, siento como si hubiera insectos caminando por toda mi piel.

—¿Ha estado con otra persona? —susurro.

—Espera, no —dice—. Eres tú. El artículo es sobre ti.

Miro lo que dice debajo del titular.

Mi nombre. En todas partes. Su nombre. Nuestros secretos impresos en blanco y negro, pero distorsionados de manera exagerada y vil.

> Se dice que Danny Walker, de 41 años, le ofreció a su empleada, Charlotte Kane, una suma considerable de dinero para realizar actos sexuales explícitos y sórdidos.
>
> Danny Walker cuenta con un largo historial de acusaciones de coqueteo…
>
> … se expuso a sí mismo y realizó propuestas indecentes…

La sangre abandona mi rostro y las palabras bailan frente a mis ojos.

—Pero no me ofreció dinero por eso —exclamo—. Está todo mal. Distorsionado.

Miro la pantalla, ya sin leer.

No puede estar pasando. Soy una empleada de soporte de poca importancia en un piso lleno de ratones. No soy digna de aparecer en un periódico. Pero Danny Walker sí lo es.

El dolor abrasador me invade. No hay vuelta atrás de esta huella digital, de esta difamación. Perderé mi empleo. Incluso si no me despiden, tendré que irme. ¿Quién me contratará después de esto?

Un millón de imágenes atraviesan mi mente. El rostro furioso de Tristan, Alex, Jackie, todos los programadores, todos en el trabajo riendo y murmurando sobre la zorra de la oficina; la vergüenza de mamá y su aislamiento consecuente, otra vergüenza familiar… pero la imagen que permanece en mi mente más que ninguna otra, y que me apuñala, es Danny: la furia de Danny, la angustia de Danny, el odio de Danny hacia mí.

Yo le he hecho esto.

El artículo no es un reflejo fiel de mí, pero ¿de Danny? El reflejo de Danny está en otro nivel. Lo han distorsionado muchísimo. Me hacen parecer una zorra cazafortunas y a él un Casanova pervertido que acosa a su personal.

—¿Charlie? Por favor, háblame.

—¿Ya está publicado? —sollozo.

—No —dice—. Pero irá a imprenta el sábado.

—¿Podemos detenerlo? ¿Puedo hablar con alguien y decir que es mentira? —La fulmino con la mirada—. Mierda, no puede ser legal. No es verdad.

—Puedes intentar demandarlos por difamación después —dice en voz baja—. Pero no puedes detenerlo a tiempo. —Traga saliva—. ¿Me odias? —susurra.

Exhalo con pesadez.

—No, Julie. Pero sé de alguien que sí me odiará.

Asiente.

—¿Lo invitarás a venir? —Suelta una risa sin gracia—. Me estrangulará.

—No. —Niego con la cabeza—. Está muy ocupado. Necesito decírselo ya. Por teléfono.

Miro mi móvil, inhalando hondo.

Julie me pregunta algo, pero apenas la escucho por encima del rugido en mis oídos.

Sujeto el aparato, camino por el pasillo hasta mi habitación y cierro la puerta. Tecleo con los dedos temblorosos y su nombre aparece en pantalla.

—Charlie. —Sé por su tono que está sonriendo.

—Danny —respondo con voz aguda, reprimiendo las lágrimas.

—¿Charlie? —Su tono se vuelve alerta—. ¿Estás bien?

Tengo que hacerle entender que no era mi intención que nada de esto pasase. Tiene que perdonarme. No puedo perderlo.

—Lo siento —susurro—. Saldrá un artículo… Es terrible… Sobre nosotros.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta con voz más tensa—. Tranquila, cariño. Todo está bien.

—No lo está —mi boca seca escupe las palabras—. Es culpa mía. Es de la empresa de medios de Julie. De unos correos entre ella y yo sobre… nosotros.

Silencio.

—Envíamelo —responde, serio.

Abro de nuevo el ordenador y, con manos temblorosas, reenvío el correo de Julie al correo personal de Danny. Es un borrador de cómo

quedará el artículo final.

—¿Ya lo has recibido? —susurro.

—Aún no… Sí, aquí está.

Contengo el aliento mientras escucho su mente trabajando al otro lado y un insulto escapa de su garganta. ¿Por qué no me habla?

—Lo siento muchísimo —sollozo—. Nunca quise que…

—No importa. —Su voz suena grave, fría, y eso hace que mis ojos se llenen de lágrimas.

—¿Puedo ir a tu casa?

Tarda mucho en responder.

—No sería aconsejable —responde con tono monótono—. Debo irme. No hables con nadie sobre esto.

El teléfono se corta; el silencio me aplasta.

No puedo respirar.

Me siento en la cama, sin moverme, mirando la pared.

Estará ahí para siempre. Mi nombre, su nombre, nuestra relación manchada en internet.

Todo ha terminado.

He arruinado mi reputación y mi relación. Lo he jodido todo. Tristan estará devastado y se peleará con Danny, lo culpará por esto. Mamá quería mudarse otra vez. La segunda desgracia de la familia. Nunca más podré volver al trabajo.

A las once de la noche, no me he movido de mi postura en la cama, y le envío un mensaje.

Por favor, háblame. Lo siento. Tengo miedo.

Espero. Y espero. Y espero.

A la una de la madrugada, mi teléfono vibra.

No vayas a la oficina mañana.

Eso es todo.

Las lágrimas caen y lloro tan fuerte que Cat viene, se sienta en la cama y me abraza.



Dicen que todo se ve mejor por la mañana.

Mentira. En mi caso, el dolor es peor. He dado vueltas en la cama toda la noche, esperando un mensaje que nunca llegó.

Atravieso el día como un zombi, sin comer, apenas bebiendo agua, paseando por la casa. No tiene sentido vestirme.

Intento llamarlo un par de veces, pero solo responde el contestador automático.

Él nunca rechaza mis llamadas; una vez incluso salió de una reunión con toda la junta directiva para hablar conmigo.

Cat no quiso dejarme sola, por miedo a que me cortara las venas o algo así, pero habría estado mejor a solas. Entré en el sistema a las nueve de la mañana para enviar un correo diciendo que estaba enferma. Y encontré un correo en el que me ofrecían el puesto de Arquitecta de Soluciones. Había conseguido el empleo.

Formaría parte del equipo que rediseña los productos. Eso implicaba que debía mudarme durante tres meses a la oficina de Nueva York, y querían saber si prefería buscar piso por mi cuenta o vivir en su apartamento para personal en Manhattan.

Es un triunfo agridulce. No importaría, el lunes: la oferta quedaría sin efecto. Nunca volvería a la oficina cuando la historia se publicase. Aún hay una persona a quien debo contárselo todo, y sin duda será casi tan difícil como decírselo a Danny.

Debo hablar con Tristan. El terror me invade.



Danny

—Imbécil de mierda.

Me tambaleo contra la puerta cuando su puño hace contacto con mi mandíbula.

La sangre fluye de mi nariz.

—Mi hermana —gruñe Tristan, con el rostro contorsionado de ira. Le he visto así de enfadado antes, cuando casi perdió a su hijo, pero nunca conmigo, nunca por algo que yo haya hecho.

Retrocedo mientras lanza otro golpe.

—Podrías tener a cualquier chica. ¿Y eliges acostarte con mi hermana?

—No fue solo sexo —susurro con voz ronca—. Ella me importa.

—¿Te importa lo suficiente como para arrastrar su nombre por el barro?

—¿Puedes entrar para que hablemos de esto? —pregunto en voz baja, manteniendo la puerta abierta. Hay sangre manchando el suelo.

—Si entro, destruiré cada maldito objeto de tu casa. ¿Qué fue? ¿La adrenalina de ir detrás de alguien prohibido? —grita, con el rostro a centímetros del mío—. ¿No pudiste mantener tu pene en tus pantalones? Explícame por qué acostarte con mi hermana justifica echar a perder nuestra amistad.

—Hablaba en serio, ella me importa.

—Mentira —sisea, con el rostro contorsionado—. Si te importara, no te habrías aprovechado en la oficina. No habrías permitido que esa historia retorcida saliera a la luz.

—Estoy ocupándome de eso, Tristan. Lo siento —suplico—. Perdóname por actuar a tus espaldas. Nunca haría daño a Charlie. La llevé a las Shetland —añado.

Me mira con atención.

—¿Por qué?

—Ya te he dicho por qué. Ella es importante para mí.

—Tienes un aspecto horrible. —Ríe sin humor—. Espero que no estés durmiendo bien con todo esto.

—No he pegado ojo desde que me enteré del artículo.

Parece un poco más tranquilo.

Miro a mi amigo más antiguo y más cercano; mis ojos suplican su perdón.

—¿Podemos recuperarnos de esto?

—Escúchame, por ahora solo mantén distancia. Mantente lejos de mí. Lejos de Charlie.

—¿Cómo está? —pregunto, vacilante. Él entrecierra los ojos.
—¿Cómo crees que está? Está destrozada. Llora todo el tiempo.
Cierro los ojos y exhalo. La idea de Charlie sufriendo me mata.



32
Charlie

Ha llegado el día.

Hay una incomodidad latente y permanente en mi estómago, deseando crecer. Es sábado por la mañana y no he dormido una hora seguida desde el jueves.

No ha habido contacto de Danny. Cero. Nada. Da igual cuántas veces haya revisado mi móvil y mis correos por si había escrito a mi dirección laboral.

Por poco me he comido los dedos. Tengo las uñas mordidas hasta el límite. No me he duchado en dos días y apenas he dormido. Soy un zombi andante.

¿Cómo me preparo para el melodrama que ocurrirá? ¿Se lo advierto a mamá y a Callie? ¿Lo niego? ¿Es verdad lo que dicen? ¿Las

noticias de hoy son el descarte de mañana? Tal vez fuese así en el mundo de la prensa; pero nuestra huella digital permanece con nosotros para siempre. Si alguien me busca, lo verá una y otra vez.

Los peores escenarios inundan mi cerebro. ¿Será desastroso? ¿Danny está tan enfadado que me demandará por difamación?

Necesito ver su rostro, que me abrace y me diga que todo saldrá bien, que somos más fuertes que esto.

Pasan minutos hasta que el departamento de medios de Julie publique las nuevas noticias. Cat y Suze están sentadas una a cada lado de mí en el sofá.

Julie está con su ordenador portátil, actualizando la página cada diez segundos, esperando que el sitio web lance los artículos de hoy. Evaluará lo grave que es la situación para mí, ya que nos pareció mejor que yo no viera los comentarios maliciosos inmediatamente después de que se publique.

—Está en línea —dice con voz aguda; cierro los ojos e inhalo hondo.

Cat y Suze sujetan mi mano, una a cada lado.

—No lo entiendo —dice Julie.

Abro los ojos.

—¿Qué? —exclamo—. ¿Qué no entiendes?

Frunce el ceño mientras observa la pantalla.

—Eres tú, pero no eres tú.

—¿Qué quieres decir? —Me acerco y le quito el ordenador.

—Tu nombre, no lo veo.

Leo rápido el artículo, que me sé de memoria. Es el mismo que he leído cien veces en dos días, intentando encontrar un giro positivo.

Pero algo va mal.

Lo leo de nuevo. Y otra vez.

—Leed esto —les digo a Cat y a Suze—. ¿Qué demonios está pasando?

El nombre de Danny está. Pero ¿el mío? Me he convertido en una empleada sin rostro y sin nombre.

—Dios mío. —Julie se cubre la boca con una mano—. Ha encontrado la forma de mantenerte fuera del artículo.

—¿Nadie sabe que soy yo? —Parpadeo—. ¿Cómo? ¿Cómo lo ha hecho? —El alivio me inunda como si alguien hubiese abierto un grifo.

Ella hace una pausa.

—No tiene sentido. Es una historia más lucrativa si te mencionan. —Julie abre mucho los ojos—. Debe de haberles pagado una fortuna para mantener tu nombre fuera.

—¿Me ha protegido? —pregunto con voz diminuta—. Pero ¿por qué no evitó que se publicara por completo?

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Obviamente se ha usado a sí mismo como herramienta de negociación. Para que publiquen la historia, pero sin tu nombre. Es casi imposible impedir la publicación de un artículo en marcha, a no ser que haya una amenaza para la vida. Solo puedes lidiar con las consecuencias que tenga.

Me desplomo en el sofá mientras dos días de emociones devastadoras y cansancio me invaden.

La historia fea y escandalosa sigue ahí fuera para que todo el mundo vea su nombre en ella. Él nunca me perdonará por esto. Nunca me abrazará ni me besará otra vez.

Danny, sé lo que hiciste
por mí. Por favor,
háblame.

El mensaje aparece como leído y espero.

No hay respuesta.

Sé el código de la puerta, así puedo entrar en lugar de llamar para que me haga pasar. Desde que empezamos a salir, me dio el código y entraba cada vez que lo visitaba.

Aunque ahora mismo no sé si es la mejor opción. Es domingo por la tarde, han pasado veinticuatro horas desde la publicación del

artículo, y él no ha respondido ninguno de mis mensajes.

Pero no quiero tener esta conversación a través del intercomunicador. ¿Y si no me deja entrar? No, necesito que vea mi rostro, que vea cuánto lo siento y lo dolida que estoy. Que vea lo destrozada que estoy.

Así que estoy aquí, frente a su puerta, llena de miedo y nervios.

Inhalo hondo y pulso el interfono.

Espero escuchar una voz seca, grave y escocesa, pero la voz femenina familiar que resuena por el pasillo es diez veces más aterradora.

—¿Es la comida, cariño?

Se me hiela la sangre al darme cuenta de a quién pertenece la voz.

Los pasos se acercan a la puerta.

El pánico aumenta en mí y corro por los escalones, cruzo la entrada y me alejo de la puerta, la grava volando bajo mis pies. Agitada, me detengo fuera de su vista, escondida tras una de las columnas grandes.

Espiando, veo aparecer en la puerta a mi peor pesadilla, vestida con la camiseta de Danny y un par de pantalones cortos. Una camiseta que él me ha prestado a mí.

Ella mira a su alrededor, confundida.

—¿Quién es? —dice la voz escocesa familiar, acercándose a la puerta.

Cubro mi boca con la mano para ahogar mi llanto.

—Nadie. —Ella se encoge de hombros y se vuelve, sonriendo.

Cierra la puerta y, por un instante, me quedo paralizada, incapaz de procesar lo que acaba de pasar. Después, algo se quiebra en mi interior y me desplomo en el suelo.

El aire que he estado conteniendo escapa de mis pulmones y me ahogo. Se acabó. Nunca nos recuperaremos de esto, nunca volveremos atrás. Todo lo que teníamos no significó nada. Él ha seguido adelante.

Empiezo a llorar sin control, sentada en la calle.

Danny Walker me ha abierto el pecho y ha partido mi corazón en dos.



Estoy sentada en el sofá, con Cat, Suze y Julie observándome. Debido a mi estado, Cat fue a recogerme a Richmond y me acompañó el resto del camino hasta el piso.

—Jackie. —Los ojos sorprendidos de Cat encuentran los míos.

—Sí.

—¿En serio? ¿Jackie? —repite una octava más alta—. Sé que es guapísima, pero es tan insoportable. No puedo creer que lo haya hecho.

Me encojo de hombros mientras limpio las lágrimas de mi rostro. Tengo las mejillas rojas y doloridas de tanto llorar. Suze me mira desde el suelo.

—Pero le gustabas mucho. Era tan reacio a salir con alguien del trabajo y… ¿va y lo hace otra vez? No tiene sentido.

Suelto una risa sin alegría.

—Es el jefe. Puede hacer lo que le dé la gana. Ve algo que le gusta y lo toma. Lo sabía. Vi las señales. Soy tan estúpida.

Suelto un sollozo y Cat me rodea con un brazo.

—Cambiaba de novia cada dos meses. ¿Qué esperaba? ¿Que se quedase sentado llorando por mí?

—Es todo culpa mía —susurra Julie desde el rincón, mirando al suelo—. El artículo, tu ruptura. Lo he estropeado todo.

Me inclino hacia ella y le sujeto la mano.

—No, Julie, no es cierto. No le obligaste a seguir adelante con Jackie. Si puede olvidarme tan rápido, entonces no era quien yo creía que era. Tienes que volver a la normalidad. —Río entre lágrimas—. Que seas tan amable conmigo me preocupa. Deberías decirme que me ponga los pantalones y que lidie con esto.

Ella sonríe, aliviada.

—¿Qué harás? —pregunta Cat con dulzura—. ¿Rechazarás el trabajo en Nueva York?

Hago una pausa.

—Creo que lo aceptaré. Me hará bien pasar un tiempo lejos.

—¿Sola? —Abre los ojos de par en par—. ¿Crees que es un buen momento?

Las miro. Parte de mí quiere dejar Nexrion para no tener que ver a Danny Walker nunca más. Pero otra parte quiere ese puesto; he trabajado por él. Es mío. Que Danny pueda descartarme no significa que deba renunciar a todo lo demás.

—Lo aceptaré. —Asiento con firmeza—. Mi nombre no salió en el artículo. De hecho, podría ser Jackie. La gente lo creería. Siento que es lo correcto… Un nuevo inicio. Tres meses lejos para despejar la mente.

—No me gusta la idea de que justo ahora estés sola. Me preocupo por ti. Estás tan… perturbada. —Cat me mira—. Nunca te había visto así.

—Estaré bien. —Sonrío con tristeza—. Me vendrá bien.

Ella asiente, aunque no está convencida.

—¿Cuándo te vas?

—Necesito organizar los detalles con ellos, pero dicen que puedo ir la semana que viene. Trabajaré desde la oficina de Nueva York y empezaré en el puesto de diseño a media jornada mientras preparo un plan de transición para mis tareas actuales. Fusionarán mi rol en el equipo de Nexrion, así que esto les viene perfecto.

—Suelto una risa amarga—. Al final Danny tenía razón. Habrían eliminado mi puesto y me habrían vuelto prescindible. Quizá intentaba hacerme un favor.



Más tarde esa noche, decido que hay algo urgente que necesito hacer para intentar tener esperanzas de recuperarme.

> Danny, quiero disculparme por la vergüenza que te he causado con el artículo. Nada de eso fue mi intención. De corazón, espero que mi hermano y tú podáis reconstruir vuestra amistad. Lo último que querría es interponerme entre vosotros. Cometimos un

error, pero estoy segura de que coincidirás en que, por el bien de Tristan, debemos ser civilizados y aprender a tolerarnos… quizá incluso algún día podamos ser amigos.

Aceptaré el puesto en Nueva York, así que no tendrás que verme. Los dos seguiremos adelante, y es lo mejor. Espero que aún me permitas aceptar el nuevo puesto, más allá de todo el drama que he causado. No seré la mocosa que solía ser. Cuando nos veamos de nuevo, será como si nada hubiera pasado.

Lo envío a su correo personal en vez de a su teléfono. De ese modo, no sabré cuándo lo lee.

Está hecho.

Luego, me tumbo en la cama y miro, inerte, el techo.

Mentí en el correo. Jamás podré seguir adelante sin él. Sin lo nuestro.



33
Charlie

UN MES DESPUÉS

—Así se verán las funciones principales —explico, deslizando con orgullo los dedos sobre la pizarra blanca—. Necesitaremos probarlo con nuestros clientes actuales, pero conozco a algunos a quienes les encantará participar. Nos darán un *feedback* honesto para poder pulir después el prototipo.

Miro a Joe y vacilo.

—Brillante —dice, regalándome toda la fuerza de su sonrisa perlada. ¿Cómo es posible que cada estadounidense en Nueva York tenga una sonrisa propia de Hollywood? Me estoy acomplejando.

Se levanta de su silla y observa la pizarra.

—En serio, Charlie, son ideas brillantes. Son visiones sólidas para el producto.

Esbozo una gran sonrisa. Joe tiene un encanto clásico: es alto, de piel morena y es atractivo. He conocido a muchos hombres así en Nueva York: es una fiesta constante de cuerpos musculosos, mandíbulas cuadradas y dientes blancos. Es agradable observarlos un segundo fugaz, pero no han ayudado en absoluto a reparar mi corazón destrozado.

Es la primera sonrisa que ha llegado a mis ojos en semanas. Desde antes de la noche en que encontré a Julie llorando en el sofá.

—¿Podrás hacer un prototipo con esto?

—Por supuesto. ¿Trabajamos en ello mañana y se lo presentamos a Karl el jueves? —pregunta.

—Claro. —Le sonrío con alegría—. Ya es hora del vino, ¿verdad?

—Creo que sí. —Me devuelve la sonrisa—. Iré a buscar a los demás, ¿vale?

Asiento mientras recojo la sala y guardo mi ordenador. Miro mi reloj: son las siete de la tarde. En casa es casi medianoche; probablemente sea demasiado tarde para devolver la llamada a Tristan. La última semana no hemos conseguido coincidir en ninguna llamada.

Camino hacia los ventanales que llegan hasta el techo, como hago cada noche, y contemplo el paisaje.

Es mi ritual nocturno. No importa lo tarde que termine de trabajar, siempre reservo este momento para cerrar el día. Es lo único que me aporta un poco de quietud.

Estamos en el piso veinte, y nunca me acostumbraré al horizonte de Manhattan en la oscuridad, con las luces coloridas de los rascacielos danzando al unísono. A lo lejos veo el icónico Rockefeller Center. Al parecer, en unas semanas podremos ver el árbol de Navidad. ¿Trabajar aquí con este fondo? Nunca me cansa.

—¿Lista, Charlie? —Joe coloca una mano en mi hombro, interrumpiendo mi ensimismamiento—. Vamos a Dead Rabbit.

Asiento, me pongo el abrigo y recojo mi bufanda y mi gorro. Vacilo, como siempre, al percibir aún el atisbo del aroma que había antes. El aroma de nuestro fin de semana junto al fuego en Shetland. Uso estas prendas todos los días, no solo porque el invierno neoyorquino es brutal, sino porque, de un modo retorcido, me hacen sentir cerca de él.

—¿Qué comeremos? —pregunto, dubitativa. Joe se encoge de hombros.

—Comeremos en el Dead Rabbit.

Suelto un gruñido.

—Escucha, sé que Nueva York es un paraíso gastronómico, pero las raciones… Me va a crecer un hocico y una cola.



Dead Rabbit está lleno cuando entramos, y veo al menos cinco miembros del equipo en una de las mesas del fondo, mientras un par más juegan a los dardos. Adoro estos bares de estilo estadounidense, con sus suelos de madera antiguos y mesas dignas de la época de la Ley Seca. A veces, los sábados, vengo sola y paso horas escribiendo canciones y conversando con los camareros. Aquí, en Nueva York, ser camarero y atender la barra es un arte: los barmans son consejeros, y las camareras leen la mente, saben exactamente cuándo acercarse y cuándo darte espacio.

Nos abrimos paso entre la multitud hasta la mesa.

—Charlie. Joe. —Karl nos sonríe, haciéndonos señas—. ¿Qué vais a pedir?

—Dos Old Fashioned, jefe, por favor —dice Joe. Mira al grupo.

—Dos Old Fashioned, dos *whiskey sour* y un *gin tonic,* enseguida.

—¿Necesitas ayuda, Karl? —grito por encima de la música.

—Sí. —Sonríe, colocando su mano en mi cintura mientras avanzamos hacia la barra.

—¿Cómo estás, Charlie? —Parece genuinamente preocupado—. ¿Te gusta Nueva York?

—Me encanta Nueva York. —Y no miento. Adoro la ciudad. He recorrido cada centímetro de esta jungla de cemento brillante y de sus parques. Son mis distracciones.

—Parece que has encajado en el equipo de diseño sorprendentemente rápido. —Me mira, y sonrío ante el cumplido—. Lamento no haber estado cerca para asegurarme de que estuvieras bien la semana pasada.

Escuché que estuvo en una conferencia tecnológica en Singapur.

—No necesitas asegurarte de que esté bien, Karl. —Frunzo el ceño —. Tienes a cientos de personas de las que ocuparte en la oficina.

Aparta la mirada un instante, como si fuera a decir algo, pero se detiene.

Cree que necesita tener cuidado conmigo tras lo sucedido con Danny.

Ha habido una regla implícita desde que llegué a Nueva York: no hablamos de Danny. Karl me llevó a comer un par de veces durante mis primeras semanas aquí. Hasta entonces solo nos habíamos cruzado en las fiestas de Tristan, así que nunca llegamos a conocernos bien. Era una relación superficial, pero aquí he podido pasar tiempo con él. Hablamos durante horas sobre los planes de los nuevos productos de Dunley.

—¿Tienes planes para el fin de semana? —pregunta mientras entrega su tarjeta al camarero.

—En realidad, trabajaré un poco el sábado —admito con timidez.

—¿Trabajarás el fin de semana? —Alza una ceja—. ¿Estamos explotándote demasiado?

—No. —Sonrío—. Solo quiero terminar algunas ideas de diseño para que Joe pueda construir los prototipos.

Inclina la cabeza, observándome.

—Te estás destacando mucho en este rol, Charlie. Te sienta bien. Nunca me había dado cuenta de que tuvieras una veta creativa.

—Gracias, Karl. —Me ruborizo—. Significa mucho viniendo de ti.

—Pero no te pases todo el fin de semana trabajando, ¿vale? —dice mientras me entrega los whiskies.

—No lo haré —prometo—. El domingo Joe me llevará al museo de Brooklyn.

Karl alza una ceja.

—Con que Joe, ¿eh? Vive en Brooklyn, ¿verdad?

—Sí —respondo con un deje de fastidio. ¿Qué insinúa?—. Me ha estado enseñando la ciudad.

—¿Sabías que le gustas?

—No hay nada entre nosotros, Karl. —Frunzo el ceño.

Un destello de interés cruza sus ojos y se desvanece.

—Me alegro de que tengas a alguien que te enseñe la ciudad. ¿Conoces a alguien más aquí?

—No. —Me encojo de hombros.

Y no me molesta. Porque cuando dejo de recorrer las calles, de entrar en museos, galerías de arte, clubes de comedia y hamburgueserías, cierro la puerta de mi precioso *loft* y puedo estar sola para llorar.

—Vayamos a comer juntos pronto, ¿sí?

—Me encantaría. —Asiento, sonriendo. Bebo un trago largo de mi *Old Fashioned.* Me quema la garganta, pero quizá me ayude a dormirme antes.

Vaya.

Conque así es como alguien se vuelve alcohólico.



Es medianoche cuando regreso al apartamento y me quito los zapatos. Es demasiado tarde para ser una noche entre semana con la cantidad de trabajo que tengo que hacer mañana.

Aunque echo de menos a Cat y a las chicas, adoro vivir sola en este apartamento precioso, con ladrillos vistos y techos altos con vigas, algo que nunca podría permitirme si Nexrion no fuera el propietario.

Enciendo la calefacción, me pongo unos pantalones deportivos y me siento en el sofá, con las piernas cruzadas, el portátil en el regazo

y mi píldora natural para dormir disolviéndose en agua caliente.

Luego miro las fotografías que hice con mi cámara profesional y dejo que caigan las lágrimas. Parecíamos la pareja más feliz del mundo. Como si estuviéramos hechos el uno para el otro.

Desde hace cuatro semanas sigo este ritual.

Qué divertido, pienso con sarcasmo.

Durante el día soy la Charlie alegre que explora lo mejor de Nueva York, pero por la noche, sola en mi apartamento, me permito llorar.

Reproduzco cada interacción que hemos tenido con detalle microscópico, y luego me torturo con escenarios del presente. ¿Cuántas veces se ha acostado con Jackie? ¿Es solo sexo o le gusta? ¿La ama? ¿La llevará a Shetland? Pensarlo paraliza mi corazón.

Stevie me cuenta un poco de lo que ocurre en Londres. Le han dicho que puede conservar su puesto. Según ella, Jackie ha faltado por enfermedad y Danny da vueltas permanentemente de mal humor. Julie dice que ha denunciado a su empresa de medios por difamación.

En el trabajo, las cosas han vuelto a la normalidad: él es el CEO y yo solo soy una empleada. Recibo mi paga, recibo sus correos motivacionales para toda la empresa y, una vez al mes, escucho con dolor una llamada en directo que hace con todos los empleados.

Cierro la colección de fotos y abro el *software* de música.

Las últimas semanas he estado escribiendo material nuevo, mucho más oscuro que mis melodías alegres habituales, porque escribir sobre el dolor revive el dolor, y mi lado sádico quiere sumirse en esta oscuridad el mayor tiempo posible.

Subo las canciones a OpenMic. Están recibiendo interacciones y las visualizaciones aumentan día a día. Supongo que hay mucha gente en duelo y con el corazón roto en el mundo.

Veo un mensaje en mi bandeja de entrada.

Samantha Dalton, directora creativa, DreamWorks Pictures.

Samantha quiere hablar sobre usar mi música… Claro, Samantha, si es que ese es tu verdadero nombre.

Recibo cientos de mensajes así cada día. Samantha promete comercializar mis canciones por solo cinco mil dólares y hará que gane millones.

Inclino la cabeza a un lado, observando la pantalla.

—Son maravillosos, Joe.

Él sonríe con arrogancia.

—Lo sé, ¿verdad? La junta quedará deslumbrada.

Me estremezco. En una semana presentaremos nuestra propuesta de productos ante la junta directiva de Nexrion. Existe la posibilidad de que Danny asista, aunque su calendario nunca se confirma hasta pocos días antes, cuando su equipo decide qué eventos son prioritarios. Dado que suele estar sobrecargado de compromisos, este no está en la lista de los más importantes. Karl ya me ha confirmado que es poco probable que Danny venga.

Hemos trabajado día y noche en esta presentación durante tres semanas, y estoy decidida a no estropearlo. Es curioso cómo un corazón roto te convierte en adicto al trabajo.

—Dame un minuto, Joe. —El nombre de Tristan aparece en mi teléfono, y me aparto al fondo de la oficina para tener privacidad.

Son las diez de la noche en Londres.

—Hola, hermana. —Su voz cálida inunda el teléfono.

—Hola. —Sonrío, feliz de oír a mi hermano mayor.

—Has estado ignorándome otra vez —protesta.

—Lo sé, lo siento. He estado ocupadísima con el nuevo proyecto. Lo presentaremos ante la junta la semana que viene y el diseño ha llevado mucho tiempo —digo con entusiasmo.

—Me alegra volver a escuchar pasión en tu voz. Me preocupas, Charlie. Has estado distante desde que llegaste a Nueva York.

—Perdóname por haber estado distante. —Trago el nudo en la garganta—. Solo necesitaba tiempo… después de todo lo que pasó.

Hay una pausa larga.

—Quizá deberías buscar otro trabajo. Hay algunos puestos de IT en mi empresa que necesitamos cubrir. No es saludable trabajar para Danny después de lo ocurrido. No es normal.

—Nunca lo veo. Está bien. Por ahora, me encanta el puesto. Cuando vuelva a Londres, buscaré otra empresa.

—Charlie, él irá a Nueva York la semana que viene.

Mierda.

La presentación. Apostaba a que no vendría. Inhalo con brusquedad.

—¿Cómo lo sabes? ¿Estáis hablando otra vez?

—No —suspira—. Necesito distancia de él. Jack me lo contó.

—Ojalá hablases con él, Tristan. Ya he causado suficiente daño, por no mencionar que he arruinado vuestra relación.

—Nada de esto es culpa tuya —responde—. Él es mayor, más sabio. Cielos, es el jefe.

—¿Qué más dijo Jack? —Mi estómago se retuerce. Tristan suelta un suspiro largo.

—Jack dice que está mal.

—¿Por el estrés del artículo?

—No —dice despacio—. Eso no le afectó. No le cuenta mucho a Jack, pero creemos que es por ti.

Me tenso.

—Lo dudo, Tristan. Me superó rápidamente.

—¿Cómo lo sabes?

No quiero tener esta conversación con mi hermano.

—Se acostó con nuestra recepcionista tres días después de todo —digo con voz ahogada—. Con Jackie.

La sangre abandona mi rostro al decir su nombre en voz alta.

Él maldice en voz baja.

—Es un maldito imbécil, lo mataré. Aun así, debió afectarle porque pagó medio millón para mantener tu nombre fuera del artículo.

—¿Qué? —pregunto en voz alta.

—Pagó para que no incluyeran tu nombre en el artículo —repite Tristan—. Pensé que lo sabías. Le pagó al reportero entre medio millón y un millón.

—No lo sabía —susurro, mientras mi mente da vueltas.

—Hizo lo correcto —añade con rencor—. Se lo concedo.

—Debió de hacerlo por ti —digo en un hilo de voz—. Por vuestra amistad.

Resopla.

—Por favor, Tristan. La relación entre Danny y yo está arruinada. Pero tú le debes veinte años de lealtad. Recuerda que estuvo a tu lado durante todo el drama con Gemina. El artículo no fue culpa suya. Fue culpa mía —continúo—. Soy una mujer adulta, y habernos involucrado es responsabilidad compartida. No puedes seguir culpándole.

—Necesito tiempo. Me traicionó.

—Cometió un error.

—¿Qué pasó entre vosotros? —pregunta con suavidad—. Nunca había llevado a una chica a Shetland.

Suspiro.

—Creía que teníamos algo especial. Lo malinterpreté. Escucha, tengo que irme —digo mientras otra llamada entra en la pantalla.

—Adiós, hermana. La próxima vez, atiende a la primera.

Contesto al número desconocido; no es un prefijo de Nueva York ni un número del Reino Unido.

—¿Hola?

—Hola, ¿Charlotte Kane? —dice una voz femenina con acento estadounidense.

—¿Sí?

—Hola, Charlotte, soy Samantha Dalton, de DreamWorks Pictures.



34
Danny

—Hazlos pasar. —Laura, nuestra jefa de producto, mira a Tracey y asiente.

Estamos sentados en la sala de reuniones del piso veinte esperando a Charlie y a uno de los diseñadores para que presenten ideas para la próxima generación de productos Dunley.

Tamborileo los dedos sobre el escritorio y Karl alza las cejas para que me detenga.

Sigo haciéndolo.

Tracey regresa a la sala seguida de Charlie y de un muñeco Ken con dientes blancos. Creo que se llama Joel.

Todo mi cuerpo se tensa como respuesta. Ella lleva un vestido ajustado azul oscuro que acentúa el tono azul verdoso de sus ojos.

Dios, es preciosa.

Cruzo los brazos sobre el pecho e intento ocultar cuánto me desestabiliza su presencia.

Ella mira a todos los demás menos a mí mientras se presentan.

—Señor Walker —me dice el Ken con entusiasmo—. Es un honor que haya venido a escuchar nuestra presentación.

—Siempre me interesan las nuevas propuestas —respondo a secas, ignorándolo y mirando a Charlie.

Ahora ella está de espaldas a mí, reorganizando los cables entre el portátil y la pantalla. Veo que le tiemblan las manos y le noto los nervios.

—¿Podemos traer a alguien que ayude con las conexiones? —pregunto, irritado—. Tengo treinta minutos y el tiempo corre.

Ella se da la vuelta y abre los ojos de par en par, horrorizada, mientras el Ken reacciona y la ayuda. Se inclina sobre ella para agarrar el cable y coloca la mano en la cintura de Charlie para murmurarle algo al oído. Ella le sonríe y los celos me atraviesan.

Demasiada confianza, chaval. Aleja tus manos codiciosas de ella.

Exhalo con fuerza mientras Karl me lanza una mirada de advertencia para que me comporte.

Charlie carraspea y alisa su vestido con movimientos largos y nerviosos.

—Primero explicaré nuestro enfoque para desarrollar la propuesta. Hicimos una investigación de usuarios con diez de nuestros clientes y con algunas empresas más grandes que no utilizan el *software*. Analizamos los resultados de satisfacción del cliente de los últimos cinco años, pero también encontramos una dirección para el producto que indica dónde queremos estar dentro de cinco años.

Karl le levanta dos pulgares, y ella le dedica una sonrisa enorme.

Lo fulmino con la mirada. ¿Acaso todos los hombres en esta maldita sala están bajo su hechizo?

Ella titubea un poco; sospecho que es por el gruñido bajo e involuntario que se escapa de mi garganta.

—Esto es lo que proponemos para el primer año, para un producto mínimamente viable. —Explica la propuesta con orgullo en la voz. Dada su experiencia, es un rol importante para ella. Karl dijo que Charlie ha estado trabajando horas extra y fines de semana.

Parece que ha valido la pena: las ideas y la estrategia son concisas, viables e innovadoras.

—Bien —respondo cuando termina y su mirada se cruza con la mía por primera vez, haciéndola ruborizarse.

Parece triste.

—Luego… están estas… estas características… —balbucea mientras pasa de diapositiva.

Sé que mis ojos devorándola la distraen, pero no puedo apartar la vista.

El rostro de Charlie se vuelve escarlata mientras el equipo la interroga, diseccionando cada detalle de su presentación.

Son despiadados, lo admito. Incluso cuando ella queda atónita ante algunos comentarios abrasivos, intenta defender su postura de forma inexperta, pero firme.

La imagino sobre el escritorio de la sala, con el vestido subido a la cintura, las piernas abiertas y su piel rosada, suave y húmeda esperando mi lengua, pidiéndome que la llene.

Echo de menos sus gemidos.

Mi pene responde con un temblor.

Tranquilo, chico.

—Danny, estás muy callado. ¿Tienes alguna pregunta? —Laura me mira con una ceja alzada.

Vacilo, obligándome a centrarme.

—Son buenas ideas, sólidas. Pero tienes que mejorar la forma de presentarlas. Ha sido una presentación desordenada, tosca e inmadura.

Charlie se estremece físicamente y retrocede un paso.

—Pero es prometedora —añado, controlando mi tono—. Tienes la aprobación para continuar. Laura te explicará los próximos pasos para pasar a la fase alfa.

—Gracias. —Asiente, incómoda—. Señor Walker.

Con que ahora soy el señor Walker.

—El señor Walker no tiene más tiempo —dice Laura. Me mira—. Danny, tienes una llamada con el senador Williams ahora.

A la mierda el senador Williams.

Observo a Charlie y Joel guardar su equipo y la escucho reír por lo bajo mientras él le dice algo. Él se acerca y le acaricia el brazo.

Aprieto los puños. Este Joel es extremadamente irritante. ¿Cuánto han trabajado juntos en esta propuesta?

Salimos al pasillo. Charlie y Ken giran a la izquierda mientras yo giro a la derecha con el resto del equipo hacia el ascensor.

Laura me habla del siguiente lanzamiento del NextGen de uno de nuestros productos cripto, pero estoy demasiado alterado para escucharla.

—Charlie. —Me doy la vuelta y la llamo.

Todos se detienen, esperando.

—Está bien. —Les hago un gesto para que sigan—. Me gustaría hablar un momento con Charlie.

Ella abre los ojos de par en par, pero asiente y se detiene.

Me acerco hasta quedar a un metro de distancia.

El Ken permanece a su lado como un perro faldero. ¿A quién cree que se enfrenta?

—A solas. —Lo fulmino con la mirada.

—Señor, yo soy el diseñador. Estaría encantado de responder cualquier pregunta.

El chico es valiente, lo admito. Entrecierro los ojos.

—¿No me has oído?

—Claro, señor. —Parece molesto, pero se aleja por el pasillo con reticencia.

Centro mi atención en la criatura preciosa que destruye mi sueño. Ella clava los ojos en los míos a regañadientes.

—Danny —dice con susurro.

Mi pene tiembla con ese tono y esos ojos verdes enormes mirándome. Quiero alzarla en brazos y no soltarla jamás.

Concéntrate, Walker.

—¿Cómo estás? —pregunto con suavidad—. ¿El apartamento está bien?

—Es precioso. —Su rostro se ilumina y resisto el impulso de sujetarle las mejillas—. Adoro los techos altos y el ladrillo visto. El gimnasio, la calle amplia con árboles, la cafetería cerca… Es maravilloso.

—Me alegro.

Ella empieza a hablar, nerviosa.

—Cuando me preguntaron si quería un apartamento de la empresa, jamás imaginé que me quedaría en un sitio tan lujoso. Cada día, cuando vuelvo a casa, sigo sin poder creer que haya un portero que me abra la puerta. Me siento dentro de una película. No entiendo cómo los empleados pueden hospedarse ahí gratis.

—No pueden —admito, intentando no bajar la vista a su escote en V—. Es mi apartamento personal, no es de la empresa.

Enreda el cabello entre sus dedos, un tic nervioso que conozco bien.

—No… no sabía que era tuyo —balbucea—. Ahora entiendo por qué es tan bonito. Te he causado una molestia. Nunca lo habría aceptado si lo hubiera sabido.

—Nunca me causarías una molestia, Charlie. —Frunzo el ceño, sosteniendo su mirada—. Además, la casa de Karl tiene sitio para diez personas.

—¿Cómo está Jackie? —Las palabras le salen solas.

La miro, sorprendido.

—¿Karl te lo ha dicho?

—Sí —responde con una sonrisa frágil.

—No fue algo planeado, obviamente, pero a veces salen cosas buenas de los errores. Estamos muy ilusionados. Será el primer bebé Walker en la familia.

Retrocede con tanta fuerza que avanzo y sujeto su muñeca.

—¿Estás bien?

—¿Está embarazada? —pregunta en un hilo de voz.

—Sí. Pensé que lo sabías.

Se muerde el labio y mira al suelo.

—Creí que era solo sexo.

—Por lo general así se hacen los bebés. —Sonrío con ironía.

—Debo irme, Danny. —Aparta su muñeca de mi mano.

—Espera. —Alzo la voz—. ¿Estás saliendo con el tipo de la dentadura brillante?

Una sonrisa fugaz cruza su rostro.

—Todos los hombres con los que salgo tienen dientes brillantes. Tengo ciertos estándares.

—Sabes a quién me refiero —gruño—. A Ken.

Demonios, qué poco profesional. Cielos, forma parte de mi plantilla.

—¿Te refieres a Joe? —pregunta sorprendida—. No, claro que no salgo con Joe.

Bien. Más le vale mantenerse lejos antes de que lo reubique en otro equipo.

—Pero tengo citas —añade, mirando mis zapatos—. Estoy muy contenta. Quizá debería quedarme en Nueva York. No hay nada que me ate a Londres.

Aprieto la mandíbula.

—Supongo que no. Quizá deberías transferirte a la oficina de Nueva York. Sin duda el equipo podría gestionar el traslado.

Cuando levanta la mirada, creo ver el inicio de lágrimas en sus ojos.

—Adiós, Danny, cuídate.

La observo alejarse y siento cómo algo dentro de mí se rompe en mil fragmentos diminutos.



35
Charlie

Si creía que antes estaba sufriendo, solo me estaba engañando. Ahora me ahogo en dolor.

Nunca me he sentido peor. Es como si me hubieran arrancado el corazón del pecho. Incluso el abandono de papá parece una nimiedad en comparación.

Durante los últimos siete días, desde que me enteré del embarazo, he tenido una pesadilla recurrente en la que estoy en Londres y Jackie y Danny están allí con su hijo. Luego despierto cubierta de sudor frío y me relajo unos segundos al darme cuenta de que ha sido una pesadilla, solo para enfrentar la realidad aplastante de que es todo un hecho.

A veces empieza como un sueño feliz. Yo soy la embarazada de su bebé, y luego el bebé muere en una bolsa de aire.

A veces despierto llorando desconsoladamente. Un llanto inmenso que hace temblar mi cuerpo, que me ataca en oleadas imparables.

Durante el día, la situación no mejora. No me permito llorar, pero la nube oscura me sigue haga lo que haga.

En el trabajo, mis diseños siguen mejorando. El proyecto ha pasado a la fase alfa y están seleccionando los equipos de desarrolladores para empezar a trabajar en el nuevo *software* las próximas semanas. Tengo la posibilidad de transferirme a Nueva York si quiero. Debería estar contenta. Excepto que todo ha perdido la capacidad de darme placer. Ahora solo vivo en piloto automático.

Nunca volveré a besarlo. Ni a tocarlo.

Nunca lo llamaré mío.

Nunca engendraré a su bebé.

Debería haber sido yo.

Un taxi amarillo se detiene frente al edificio y una rubia alta y nerviosa baja con dos maletas.

Sonrío y bajo rápido los escalones.

—Julie.

Silba por lo bajo.

—Vaya, tía, qué edificio tan bonito.

—Por supuesto que lo es, es suyo. —Le doy un abrazo enorme—. Te he echado de menos.

—Oh. —Hace una mueca—. Debe de sentirse culpable si te hospeda aquí. ¿Podemos vandalizarlo cuando nos vayamos?

—No. —Pongo los ojos en blanco, arrastrando una maleta escaleras arriba. ¿Qué demonios ha traído?—. Todavía trabajo para su empresa, ¿recuerdas? ¿Qué tal el vuelo? —pregunto, empujando la puerta giratoria.

—¿Tienes un botones? —dice demasiado alto mientras Tom, nuestro portero, me saluda.

—Creo que no es el término adecuado. —Frunzo el ceño—. ¿Un botones no es quien hace recados?

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Pensaba que un botones era como los estadounidenses llamaban a un mayordomo.

—Tom tampoco es mayordomo, Julie —resoplo mientras entramos en el ascensor.

—Este sitio es maravilloso.

—Aún no has visto el *loft* —digo riendo.

—¿Ahora llamas *loft* a un apartamento? —protesta cuando llegamos a mi planta. Introduzco la llave y abro la puerta.

—¡Dios mío! —chilla, soltando el equipaje en medio del salón antes de correr en círculos por la estancia amplia—. El alquiler debe de ser carísimo. ¡Como miles al mes!

Corre hacia la ventana tan deprisa que me preocupa que la atraviese.

—¡Joder, la vista!

—Sí, es maravillosa —concuerdo—. Excepto que ahora está arruinada porque me recuerda a él.

Julie aprieta los labios.

—Necesitamos vino. El vino será tu medicina.

—Créeme, lo he intentado. Estoy en riesgo de volverme adicta —digo, alzando una botella de vino tinto de la bodega—. Lo único que hago es ahogarme en trabajo y en alcohol para ahogar mis penas. Todo lo que uso en este apartamento me recuerda a él, cada cosa de esta cocina, la cama, el baño. —Río con ironía—. Pienso en cómo lo usará Jackie cuando los tres vengan aquí a jugar a la familia feliz. En mi cabeza hay una familia de tres sentada junto al fuego con ropa navideña a juego, escuchando jazz de fondo. A él le gusta el jazz. Luego regresan a su preciosa mansión con vistas al Támesis, y a veces se van de vacaciones a las Shetland.

—Has analizado toda su vida. —Me mira, preocupada—. Charlie, tienes que dejar de torturarte.

Le entrego la copa de vino y me sirvo otra generosa.

—Me alegra que estés aquí. —Brindo con ella.

—Me alegra estar aquí —dice—. Estamos muy preocupados por ti en casa. Tus mensajes… pareces triste todo el tiempo.

Consigo esbozar una sonrisa y aparto la mirada.

—Será cada vez más fácil.

Ella bebe un sorbo.

—Qué vino tan bueno. ¿Cómo estaba él cuando lo viste la semana pasada?

Hago una pausa.

—Parecía tan poco afectado, tan normal. Seguía su agenda para no llegar tarde a su próxima reunión con un senador, mientras yo era un desastre patético.

—Reprimo las lágrimas—. Anhelaba su aprobación, quería que dijera que mis ideas eran buenas. Solo se quedó sentado, inexpresivo. Y después, como si nada, me dijo que va a tener un bebé. —Suelto un sonido a medio camino entre un resoplido y un sollozo—. Ni siquiera se dio cuenta cuando destrozó mi corazón en un millón de trocitos. Lo dijo como si fuera lo más normal del mundo. —Sorbo por la nariz—. Como si dijera «me han preparado mal el café, pero igual me gusta».

—Oh, Charlie. —Deja el vino y me abraza—. Sé que es horrible. Pero no abandones Londres por ese imbécil.

—Lo siento —lloro, secándome las mejillas—. Vienes a visitarme a Nueva York y yo me paso el rato lloriqueteando. Dudo que sean las vacaciones que querías. Estoy harta de llorar.

—Espero que no hayas pasado todas las noches llorando por Danny Walker.

—Claro que no —miento, apartando la mirada—. He visto gran parte de Nueva York. La verdad, Julie, es maravillosa.

—¿Cuánto tiempo te queda aquí?

—Solo una semana —calculo—. He estado aquí siete semanas. Luego tendré que volver a la realidad. —No quiero pensar en mi regreso a Londres, a la ciudad de Danny, Jackie y su bebé en camino —. Vamos a arreglarnos y salgamos a cenar, ¿sí?

Sonrío. Ella asiente.

—Has adelgazado muchísimo. Tienes que alimentarte. Quiero decir, estás fantástica, pero estás muy delgada. Si no empiezas a comer, te quedarás con dos uvas en lugar de tetas.

Suelto una risa breve.

—Con la desesperación royéndome el estómago, han dejado de funcionar. Comer se ha convertido solo en una obligación.

—Basta de penas. —Golpea la mesa con la mano—. Déjame ver ese contrato que mandó DreamWorks. Cien mil libras. ¿Esto es real?

Sonrío y abro el ordenador.

—Espero que mi amiga abogada de éxito pueda ayudarme con esto. Probablemente sea una estafa, así que no quiero hacerme ilusiones.

—¿Él lo sabe?

—¿Danny? Claro que no. —Me encojo de hombros—. No tiene motivo para saberlo. Ya no hablamos.

Ella alza una ceja.

—Estaría impresionado.

—Es irrelevante. —Sacudo la cabeza—. No tiene sentido intentar impresionarlo. ¿Para qué? Un hijo es… irreversible. Toma. —Giro el ordenador hacia ella y los nervios revolotean en mi estómago. El momento de la verdad.

Se pone las gafas y empieza a leer.

—Tiene que haber una trampa, ¿no? —pregunto, vacilante, observándola. Lo que leí parecía demasiado bueno para ser verdad. DreamWorks quiere comprar los derechos para usar una de mis canciones en una película.

Ella sigue leyendo y yo espero conteniendo el aliento.

Rompe el silencio con una risa chillona.

—No hay trampa. Joder, Charlie, es real.

Nos miramos un instante y luego el silencio estalla en histeria.

—¿Mi canción? ¿Mi canción? —grito mientras bailamos por la cocina como idiotas.

—¡Que te den, Walker! —grita Julie, salpicando vino sobre el suelo caro—. Charlie, cuando se estrene esta película estarás teniendo citas con actores de cine. Le devuelvo la sonrisa. Danny Walker puede irse al infierno. No lo necesito. Lo único que me ha causado es dolor.

La época de Navidad en Nueva York es mágica. Faltan cinco días para Navidad, y sé que cuando tenga que subir a ese avión de regreso a casa lo haré pataleando y gritando.

Julie volvió a casa esta mañana, y hemos hecho de todo: desde visitar los mercados navideños, patinar alrededor del Rockefeller y ver espectáculos de Broadway, hasta sentarnos en el regazo de un Papá Noel sexi en un club nocturno de Greenwich, pidiéndole que nos perdone por haber sido unas chicas malas este año.

Podría escribir una guía experta sobre qué hacer en Nueva York si eres una turista con el corazón roto. La mayoría de las actividades implican alcohol fuerte.

Esta noche es mi fiesta de despedida en la sucursal de Nueva York. Vuelvo a Londres por las vacaciones de Navidad para reflexionar sobre si quiero mudarme aquí. Estoy en un completo dilema, y eso es decir poco.

Ahora estamos cogiendo un verdadero impulso: el desarrollo ha comenzado y creemos que tendremos la primera versión lista para pruebas beta con algunos clientes seleccionados en seis meses. Estoy más ilusionada que nunca con un proyecto de trabajo y, por primera vez, me siento valorada. Laura es una jefa fantástica; es el tipo de mujer que te motiva y te anima a ser valiente con tus ideas. No puedo creer que aguantase tantos años trabajando para el imbécil de Mike.

No he visto ni oído nada de Danny desde entonces, excepto en las llamadas de conferencia para todo el personal.

El dolor desaparece despacio, pero de forma constante; supongo que es cierto lo que dicen: el tiempo todo lo cura. Voy encontrando más cosas con las que distraerme y sustituyendo la tristeza por un poco de felicidad.

Incluso he tenido unas cuantas citas, pero sigo demasiado sensible como para hacer algo más que coquetear con inocencia. Si intentase tener sexo, creo que empezaría a llorar desconsolada. Mi cuerpo rechazaría cualquier visión de un pene desconocido. Maldito Danny Walker por darme los mejores orgasmos de mi vida. Bien podría estar en celibato a partir de ahora.

El Dead Rabbit está a reventar. Parece que todas las oficinas de Nueva York han decidido celebrar su fiesta de Navidad aquí esta noche. Estamos apretados como sardinas borrachas y sudorosas.

Hay gente a la que no conozco, amigos de amigos y aquellos que querían subirse al carro de las bebidas gratis.

Estoy bebiendo chupitos con Laura, Joe y algunos de los desarrolladores. El tamaño de los chupitos es mucho mayor en Nueva York que en Londres, y me los estoy echando por la garganta tan deprisa como el oxígeno.

Menos mal que me he pedido unos días de vacaciones. Vuelo de regreso en dos días, así que para entonces debería haberme recuperado de la resaca.

—¿Te vas a quedar con nosotros, Charlie? —grita Laura, intentando hablar por encima de todo el bar, que canta *Fairytale of New York,* de The Pogues.

—Me lo estoy planteando —digo, sonriéndole.

—Bien. —Me pasa un chupito verde. Lo huelo y hago una mueca—. Porque encajas muy bien aquí. Vas directa a un ascenso. No quiero influir en tu decisión, pero me encantaría que te quedases en Nueva York.

—Jesús. —Karl se inclina detrás de mí, oliendo la bandeja de chupitos verdes.

—¡Karl! —Le paso un brazo por el cuello, demasiado borracha.

—Despacio, mujer. —Ríe—. Si vomitas esa cosa verde sobre mis zapatos, no te dejaré volver a entrar en el país.

—Ya os conocíais de antes, ¿no? —Laura nos mira con curiosidad.

—¡Sí! —grito por encima de la música—. Es amigo de mi hermano.

—Danny y Tristan, el hermano de Charlie, son más cercanos. Han sido amigos íntimos durante veinte años… —La voz de Karl se desvanece al darse cuenta de lo que está diciendo.

¿Siguen siendo amigos íntimos? Yo me encargué de joder eso. Trago el líquido verde y tirito cuando llega a mi estómago. La mención de Danny todavía me provoca una reacción física. Al menos aquí puedo esconderla con chupitos.

—¿Qué les has dicho al equipo, Charlie? —Karl se vuelve hacia mí mientras Joe empieza una conversación con Laura. Hay demasiado

ruido para hablar en grupo. Me muerdo el labio.

—Que decidiré durante Navidad. Es muy difícil porque puedo hacer el trabajo desde Londres o desde Nueva York. Adoro ambas ciudades. Nueva York sería un nuevo comienzo.

Él asiente, frunciendo el ceño.

—Entonces, de verdad se ha acabado todo entre tú y Danny, ¿eh? —Niega con la cabeza—. Pensé que llegaríais lejos.

Lo miro incrédula mientras repaso sus palabras en mi cabeza.

—¿En serio?

—¿Por qué no? —Se encoge de hombros—. Hacíais buena pareja. Él era muy feliz contigo. Podríais haber superado lo del artículo. Supongo que no estás interesada, ¿no?

Mis ojos se abren como platos. ¿Lo dice de verdad? ¿En serio me está preguntando esto?

—Puedo superar un artículo, claro. Lo que no puedo superar es un bebé. —Pongo los ojos en blanco, como si fuera obvio—. ¿Qué?

Él me mira confundido.

—¿Por qué iba a cambiar las cosas un bebé?

—¿Que por qué cambiaría las cosas que Danny tenga un bebé? —Mi voz sube una octava—. Karl, ¿estás intentando ser gracioso?

Me observa al menos durante un minuto.

—Charlie, ¿hablas en serio?

Esta es la conversación más extraña que he tenido en mi vida. ¿Será por estos chupitos verdes? ¿Llevan algún tipo de droga alucinógena? ¿Mi cerebro está distorsionando esta conversación?

—Joder. —Se tapa la boca con la mano—. No estás bromeando. ¿Por qué crees que es el bebé de Danny?

—¿Qué? ¿Estás muy borracho? —Le lanzo una mirada—. Él me lo dijo, Karl.

—¿Estás segura de eso? ¿Cuáles fueron exactamente sus palabras?

—No me acuerdo —gruño—. ¿Qué más da cómo me lo dijo? Estás actuando muy raro, Karl. Vi a Jackie en su casa. —Ahora me siento idiota al admitirlo, por si se lo cuenta a Danny.

—¿Cuándo? —Una arruga profunda aparece en su frente.

—Después del artículo. Quería disculparme en persona, así que fui a su casa y llamé al timbre —digo, nerviosa—. Pero entonces…

escuché una voz de mujer y salí corriendo a esconderme. Jackie salió con la camiseta de Danny puesta. Me fui en cuanto oí la voz de tu hermano.

Karl se queda muy quieto, mirándome como si fuera un extraterrestre.

—Cuando escuchaste mi voz, Charlie, escuchaste mi voz.

Abro la boca para contestar, pero los músculos no responden. ¿Está intentando gastarme una broma?

—Yo soy el que va a tener el bebé. —Me mira, incrédulo—. Por eso he estado tanto en Londres estas últimas semanas. Jackie y yo tuvimos un encuentro de una noche. No estoy orgulloso de ello… pero me haré cargo del bebé. Es mío. La llevé a casa de Danny esa noche. Él estaba furioso conmigo por eso.

Ahora todos mis músculos están paralizados. ¿El bebé es de Karl? Danny no está con Jackie. Danny no va a tener un bebé. Él no siguió adelante como yo pensaba… Al menos no con Jackie.

Mi cabeza da vueltas mientras mi cerebro intenta procesar esta nueva información.

Mierda.

—¡Perdón! —Salgo corriendo del bar, empujando a borrachos, y llego al aire fresco justo a tiempo para que el proyectil de vómito verde golpee el pavimento. Karl aparece detrás de mí.

—Lo siento —digo, limpiándome el reguero verde de la barbilla con timidez. Me dejo caer en un escalón junto a un kebab tirado en el suelo.

Él, con cautela, hace lo mismo.

—Estoy bien, Karl. No hace falta que te sientes. No quiero que estropees la ropa. Solo necesito un minuto.

—Un poco tarde para eso —dice, riendo, mientras señala sus zapatos manchados de vómito.

—Oh. —Me estremezco—. Perdón por eso. —Hago una pausa, intentando asimilar la noticia—. Él dijo que estaba ilusionado con el bebé. —Miro fijamente al otro lado de la calle.

Intento recordar nuestra conversación exacta. ¿Cómo pude entenderlo tan mal?

—Lo está. Los dos lo estamos, ahora que hemos superado el *shock* y lo hemos aceptado.

—Él no va a ser padre.

—No.

—Todo este tiempo pensaba que él había seguido adelante. —Hago una pausa—. Ya es demasiado tarde, ¿verdad? —pregunto en voz baja—. Fue tan frío y distante en la presentación. Le da igual si vuelvo a Londres. Básicamente me lo dijo.

—No estoy seguro de que sea así. —Karl hace una pausa y yo me giro hacia él—. Después del artículo y de la reacción de Tristan, quiso darte tiempo y espacio para que decidieras lo que querías. La verdad, no sé si es demasiado tarde. Cuando le dijiste que estabas teniendo citas y que te quedabas en Nueva York… parece que él cerró la puerta.

—¡Charlie! —Joe sale a toda prisa del bar mientras la gente le grita —. Están poniendo un anuncio de la película en la pantalla grande. Está sonando tu canción. ¡Mueve el culo y entra!

—¿Eh? —Karl me mira, confundido.

Mi boca se curva en una sonrisa atónita.

—DreamWorks ha comprado los derechos de una de mis canciones para su película.



36
Charlie

Tres vuelos, cuatro whiskies, dos bebés llorando, seis comidas de avión, cinco películas y ni un minuto de sueño después, aterrizo en el aeropuerto de Sumburgh. Me golpea la fría y dura realidad de mi decisión impulsiva.

Miro el cartel: «Bienvenido a Shetland».

¿Qué estoy haciendo?

Esta es la idea más estúpida que he tenido en mi vida. Fue solo un romance corto y luego terminó. ¿Y ahora viajo al otro lado del mundo como una acosadora loca hervidora de conejos?

Va a pensar que estoy chiflada. ¿Quién se presenta sin invitación dos días antes de Navidad? Karl dijo que la puerta se había cerrado.

¿Qué pensaba hacer? ¿Llamar a la puerta y decir que Papá Noel tenía una sorpresa especial?

Lo jodí, y solo puedo culparme a mí misma y a mis malditas inseguridades. Tristan siempre se burla de mí por ser demasiado impulsiva. Los tres vuelos me han dado mucho tiempo para pensar. Estaba demasiado atrapada en creerme el personaje de Danny el magnate tecnológico, y no supe escuchar a Danny el hombre. Danny el novio. He aprendido la lección, y puede que me haya salido caro y haya pagado con mi corazón.

Jo, Jo, maldito Jo.

Si esto sale mal, tendré que pasar la Navidad sola en un apartamento de alquiler vacacional rodeada de ovejas, sin pavo, solo con ese extraño *haggis* de pescado.

Mamá, Tristan y Callie creen que vuelo a Londres mañana desde Nueva York. Tendré que inventarme algo, como que me he ido a un retiro a Bali para encontrarme a mí misma, para no tener que decirles la verdad.

¿Quizá todavía no es demasiado tarde para echarme atrás? Todavía estoy en el aeropuerto, así que podría tomar el primer vuelo de regreso a Londres.

Aunque ahora están apagando las luces… ¿Qué está pasando? ¿No se supone que los aeropuertos nunca cierran?

No he resuelto los detalles cruciales más allá de desembarcar. Ahora estoy de pie en un aeropuerto desierto a treinta kilómetros del pueblo principal y no hay una sola oficina de taxis a la vista.

—Hola —saludo a un hombre que está fregando el suelo—. ¿Cuál es la forma más rápida de llegar al pueblo?

Él asiente hacia la salida.

—El autobús número seis va a Lerwick. Quédate hasta el final del recorrido.

—Genial —suspiro, aliviada. No voy a caminar treinta kilómetros en condiciones árticas—. ¿Cuándo pasa el próximo?

Él mira el gran reloj de la pared.

—Tienes suerte, en unos cincuenta minutos.

Este hombre claramente nunca ha usado un metro si piensa que esperar cincuenta minutos es tener suerte.

—¿Cuánto tarda?

—Tiene unas cuantas paradas. Una hora, más o menos.

—Gracias.

Mierda.

Es tan lento que Karl me va a ganar y va a llegar antes que yo a Lerwick a este paso, y él ni siquiera sale de Nueva York hasta mañana.

Parece que voy a tener que ir directamente al pub, lo cual no era el plan. Quería arreglarme primero. Tengo ese aspecto agotado y desaliñado que dan los vuelos de larga distancia. Y la acumulación de baba pegada a la barbilla después de estar como un zombi inclinada cuarenta y cinco grados durante horas. También huelo como un zombi.

Jo, Jo, maldito Jo.

Definitivamente han pasado más de cincuenta minutos cuando llega el autobús, y soy la única persona en él. Me maquillo en la oscuridad y me echo capas de desodorante para disimular el olor a sudor de avión.

Cuanto más se acercan las luces de Lerwick, peor me siento. No solo me va a rechazar; conociendo a Danny, también se sentirá obligado a cuidarme en Shetland hasta que pueda enviarme de vuelta a Londres. Justo lo que necesito: su lástima y su preocupación.

Luego le escribirá a Tristan, quien también se preocupará muchísimo y, sin duda, organizará una intervención. Mi momento de locura será motivo de vergüenza durante la próxima década, hasta que haga algo aún más estúpido, claro está.

Bien hecho, Charlie.

—Última parada. —El autobús se detiene a unas puertas del lugar de mi muerte anunciada: The Lounge.

Es un bar de pueblo con música en directo y noches de micrófono abierto, uno de los pocos bares del lugar. Nadie está esperando la aparición sorpresa de una visitante transatlántica.

Arrastro mis dos maletas y el estuche de la guitarra fuera del autobús y me quedo dudando frente al bar.

—¿Necesitas ayuda? —El chico de la puerta me mira con cierta duda, evaluando mi estilo de vagabunda chic.

—¿Es noche de micrófono abierto?

—Sí —dice, mirando las maletas—. ¿Eres parte de una banda?

—No. Soy solo yo, vengo de… Nueva York —dudo—. Estoy aquí para sorprender a alguien.

Se ríe de mí como si estuviera loca.

—¡Mierda! ¿Has bajado del avión hace nada?

Aprieto los dientes.

—No podía arriesgarme a quedarme sin sitio. Entonces… —pregunto—. ¿Puedo tener unos minutos?

—¿Desde Nueva York? ¡Claro! —Sonríe—. Puedes salir después de que termine Timmy.

Timmy debe de ser el que está haciendo ese sonido horrible con las gaitas.

—¿Cinco minutos?

El pánico me aprieta el corazón.

—No tenemos muchas solicitudes —explica, mirándome como si fuera un ser imaginario—. Son sobre todo Timmy y la banda de Unst. —Hace una pausa—. ¡Todo el mundo va a enloquecer contigo, viniendo desde Nueva York!

—Ajá —digo con dificultad—. Escucha, ¿puedes hacer que entre por detrás? Arruinaría la sorpresa si entro por la puerta principal.

Él sonríe.

—Sígueme.

Gira de forma tan brusca que termino chocando contra él.

—No serás famosa, ¿verdad?

—No. —Miro las paredes desgastadas del pub. ¿Por qué tocaría aquí si lo fuera?

Arrastro las maletas y la guitarra por el callejón hasta una entrada trasera y golpeo la guitarra contra la pared mientras intento maniobrar con todo el equipaje.

—Espera aquí, Timmy termina en dos minutos.

Asiento y asomo la cabeza por la puerta hacia el bar.

Está aquí.

Danny está aquí.

Intento respirar, pero siento como si alguien me apretara la garganta e impidiera la entrada de aire.

Froto mi cuello. Tengo la boca tan seca y tensa que no puedo hablar, mucho menos cantar.

No puedo hacer esto.

Voy a vomitar.

Voy a desmayarme.

Mi corazón va a explotar en mi pecho.

Estoy, sin duda, teniendo un ataque de pánico.

Vuelvo a asomarme. La sorpresa de su vida está a punto de llegar; solo espero que no sea una desagradable.

Él parece la personificación de la serenidad apoyado en la barra, sentado en un taburete. Edme está a su lado. Tiene barba de una semana y lleva un jersey de lana con agujeros. Podría pasar por un ganadero de ovejas sensual.

Por milésima vez desde que aterricé, me pregunto cómo pude ser tan ridícula al creer que esto sería una buena idea.

Se están riendo y bebiendo whisky juntos.

Edme está cubierta de joyas desparejadas como un árbol de Navidad y aplaude fuera de ritmo al son de las gaitas.

—¿Para quién es la dedicatoria? —pregunta el camarero mientras Timmy suelta un último y doloroso soplido.

—Para Danny —digo con voz entrecortada—, y para Edme.

Él asiente.

—¿Y tu nombre?

—Charlie.

Corre hacia el pequeño escenario, donde Timmy está guardando las gaitas.

—¡A continuación, amigos, tenemos a alguien que ha venido nada más y nada menos que desde Nueva York! Una dedicatoria muy especial para Eddie y Tammy.

¡¿Qué?! ¡No, imbécil!

—¡Por favor, denle la bienvenida a Charlie!

Mientras él me aplaude, las veinte personas del pub se unen, sin mucho entusiasmo.

Respiro hondo y salgo hacia la luz.



37
Charlie

Él se queda inmóvil, como si alguien lo hubiera convertido en piedra; su expresión es indescifrable.

A su lado, Edme grita:

—Cariño, ¡es Charlie!

—Hola, Danny. Hola, Edme —digo con voz temblorosa al micrófono —. Danny —le susurro al camarero entre dientes, y él se encoge de hombros—. No, Tammy. ¿Tammy siquiera es un nombre?

Mientras coloco la correa de la guitarra sobre los hombros, echo la cabeza hacia atrás. Mi pelo se ha enredado en la correa. Peleo con él durante un tiempo dolorosamente largo y escucho a la gente impacientarse.

No puedo volver a alzar la mirada. Si miro sus ojos y veo horror, lástima o vergüenza, nunca podré cantar esta canción.

—Pues… —Mi voz se quiebra y aclaro la garganta—. Escribí esta canción para explicar cómo me siento acerca de un romance reciente.

Se escuchan algunos murmullos en el pub. No les importa demasiado. No los culpo.

—Se llama «Te has ido» —digo con voz ronca. La escribí en la oscuridad, en mi apartamento de Nueva York, durante los últimos meses.

Mi versión de un diario.

Nadie la ha escuchado jamás. Nunca la he tocado fuera de mi apartamento.

Se suponía que nadie la escucharía.

Ni OpenMic.

Ni Julie, ni Cat, ni Stevie, ni Suze.

Y, en especial, Danny.

Sin embargo, aquí estoy.

Cantando sobre mis peores momentos delante de un grupo de granjeros de ovejas, el amor de mi vida y su abuela excéntrica.

Exploto en el primer verso, y es tan crudo, tan desgarradoramente honesto, que siento que estoy de pie frente a ellos desnuda y llorando.

Mis letras agridulces, cargadas de emoción y corazones rotos, inundan el bar. Mi voz es fuerte y feroz, exige ser escuchada.

Todos los ojos están fijos en mí y en mi dolor.

Incluidos los suyos.

El estribillo es agudo, incluso para mí, pero cada vez que llega mantengo la nota tanto tiempo que se escuchan jadeos y vítores por todo el pub.

Con cada aliento que expulso, con cada nota que canto, dejo salir más dolor.

Y luego termino. No me queda aire en los pulmones.

Nada más que decir.

Se escucha un chillido agudo desde los taburetes de la barra. Edme salta de emoción, intentando meterse los dedos en la boca para silbar.

—Guau. —Los ojos del camarero están muy abiertos—. Tienes un estilo muy Amy Winehouse, ¿eh?

No me quedo para ver su reacción. No puedo. Agarro mi guitarra y salgo corriendo del bar por la puerta principal.

—¡Tu equipaje! —grita el camarero detrás de mí.

El aire frío muerde mis pulmones mientras salgo a la calle.

—¿Adónde diablos te estás yendo? —exclama una voz ronca y profunda a mi espalda.

Me giro para encontrarme con esos ojos oscuros que han atormentado mis pesadillas y mis sueños durante semanas.

Nos quedamos congelados, a dos metros de distancia. No confío en mí misma para acercarme.

—Lo siento. —Las palabras brotan de mi boca—. Ha sido una idea estúpida, una locura. Debo de seguir borracha de la fiesta de despedida. Siento haberte avergonzado. Yo…

—Cállate. —Avanza hacia mí con paso decidido, elimina la distancia. Su cuerpo eclipsa el mío mientras esos impactantes ojos castaños se clavan en los míos, exigiendo toda mi atención.

Había olvidado lo nerviosa que me pone.

—Se acabaron los juegos, Charlie. Lo que ha pasado entre nosotros ha estado lleno de suposiciones erróneas, celos, terquedad. Por el amor de Dios, hasta pensabas que yo era el padre del bebé de Jackie. Karl me lo dijo ayer. ¿Eso es lo que piensas de mí?

Mi estómago se hunde al escuchar la furia evidente en su voz. Está enfadado.

—Lo entiendo —susurro, mirando mis pies—. Lo entiendo. Perdón por asumir que habías dejado embarazada a la recepcionista. Soy una idiota.

—No, no lo entiendes —gruñe, colocando la mano bajo mi barbilla —. Mírame.

Sus ojos se clavan en los míos; su mirada exigente se suaviza un poco.

—Voy a empezar de cero. Te quiero, Charlie. Nunca he amado a nadie así. Quiero que seas mi novia; quiero que seas mi última novia. Nunca he estado tan seguro de algo en mi vida. Te he deseado durante diez años. Tengo cuarenta y uno. Algún día, en un futuro no

muy lejano, quiero que vivamos juntos. Quiero que seas mi esposa y la madre de mis hijos.

Toma aire.

—Esa es la verdad. No espero que tú quieras todo eso ahora mismo, pero espero que, ya que has cruzado medio mundo, tú también quieras algo de mí. Todas mis cartas están sobre la mesa. —Su voz se quiebra, baja y áspera—. Tienes mi corazón. Haz con él lo que quieras.

Me mira, esperando, con los brazos ligeramente abiertos.

Cada neurona de mi cerebro se enciende a la vez.

—Danny. —Contengo las lágrimas y me pongo de puntillas para alcanzarlo—. Yo también te quiero. Te quiero mucho.

Sus brazos se cierran alrededor de mis caderas y me atrae contra su cuerpo cálido. Las condiciones árticas de Shetland desaparecen de golpe. Su boca desciende sobre la mía y me besa como un hombre que no ha besado en años. Desesperado. Tierno. Urgente. Como dos personas que podrían morir si sus cuerpos no se tocan.

Todo el dolor, todos los altibajos han merecido la pena. Por esto. Por este instante.

Se separa apenas para mirarme a los ojos, sonriendo.

—Bien, eso nos facilita la vida a los dos.

Entierro la cabeza en su pecho, donde pertenezco.

—Perdón por cómo huelo —murmuro contra su pecho—. ¿Puedo ir a ducharme ahora, por favor?



Danny

NAVIDAD

—Sé perfectamente lo que estoy haciendo, Danny. Deja de tratarme como a un imbécil. —Los ojos de Tristan arden mientras me bloquea el paso.

Hiervo de ira por dentro.

—¿Estás bromeando? —espeto—. Natalia hace todo por ti, incluso limpiarte el culo. Si piensas que te voy a dejar al mando de esta operación, estás muy equivocado.

Me empuja despacio mientras avanza para abrir la puerta del horno. Inhalo con brusquedad. Este tipo es muy irritante.

—Daniel, a esto se le llama hacer el pavo real —dice una voz sarcástica desde la puerta.

Aprieto la mandíbula mientras los dos giramos para fulminarla con la mirada. Desde el umbral de la cocina, cuatro mujeres nos observan nerviosas. Los jerséis navideños y las guirnaldas brillantes alrededor de sus cabezas las hacen parecer ridículas.

Sorprendentemente, aceptaron el cambio de planes de última hora para unirse a Charlie y a mí en Navidad en Sumburgh Hall.

Charlie abraza al pequeño Daniel como si lo protegiera de bestias salvajes. Él la mira confundido.

—Cuando dos pavos se pelean por una pava —explica ella—. Tal como se demuestra aquí.

Luego vuelve su atención hacia nosotros y abre la boca.

—Sabéis que está en modo grill, ¿no? ¿Ha estado así todo el tiempo?

¿Qué?

Clavo los ojos en el horno.

—¡Mierda! —grito, sacudiendo las manos hacia el techo. Luego me detengo y lanzo una mirada hacia mi abuela y la señora Kane a modo de disculpa. No estoy triunfando aquí.

Adoptan una expresión seria al unísono.

—Inútiles —murmura mi abuela—. Debería haber comido antes de venir.

Los ojos de Charlie van de uno a otro.

—Supongo que la cena va a tardar un par de horas más.

Detrás de ella, Callie suspira con desagrado.

—¡Apartaos! —La abuela avanza, con la señora Kane pisándole los talones—. ¡Fuera! ¡Fuera!

—Creo que deberíais hacer lo que dicen —murmura Charlie.

Miro a Tristan, y él exhala en señal de derrota.

—Está bien —digo, poniendo los ojos en blanco mientras nos empujan al otro lado de la cocina.

Charlie sonríe entre nosotros dos.

—Me alegra que tú y Tristan tengáis algo más por lo que pelear, en lugar de hacerlo solo por mí.

—Podría haber lidiado con el maldito pavo —gruñe Tristan, sirviendo dos vasos de whisky y dándome uno.

Acepto la ofrenda de paz y levanto mi vaso hacia él.

—Nunca has cocinado un día en tu vida, Kane.

—Eso no significa que no pueda —murmura él.

Unos brazos suaves se enroscan alrededor de mi cintura y le sonrío a Charlie, acercándola más a mí. Estoy completamente enamorado de esta mujer. Ya no hay nadie delante de quien ocultarlo. No hay razón para que no estemos juntos, salvo la charla que recibí de la jefa de Recursos Humanos, Cheryl, claro, pero al final cedió.

—Guau —dice Callie entre risas—. Sí que es un atuendo seductor.

Me giro y veo a mi hermano de pie en la puerta, con las manos en las caderas, disfrutando de la atención mientras las mujeres suspiran por su kilt. La abuela silba fuerte, y siento un punzante cosquilleo de celos mientras Charlie mira sin ningún pudor a Karl.

—Cuidado —gruño, dándole un toque en las costillas—. Hermano equivocado.

Ella gira la cabeza; sus brillantes ojos verdes se posan en mí.

—Si quieres la misma atención, ya sabes lo que toca. Ponte tu propio kilt.

—Por favor, no —interviene Tristan justo cuando mi teléfono suena fuerte en mi bolsillo. Charlie frunce el ceño.

—¿En serio? ¿Hoy? ¿En Navidad?

—Solo una llamada de trabajo, lo prometo. —Intento apaciguarla y la suelto.

Si resuelvo esto, podré relajarme el resto del día. La empresa pasará de ser privada a cotizar en bolsa en unos días, y el mercado de valores no espera al pavo de Navidad. Necesito asegurarme de que tenemos todo bajo control.

Mis dedos teclean rápido una respuesta a Martina, mi abogada principal, diciéndole que la llamaré en dos minutos. Ella contesta de

inmediato; es tan adicta al trabajo como yo.

—¿Martina? —digo, subiendo las escaleras de dos en dos.

—Danny. Necesito que firmes unos formularios para los suscriptores —dice—. Te los estoy enviando ahora por correo. —Hace una pausa—. Ah, y feliz Navidad.

Sonrío ante el detalle.

—Feliz Navidad, Martina. Envíalos. Los firmo ahora.

—Gracias, jefe.

La llamada se corta y abro el portátil, mientras lo pongo a cargar un poco. Hay un golpe suave en la puerta.

No puedo ocultar la sonrisa tonta que se me dibuja cada vez que ella entra en la habitación, a pesar de que estoy bajo presión.

—Cariño, tengo un asunto crítico que atender.

—Sí, lo tienes.

Ella avanza, se sienta a horcajadas sobre mí y aparta el portátil de mi alcance antes de que pueda protestar.

Bajo la mirada a sus labios carnosos, luego observo sus pechos maravillosos paseándose ante mi rostro. Sabe exactamente lo que está haciendo, sabe a la perfección cómo afectarme.

—Charlie…

—Solo cinco minutos. —Rozan sus labios los míos, y sucumbo; abro la boca para saborearla por completo.

Mis manos vagan por su trasero, luego encuentran el borde de sus mallas deportivas suaves y ella gime suave, como si su piel fuera hipersensible a mi contacto. El beso se vuelve impaciente, más exigente.

Estoy perdido.

Mi erección despierta al instante.

Toco su piel húmeda y suave, gimiendo al comprobar que ya está muy mojada. Su cuerpo tiembla ante mi caricia, lo que me excita todavía más, pero sé que no tenemos tiempo, no mientras todos esperan abajo, no mientras Martina está nerviosa al otro lado del Atlántico.

Que les den a todos, pueden esperar. Esto no.

Con eficiencia, bajo sus mallas deportivas y sus bragas de encaje de modo que queda desnuda de cintura para abajo, y me bajo los

pantalones con rapidez. Mientras los pequeños gemidos escapan de ella, me empuja sobre la cama, toma mi erección con la mano y la guía hacia su cuerpo.

Ambos gemimos de placer cuando me hundo profundamente en ella.

Tenemos la boca entreabierta mientras me cabalga, apretando las piernas para tener el control absoluto.

—Te quiero, cariño —digo con la voz entrecortada mientras me mira con tanta emoción en los ojos que me arrebata cualquier resto de aire de los pulmones.

Aprieto sus caderas entre mis manos, y noto por su expresión que estoy frotando su clítoris con cada embestida.

Mierda, lo desea tanto. Hace que la desee aún más.

Gimo como un adolescente mientras eyaculo en su interior con vigor durante lo que parece una eternidad.

Salgo de ella e intento recobrar el aliento.

—Ahora, ¿me permitirás terminar este trabajo importante del que depende el éxito de la empresa? —pregunto, inclinando la cabeza para besarla.

Hay un brillo travieso en su mirada.

—Solo si usas el kilt como un verdadero escocés.

—Olvídalo —digo con firmeza—. Mi abuela, tu madre y tu hermana pequeña están abajo. Mantendré la ropa interior puesta.

—He tomado tres aviones para estar aquí contigo, Danny —dice con un mohín—. Así de importante eres para mí. ¿Yo soy importante para ti?

Esta mujer será mi perdición.

—Está bien —exhalo—. Sin ropa interior.

Me asfixia con un abrazo fuerte.

—Es la mejor Navidad de todas.



EPÍLOGO
Charlie

OCHO MESES DESPUÉS

Mi teléfono parpadea sin descanso mientras Laura habla por videollamada. Toco la pantalla, enviando la notificación automática: lo siento, no puedo hablar ahora.

Él se enfadará. No intento provocarlo, a pesar de lo que cree, aunque una parte de mí se excita con esa mandíbula apretada, las fosas nasales temblando, los ojos llameantes y la postura de Walker.

Estoy de verdad ocupada. Tenemos un lanzamiento en cinco días de los productos NextGen y he trabajado demasiado todo el año como para fastidiarlo todo ahora.

Teniendo en cuenta que es su empresa, una pensaría que lo entendería.

Antes de levantar la vista, sé que se está acercando. El cambio en la atmósfera lo delata. Toda la planta parece enderezarse en sus sillas y fingir ser empleados modelo.

—¿Qué hace en esta planta? —murmura alguien detrás de mí.

Se detiene junto a mi mesa y carraspea. Con las cejas levantadas, lo miro y lo veo observándome con furia. Lleva su característico traje azul oscuro y camisa blanca impecable, pero no tengo tiempo para suspirar de amor en este momento.

—Estoy en una llamada de trabajo —articulo sin sonido con los labios, dejando claro lo obvio. Sé que es el CEO, pero ¿no se da cuenta de que el resto también tenemos trabajo que hacer?

Exhala con fuerza, deja caer los brazos sobre mi escritorio.

—¿Laura? —pregunta, con irritación evidente en la voz.

Asiento.

—Dile que la llamarás más tarde. Te han llamado.

—¿Me estás llamando tú? —repito en voz alta, mirándolo con incredulidad.

Qué descarado.

Me muerdo la lengua para no soltarle toda mi furia en plena oficina abierta.

—Danny está junto a tu escritorio, ¿verdad? —ríe Laura en el vídeo.

—Lo siento mucho, Laura. Sí. —Hago una mueca.

—¿Puedo…?

—Sí, adelante, está bien. —Ella mueve la mano con desdén—. Hablamos en una hora.

Me levanto, ignorando las miradas clavadas en mí desde todos los ángulos.

—Empieza a caminar —murmuro, avanzando por el pasillo.

Él me sigue.

—¿Qué demonios estás haciendo? —gruño, fijando mi sonrisa falsa para beneficio de los demás—. Apareces en mi escritorio con exigencias. Es irracional.

Nuestra relación sigue siendo secreta, principalmente porque yo quiero que siga así. Aparte de la Junta Directiva y, por supuesto, de Stevie y el equipo, para todos los demás en la empresa solo soy la Desaliñada Diseñadora de Soluciones que se pasa un cepillo por el pelo algún día decente.

No la novia del CEO.

Nos detenemos ante el ascensor y me coloco aparte de él, creando distancia a propósito.

Él me observa con los brazos cruzados.

—No tendría que actuar de forma irracional si me dejaras verte.

—Lo siento. —Suspiro—. Es solo este lanzamiento. Quiero asegurarme de que todo esté perfecto.

Clava sus ojos tormentosos en los míos.

—No te he visto en tres días y mañana me voy a Nueva York —responde, irritado.

—Lo siento, Danny, es solo que estamos en un momento muy ocupado. ¿No estás reaccionando con cierta exageración?

Su mandíbula se tensa, como siempre que le sugiero que dramatiza.

—No, no estoy exagerando. Si te mudaras conmigo, no tendríamos este problema —ladra—. Nos veríamos todas las noches.

—Ya tengo suficiente dinero para comprarme mi propio piso —bromeo. La indemnización de DreamWorks equivale a una buena entrada.

—Maldita sea, deja de provocarme, Charlie —gruñe—. Puedes comprarte el piso y alquilarlo. Te necesito viviendo conmigo.

En los últimos tres meses me lo ha pedido de forma insistente. Danny exageraba un poco: yo me aseguraba de verlo al menos tres veces por semana. Y quiero mudarme con él pronto. ¿Qué chica no querría vivir con Danny Walker? Ahora mismo tengo un pie en la puerta de la preciosa mansión de Richmond en la colina y el otro en mi piso compartido plagado de ratones, el lugar donde viví los mejores años de mis veintitantos.

Tiene razón. Necesito dejar atrás mis días de compartir piso. Porque esto ya no se trata solo de mí.

Se me revuelve el estómago.

—Hay algo de lo que necesito hablar contigo, y no quería hacerlo aquí, pero no puedo faltar a la fiesta de compromiso de Stevie y Cat más tarde —le susurro.

—¿Qué pasa? —Su voz es de acero—. Vamos al despacho.

El ascensor se abre con un pitido y dos desarrolladores salen, atravesando la extraña tensión en el aire.

Él extiende la mano para indicarme que entre primero, y nuestros ojos se encuentran en el espejo antes de volvernos hacia la puerta.

El ascensor se detiene en casi todos los pisos entre el sexto y el quince; entra y sale gente, todos saludan a Danny.

Dentro del ascensor, me lanza una mirada de soslayo. Sabe cuándo estoy nerviosa.

El pánico empieza a subir por mi pecho. No tiene ni idea de lo que se le viene encima.

Caminamos en silencio por el pasillo hasta su despacho; me hace pasar y cierra la puerta.

Se queda quieto, sus ojos oscuros buscan los míos. No le gustan las sorpresas. Es su lado controlador.

—¿Qué está pasando, Charlie?

Mordiéndome el labio, lo miro con duda. He repasado esta escena en mi cabeza cientos de veces. Mi intención era esperar a que volviera de Nueva York para contárselo en casa, con todo un discurso preparado. Ahora voy a tener que improvisar.

Allá voy. Decido soltarlo de forma directa y eficiente.

—Danny, estoy embarazada.

Contengo la respiración mientras su mandíbula cae al suelo.

—¿No es una broma?

—¿Tú crees que bromeo con esto? ¿Estás loco? —Muerdo mi labio —. Se me debió de pasar una pastilla. O cuando estuve enferma o algo así. Lo siento muchísimo.

De inmediato, su expresión se suaviza y una sonrisa radiante se extiende por su rostro.

—¿Por qué demonios pensarías que me enfadaría?

—Gracias a Dios —exhalo—. Sé que no lo planeamos, pero…

Él avanza hacia mí, me envuelve en sus brazos y me toma del mentón para obligarme a mirarlo.

—Shhh, cariño —murmura—. Es la mejor noticia de mi vida.

Las lágrimas de felicidad caen por mi rostro, y contemplo su sonrisa ridícula.

—Te quiero mucho, Charlotte Kane —susurra, tomando mi cara húmeda entre sus manos—. Gracias por hacerme el hombre más feliz del mundo.

Sus labios se apoderan de los míos como si hubiese olvidado que estamos en la oficina, o quizá ya le dé igual.

La emoción me recorre cuando su mano se posa, protectora, sobre mi vientre.

—¿Cuánto tiempo?

—Solo unas semanas. Aún es muy pronto.

Él asiente.

—Sabes que esto significa que insisto en que tú y el bebé os mudéis de inmediato.

—Lo sé —río, apoyando la cabeza contra su pecho.

—Mierda —respira hondo—. La señora Kane me va a matar. Te he dejado embarazada antes del matrimonio.

Cuando levanto la vista, parece genuinamente asustado, como debería. Suelto una carcajada.

—No te olvides de Tristan. Y puedes decirle a Recursos Humanos que has dejado embarazada a tu empleada.

Me acerca más.

—Creo que es hora de que nos mudemos a las islas Shetland.

Índice

- 1. Charlie
- 2. Charlie
- 3. Charlie
- 4. Charlie
- 5. Charlie
- 6. Charlie
- 7. Charlie
- 8. Charlie
- 9. Charlie
- 10. Charlie
- 11. Charlie
- 12. Danny
- 13. Danny
- 14. Charlie
- 15. Charlie
- 16. Charlie
- 17. Charlie
- 18. Danny
- 19. Charlie
- 20. Charlie
- 21. Charlie
- 22. Charlie
- 23. Charlie
- 24. Charlie

- 25. Charlie
- 26. Charlie
- 27. Danny
- 28. Charlie
- 29. Danny
- 30. Danny
- 31. Charlie
- 32. Charlie
- 33. Charlie
- 34. Danny
- 35. Charlie
- 36. Charlie
- 37. Charlie
- Epílogo. Charlie

Título original: *Taming Mr. Walker*
Traducción del inglés: Daniela Rocío Taboada
Diseño de cubierta: HONEY & SIN DESIGNS
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Primera edición: marzo de 2026

© 2021, Rosa Lucas
© 2026, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Todos los derechos reservados.
Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de la editorial.

ISBN: 979-13-87601-92-8

EUROPA

Seguinos

VReuropa

Índice de contenido

1. Cubierta
2. Sobre este libro
3. Sobre Rosa Lucas
4. Portada
5. 1. Charlie
6. 2. Charlie
7. 3. Charlie
8. 4. Charlie
9. 5. Charlie
10. 6. Charlie
11. 7. Charlie
12. 8. Charlie
13. 9. Charlie
14. 10. Charlie
15. 11. Charlie
16. 12. Danny
17. 13. Danny
18. 14. Charlie
19. 15. Charlie
20. 16. Charlie
21. 17. Charlie
22. 18. Danny
23. 19. Charlie
24. 20. Charlie
25. 21. Charlie
26. 22. Charlie
27. 23. Charlie
28. 24. Charlie

25. Charlie
26. Charlie
27. Danny
28. Charlie
29. Danny
30. Danny
31. Charlie
32. Charlie
33. Charlie
34. Danny
35. Charlie
36. Charlie
37. Charlie
Epílogo. Charlie
Índice
Créditos

Landmarks

Cubierta
Portada
Créditos
Índice
Índice de contenido